DIÁLOGOS MORALES
DE LUCIANO,

TRADUCIDOS DEL GRIEGO



POR

El Licenciado Don Francisco Herrera Maldonado, Canónigo de la Santa Iglesia Real de Arbas de Leon, y natural de la Villa de Oropesa.



CON LICENCIA EN MADRID:

En la Imprenta de Manuel Álvarez.

AÑO DE M.DCC.XC.VI.

Se hallará en las Librerías de Alonso, calle de la Concepcion Gerónima, y de la Almudena, junto á los Consejos.

PROLOGO DEL EDITOR.

Tengo por ocioso detenerme á recomendar el incomparable mérito de Luciano, autor de estos Diálogos Morales, bastando su nombre solo para su mayor recomendacion. Todos los literatos de todas las naciones, y de todos los siglos estan de acuerdo en conceder á este grande hombre la primacía en este género de escribir: y es constante que despues de tan brillantes ingenios como han exercitado su pluma en el estilo dialógico en todas las lenguas, todavía es el modelo para todos los que se dediquen al mismo género. Luciano tenia seguramente todas las dotes necesarias para sobresalir en obras de esta naturaleza, como saben todos los que son capaces de apreciar las obras de ingenio. Debemos considerarle como uno de los pocos autores originales, que por su misma excelencia dificultan tanto sus mismas traducciones. Esta circunstancia hace mas recomendable la habilidad de su traductor el Licenciado Don Francisco Herrera Maldonado, de cuyo mérito si nos es lícito hacer juicio por la presente version, es preciso convenir en que este grande hombre po-

poseía ventajosamente todas las partes que constituyen un excelente traductor; pues por su profunda inteligencia en la lengua griega, igualmente que por su feliz uso de la nuestra, traslada con singular primor todas las gracias, al parecer inexprimibles, del original griego. Era de desear nos hubiera dado con el mismo acierto traducidos todos los demas Diálogos para honor de nuestra lengua, é instruccion de los aficionados á las bellas letras; pero se contentó con escoger los ocho mejores, y que encierran ciertamente la mas copiosa instruccion moral para todo género de personas. Morerí dice solamente que traduxo en lengua española los Diálogos de Luciano, sin determinar si todos ellos, ó algunos solamente. Pero el mismo Herrera en la prefacion de estos Diálogos dice expresamente que eligió estos ocho por la gran moralidad que encierran. No obstante si pudiésemos rastrear donde se hallen los restantes, continuarémos con mucho gusto en hacer el mismo servicio al público, franqueándole tan apreciable tesoro.

A TODOS.

Los prólogos en los libros sirvieron al principio para declaracion de lo que tratan, disponer el intento á la materia, distinguir el caso, aclarar el modo, dividir el tiempo, reducir los discursos y defender los sucesos: y los prohemios decayendo de semejantes acciones tratan otras diversas de todo punto, los juzgo por culpables, si bien algunos llenos de floridas elegancias, sentencias y conceptos, desvelos de escritores, que faltando á la accion principal y necesaria para que se destinaron semejantes digresiones, muestran ingenio en condenar lo que ménos les toca, sin acordarse de lo que podia importarles para la autoridad y opinion de sus escritos.

Otros libros parecen en algunos prólogos desasidos totalmente de su objeto: engañóles sin duda, á los que tal hacen, la admiracion comun, que animosa y dulce á sojuzgar, aplaude y aprueba sus disculpas, y abona sus intenciones, sin dexarlos echar de ver que no cree aquellas que ellos llaman verdades, ni les disimula las que todos los doctos tienen

por faltas, causas principales que casi siempre sirven de oriente á semejantes invectivas: qual empieza la suya, sea el libro que se fuere, haciendo alarde de humildades propias para culpar mejor intenciones agenas, como si el hablar bien y sentir mal no fuera juez supremo desde el principio del mundo, para agenos delitos, imperio mero y mixto sobre todos los estados, que ni los humildes se excluyen de su jurisdiccion por ser la suya tan corta, ni los soberbios por parecerles la suya tan larga. Otros van por otro paralelo, siguen otro rumbo, y se guian por otro norte, procurando para llegar á la india de su deseo doblar el cabo de la buena esperanza de sus intentos hasta pasar al polo de la fama por la equinocial de sus obras: estos son todos disculpas de sus humildades, culpando al amigo que les forzó á publicar sus escritos, y al superior que les obligó á imprimirlos, como si hubiera ley en el Reyno contra los que no imprimen, y faltáran muchas, que condenan por necio, al que lo es tanto, que por imprimir fia de gusto ageno la opinion propia, necedad que ha dado la borla á muchos ingenios que se tienen por valientes. Tales, con

con mas miedos y temores que el otro Dionisio (que por temer las tixeras del barbero se hacia el cabello con brasas) hacen sus obras energumenas, lucifugias ó subterraneas como demonios, reparando para ponerlas en gracia con los hombres, y darlas luz con la imprenta, en la censura del indocto, el desprecio del soberbio, la lengua del murmurador, la presuncion del necio, y la intencion del vulgo: tribunales adonde sin informaciones se condenan, no solo obras malas, mas aun pensamientos buenos. Estos tales gastan los suyos en admirar los agenos: no mal atajo, aunque se haga fingido, para ganar amigos, si hicieran distincion entre cuervos y cisnes; mas juzgan todo lo que defienden lenguas de fuego, llueven Parnasos, crian Clios y Caliopes, adjudicando á Latona mas Apolos que Apolo tiene rayos, disculpándose con decir, que aquello es dar á cada gerarquía su trono; y es lo cierto, que quieren los tales poner sobre el Aquilon el suyo con aquellos miedos encubiertos, rebozadas malicias y fingidas humildades: porque la necesidad, el temor, la presuncion y la soberbia son camaleones que mudan muchos colores. Como

ſmo á los enfermos juzgo yo á los tales, que con las ansias de la muerte, todo lo apalpan y todo lo allegan, y quando vienen á espirar abren las manos: no hay ingenio en las cinco zonas que les agrade sino el suyo, y en la necesidad á todos los engrandecen; y quando piensan que con eso juntan mas votos para abonar el suyo, mueren á las manos de los mismos que aplauden, sin llevar mas que el desengaño, que hecho índice de su necedad y malicia, rubríca los capítulos á sus libros.

No están mas disculpados los que llevan los suyos á sagrado, y se quieren con aquella inmunidad escudar de la malicia humana, con imprimir por voto. No pude mas, dice alguno en su prólogo, porque boté á tal Santo la impresion de este libro, tal vez profano, indocto, sin valor, ni sustancia, como sino fuese cierto, que *displicit Deo stulta promissio*, y que á los Santos es lo mas seguro amarlos con veras, que no servirlos con burlas; demas de que quieren las leyes, que se purgue tan mal el indicio de la fuga, que el vulgo, Argos en ojos, y Briareo en manos, con estas, aunque asidos á los altares, los saca de tan seguros asilos, y con aquellos los juzga por inútiles, aunque

que no lo sean; y sin que valga para defenderles el voto y la promesa, hallan los autores, adonde ménos pensaban relaxacion del juramento.

Yo no hice alguno de traducir estos Diálogos de Luciano; ni despues de verlos escritos, tuve amigo ó superior que me forzase á imprimirlos, y ahora impresos, ni humilde los culpo, soberbio los engrandezco, ni medroso los amparo; mi gusto les sirve de guía, y de luz mi voluntad: salen á la plaza del mundo, porque yo los envio, y van tan solos, que qualquiera podrá atrevérseles, sin que yo le desafie, ni ellos se defiendan. Solo pido á todos que los lean primero que los culpen, porque no condenen su misma insuficiencia con la ignorancia de no entenderlos, ó con la presuncion de dar á entender, que ántes de leerlos los entienden. Bien se yo que hasta el mismo tiempo les ha de ser contrario, porque contradecir vicios, presumir remediar daños, y enmendar costumbres, son signos que en esta edad prometen salud enferma: á los virtuosos y á los doctos que saben apreciar las cosas, no les serán desagradables; y como así sea ¿qué importará que se disguste el necio para quien aunque hees-

escrito algo, nunca he querido escribir nada, porque hay pocos que digan lo que sienten, ó que sientan lo que dicen, cosas que desobligan de una suerte? no se entiende por los primeros lo que dixo el filósofo: *ea quæ sunt in voce, sunt notæ, carunt pasionum quæ sunt in anima*: y por los segundos dixo Platon, que en quanto alaban ó vituperan, *non est adhibenda fides*. No viene mal á unos y á otros lo que dixo Ciceron de Demócrito, que estando ciego no distinguia lo blanco de lo negro. *At vero, bona, mala, æqua, iniqua, honesta, turpia, utilia, inutilia, magna, parva, poterat*, como si los tales ignorantes y soberbios no se movieran como los animales, *secundum impitum, & impulsum appetitus naturalis*, habiéndose de mover *secundum regimen rationis*: mas ya eso fuera ser hombres, y no de los que desvanece el comun aplauso, por no saber con Demóstenes, *quæ omnibus hominibus natura insitum est, ut maledicta, & crimina perlibenter audiant, laudantibus autem ipsi graviter succenseant*: y siendo así ¿quien tiene miedo á los tales?

Animoso yo, pues, con estos ocho Diálogos de Luciano, famosos entre los que dexó escritos, he querido lisonjear á nues-

nuestra lengua, con hacer naturales de Castilla discursos tan bien dispuestos, y doctrina tan provechosa para la reformacion de las costumbres, detestacion de los vicios, y mayor importancia del bien público; porque ninguno de los antiguos le igualó en la agudeza y picante, donayroso decir, y provechoso reprehender: por escuros y dificultosos, dicen muchos que se estaban por traducir estos Diálogos, y sería porque quiso el cielo guardarme á mí el primero este merecimiento con mi patria. Quiera Dios que con mi traduccion no haya perdido Luciano su estimacion y decoro, que aunque ingenuamente lo he procurado, no disculpo sus faltas, porque conozco mi insuficiencia, y estoy muy al fin de las grandes calidades que ha de tener el que traduce. En la apología de nuestra Historia Oriental, y en el prólogo á la traduccion de los Divinos Cantos de Partu Virginis de Accio Sincero, escribimos la antigüedad de la traduccion, las particularidades que ha de tener para ser digna, y los defectos que la hacen culpable: allí lo podrán ver todos, aquienes pido juzguen estos Diálogos sin envidia; pues es cierto que mas presto que con ella, se adquiere fama,

ma, con méritos, y estudios. A los trabajos llamó Estobeo padres de la buena fama: trabaje quien la quisiere, pues es imposible que se alcance con detraccion y malicia. San Gregorio dixo: *quæ nec in sermone laudabilis est, qui hoc quod loquitur opere non ostendit.* Sepa esto el murmurador, el malicioso y el necio, y que solo el docto, por opinion de Séneca, es fuerte, sábio, magnánimo, glorioso, y quanto sin él hay en la tierra, humilde, pobre y nada, aunque entre aquí la mayor soberbia, y la mayor locura.

Lope de Vega Carpio, á Don Francisco de Herrera Maldonado.

Como de la antigüedad
Fué Luciano venerado,
Es Herrera Maldonado
La gloria de nuestra edad:
Sacó su dificultad
De laberinto tan ciego,
Que parece que á su ruego
Quedó el famoso Luciano
Para todos Castellano,
Y para la envidia Griego.

DIA-

DIÁLOGOS MORALES
DE LUCIANO,
FILÓSOFO GRIEGO,
TRADUCIDOS EN CASTELLANO.

Argumento del Diálogo primero, intitulado el Cynico.

Aquí quiere el Filósofo reprehender la profesion y secta de los filósofos Cynicos, cuya cabeza fue el famoso Diógenes, llamado por eso Cynico: introdúcese á sí mismo y á uno de aquellos filósofos. Este nombre Cynico es lo mismo que canino; esa significacion tiene en el griego: dióseles tal nombre á los filósofos de aquella secta, porque se trataban ásperamente, bien así como perros; si ya no es que les llamasen Cynicos por la libertad con que reprehendian los vicios, mordiendo generalmente con sus persuasiones y doctrinas. Pobrísimamente se vestian los tales, solo traian un capote, gaban ó capa, sucio, roto y remendado, con que se cubrian. Andaban siempre descalzos, con grande cabello y barba. Finalmente despreciadores de la mayor riqueza y del mayor regalo, comian lo que hallaban sin cuidado de buscarlo ni tenerlo, y dormian adonde les hallaba el sueño, sin necesitar de defensas ni de abrigos. Aquí hallarán retratos propios los hipócritas, los glotones, los deliciosos, los amigos de galas y riquezas, y los engañadores que desacreditan con apariencias falsas y demostraciones fingidas la virtud mas sólida, haciéndola cubierta de innumerables vicios.

LU-

LUCIANO Y CYNICO.

Luciano. ¿Qué significa en tí, ó Cynico, esa tan grande barba que te crias, tanto cabello que traes? Véote sin vestido ni camisa, desnudo y pobre; eleccion de vida inhumana y vagamunda, muestra de bestial pereza, y ageno del ordinario trato humano, maltratar tu cuerpo ásperamente, siempre con inquietud, sin lugar determinado al descanso; el suelo te sirve de reposo, y de cama aquesa negra capa de este oficio impropio, llena de mil inmundicias, sin bastarla el estar rota, el ser de paño grosero, y cubierta vil de la mayor pobreza, para que se reserve de mil asquerosidades que saca de tantos y tan diversos ministerios como sirve. *Cynico.* Con todo eso, Luciano, vivo sin haber menester nada, ni quiero mas de lo que traigo, porque aunque tan vil y grosero te parezca, por lo menos no me negarás que es lo que mas facilmente se puede haber, y lo que al dueño que lo trae da menos cuidado para comprarlo y traerlo; y si es verdad que en la superfluidad hay vicio y en la modestia virtud, ¿por qué razon viéndome á mí vivir mas modestamente que en general los demas hombres, reprehendes con tanta aspereza mi modestia sola, y no la superfluidad de tantos? *Luc.* Porque á mí, hermano Cynico, no me parece que vives mas modesta, sino mas necesitadamente que los hombres: porque tu vida (si propiamente puede hablarse) es mas que honesta y virtuosa, mendiga y pobre: véote que no difieres en nada de los mas necesitados que de puerta en puerta buscan el ordinario sustento, las reglas con que vives, tan sin regla, que es bestial ese modo á quien tú injustamente llamas orden, y bruteza grandísima la

que quieres que parezca humildad y desprecio. *Cyn.* Veamos por tu vida, ansí lo quiere, ya que se ha dilatado entre nosotros esta plática, qué cosa es necesidad, y qué abundancia. *Luc.* Veamos en buen hora, que yo me holgaré con la difinicion de cosas tan diversas. *Cyn.* Pregunto: ¿bastarále, ó Luciano, á cada uno para pasar la vida aquello que supliere sin necesidad en todo? *Luc.* Quien lo duda, si no quiere vivir superfluamente. *Cyn.* Luego de ahí se saca que la necesidad es propiamente faltarle lo que ha menester al hombre, sin tener de adonde remediar lo que le falta. *Luc.* Ansí es sin duda. *Cyn.* Luego segun eso todo me sobra á mí en esta pobreza que tú culpas, pues no tengo con ella necesidad de nada. *Luc.* ¿De qué manera puede ser eso cierto, si yo veo que te falta todo? *Cyn.* Veráslo, si considerares el uso para cuyos ministerios se hacen quantas cosas nos sirven en la vida, qualquiera obra ó accion que nos aprovecha. Pongamos el exemplo en la casa: ¿por ventura la mas suntuosa, la mas rica no se hace para defensa, para abrigo y para amparo, igualándola en el oficio la choza mas humilde y la vivienda mas pobre? *Luc.* Eso es sin duda. *Cyn.* Pues de la vestidura ¿quién no confesará lo mismo, y con el mismo oficio y diferencia? *Luc.* Lo mismo se ha de juzgar de esto y de aquello. *Cyn.* Pues aquesta casa, este vestido, esta cubija, esta defensa, claro está que la buscamos para que se defienda mejor lo que se cubre, y que quien no tuviere necesidad de ella ese será mas feliz, y pasará con menos que los otros: ¿estos pies mios acaso no son como esos tuyos? *Luc.* Claro es eso. *Cyn.* ¿Y parécete que muestran pasallo peor descalzos que estan los tuyos calzados? *Luc.* No sé á

á fe. *Cyn.* Sabráslo si advirtes en el oficio de los pies. *Luc.* ¿Quién ignora que se hicieron para andar sobre ellos, y para que como basas de este edificio humano sustentasen su máquina y su peso? *Cyn.* Siendo eso así, necio será quien dixese que mis pies por descalzos no sabrán el oficio de andar, y de traer al cuerpo tan bien como los mejor calzados; pues andan como todos, así como no se diferencian á ninguno, y que para la accion del oficio de andar no estarán ellos mas torpes por mal calzados que qualesquiera otros por bien cubiertos. *Luc.* ¿Quién pondrá duda en aquesa verdad clara? *Cyn.* Lo mismo juzga de todo el resto del cuerpo, que por andar desnudo, no es peor que el de los mas vestidos, ni para las operaciones de la vida le llevan alguna ventaja, ni le tienen ninguna preeminencia por las superfluidades; que esas mayorias mas consisten en la virtud que le comunica la naturaleza, que es la fuerza y agilidad con que se gobierna y rige: y esta no consiste en los adornos, sí en la flaqueza ó vigor mas ó menos abundante, de que en el mio por desnudo no puedes poner alguna falta, antes bien no es tan endeble como los criados en regalos y delicias, que afeminando la naturaleza, se hacen en poco tiempo inútiles. *Luc.* Eso no pareces tú, porque eres fornido y fuerte para resistir qualquier trabajo. *Cyn.* Luego segun eso ni mis pies necesitan de calzado, ni el resto del cuerpo de cubierta, porque si la hubiera menester, mostráranlo en la flaqueza; pues es cierto que el carecer de una cosa necesaria es totalmente malo, y hace que lo pase con incomodidad quien de ella necesita: mi cuerpo, que se sustenta con qualquiera vianda, sin atarse á los varios compuestos de la gula, no muestra es-

tar

tar peor criado que los regalados y glotones, porque no se hallára tan crecido y tan robusto si se alimentára mal y con nutrimento contrario; pues es cosa averiguada en los preceptos físicos que los malos alimentos corrompen el cuerpo facilmente. *Luc.* Certísimo es todo eso. *Cyn.* Y si lo es, ¿qué razon te queda para reprehender mi vida y llamarla miserable? *Luc.* Porque quando la que tú reverencias naturaleza, y los Dioses, á quien adoramos todos, criaron la tierra y la hicieron comun madre, produxeron innumerables bienes de su seno capacísimo para que á los vivientes de todo nos sobrase con abundancia, no solo para el reparo de la necesidad, cruel é indispensable enemigo de la asistencia humana, sino para la complacencia del gusto y del deleyte: engañoso desvelo que dulzura el vivir trabajoso de los hombres, dorándoles sus trabajos é inquietudes: y siendo tan abundante esta dilatada providencia para la duracion de los vivientes, tú que de tantos gustos no gozas uno, si ya no es que los desprecies todos, dime ¿en qué pareces hombre, ni cómo vives? No difiere tu modo de conservarte al natural que guardan los mas rudos animales, ni gozas de esta vida con particularidad diversa que ellos; como las bestias bebes agua, comes lo que hallas, bien ansí como los perros, igualándoles en la cama, pues quando la topas de algun heno ó paja lo tienes por sobrado regalo: demas de esto cubres tu cuerpo con una capa, sin mas abrigo, no mas decente, nueva y limpia que la del mas mísero mendicante: mira que vida para contarla por dichosa; y sin duda que si la tienes por tal y te contentas con ella, vendré á pensar que anduvo errada la naturaleza en criar para el servicio y gusto de los

hom-

hombres tantos y tan varios animales domésticos y salvages; vides provechosas, piélagos de dulces vinos, y todo ese aparato admirable por su variedad y abundancia; pueblos de aves diferentes, exércitos de pescados, concursos de frutas, flores, yerbas y regalos; mieles, azúcares y aceytes, y quanto hay criado para que tuviésemos lo necesario en todo género, en todo individuo, en cada especie: bebidas suavísimas, tesoros y riquezas, hermosuras diversas, gustos y delicias, y al fin todas las cosas perfectas por maravillosa disposicion y concierto, á quien admirablemente se allegan los compuestos del arte, la execucion y desvelos de los humanos juicios: mercedes tambien de los supremos Dioses, en quien campea su providencia santa y la excelencia del ingenio humano. Mira tú quien habrá tan sin juicio que no juzgue á desdicha suma, á miseria incomparable, el verse privado de tales bienes, el vivir sin tales gustos, y faltarle estos regalos con que se saborea lo acedo de la vida; y si es sin duda que el privado de algun bien por un tercero vive en miserable estado, y en este sentido llamamos infeliz al cautivo, y desdichado al preso y al que goza de la esperanza de la posesion perdida de sus comodidades, ¿quánto con mayor razon se puede llamar miserable el que á sí mismo, sin mas causa que su antojo, se priva de todos estos bienes que con mano franca le dió el cielo? Sin duda locura manifiesta, error mayor que quantos se conocen. *Cyn.* Dixeras bien si acertaras: pero dime, si algun rico poderoso hiciese un grandioso convite, y para él juntase muchos hombres de diversas complexiones y calidades, los delicados, los robustos, los flacos, los gordos, y á todos sirviese igualmente

manjares regalados y abundantes, y sucediese que uno de los convidados los arrebatase todos, y él solo se los comiese, sin perdonar, no solo quanto hallase en la mesa, en los aparadores y repuestos, sino en las cocinas, despensa y botilleria, sin dexar el regalo mas guardado para los enfermos, estando el tal bueno y sano, y con estómago no mas capaz que qualquiera hombre, y menos necesitado que el de muchos, de tantas diferencias de regalos y viandas: este tal, pregunto yo, Luciano, ¿seria cortesano y cuerdo? *Luc.* No por cierto, sino gloton y bárbaro. *Cyn.* Y si otro que le hiciese compañia en la misma mesa, despreciando tan varios platos de comida, guisados y compuestos, tomase el mas conveniente para remedio de su hambre, y para acudir á su necesidad, y de ese solo hiciese la comida con decencia y con crianza, sin advertir en lo superfluo, que juzgaba por inutil, ¿quién duda que este ganase el nombre que perdió el primero por sus antojos varios y descorteses? *Luc.* Claro está que seria juzgado por templado y por medido, pues en su eleccion buscaba tan solo el sustento de la vida, y no el vicio de la gula. *Cyn.* Segun eso no habrás menester declaracion del simil. *Luc.* Con todo holgaré de ver la de tu ingenio. *Cyn.* Sabe, pues, que Dios es el que hizo á los hombres este espléndido convite, esta fiesta grandísima, para el sustento y duracion humana, y ansí puso en el mundo muchas y diversas cosas de todo género, segun habia menester el natural de cada hombre: tales crió para los sanos, quales para los enfermos, unas para los robustos, y otras para los delicados; pero en ninguna manera crió alguna para que todos usásemos de todas, sino para que cada uno to-

tome de esta mesa capacísima del universo lo importante y conveniente á su naturaleza, y lo menesteroso á su necesidad, no al vicio, no á la delicia, no á las pasiones y antojos del apetito novelero del pensamiento humano, jamas satisfecho de regalos exquisitos; mas vosotros contra la disposicion del dueño de la mesa, con insaciable incontinencia, arrebatais cada uno lo menos que os importa, aunque falte al menesteroso, con codicia de la posesion de todo, sin reparar como las adquiris, ni del daño que os ha de causar adquirido por medios ilícitos, y gastados en actos torpes: mal contentos con las cosas presentes, temerosos que no baste á vuestra codicia quanto cria la tierra, quanto oculta el mar, quanto cubre el cielo y anima el ayre, de lo mas remoto traeis las comidas y regalos, prefiriendo lo extrangero, que nunca visteis, á lo natural de que teneis experiencia; las cosas suntuosas y de gasto son de mas aprecio en vuestra estimacion necia que las frutuosas y ordinarias; y las que son dificiles de haberse, á las que facilmente se hallan y se tienen, y sin advertencia considerable antes elegis las molestias y los males causados de estas superfluidades y demasias, que el vivir sin males y molestias, parca y templadamente. Pues es sin duda que esos soberbios aparatos, esos preciosos adornos, esos costosos entretenimientos, en quien como en pesado letargo sepultais la vida, ¿qué os acarrean sino pesadumbres infelices, tristes cuidados, enfermedades y miserias? Considera, ansí vivas, el mas subido de quilates oro, ese metal tan deseado, la plata tan apetecible, atlantes de la mayor soberbia, y apoyos de la presuncion mas loca, los edificios que en diferentes bellezas y hermo-

mosuras intentan soberbios escalar las nubes con su eminencia, los vestidos mas galanes y costosos, cubiertas de los defectos de nuestra naturaleza, y adornos de la hermosura, la diferencia de regalos y delicias, la multitud de comidas, olores y entretenimientos, y lo demas que ocupa el vivir breve, ¿con quánto trabajo se adquieren, con qué cuidados se gozan, con qué inquietudes se tienen, con qué dolor se pierden, quántas vidas cuestan, quántas muertes causan, y con qué peligros que se cobran? Navega el codicioso los inmensos mares fiando la vida de dos dedos de tabla, y sujeto á la instabilidad de las profundas aguas, visita ansioso la distancia á los dos Polos para hallar las riquezas, que pierde muchas veces sin gozarlas con los inmensos trabajos de adquirirlas: rompe el avariento la fe debida al mas amigo, y sobre la division del tesoro mas pequeño toma las armas, olvidando deudo y obligaciones, y á fuego y sangre por la codicia humana atropellan los padres á los hijos, y los hijos á los padres; mátanse amigos con amigos, y las mugeres y maridos se persiguen, y acaban como se escribe de Erifile (1), que entregó á la muerte al suyo por la codicia de un collar de oro que habian prometido los Capitanes á quien le descubriese: pero ¿qué mucho? si es triunfo el interes de tantas vidas y de tantas honras; y lo bueno es que haciendo tan irreparables daños la superfluidad humana, no abrigan mas las ricas vestiduras que las vulgares y comunes, ni aposentan mejor los edificios dorados; ni los vasos de oro y plata son capaces de mas agua ú de mas vino que los de barro humil-

(1) Erifile fue muger de Ambrao Adivino.

mildes, ni las camas doradas de marfiles y maderas ricas dan mas sueño y ofrecen mas descanso; antes bien al contrario, en los lechos adornados de preciosas cubiertas, de olandas finas, de adornos ricos descansan desvelados los sentidos, y jamas el cuidado durmió quieto. Considera por tu vida el desvelo con que el gloton hace al apetito diferentes brindis con la invencion de nuevas comidas, con lo compuesto de diversas viandas, sin que se halle mas sustento en tanto gasto, pagando con cuidados é inquietudes el írseles la vida atenuando con las superfluidades con que alimentan los cuerpos; principio de diversas enfermedades que sin pensar les matan, siendo su apetito homicida de ellos mismos. ¿Y quién ponderará facilmente las luxurias que nacen de delicias tan diversas? Desdichas excusables de nuestro proceder errado, que entre fingidas apariencias de gustos breves consumen honras y vidas, que aunque al principio es facil la cura de los daños que causan, ¿quién halló remedio para enemigos tan forzosos si la continuacion del acto hizo costumbre al trato ilícito, al sensual acceso y al deleyte lascivo? Pasa adelante el daño; que á los hombres aun no les ponen freno semejantes locuras, tales corruptelas, tan fuertes pesadumbres: pervierte la superfluidad el uso ordinario de las cosas, oficiándolas á ministerios tan diversos de su reputacion primera, que casi no se conoce la principal para que se hicieron al principio. Los coches son ya camas de los desconcertados y regalones; y no contentos con que los criados les sirvan de hombres los cargan de las sillas que solo se hicieron para las quadras y aposentos, en que descansadamente hacen visitas, trasladando la noble naturaleza racional del desdi-

dichado que los sirve en el acto servil del bruto, en el oficio del caballo, y en la accion simple del jumento, en cuyos desdichados hombros, vosotros los deliciosos y lascivos, vais echados y contentos, teniendoos este siglo por los mas bien afortunados porque vais hechos cocheros de los hombres, que ya centauros de vuestro vil apetito, guian la carga por donde les manda vuestro gusto, hombres en el entenderos, y bestias en el serviros; lastimoso extremo de la pobreza miserable: exémplese en la púrpura esta mudanza de los ministerios usuales de las cosas, que siendo carne de un pescado diputada para el sustento, la trasladó el ingenio humano á tinta fina con que tienen real lucimiento el adorno de los mayores Príncipes, el lustre de la soberbia, el aplauso de la riqueza urbana: es sin duda que mudan los superfluos, que pervierten los lascivos la naturaleza de quanto Dios crió para una cosa sola. *Luc.* En la púrpura mal se verifica lo que dices, porque su carne no solo sirve para ordinaria comida, sino para lucida tintura, y aquesto sin violentar su ministerio, pues tiene aptitud para uno y otro. *Cyn.* ¿Negarásme que para teñir no fue criada inmediata y principalmente, y que violentada, tambien un jarro podrá servir de olla, cosa para que no se hizo? Esa es la accion que condeno, esa la agudeza que culpo: ahí cifro vuestras desventuras, cuyo número ¿quién bastará á contarle? quién podrá decir quan varias son? ¿quán grandes disgustos causan esos que teneis por gustos? y siendo así me culpas ásperamente porque no quiero participar de tantas infelicidades y miserias: yo, hermano, vivo como aquel modesto del convite, comiendo tan solamente las cosas que pide mi necesidad, no mi

mi apetito, y sin apetecer las varias uso de las provechosas, y porque me contento con haber menester pocas no tengo necesidad de usar de muchas; y si con esta parquedad juzgares mi vida por bestial y bárbara, segun tu opinion, en peligro estan los mismos Dioses de ser mucho peores que las bestias, pues de ninguna cosa criada necesitan: mas porque no caigas en yerro tan notable, y entiendas distintamente qué sea carecer de poco ó mucho para pasar la vida, en la de los mismos vivientes quiero ponerte el exemplo: considera de quantas mas cosas carecen los niños que los muchachos, las mugeres que los hombres, los enfermos que los sanos, y para decirlo todo, los inferiores que los superiores; y en esta orden los Dioses no han menester cosa alguna, y muy pocas los que se acercan mas á ellos; de suerte que los mejores han menester mucho menos. ¿Piensas que Hércules, el mejor de todos los de su edad, la fama de aquel siglo, el asombro de la mayor grandeza, y al fin el tenido de todos por hombre divino, por Dios famoso, era mas miserable y mas abatido y desechado que los otros cubiertos de púrpuras y joyas, quando andaba desnudo por el mundo solamente con una piel de leon, que para tenerla le costó el matarle, sin necesitar de vuestras superfluidades? quién duda que no era miserable, pues quitaba toda miseria á los que la padecian: ni era pobre, pues señoreaba quando queria la mar y la tierra, y tan valeroso en fin, que nadie pudo vencerle ni supo sujetarle, y ninguno igualó á la fuerza de su brazo mientras vivió en esta vida: necio serás si crees que le faltaron alfombras y tapetes, y que por falta de zapatos no los traia varon tan excelente: ¿quién se per-

persuadirá á tal disparate? Mas, era continente, era fuerte, y queria viviendo con aquella moderacion, con aquella parquedad librarse de los deleytes, que de ordinario acarrean superfluidades semejantes. Pues ¿qué diré de Theseo su discípulo? ¿No era Rey de los Atenienses, y segun opinion de muchos, hijo de Neptuno, y el mas fuerte de su edad, y con todo esto quiso andar sin zapatos y desnudo? Tenia por particular estimacion traer crecida la barba, y no cortar el cabello: lo mismo hacian todos los viejos ilustres; esplendores de la República, y adornos de la policía urbana: mas ¿qué mucho, si eran mejores que vosotros? Y así como un leon sufriera qualquiera de ellos afeytar el cabello, cortar la barba, y componerse tan deliciosamente como lo haceis vosotros. Porque semejantes delicias y aderezos, la blandura y lenidad de la carne, la lustrosa tez y color subido juzgaban solamente por decentes á las mugeres, queriendo ellos en todo parecer hombres: la barba crió la naturaleza para gala, atavio y adorno de la cara, bien así como en los leones las guedejas, y en los caballos las crines, poniendo Dios en aquel adorno cierta gracia con que esplendoriza en los vivientes tan necesario ornamento: á los que esto conocen tengo envidia, y á los tales quiero imitar, y no en ninguna manera á los hombres de este tiempo, que con el nombre de gloriosa felicidad tienen puesta la mayor suya en los manjares exquisitos, en los vestidos preciosos, en el pulimiento y afeyte de los cuerpos, sin que ninguna de sus partes dexen sin alterar en ella el orden de la naturaleza, queriendo ser emiendas de su acertada providencia, de su disposicion divina. Poco por cierto se me daria de que mis pies diferencia-

ciasen nada de los de los caballos, bien así como dicen que los tenia Quiron Centauro; y tendria por felicidad suma no necesitar de alhajas, de ricas sedas, de costosos estambres, como no las han menester los leones, ni quisiera gustar manjares mas exquisitos que los perros: ¿y qué dicha mayor que me sucediese demas de esto que qualquiera tierra me sirva de cama? Que tenga por posada aqueste mundo, sin distincion de comodidades ó estrechezas, que mi eleccion se ciña con los mas ordinarios bastimentos, con las comidas vulgares que sin cansancio ó gasto se hallan donde quiera, que mis deseos jamas se alarguen al oro ni á la plata, pareciéndose á mi natural todos los de mis amigos; pues es sin duda que la insaciable codicia de los metales, el deseo de los mas ricos tesoros originan en el mundo todos los males que siguen á los hombres; ¿qué principio sin este tienen las guerras? ¿qué causa los engaños? ¿qué ocasion las muertes y traiciones? Todos nacen sin duda de la codicia de aquestas cosas ricas y preciosas; fuente caudalosa que aunque de mas aguas se llene, mas desea; enfermedad contagiosa de que ya, gracias al cielo, me veo libre, pues no apetezco mas de lo que me basta, y quando tenga menos, lo sé llevar con pecho sosegado, apartándome en todo del parecer del vulgo; y así no hay que espantar que diferencie en el hábito de aquellos de quien me aparto totalmente en el aprecio de estas locuras y vanidades: sí bien es sin duda que me admiro grandemente de tu prudencia, pues aplicando en el mundo al tañedor de la arpa su propio vestido y trage, su aderezo al tamborilero, y su adorno particular al comediante, al buen varon no le atribuyas ropa propia, ni vestido con-

conveniente, sino que pienses que ha de traer, siendo bueno, el mismo del vulgo, con parecer tan malo: y si forzado de este argumento fuerte quisieres buscar atavio para el buen adorno, propio para el grave, ¿quál hallarás mas decente que este mio? pues por lo que parece vergonzoso á los superfluos, por lo que le abominan los deliciosos, es muy á propósito para los virtuosos y nobles: mi suprema compostura (ó hermano) consiste en ser mugriento y velloso, en cubrirme con esta capa vieja y rota, traer el cabello largo, y en el andar sin zapatos: la vuestra no en nada de esto, y muy semejante en todo á la de los mozuelos deshonestos y libres, peste de las repúblicas, y podre de las ciudades; pues no le será posible al mas mirado conoceros entre los tales, y diferenciaros de ellos, ni en los aderezos, ni en la ternura y delicias, en el color de los vestidos, en el número de las camisas, en las valonas ricas, aseado calzado, cuidadoso cabello, y olor lascivo, porque en todo sois unos con esotros; y lo peor es que teneis por dicha sobrada el parecerles é imitarles. Así vivas que me digas ¿qué se podrá decir de un honesto quando huele como los lascivos, y de un hombre robusto y fuerte quando se trata como los rapaces afeminados y torpes? Pues ¿qué se dirá de vosotros quando en el trage sois unos? Ni sufris mas trabajos que ellos, ni gozais menos de los deleytes; las mismas cosas comeis, del mismo modo dormis, y así como ellos andais, si acaso quereis andar; que hasta en accion tan necesaria han querido desmentir la naturaleza los deliciosos y regalones; pues andais llevados como cargas sobre bestias, ó sobre hombres; igualando la adulacion y el poder extremos que pu-
so

so tan distantes el Criador de individuos tan diversos. Yo sí que vivo de otra manera: llévanme mis pies adonde quiere mi voluntad, sin pender mi alvedrio de accion ó gusto ageno (prision intolerable de la grandeza): soy valiente contra el frio, y defiéndome del calor sin mas reparos que yo mismo, teniendo valor para lo adverso, y cordura para lo próspero; y esto todo porque tengo lo que vosotros juzgais en mí por miserable: mas vosotros en esa negra felicidad vuestra con estado ninguno estais contentos; de mucho os disgustais, y de todo os arrepentis: lo presente no lo podeis sufrir, lo pasado deseais, en el invierno el verano, en el verano el invierno: quando teneis calor buscais el frio, y aqueste os cansa quando quereis el calor, bien así como enfermos, desabridos y malcontentos, pues lo que hace en ellos la enfermedad viene á hacer en vosotros la costumbre; y siendo aquesto así juzgais por conveniente procurar reducirnos á vuestra vida, y corromper la candidez de la nuestra con la depravacion de tantos vicios, siendo tan mal consultado quanto haceis, y tan poco advertido quanto determinais; pues aun en los negocios que mas os tocan no obrais con juicio libre, ni con razon acertada, sino guiados de la codicia, y forzados de vuestras pasiones, con que haceis notables desaciertos: qué bien ponderaba vuestro culpable natural un docto que os figuraba en el desdichado que llevado de la fuerza de impetuoso rio va forzado adonde le lleva el raudal furioso sin poder valerse contra la corriente de las aguas; así vosotros, entregados al diluvio de los vicios, con general inundacion de las virtudes, destruicion del discurso mas acertado, y pérdida de la razon mas sólida, os llevan entre es-

collos peligrosos á la perdicion eterna: verdaderamente os pasa á vosotros lo mismo que al que corriendo un caballo desbocado va sin poder detenerle, ni sin atreverse á dexarle, adonde la furia del animal le lleva, sujeto á caida irreparable, que si al tal le preguntasen enmedio de la carrera adonde ha de acabarla, responderá sin duda que adonde quisiere aquel caballo: ansí á vosotros, si os preguntasen en la carrera de vuestros vicios adonde habeis de acabarla, y adonde vais en ella, si respondiéredes verdad (virtud que se halla poco en sensuales y libres) direis que adonde quisieren los afectos en que correis, el deleyte, la ambicion, el logro, la ganancia, la ira, el miedo, y otros caballos de esta manera en quien pasais la carrera de esta vida; que los poderosos diferencian en ella los caballos, ya en este, y ya en aquel, si bien todos furiosos y desbocados, y que os llevan al último precipicio, sin saber, aunque correis con peligro, que habeis de caer, hasta el punto que caeis; castigo de los que no miran como corren: gracias á esta mi capa raida, de que vosotros burlais; gracias otra vez á este mi vestido humilde, á esta mal compuesta barba, á este vil desprecio, pues tienen tanta fuerza que librándome de peligros tan conocidos me conducen vida quieta y sosegada, y me dexan señor de mis acciones, administrador libre de mí mismo, excelencia superior del hombre con quien trato, con los que me dan gusto habito: por quien finalmente ninguno de los necios é indoctos se atreve á llegarse donde llego, siendo separacion total de los delicados y lascivos, á quien la virtud, recato y modestia sirven de conocida ofensa, siendo incentivo de los virtuosos y modestos, que deseosos de tratarme, continua-

mente me buscan, teniéndose por dichosos con mi exemplo, mi erudicion y doctrina: á estos amo, á estos estimo, con la conversacion de los tales me deleyto, viviendo ageno de reverenciar á los soberbios, que con verse llamar hombres piensan que han llegado á la suma perfeccion humana. Por viles despojos tengo las coronas doradas, la altivez necia y el fausto mas estimado: antepongo lo humilde de mi vestido á la mas preciosa púrpura, y ríome grandemente de los viciosos que la gastan, teniendo por felicidades mis pobrezas, y por dicha sobrada la decencia de mi hábito, que porque no le vituperes y escarnezcas, y le juzgues decente, no solo para los hombres virtuosos, sino para los Dioses inmortales, mira atentamente sus grandiosas estatuas, sus soberanas ideas, y hallarás que mas que á vosotros me son á mí semejantes: contempla con atencion, no sólo en los templos de los griegos (adonde la perfeccion halló su esfera) sino en las capillas de los mas incultos bárbaros, y mira si dibuxan ó esculpen á las imágenes sagradas con la barba y cabello crecidos como el mio, ó cortado á navaja, igualado á punta de tixera, rizado y compuesto como le traeis vosotros: y á fe que no halles en aquellos divinos exemplares términos lascivos, deliciosos, ni trages libres; antes verás muchos de ellos desnudos, qual yo ando ahora, para que temas con exemplos tan auténticos, con demostraciones tan claras culpar de aquí adelante la honestidad de mis costumbres, la humildad de mis vestidos, pues como ellos los traian los Dioses inmortales.

DIA-

DIÁLOGO II.

EL GALLO DE LUCIANO.

ARGUMENTO.

Graciosamente reprehende Luciano la doctrina de Pitágoras, burla de sus preceptos y observancias, introduciéndole en las varias formas en que él mismo enseñaba la mutacion de las almas para informar diversos cuerpos, culpa por sumamente necia semejante locura, reprehendiendo los excesos y vicios de los filósofos que la seguian: con esta ocasion discurre por todo estado doctamente, pintando sus penas, sus cuidados y gustos: condena á las riquezas por la mayor desdicha, por los desvelos que causan, y los trabajos que cuestan el adquirirse y conservarse: á los pobres los admira por felicísimos, por la quietud con que viven: reprehende ásperamente á los arrogantes y soberbios, y á los que de humildes principios mudan el natural los puestos grandes: retrata al vivo la vida de los avarientos, que entre inquietudes eternas no llegan á ser dueños de los tesoros que ajuntaron con pesares y desvelos: introduce á Gallo y á Mycilo; y da doctrina provechosa á todos estados.

MYCILO Y GALLO.

Mycilo. Mal hayas tú, Gallo perverso, el mismo Júpiter te acabe, pues no quieres dexar tu invidia ni tus gritos: mal hayas tú mil veces, inquietador de mi descanso, que ahora con tu voz aguda y penetrante me quitaste de un dulcísimo sueño, en que dormido en mi cama gozaba de

mil

mil tesoros y riquezas, y de una felicidad admirable: ¡ó traidor invidioso! que porque no gozase tantos bienes me despertaste con tu cacarear vocinglero, y atronándome de fuerte los oidos, que no te pudo sufrir el sueño que dulzuraba mi imaginacion con tales demostraciones: maldito seas, que aun de noche en la cama no puedo huir de tu persecucion enfadosa, ni de la pobreza que me sigue, que si he de decir verdad, me hace harto mas daño con su ordinario tormento que tú me has hecho con el dulce sueño que me quitaste, por mas que me regalaba y enriquecia, ¿quién te hizo cantar tan de mañana? porque si no me engaña el silencio de la noche, la quietud en que todo descansa, y lo poco que me divierte el frio (que aunque comienzo á sentirlo, regla para mí certísima de que no tardará el dia) no parece que está muy cerca la mañana, antes bien pienso que no es la media noche: mira, inquietador agudo, si has madrugado poco. Pues aunque estuvieras guardando el vellocino de Colcos, ni veláras tanto, ni estuvieras toda la noche dando voces y gritos: mas yo te certifico que no vaya sin premio tu cuidado, y que no te has de ir alabando del pesar que me has hecho, que yo te castigaré en amaneciendo, de manera que te acuerdes de la mala noche que me has dado; dexa llegue la luz del venidero dia, y entonces que no te defenderán estas tinieblas, yo me vengaré bastantemente. *Gall.* Señor Mycilo, menos cólera, así vivas, que en verdad que pensé yo que te hacia un gran servicio en despertarte tan temprano y prevenir la luz del dia, para que levantándote antes que amaneciese, pudieses mas trabajar y hacer mas obra; porque si antes que saliera el sol hubieras hecho siquiera unas chinelas, claro está que tendrias mas tiempo para ganar de comer de aquí á la noche: mas si tú no quieres esta comodidad, y la dexas por el sueño, duerme quanto quisieres, que yo me haré mas mudo que los peces por no inquietarte, y despues á tu cuenta quedará buscar el ordinario sustento, y quando no tengas con qué comprarle echarás de ver lo que es hallarte rico durmiendo, y despierto muerto de hambre. *Myc.* ¡O poderoso Júpiter! ¡ó defensor de las desgracias, Hércules! ¿á quién no admira novedad tan desusada? ¿qué querrá significar este prodigio? ¿el Gallo hablar con voz humana? ¿qué causa tendrá esta verdad, Deidades santas? *Gall.* ¿De qué te espantas, Mycilo? ¿Cómo te parece aquesta monstruosa maravilla, si hablo la misma lengua que vosotros? *Myc.* Por eso mismo me espanto. ¿Pues qué monstruosidad mas espantable? ¡O Dioses soberanos! O Deidades inmensas, apartad tan grande mal de los mortales. *Gall.* Pardiez, Mycilo, que en tus dudas y temores muestras ser demasiadamente rudo, y bastantemente idiota, porque si hubieras leido la Poesia de Homero supieras que Xanto, aquel famoso caballo de Aquiles, olvidando el relinchar como los otros de su género, enmedio de la batalla empezó á hablar con elegantes versos, no como tú me oyes agora hablar en prosa, cosa tan facil y sabida: y porque no te espantes de esto, sabe tambien que así caballo como era, como el mayor oráculo adivinaba y predecia milagrosos sucesos, cosas no sucedidas ni pensadas, y con ser esto tan raro no se tenia entonces por monstruosidad ni por milagro, ni los que lo oian invocaban á los Dioses, ni impetraban el auxîlio de los defensores de los males, como agora lo haces temeroso, pareciéndote que has visto una cosa abo-

abominable, nunca vista ni oida de hombres. Pues dime por tu vida, quando te espantas de oirme, ¿qué hicieras si oyeras hablar á la quilla de aquella celebrada nave á quien llama Homero Argos, y que la oyeron tantas veces en los pasados tiempos? ¿Y en la selva Dodonea, un fago (arbol conocido en nuestra tierra) hablando él mismo no pronunció un oráculo? ¿Qué fuera si vieras un animal partido andar arrastrando cada pedazo por el suelo, ó mugir la carne de los bueyes, estando puesta en el asador y medio asada? Pardiez que allí habia de ser el temer, Mycilo amigo: mas si tú sabes que yo soy compañero de Mercurio, el mas fecundo decidor de los Dioses inmortales, y que jamas dexo su lado, y juntamente con esto vivo en las casas de los hombres, ocupado en vuestros mismos exercicios, y con el mismo género de vida: ¿por qué te has de maravillar que haya aprendido el estilo de hablar humano, y que haga las mismas cosas que he visto hacer tantas veces? Mas porque no te suspendan estas dudas, si tú me prometes callar lo que te dixere, muy facil me será decirte la causa principal porque hablo la lengua que vosotros, é imito vuestro copioso idioma, y sabrás de adonde me ha procedido esta facultad de eloqüencia. *Myc.* Yo te prometo el mayor secreto del mundo, con condicion que esto mismo que conmigo estas hablando no sea tambien sueño, que yo, Gallo amigo, pienso que no estoy despierto; y si lo estoy, y es cierto que te oigo, por Mercurio te ruego que me digas la causa de esta maravilla, y no te fatigue pensar que he de decir lo que te oyere, ni me ruegues que lo calle, que el mismo suceso te quitará ese cuidado, porque yo te ruego que me digas ¿quién es el que dará fe á mis palabras si yo quisiese decir

cir que he oido hablar á un Gallo? Mira si por lo bien que me está callaré eternamente tu secreto. *Gall.* Pues estame atento, y oirás de mí el mas nuevo caso, el mas admirable prodigio que jamas oiste. Sabe, amigo Mycilo, que yo que agora te parezco Gallo, no ha mucho tiempo que fui hombre. *Myc.* Cierto que me acuerdo agora haber oido que en los pasados tiempos habia sucedido otra vez esta desusada maravilla, y que un cierto mancebo se habia transformado en gallo, y habia sido muy querido del Dios Marte: acompañábale siempre, comia y bebia á su mesma mesa, y aun era cubierta de sus gustos: decian entonces que le fiaba el Dios Guerrero sus secretos, y que quando iba á visitar á Venus le llevaba consigo para que le avisase quando saliese el sol, porque Marte se temia de que si Apolo le veia con Venus desde lo alto de su cielo quando se levantase á su ordinaria jornada, habia de descubrir su amor al Dios Vulcano, y por dormir seguro con la dama le guardaba la puerta este mancebo para que antes del dia le avisase, y él se fuese sin que el sol pudiese verle. Sucedió que un dia el Gallo, olvidado de hacer su guardia, se quedó dormido, quando Venus y Marte confiados en su acostumbrada diligencia se entretenian descuidados: salió el sol, y descubriendo á la luz de sus divinos esplendores los dormidos Dioses, y viendo sepultado en sueño el guarda en quien se confiaban para gozar sus deleytes, quedó tan público el caso por el cielo, que vino á saberle el ofendido Vulcano, y cogió á los adúlteros en la red sutil que para vengar su agravio habia ingeniosamente fabricado: corrido Marte del suceso, y rotos los lazos sutiles del Herrero, solo le quedó para venganza la indignacion justificada contra el Gallo, pues

pues por su descuido sufrió tamaña afrenta, y ayrado le transformó en ave de su nombre, armándole de su celada misma, que no es otra cosa la cresta con que adorna la cabeza: de este cruel castigo nace la costumbre que teneis todos vosotros; pues pensando agradar á Marte, y disculpar el pasado descuido (como si agora aprovechara, ó se pudiera remediar el daño hecho) mucho antes que salga el sol anunciais á grandes voces su venida; necedad que descubre mas el primer yerro, y ruido de quien se ofende el sueño mas reposado. *Gall.* Ansí es que se dicen esas cosas, Mycilo amigo; mas la que yo te contaré es muy diferente de esa: sabe que ha muy poco que soy Gallo. *Myc.* Dime por tu vida quánto, y de qué suerte lo fuiste, porque deseo saberlo. *Gall.* ¿Has oido acaso hablar de un Pitágoras, hijo de Mnesarco Samio? *Myc.* ¿Aquel sofista famoso? ¿Aquel que mandó que nadie gustase carne, ni comiese habas, desterrando de la mesa un mantenimiento el mas gustoso para mí de quantos hay en la tierra, porque sabe bien, y cuesta poco? ¿Aquel que persuadia á los hombres á que no hablasen en cinco años si querian saber las ciencias que enseñaba? *Gall.* Ese mismo: y tambien creo que sabrás, pues le conoces, que primero que Pitágoras, se llamó Euphorbo. *Myc.* Ese dicen que fue un embaidor, un maestro de engaños, un embaucador famoso. *Gall.* Pardiez bueno; y ese mismo Pitágoras soy yo aquí donde me escuchas: por cierto que me tratas bien en mi presencia: ansí vivas que no quieras injuriarme, pues quando yo no estuviera presente, no fuera lícito, no sabiendo la honestidad de mis costumbres, ni los valores de que soy dotado. *Myc.* Pardiez vas amontonando tantas novedades, que esta última

m

me parece mas monstruosa que la primera: ¿quién jamas vió Gallo filósofo? ¿quién filósofo Gallo? Mas sea de aquesto lo que fuere, declárame (ó hijo de Mnesarco) ¿cómo ha sido posible que de hombre te hayas transformado en ave, y de Samio en Tanagreo? Porque cosas tan nuevas en la tierra, que aun á la misma naturaleza fueran dificilísimas, no pueden creerse facilmente, y quando fuesen verdades, dos cosas que agora he mirado en tu mutacion me las hicieran dificultosas. *Gall.* ¿Quáles, ansí vivas? *Myc.* Lo primero, te admiro de muy parlero decidor y entretenido, habiendo Pitágoras dexado por principal precepto de su doctrina (si me dexa acordar la novedad que veo) que sus discípulos guardasen cinco años silencio; ley contraria harto al natural que en tí conozco: pues no lo es menos la segunda dispensacion con que transgresas sus leyes; porque no teniendo ayer qué darte para que comieses te eché unas habas (bien te acuerdas) y tú las comiste todas, sin reparar en el rigor con que siendo Pitágoras las prohibias: de adonde colijo claro, ó que tú no eres Pitágoras, ó si lo eres, como dices, has violado tu ley, y rompido tu precepto por el apetito corto de unas habas; pecado tan grande en tu estimacion primera, que lo castigáras como si te hubieras comido la cabeza de tu padre. *Gall.* Ay, Mycilo amigo, y qué poco conoces la causa de estas mudanzas, y qué mal supieras acomodar á cada género de vida lo conveniente para conservarla si tú ajustáras las disposiciones del gobierno político, adonde con cada cuento es fuerza mudar estilo; manca dexáras la república, amigo: entonces no comia habas porque era filósofo, y agora las como por ser gallo; que lo que entonces era gusto y apetito,

 es

es agora necesidad y fuerza: esto es mantenimiento necesario para los gallos, porque engordan si le comen, y es excusable á los filósofos, porque importa poco que le coman: mas dexando estos secretos, que entiendes poco y te aprovechan menos, escúchame por tu vida (si es que no te cansa oirme) de qué manera vine á ser lo que soy siendo Pitágoras; sabrás diversidad admirable de géneros de vida en que he cursado la mia, y lo que de cada una de estas transformaciones he alcanzado. *Myc.* Cuéntalo, ansí goces otras tantas, Gallo amigo, porque me holgaré de oir cosas tan nuevas, no lo dudes: de tal gana te escucho, que si me dieran á escoger el oirte, ó volver al dulce sueño con que quando me despertaste dulzuraba la imaginacion y el alma, estoy dudoso qual de estos dos gustos escogiera, porque me parecen las mismas estas cosas que me dices que aquellas que yo soñaba, aunque te estimo á tí en mucho mas sin comparacion que al sueño. *Gall.* ¿Ahí te vuelves, Mycilo? ¿Aun no has perdido la memoria de aquel sueño? Olvida esos vanos simulacros que ha poco que repetias contigo, pues sigue tu imaginacion una falible sombra de felicidad imaginada. *Myc.* Bueno es eso, quando tengo yo por imposible olvidarme de aquella vision que me entretenia y recreaba: tanta fue la dulzura, tanto el gusto, tan sin igual el deleyte, que apartándose de mí aquel sueño, me dexó en los ojos (miel sin duda dulcísima) que no puedo cerrar las pestañas, ni detener á los ojos que no se cierren, por gozar segunda vez de sueño tan suave. ¿No has visto romper los ayres á la ligereza de las plumas, que el mismo contento de verse llevar á todas partes las alienta para medir mayor distancia? Pues tal á mí la suavidad de la ri-que-

queza vista, que me anima á desearla ver de nuevo. *Gall.* Por Hércules te juro que es nuevo amor de sueño el que me cuentas: porque si es verdad que el sueño vuela, y tiene alas y término determinado, de adonde no puede pasar (segun se dice) ¿cómo es posible que en tí salga agora de sus conocidos límites, aposentándose en tus ojos despiertos, y estando tú sin él, viva contigo y te aprisione dulcemente? Confiésote que deseo que me cuentes lo que viste soñando, para disculpar lo mucho que deseas verte dormido. *Myc.* A fe que estoy yo rabiando por decírtelo, porque no hay cosa mas dulce que renovar la memoria con tal dicha, diciéndola muchas veces: mas con todo eso quiero saber primero quando has de contarme tú aquellas transformaciones, que no deseo menos saberlas que volver á dormirme. *Gall.* Contarlas he, amigo mio, quando tú hayas despertado de ese sueño, y te hayas limpiado los ojos de la miel que te los cubre y de la dulzura que te los adùerme. Dí tú enmientras las cosas que soñabas, porque quiero saber si este tu sueño entró por la puerta de marfil ó la de cuerno. *Myc.* Ni por esa, ni esotra. *Gall.* Pues solo de estas dos hace mencion Homero, que son las forzosas para que el sueño entre á ocupar el hombre. *Myc.* Déxale por tu vida á ese burlador Poeta, porque de los sueños supo mucho menos que el hombre mas ignorante: los sueños pobres y mendígos entrarán (si entra alguno por ellas) por las puertas de marfil ó cuerno que dice Homero; y de sueños tales serian los que él veia, y aun no los veria bien, porque era ciego: mas á mí vínome este sueño dulcísimo por unas ricas puertas de oro, y él era sueño de oro, todo adornado de oro y lleno de oro. *Gall.* Paso segundo Midas, no arrojes tan-

tantas fábulas doradas, que ya entiendo que vino el sueño cortado á la medida de tu deseo insaciable; y ansí traeria innumerables minas de oro. *Myc.* ¿De qué te maravillas, Pitágoras? porque es muy grande la suma de oro que dormido he visto: ¡ay Dios qué lindo! ¿cómo te diré su gallardia? ¿quién pintára su hermosura? ¿con qué bellos esplendores se mostraba brillante? ¿qué es lo que dice Pindaro en alabanza del oro? Dilo tú, si se te acuerda, y con su autoridad entenderás mi sueño: bien te acuerdas que prefiere el agua á quanto se ve criado, y que al agua prefiere el oro, confesando la admiracion que le causa su valor y su belleza: hallaráslo en el principio de un elegante verso suyo. *Gall.* ¿Será aqueste por ventura?

El agua es excelente, pero el oro
Luz da á la noche, y como el fuego alumbra,
Siendo el mejor de todos los metales.

Myc. Por Júpiter que es aquese el verso que buscaba, y que del todo se me habia olvidado; mira si engrandece Pindaro al oro como si con sus ojos hubiera visto mi sueño: y porque deseas saberle, estáme atento, Gallo amigo: bien te acordarás que ayer no comí ni cené en casa, porque Eucrates, aquel hombre rico, acaso me encontró en el mercado, y me dixo que despues de lavado de la inmundicia de mi oficio de zapatero me fuese á comer con él. *Gall.* Y cómo que se me acuerda; y aun por mas señas, que estuve muerto de hambre todo el dia, hasta que ya muy tarde volviste á casa borracho, y por gran cosa, despues de dudarlo muchas veces, y de no acertar á hacerlo muchísimas, me echaste solamente cinco habas, cena muy limitada para un Gallo, y mas para Gallo que en los pasados tiempos fue luchador valiente, y alcanzó gloriosas victorias en

en los juegos Olímpicos. *Myc.* Pues despues que vine de ser huesped y de haberte echado á tí las cinco habas que dices, me fuí á la cama, adonde al punto me quedé dormido, y en lo mas dulce del sueño, bien ansí como pinta Homero, me pareció que sabrosamente me enagenaba de mí mismo una suspension tan dulce, que á la divina ambrosía, mantenimiento suave de los Dioses, juzgára en su comparacion por amarga y desabrida. *Gall.* Dulcísima suspension por cierto: mas antes que me la expliques quiero que me cuentes, Mycilo amigo, lo que te sucedió en casa de Eucrates, qué comistes y cenastes, y qué sucesos se siguieron á tan espléndido convite. *Myc.* ¿Ahora he de volver de nuevo á decir con esa particularidad quanto pasamos? *Gall.* Acaba, ansí vivas, pues no es de mucha pesadumbre que vuelvas á cenar con el deseo, y que lo que allí comiste rumies ahora con la memoria de haberlo comido. *Myc.* Yo por no enfadarte lo callaba; mas, pues gustas que lo diga, diréte quanto pasó de buena gana. Has de saber que en mi vida habia cenado á la mesa de hombre rico, y ansí deseaba hallarme en aquellos soberbios aparatos, abundantes comidas y deliciosos regalos: ayer quiso mi buena suerte que se me cumpliese aquesto que deseaba: topé con Eucrates, saludéle como suelo, llamándole señor con mucha cortesia; díle camino para que prosiguiese el que llevaba, quedándome un poco atras parado por no darle empacho con la pobreza de mis rotos y no muy limpios vestidos. Pasó por mí riéndose, y llamándome me dixo que aquel dia celebraba la fiesta del nacimiento de su hija, y que habia convidado para cenar á todos sus amigos, y que porque le habian dicho que uno de ellos habia caido en-

enfermo, y no podia hallarse en el convite, gustaria que yo ocupase su asiento, y me hallase en la fiesta; y ansí podrás, decia él, ir á lavarte, Mycilo amigo, para que comas con nosotros, si ya no es que el convidado enfermo se halle para venir de aquí á la hora señalada, porque en tal caso no podremos excusarle, y tú no serás menester si el otro viene. Adoré á Eucatres humilde con mil sumisiones y alabanzas por la merced que me hacia, y despedido de él fuí á apercebirme, rogando á todos los Dioses que sobre aquel enfermo (cuyo substituto habia de ser yo en la cena) enviasen algun dolor de costado, ó una calentura ardiente que lo detuviese en su casa, y el mal de la gota que le estorbase el ir á la agena. Mil siglos se me hicieron las horas que pasaban desde que me convidó Eucrates hasta la en que me lavé para la cena: no apartaba los ojos de la mano del relox, y aunque mas se movia, la juzgaba mi deseo sin movimiento alguno. Al fin quando me pareció que los convidados se habrian lavado hice yo lo mismo, porque ya sabes que sin esta diligencia y prevencion forzosa no pueden comer los griegos en los convites públicos, aderezándome lo mas limpiamente que me fue posible, cubriéndome de tal manera con mi capa, que solo se viese la parte menos raida y mas limpia: salgo de casa á paso llano, y voyme en busca de Eucrates: hallé á su puerta muchos convidados, y entre ellos (¡ó gran desgracia!) al enfermo por quien iba yo al convite, que le llevaban quatro hombres, por no atreverse á andar solo por sus males, bien conocidos en su flaqueza y semblante; porque se quejaba mucho, tosia y escupia de ordinario; de ninguna manera podia tenerse en sus pies; tan amarillo é hinchado, que era lástima; y sobre tantos achaques, viejo de casi sesenta años. Decian que era un singular filósofo de estos habladores antiguos, que se desvelan en perseguir y enloquecer los mancebos con disputas sofisticas y con palabras vanas: la barba tenia muy trágica, ancha, y acabronada en lo ralo y lo crecido, y que necesitaba harto mas de una navaja que su dueño de fiestas y convites. Todos le culparon de que con tan poca salud se atreviese á aquel exceso: y el Médico Archibio le reprehendió con aspereza porque estando tan mal dispuesto, flaco y descolorido habia dexado su casa. Que no era honesto á un filósofo, respondió, dexar de cumplir lo que prometia aunque mil enfermedades le fatigasen y persiguiesen; añadiendo, que si él no viniera á la fiesta pensára Eucrates que hacia burla de su amistad, y tuviera queja de él. No tuviera por cierto, le respondí yo, si va á decir verdad, muy enfadado de que hubiese venido; antes te engrandeciera de discreto, si, estando como estás, esperáras la muerte á solas en tu casa, y no venir á morirte á la suya con esos dolores, flemas y gemidos, con que al parecer rindes el alma. Poco caso hizo de esto el filósofo convidado, dando á entender que no me oia con aquella su hinchazon y soberbia; que los arrogantes, los ricos y los soberbios no advierten á las mas delicadas sentencias de los pobres, á los mas agudos dichos de los necesitados y menesterosos, aunque se desvelan harto en culparles las acciones y perseguirles. No mucho despues de aquesto vino Eucrates, y viendo á Tesmofilo (que ansí se llamaba el enfermo convidado) se llegó á él con mil alegrias de que le viniese á honrar su fiesta, y le dixo que le agradecia mucho el cuidado con que habia venido, aun-

aunque le pesaba de que su regocijo hubiese sido causa de la pena con que habia llegado afligido de achaques tan continuos, que ya quisiera que lo hubiera excusado, pues sin tanto trabajo gozára en su casa de la fiesta, pues ya tenia dada orden que le enviasen su parte de quantas viandas se sirviesen: y con esto se entró adentro llevando al filósofo de la mano, que sustentado en los criados que allí le habian traido, iba quejándose. Yo que determinaba ya volverme viendo que habia venido mi propietario, no queria entrar en la casa, quando Eucrates, despues de haber dudado un poco para determinarse, me llamó que entrase á cenar con ellos, quizá de lástima de verme quedar triste, porque no lo estaba poco viendo mis deseos sin efecto. Excusábame yo humilde con aquellos ordinarios cumplimientos que suelen tener todos para que les rueguen lo que ellos mismos desean, que ya estaba el número de los convidados lleno, que ya habia venido el que faltaba, en cuyo lugar fui yo llamado, y otras cosas á este modo: mas Eucrates replicó á todas cortesanamente, diciendo que, porque yo me acomodase, haria que su hijo cenase allá dentro con su madre, para que yo en su lugar llenase el número: porque ya sabes, Gallo amigo, que entre nosotros hay reglas que disponen los convites, y de ellas no es lícito faltar por cosa alguna: con esto entré yo entre todos, si bien te confieso que avergonzado y corrido por lo que notarian los demas el ver que por mi respeto faltase el hijo de Eucrates de la mesa: mas siendo gusto del padre fue forzoso obedecer, y no volverme, como muchas veces quise. Avisaron que era hora de sentarnos á la mesa, y lo primero de todo tomaron cinco fuertes mancebos al filósofo enfermo, y acomo-

modáronle en su asiento (tal estaba que no podia tomarle), y fatigado y doloroso le pusieron muchas almohadas y aciricos para que mejor se acomodase. Fueron tomando los convidados sus asientos, y todos huian de dar al enfermo el lado, y ansí fue forzoso que yo ocupase el suyo con harto disgusto mio. Empezóse la cena suntuosamente: varias y bien compuestas viandas, muchas bagillas de oro y plata, galanes, pages y criados, dulcísimas músicas, y acordes instrumentos: llenóse de truanes y baylarines la sala, que con mil agudezas é invenciones divertian y entretenian el tiempo: grandiosa fue la comida, espléndido el aparato, y de notable lucimiento: solo para mí era muerte quanto habia; todo me daba pena y me enfadaba, y á fe que diera entonces por mi retiramiento y mi pobreza quanta riqueza allí deseaba para mia: no tienen mas instabilidad las felicidades de los hombres: mira quanto deseaba la esplendidez de la mesa de un poderoso: pues apenas me vi en ella quando hallé enfados que me robasen el gusto y matasen el deseo. Aquel enfermo enfadoso que me dieron por compañero me causaba estos disgustos; porque de todo estaba murmurando, sin que cosa disimulase, ni le pareciese buena: sobre cada vianda filosofaba una hora, sacando diferentes virtudes y daños del mas pequeño simple: de esto pasó á las cosas de su ciencia, formando silogismos y figuras, y contradiciendo negaciones é instancias, como si la mesa fuera la escuela mas llena de filósofos, y él hubiera de ganar opinion con tales disparates: ya me argüia que la noche era dia, y que el dia era noche: decia que me probaria que traia cuernos mi frente, y que las de los carneros no los tenian; y de estas pasaba á otras mayores necedades con

 que

que me atormentaba, sin dexarme atender á tantas cosas de gusto como allí se habian fundado, porque me hallaba necesitado á responderle y advertirle: porque quando yo de industria me descuidaba, él me advertia tan enfadosamente que no me dexaba gozar de tanta fiesta; y ansí me parecia todo quanto allí habia tormento y muerte: porque el estar á disgusto en un grande regocijo acabará la vida al que desea gozarle sin tan pesadas pensiones. Acabóse la cena; fin bien deseado de mi enfado, hallándole yo tan grande en lo que deseaba por alivio. Ves aquí, Gallo amigo, el suceso de mi convite, y el fin de tan deseada cena. *Gall.* No la juzgo por muy dulce despues que te considero disgustado con la compañia de viejo tan impertinente: válgame el cielo, y que cansado te levantarias. *Myc.* Notablemente: mas escucha ahora el sueño, para que con su dulzura olvides la pena que te habrá dado cena tan enfadosa. Parecióme que veia delante de mí al mismo Eucrates, que apresuradamente se moria del dolor que le habia dado el enterrar á sus hijos poco antes, y que quando estaba agonizando me llamaba de prisa, y haciéndome heredero de sus muchas riquezas, el firmar el testamento y rendir el alma habia sucedido junto: pareciame que alegre entraba en la posesion de sus tesoros, y que traia á mi casa tanta plata y oro que no podia numerarse, porque de unas canastas en que se mudaba manaba cantidad innumerable: hallábame señor de sus preciosas alhajas, vestidos, mesas, vasos, esclavos y bagillas, y de quanto precioso y humilde él antes era dueño. Pareciame que aplaudido de todos era generalmente servido y estimado, y que puesto en un carro triunfal, rico y costoso, ponia admiracion y respeto á los

los que me veian ir en tanta felicidad, en tanto triunfo: tenia por cierto que me seguian innumerables gentes, y que por hacerme fiesta y darme gusto me festejaban con mil invenciones y festines los de á pie y de á caballo, siendo los que me servian y acompañaban crecido número; y que yo grave y soberbio, adornado de preciosas vestiduras, pisando brocados y riquezas, teniendo puestos mas de diez y seis anillos, lo miraba todo sin mudar semblante, ni mostrarme alegre ó triste, mandando apercebir comidas suntuosas para que se regalasen mis amigos. Y como quanto se sueña se representa á la imaginacion en un instante, ya veia las mesas llenas de viandas diferentes, servidas con bagillas ricas, y familia numerosa, ya á los convidados juntos, ya empezadas fiestas, danzas y saraos, y ya finalmente á todos comiendo alegres: brindábase amenudo, mudábanse platos, aumentábanse servicios, y ya la música agradable ó la conversacion gustosa alargaba la mesa, y divertia de penas y cuidados: y estando yo en esta gloria, brindando á unos, y entreteniéndome todos, quando las copas de oro corrian mas bocas, y entraban los postres á poner límite á tantas superfluidades y demasias, veniste tú, ó Gallo amigo, y con importunas voces turbaste el convite, hiciste callar los instrumentos, enmudeciste la música, derribaste las mesas, desterraste los criados, y de tal manera hiciste desaparecer tantas delicias y riquezas, que despertándome se me tornaron viento, se volvieron ayre. Mira ahora si es aquesta ocasion bastante para enojarme contigo, ó ladron de mi regalo, ó hurto de mi riqueza, y traidor de mis contentos; pues es sin duda que me estuviera yo muchos dias y noches de buena gana soñando co-

cosas tan dulces, sin darme pena la falta del discurso, ni la accion del entendimiento: porque si quanto hay en esta vida es sueño, y hay en ella cosas tan lastimosas, dichoso el que duerme siempre para soñar felicidades, y nunca está despierto para sufrir desdichas. *Gall.* Tan amigo eres de oro, Mycilo amigo, que no sé qué no acometerás por alcanzarlo: mira que es locura estimar tanto riquezas que faltan facilmente: no tengas en tanta estima lo que tantos hombres doctos y cuerdos despreciaron y tuvieron en poco, porque solo tú entre muchos juzga por felicidad la posesion de tan pesada soberbia. *Myc.* Pardiez que con la mudanza de sugeto, Pitágoras amigo, debes de haber mudado los deseos, pues si te acuerdas del tiempo que fuiste Euphorbo, andabas tan lleno de oro, que nunca saliste en público menos que con adornos preciosísimos, y eras tan amigo de riquezas, que quando ibas á la guerra contra los griegos (ocasion en que parecieras mejor armado de hierro) saliste cargado de oro, porque hasta los cabellos llevabas enlazados con hilos de este metal precioso; causa para que Homero dixese que tus cabellos eran semejantes á los que traian las tres Gracias; porque los traias trenzados con estimable riqueza, adorno con que parecian gallardamente; porque á los visos brillantes con que el oro tornasoleaba se alzaban de lustre y de colores, haciéndose mas amables á la vista; de suerte que no solo yo soy aficionado al oro, ni hay que espantar que lo sea, si tú, siendo tan gran filósofo, lo fuiste; demas de que en Grecia no son desusadas las cabelleras de oro, y aquel Dios, padre de los demas Dioses, y hijo de Saturno y Rhea, quando se enamoró de aquella Danae griega, la mas hermosa de aquel siglo, se convirtió en

en lluvia de oro que destilaba sobre su regazo, la enamoró tan grandemente, que el Dios sutil pudo gozar su intento, y romper la fidelidad de las muchas guardas que la ponia su padre Acrisio. ¿Quién ignora las maravillas del oro, pues es la suprema felicidad el gozarle, y el bien mas estimado el tenerle? ¿quién pareció feo en su compañia? ¿quién no fue sabio? ¿y quién con él no poderoso? El es sin duda la gloria de la tierra, el adorno de los hombres, la perfeccion de la hermosura, la opinion mas loable, y la fama mas dilatada: ¿quántos de escuros y abatidos principios llegaron por el oro á opinion perdurable, á poderosos señoríos, á Magestades dilatadas, á quietud eterna, á regalos preciosos, y á perpetuas alegrias? Qué exemplos podia decirte que desde lo mas ínfimo de la mayor miseria del olvido y del desprecio se miran hoy por la riqueza en puestos grandes, en venturas gloriosas. Baste para persuadirte el que te diré solo: bien conoces á Simon, aquel de mi mismo oficio, el que pocas noches ha cenó conmigo, quando en las fiestas de Saturno cocimos aquellas legumbres con los pedazos de longaniza que me habian presentado. *Gall.* Ya le conozco, por señas que esa misma noche que cenó contigo se llevó debaxo de la capa hurtada una sola olla que teniamos en casa; y aquesto no es testimonio, porque yo mismo le ví cogerla, y ponerla debaxo del brazo izquierdo. *Myc.* Ya me acuerdo, y aun despues negaba el hurto, jurando por muchos Dioses que no habia hecho tal vileza: mas agora que me acuerdas del hurto de la olla, pues que le viste tomarla, ¿por qué á voces no le afrentabas, y descubrias su bellaqueria, pues nos hacia tal agravio despues de haberle regalado tan largamente? *Gall.* Yo, her-

hermano, harto cacareaba entonces, que era solo lo que podia hacer en aquel tiempo: mas cuéntame por tu vida el suceso de ese Simon, y no te espantes que de esa manera te pagase el sustento que le diste, que dar bien por mal es tan usado en el mundo, que ya nadie se puede espantar con razon de tan perniciosa costumbre: ¿quién satisfizo mejor de los mortales lo que debe? No te admiren correspondencias tan bastardas, porque pocas hallarás en este siglo mas legítimas. *Myc.* Has de saber que este Simon tenia un sobrino muy rico llamado Drimilo: este mientras vivió, aunque mas necesitado veia al tio, jamas le dió cosa alguna; antes por no favorecerle y ayudarle negaba el parentesco, jurando que no le conocia; cosa tambien harto usada de los hombres, pues juzgan á sus parientes necesitados por muertos, sin que en nada hagan estimacion del deudo, antes bien los tratan como á mortales enemigos; al fin el Drimilo era notablemente escaso para las necesidades del pariente: mas como le diera sus dineros, quando él mismo no se atrevia á tocarlos, no se vió en nuestra ciudad hombre tan avariento: murióse los otros dias sin gozar lo que juntó con trabajos y desvelos; logros que sirven de castigo á los muy guardosos, pues pocas veces gozan lo que guardan. Y el tio, que antes solia vivir de remendar zapatos, vino á heredar toda la hacienda por ser deudo mas cercano del difunto, y agora triunfa y gasta con aparato espléndido, vestido de púrpuras y sedas, servido de criados, bagillas preciosas de oro, mesas con pies de marfil, siendo adorado de quantos le sirven ó le hablan, y él tan soberbio y hinchado (efecto de la abundancia en pechos viles) que aun no se digna agora de mirarme, quando antes de la

la felicidad me andaba haciendo reverencias: ¿piensas que en esto me burlo, Gallo amigo? Pues sabe que el otro dia le topé en la calle, y fiado en la amistad antigua me llegué á hablarle, y con harta cortesia le dixe sálvete Dios, Simon amigo; y él indignándose grandemente dixo á uno de sus criados decid á ese mendigo que no deslustre mi nombre tomándole en la boca, y enseñadle el propio mio, que yo no me llamo Simon, sino Simonides. *Gall.* Graciosa vanidad por vida mia: basta que tanto se mudan los ricos quando suben á serlo desde la pobreza, que aun el nombre que tenian les enfada y les parece afrentoso. ¡O presuncion humana! ¡ó soberbia insaciable! ¿qué fin tendrá tu arrogancia? ¿qué término tu vanagloria? Qué de Simones, Mycilo amigo, hallarás en el mundo, que antes se contentaban con muy poco, y agora no se contentan con verse mucho, y que la tierra que traian sobre la cabeza alegremente quando pobres, aun no se dignan de pisarla quando ricos: castigue el cielo con humildades eternas las soberbias humanas, para que tantas locuras tengan límite. *Myc.* Espántate mas de lo que falta por decirte, que tambien las mugeres se enamoran de Simon, y las que no le estimáran antes para que las cosiera los zapatos, ya le ruegan que venga á descalzárselos; y las que le juzgaban por mas asqueroso y despreciado, ya le tienen por galan, por discreto, por aseado y limpio; y lo que mas es de todo, que él se burla de las mas bizarras, desecha las que no le agradan, y admite las que desea; mostrándose con estas amoroso y afable, y con las otras presuntuoso y soberbio; y por mi vida que se desesperan las despreciadas de su gusto, que lloran y enloquecen, y zelosas mueren de invidia de las otras. Mira quantas comodidades tie-

tiene el oro, qué graciosas transformaciones hace, qué apetecible y amable dexa á quien le goza, qué hermosamente copia de la mayor fealdad la mas divina hermosura, y del mayor desprecio la estimacion mas noble: cifra es de aquel cesto poético de las Gracias, de donde la sutil Pandora sacaba las mayores perfecciones de la vida: mira lo que del oro dicen los mas agudos Poetas; qual le llama bienaventurado, qual gracioso; este sujecion de todos los mortales, y aquel señorío de todos los vivientes: mas ¿por qué te estás riendo quando yo te estoy hablando en tan importantes cosas? *Gall.* Porque es tal tu ignorancia y tu locura que hará reir á un Gallo y á una piedra: ¿es posible, Mycilo, que tambien estás tú engañado como el vulgo mas ignorante, como la plebe mas necia? ¿que la opinion que tienes de las riquezas haga en tí los mismos efectos que en los mas ignorantes? Lástima notable de tu ingenio, desdicha de tu discurso, siendo cierto que viven mas tristemente, y sin comparacion con mas cuidados, mas dolores, y mas penas los ricos que los pobres: creeme á mí por tu vida, pues por la larga experiencia que tengo de la felicidad de ambos estados merezco crédito; testigo he sido de ambas cosas; gozado he largamente de ambas vidas, rico he sido y pobre, estimado y abatido; no hay género de vida de que no haya probado, y te certifico que te engañas: y si tienes buen discurso, si la verdad te persuade, antes de mucho confesarás que la digo, con solo atender á mis transformaciones y mudanzas. *Myc.* Velas contando, ansí vivas, que deseo saber los sucesos de adonde sacaste esa experiencia, y las muchas fortunas y mutaciones que dices que has tenido. *Gall.* Estáme atento, y sabrás notables cosas: mas primero que

que vaya á las mas importantes que pienso decirte aquesta noche, te quiero decir una de que has de reirte, y es que en quanto he visto en todos los géneros de vidas que he probado entre los hombres que conozco, ninguno he visto mas feliz, mas dichoso, ni mas bienaventurado que tú, Mycilo amigo. *Myc.* ¿Que yo? graciosa cosa: basta, ¿qué cifras tu entretenimiento en hacer burla de mi miseria, en abatir mi pobreza? ¿felicidad es la mia? Tal felicidad te venga quando mas la deseares. Dexa por tu vida de entristecer mi paciencia, que pienso que te burlas de mi sufrimiento en quanto dices: prosigue en lo que ibas diciendo de los sucesos de tu vida, y dexa la mia entre las olvidadas de la tierra, pues es ley observada en ella que nadie haga caso del necesitado y pobre: cuéntame cómo de Euphorbo veniste á ser Pitágoras, y despues lo que te sucedió hasta agora, que sin duda serán cuentos admirables, segun las varias formas que has mudado, hasta la de Gallo que agora tienes. *Gall.* Larga cosa seria contarte como el alma voló á la tierra, y se aposentó en el cuerpo humano para informar mi vida y movimiento; secreto tan glorioso, que ni tú es bien que le sepas, ni yo que te le diga; baste saber agora que desde entonces fui Euphorbo. *Myc.* Escúchame, Gallo amigo, antes que cuentes tu vida, que quiero que me declares algunas particularidades de la mia; y pues es en tu opinion tan facil el transformarse de unas en otras formas los vivientes, y que las almas informen muchos cuerpos, quiero que me digas si acaso soy transformado; y si es cierto que lo he sido, deseo saber quién fuí antes que fuese el que soy. *Gall.* No dudes en que fuiste otro. *Myc.* Pues ¿quién era? dímelo sin dilatarlo, porque es gran-

de

de el deseo que tengo de saberlo. *Gall.* Tú eras antes una hormiga de las Indias, de aquellas que sacan el oro de la tierra. *Myc.* Válgame Dios qué hormiga tan necia debí de ser, Gallo amigo, pues no supe grangear algunos pedazos de oro de quantos manejaria entonces, para remediar ahora hecho hombre esta necesidad que me persigue: y dime, ansí Dios te guarde, ¿qué es lo que despues seré? porque si no hubiere de hacer alguna transformacion de gusto y de provecho, al punto me colgaré de aquesa viga desde donde me hablas, porque no quiero sujetarme á mayores miserias y desventuras de las que hecho hombre paso. *Gall.* Grande simpleza dixiste; porque eso que pides es imposible saberse: mas volviéndome á mi primera mutacion, estáme atento. Yo hecho Euphorbo peleaba valientemente en Troya, hasta que siendo muerto del Rey Menelao poco tiempo despues me convertí en Pitágoras; si bien es ansí que anduve muchos dias antes que hiciese esta mutacion segunda, como dicen, á sombra de tejados, y retirado de todo comercio humano, sin tener donde ampararme hasta que Mnesarco me edificó una casa en que viviese. *Myc.* ¿Y es posible que desde que dexaste de ser Euphorbo hasta que fuiste Pitágoras te sustentaste sin comer ni beber, y sin las forzosas acciones de la vida? *Gall.* De nada necesitaba: porque esas cosas solamente son necesarias para la duracion del cuerpo. *Myc.* Haz otro paréntesis al cuento de tu vida, y dime, ansí la goces mucho, si la guerra de Troya, los sucesos de tan dilatado asedio, las muertes lastimosas, las victorias y los particulares suyos pasaron de la misma manera que las escribe Homero. *Gall.* Claro está que él no podia saber lo cierto de eso, Mycilo amigo, porque quando pa-

saban esas cosas él era camello entre los Bactros: lo que yo te dixere puedes tener por oráculo, porque, como sabes, me hallé presente á todo; y creeme, que entonces no habia cosas mas señaladas ni excelentes que hay ahora: ni Ayax fue tan grande y corpulento como le pintan, ni Helena tan hermosa como nos la retratan: yo la ví entonces muchas veces, y tenia una garganta blanca, torneada y lisa, tan dilatada y bien hecha, que por ella la tuvieron muchos por hija de algun cisne, y por eso fingieron la fábula de Leda: de su belleza no podré decir particularidad mas cierta que esta. Porque quando yo la ví era de la misma edad que tenia Hecuba, muger de no pocos años; sé muy bien que fue robada primero que de Paris, de Theseo, y que algun tiempo la gozó en Aphidne; mira tú si seria niña quando vino á ser cuchillo de la Troyana gloria, si Theseo fue en el mismo tiempo que Hércules, y Hércules fue el primero que conquistó á Troya, si no se engaña la memoria de nuestros antiguos escritores, y lo que tantas veces me contó Pantho, afirmando que siendo niño habia conocido á Hércules. *Myc.* ¿Qué me dices de Achiles, era tan valiente como dicen, y tan aventajado en todo á todos, ó son fábulas vanas las victorias que de él se cuentan? *Gall.* Si te he de decir verdad, yo tuve con Achiles comunicacion tan poca, que en su abono no valgo por testigo: á él y á los demas griegos los traté como á enemigos, al fin contrarios, y que como tales no atendia á sus acciones: lo que yo te oso afirmar, que á Patroclo, su particular amigo, yo le maté facilmente, pasándole de una lanzada, y que si Achiles se le parecia en el valor y esfuerzo, Homero debe restituirle mil mentiras. *Myc.* Por facilmente que tú matases á Patroclo, te mató á

tí Menelao mas facilmente, y ansí no son buenas las comparaciones en sugetos contrarios, que si por aquel suceso juzgas el ánimo de Achiles, condenado queda el tuyo: mas pasemos de las troyanas fatigas á los sucesos de Pitágoras. *Gall.* Escúchalos brevemente: yo, Mycilo amigo, era un sofista (digámoste la verdad) ni muy necio, ni poco exercitado en la disciplina honesta, no arrogante como otros, que saben menos mucho de lo que piensan, é ignoran mucho mas de lo que saben. Pasé á Egipto solo á aprender, para que la comunicacion de los sabios desterrase mi ignorancia, que para alcanzar el perfecto conocimiento de las ciencias es necesaria y forzosa la comunicacion de los letrados, el trato de los doctos, y la asistencia de los maestros. Allí aprendí secretos innumerables, y supe los libros de Orio y los escritos de Iside, milagros en toda ciencia, y asombro de la mas presumida ignorancia. Pasé á Italia ya con alguna opinion de razonable estudiante, y enseñando lo que en Egipto habia estudiado: fui á Grecia á hacer lo mismo, estando entre los que me conocian en tal predicamento, que me adoraban por cosa divina en muchas partes. *Myc.* La fama de tu sabiduria corrió la mayor parte de la tierra, y ya en esta sabiamos mucho de lo que ahora has dicho: mas dime, ¿de qué manera les hiciste creer á los que te creyeron que volviste á resucitar despues de muerto? cosa tan poco usada en nuestra vida: ¿y cómo fue aquella invencion del muslo que les mostrabas de oro? No te enfades porque te pida el principio de las quimeras que hacias creer á la gente que seguia tu doctrina y te tenia por maestro; y sobre todo tuve siempre deseo de saber la ocasion por qué se te antojó mandar por ley expresa que tus discípulos no comiesen carne ni habas: graciosa locura, y á que nunca he oido dar buena salida. *Gall.* Calla, ansí vivas, no me preguntes ninguna de esas cosas, Mycilo mio. *Myc.* ¿Por qué, Gallo? *Gall.* Porque tengo vergüenza de confesarte la verdad de unas y otras. *Myc.* Por cierto que tú reparas en bien poco conmigo, que soy tu amigo y compañero, no quiero decir tu señor y dueño, que ya no me atreveré á tanto, sabiendo quien eres y quanto vales: dímelo por vida tuya, que no es justo que de mí te encubras y rezeles. *Gall.* Para esas y otras necedades no tuve causa ni razon que buena fuese, solo las ordené por persuadirme que el enseñar cosas desusadas y raras, y el hacer con mi autoridad preceptos no vulgares ni ordinarios, me daria mas opinion y fama, por la novedad que traeria para todos, que no seguir los pasos de los demas legisladores y maestros: porque si hiciera yo lo mismo, ó enseñara lo que sabe y trata el vulgo, mal causara admiracion, y mal respetaran mi ciencia por la superior de todas: juzgaba tambien, y muchos ansí lo piensan, que quanto mas nuevas, peregrinas y extrañas cosas enseñase, mas me llevaria el aplauso y la estimacion de todos; aunque ni yo supiese lo que enseñase, ni ellos lo que oyesen. Por esto tracé unas constituciones inexplicables, unos preceptos in inteligibles, para que admirados los hombres con su novedad y disposiciones, echasen diversos juicios sobre el ánimo de mi disposicion, sobre la causa de sus confusiones, y no hallándola á su gusto, cada uno la interpretase como quisiese, y de nuevo suspendiese á unos y otros la confusion de todos juntos, bien ansí como suele acontecer en los oráculos escuros, que quantos los saben los explican, y á todos les parece que nin-

guno los acierta. *Myc.* Al fin tú truxiste engañados á quantos te conocieron, á los Crotoniatas, Metaponticos y Tarentinos, aquellos que espantados de tu eloqüencia te adoraron como á deidad divina, no atreviéndose á dexar las reglas y preceptos que les diste, siendo ansí que ni ellos los entienden, ni tú los entendiste. ¡Ah Gallo amigo! ¡ah Pitágoras encubierto! ¡qué de ellos ahora siendo Gallos quieren ser estimados por Pitágoras, y qué de Pitágoras aun no saben ser Gallos, queriendo parecer filó ofos á presuncion humana, ciega para juzgar en casos propios, y lince para la condenacion de los agenos! ¡qué de apariencias científicas cubren millones de ignorancias, usurpando el poder á la ciencia, la estimacion á los estudios, y el debido premio á los trabajos! Pasa adelante con los de tus transformaciones, y dime qual fue la que hiciste desde Pitágoras. *Gall.* Transforméme en Aspasia, aquella famosa ramera Myletense. *Myc.* Válgame Dios, ¿qué es lo que oigo? ¿qué es posible que tambien fue muger Pitágoras? ¿qué tú famoso filósofo, agora Gallo, hubo tiempo en que pariste, y siendo Aspasia truxiste tan muerto de amores á Pericles, y gozó de tu conversacion tan de ordinario? ¿tú preñada? ¿Pitágoras parida? ¿tú hilar y texer? Notable cosa: ¿y qué tú eras aquella desdeñosa, el martelo de las ciudades, la que atraia con gestos deshonestos, con ademanes lascivos, la mocedad mas cuerda de la juventud? ¿tú la afeytada y compuesta? Cosas te escucho que harán reir las piedras. *Gall.* La misma que dices fuí, y quanto dices he hecho. *Myc.* Espantado me has dexado. *Gall.* ¿De qué te espantas, si no han pasado por mí solo transformaciones semejantes? ¿Thyrisias no fue lo mismo, y Ceneo hijo de Elato? Y ansí habla advertido, porque quan-

quantas injurias me dixeres tantas les comprehenden á tan ilustres varones, y á muchos que en este siglo les falta poco para parecer mugeres, si ya no es que ellos mismos hagan diligencias para parecerlo en todo: ¿qué son los rizos del cabello, que tan ensortijados y compuestos sirven de dosel á las mexillas y de diadema á las frentes? ¿qué el cuidado de afeytarse, poniendo color, ya en los labios, ya en la cara? ¿qué la compostura de la barba, sin que un cabello se desaparte de otro, ó forzado de la goma, ó obligado del perpetuo cuidado? ¿qué los olores lascivos, la blancura de las manos, lo justo de la cintura, lo relevado del pecho, el cuidado de los dientes y las uñas, las voces afeminadas, los pasos afectados, tanto cuello y tanto adorno? defectos que la costumbre ha introducido por ley para la gala y bizarria, como si la propia y esencial del hombre consistiera en aderezos tan viles, y no en el valor y generosidad del ánimo. *Myc.* Ya no hablo de aqueso, Gallo, que ya sé quantos pecan en semejantes excesos: dime agora, ¿quál de todas esas vidas te parecia mas suave? ¿es mejor ser hombre, ó sufrir hecho muger la conversacion de Pericles, y estar sujeto á las incomodidades de aquel sexô? *Gall.* Graciosa cosa me preguntas: deshonesto te has hecho tanto quanto: asegúrote que el mismo Thirisias, que fue muger tantos años, no respondiera sin vergüenza á esa pregunta. *Myc.* No la culpes por mala y por lasciva, sino di que no quieres responder á ella: porque aunque tú me la niegues, ya la ha confesado Euripides, pues decia que quisiera mas estar tres veces debaxo de su escudo peleando entre enemigos, que parir una vez sola. *Gall.* Pues avísote, Mycilo, que antes de mucho tambien has de estar parido: porque ro-

rodando los tiempos, y pasando el ligero curso de los siglos, ha de llegar alguno en que te vuelvas muger que pára y crie. *Myc.* Primero te vea yo ahorcado, ó Gallo ingrato, y yo estoy seguro de desdicha tan grande: porque no todos los hombres son Samios ni Milesios, por quienes sucedian las transformaciones, si es que algun tiempo se usaron en el mundo: no trates mas de cosa tan odiosa, que aun el imaginar que pueda ser falible me causa enfado: y dime, ¿en qué te mudaste despues que fuiste Aspasia? *Gall.* En Crates, filósofo Cynico. *Myc.* ¡O Castor, ó Polux, ó Dioses inmortales! qué transformaciones tan diversas, y qué mudanzas tan contrarias, de ramera en filósofo: ¿quién no rie de cosa tan graciosa? *Gall.* ¿De qué te espantas? pues despues fui Rey, y despues pobre; luego fui magistrado, luego sátrapa, rana, caballo, grajo, y otras innumerables aves y animales, hasta que vine á ser Gallo, y lo he sido muchas veces, porque la vida de los gallos me contenta mas que todas. Antes de esto habia servido á muchos hombres, á Reyes, á ricos, á pobres y necesitados, y al fin he venido á parar contigo, y paso el tiempo riendo de verte á tí lamentar la molestia y disgusto que con la pobreza tienes, envidiando la fortuna de los ricos, y deseando la suerte de los poderosos, cuyas acciones admiras espantado, y cuyas delicias deseas ignorante, porque sabes poco de los muchos males que con sus bienes padecen, y que son tales las pensiones de las riquezas, los desvelos de la abundancia, que no son de ninguna estimacion para los que saben apreciarlas y llegan á conocerlas. Ah Mycilo, si acaso supieras los cuidados, fatigas, desvelos y temores con que son de ordinario atormentados los ricos, y qué glorioso te halláras con tu

suerte, que ignorante de estos daños la juzgas por miserable, y cómo te habias de reir de ti mismo porque has creido hasta agora que solos los ricos y poderosos son los bienaventurados de la tierra: engaño humano. *Myc.* Pues Pitágoras, amigo, Gallo, ó como quisieres que te llame, porque no quisiera confundirme llamándote nombres tan diversos. *Gall.* No repares en uno determinado, llámame como quisieres, Euphorbo ó Pitágoras, Aspasia ó Crates, que con qualquiera acertarás, pues lo soy todos: mas pues me conoces Gallo, mas ese nombre que otro me conviene; porque no es justo que desestimes á esta ave que encierra en sí tantas almas, si es cierto que con cada mudanza adquirí una. *Myc.* Pues, Gallo mio, ya que has probado tan diferentes vidas, ya que has alcanzado tantas experiencias, dime muy por menor las particularidades de la vida de los ricos, esas que tú llamas penas y á mí me parecen glorias; y despues me dirás las de los pobres, que las llamo yo tormentos, quando tú quieres que los tenga por descansos; porque quiero consolarme en mi miseria con la verdad que tú me afirmas de que soy mas dichoso y bienaventurado que los ricos. *Gall.* Escucha un poco, y verás que lo confiesas. Acuérdate de lo poco que cuidas de los sucesos de la guerra, y la seguridad con que recibes las nuevas de las rotas de las ciudades, la mudanza de los señoríos, la opresion de los tiranos; porque en guardándote tú de semejantes conflictos, no te da pena la destruicion de tus heredades, la pérdida de tus posesiones, el cuidado de defender tus vasallos, ni la solicitud de ocultar tus bienes: contigo llevas todas tus riquezas, sin que, librándote tú, dexes nada en el peligro: mal talarán tus campos los

 con-

contrarios, mal destruirán tus viñas y tus trigos, si jamas cubrió el cielo cosa tuya: quando oyeres el son de la trompeta, el tocar apresuradamente al arma, el aviso de que los contrarios gloriosos con la victoria triunfan de las vidas de tus amigos, y adquieren por fuerza lo que ellos gozaban con derecho: ¿hay felicidad que se iguale á estar seguro de todo punto del ímpetu contrario, con solo guardar tu cuerpo, sin necesitarte á lisonjear á la fortuna, y á clavar el curso de su rueda sin temer que suba ó baxe, que se pare ó apresure? Qué diferente es el cuidado de los ricos en la confusion de semejantes desgracias, pues reciben mil muertes quando pierden sus tesoros y á sus ojos los goza el enemigo, arrojando por los campos, y echando por los muros los bienes que ellos tenian tan guardados, y que les costaron tantas penas y tan pesados desvelos. No sé yo que haya dicha que se iguale al estar libre un pobre del sustento de la república, de suplir las necesidades del erario, de la paga de tantos derechos é imposiciones: desventuras que viven con los ricos, y que de milagro las conocieron los pobres. En la guerra tampoco es bueno ser rico y estimado, porque entre los infantes ó caballos siempre llevan el puesto peligroso, van mas cargados de armas y defensas, vistos de todos al acometer, y sin poder retirarse por no perder su opinion y primacía: un pobre, advertido de pocos, y mirado de ninguno, con su escudo solo procura defenderse, poniéndose en puesto mas guardado; y hallándose mas ligero, sin que le noten si falta, y sin que le vean si huye, puede evadir la muerte, sin buscarla por presuncion, ni huirla por afrenta, porque no se repara en quanto hace: si hay convites es el primero en ellos, porque sin atarse á cumplimientos va-

vanos ni mayorías se halla en todos los gustos sin que le llamen, y come de todo sin que le murmuren; de suerte que tú siendo pobre, en guerra y paz, vas seguro, y siempre te hallas apercebido para no faltar á qualquiera convite victorioso quando el vencedor celebrare sacrificios. Pues enmedio de la quietud urbana, en la paz preciosa, si se juntan los ciudadanos á concilio, tú plebeyo y humilde tienes lugar entre los ricos, y por votar primero, estan sujetos los mas poderosos á tu disposicion y voto, y ansí viven temerosos de tu resolucion en los casos que les tocan; y para ganar tu parecer te solicitan con dádivas, te regalan con presentes, y te honran con caricias: tú en las fiestas y regocijos públicos ocupas el puesto sin envidia, ves sin cuidado, ries sin pesadumbre, y asistes sin cumplimiento: los baños, los juegos, los gustos, los espectáculos y fiestas nunca te faltan quando las hacen los ricos; gozando tú con gusto lo que ellos compran y disponen con gastos y cuidados: tal vez áspero y riguroso (qual si fueses juez ó señor de los ricos y hacendados) no te precias de hablarlos, haciéndoles el tratamiento que quieres, sin resucitar agravios ni prevenir venganzas: las heredades que cultivan las haces propias tuyas quando quieres, gozando de sus frutos sin trabajo, siendo destruicion de quanto nace en los agenos lindes: no temes (¡ó dicha grande!) al calumniador que te condene, al murmurador que te deshonre, al ladron que hurte tus riquezas, ó ya quebrando tejados, ó ya rompiendo paredes: segura está tu pobre casa abierta, y tu persona dormida: no tienes cuenta que dar de hacienda agena (¡fortuna alegre!): no de pagar criados y satisfacer servicios, deudas en que tan poco repara aqueste siglo: no te desvela

la conciencia maliciosa de los despenseros, ni estás sujeto á la solicitud del ordinario gasto, no á la molestia de cumplir obligaciones. Qué mayor felicidad, Mycilo amigo, que acabar una chinela y recibir al punto siete maravedis del precio de tu trabajo, con que quedas mas rico que el poderoso á quien envidias, pues gozas eso poco sin disgustos; levántaste quando quieres, y lavado y limpio sales á la plaza á proveer tu despensa, y con un saperda ó un menideo, ó otro qualquier pescadillo, ó algunas cebolluelas, vuelves á tu casa alegre, y triunfas de la hambre y del cuidado, ageno de dañosas demasias, ya cantando con ánimo apacible, ya filosofando con la pobreza segura; viviendo con esta vida robusto y sano, tan enseñado á trabajos, que no puede ofenderte la inclemencia de los tiempos: pues de todos sus disgustos ganas victorias; y de ninguna de sus infelicidades tienes pena: pocas enfermedades graves te fatigan, ningun dolor apretado te persigue, porque valiente la salud con este género de vida, nada es para vencerla poderoso; y quando acaso tal vez te saltea alguna calenturilla (prevenida de liviano exceso) con matarla de hambre la castigas, y así ella misma te dexa facilmente; que la mucha dieta pone aun hasta los males temor y miedo. ¿Hay en el mundo felicidad mas gloriosa que curarte con la misma desnudez que sufres, y que el frio que pasas te sirva de remedio, sin sufrir el interes de un Médico, ni lo disgustado de sus medicamentos y aforismos? ¡Ay desdichados de los ricos, Mycilo amigo, de qué de males abundan, qué de desdichas que pasan, y qué pesares que sufren! ¿Hay acaso en la tierra mal que los cuitados no padezcan? Aprisiónales la gota, atorméntales la piedra, desespérales la orina, hínchales la hidropesia, ulcéranles las llagas, la sequedad los atormenta, la humedad los enoja, y otras mil enfermedades les acaban, originadas de la superfluidad de sus banquetes, de la continuacion de sus delicias, y de la reiteracion de sus excesos: ¿sabes tú cómo figuro yo los ricos y los pobres? Acuérdate de la fábula de Dedalo, los Icaros hacendados, los inconsiderados ricos, que haciendo alas de su ambicion y soberbia, fiados en la cera de sus riquezas, intentan escalar los grados mas levantados, los puestos mas pretendidos; caen mas facilmente en cien mil males; porque sin advertir que aquellos vuelos son perecederos, que son falsos, que no tienen consistencia, se quieren llegar al sol de lo que no merecen, y al fin vienen á ser exemplos lastimosos, dexando solo memoria del alboroto que hicieron. No así el Dedalo atentado, el pobre cuerdo, que sin buscar estados tan sublimes se contenta con su suerte, estimando la mediania de su estado, y conociendo la instabilidad de las plumas con que vuela por el ayre de la felicidad humana; y así cuidadoso no se levanta mucho de la tierra: este tal ¿quién duda que volará dichosamente? *Myc.* Esa comparacion aguda viene bien á los moderados y á los cuerdos que tienen con qué volar: mas ¿cómo lo hará aquel que no alcanza para comprar la cera que habrán menester las alas? Los muy ricos engrandezco, esos invidio; no los que con poco ostentan aparatos urbanos, haciendo de la industria diversos camaleones. *Gall.* ¿Y de esos ricos no has oido nunca los pesares? ¿nunca supiste las desdichas? ¿Qué dirás de Creso, quando quebradas las alas de su riqueza cayó en un fuego desde el mas grandioso trono, causando risa á los Persas la caida? ¿Qué de Dionisio el Tirano, que despues de

de haber gobernado tan dilatado imperio, echado por fuerza de Corinto, le obligó su desventura á ser maestro de niños, trocando el gobierno de tan grande monarquia en tal desdicha? *Myc.* Dime, Gallo, quando tú eras Rey (pues dices que lo fuiste) ¿qué te pareció de aquel género de vida? porque me espantaria que entonces no te tuvieses por dichoso gozando de la mayor felicidad que hay en la tierra, y el sumo bien de los bienes. *Gall.* Fuí tan desdichado entonces, que aun agora me ofende el acordarme de tan infeliz estado; y así te pido que no me le traigas á la memoria; porque quanto á las apariencias, á la demostracion exterior es así que como dices era dichoso en tal grandeza: mas ¿cómo podré encarecer las aflicciones que de ordinario me atormentaban interiormente, y los diversos cuidados que me afligian el ánimo? *Myc.* ¿Los Reyes tienen cuidados? ¿A los poderosos llegan aflicciones y penas? Pienso, Gallo, que te burlas: cosa me dices que la juzgo por increible, y que el mundo la tiene por engaño. *Gall.* Rey me vi yo famoso, con el gobierno de una provincia dilatada, tan fertil y abundante, que hacia glorioso mi imperio: tan poblada de gente y de ciudades insignes, que en numerosa y capaz podia exemplarse con el señorío mas de estima: tantos rios navegables que con diferentes sangrias, ya hechas por el arte, ya por naturaleza, fertilizaban gloriosamente sus dilatados distritos, sus capaces términos; emulacion sobrada á los vecinos contornos: tantos puertos capaces y seguros, escala de las riquezas extrangeras, y puerta para las ganancias y grangerias propias: muchos castillos y fortalezas, que presidiados valientemente con caballos y infantes, exércitos numerosos, aseguraban de qualquier desgracia, de qual-

qualquiera enemigo: mi Corte tan lucida de caballeros y señores, tan freqüentada de extrangeros, tan poblada de naturales, que era una confusa Babilonia: yo me mostraba con vistosa guarda de soldados, ostentando magestad increible en los aparatos señoriles: las riquezas de que gozaba no puede comprehenderlas el mas subido número; las rentas ordinarias llegaban á dilatadas sumas; las armadas con que poblaba los mares extrangeros y propios aun no podian bien contarse; la suma de dinero, la abundancia de oro y plata, las preciosas bagillas, las piedras preciosas y joyas ricas eran en cantidad notable: pues el triunfo, la pompa, la grandeza, el aparato con que salia de palacio, me servia y me acompañaba, no puede dignamente encarecerse. Asegúrote que de manera me mostraba en público que muchos me adoraban juzgándome por alguna deidad maravillosa: por verme se daban de empellones, y se ponian unos sobre otros, teniendo por felicidad haberme visto: ¡quántos, Mycilo amigo, ocupaban los tejados, los balcones y ventanas, pasando trabajos y apreturas por ver mas á su sabor el carro triunfal en que yo iba, las vestiduras preciosas, los ricos recamados de oro y seda, la corona riquísima que adornaba mi cabeza, y el gran concurso que me acompañaba! ¡quántas veces se juzgaban algunos por felices porque llegaron á verme, porque pudieron hablarme, ó quando menos dar señas á otros de mi talle y rostro! Por desdicha tenian no hallarse en mi presencia; y colgadas de mi gusto estaban tantas voluntades, tantas vidas, aguardando la menor palabra de mi boca: ¿puede haber en la tierra mas gloria que esta que te he dicho? ¿hay felicidad que se le llegue, ni ventura que se le compare? *Myc.* Ni que le

le iguale con mucho. *Gall.* Pues entre toda aquesa te confieso que me hallaba yo tan fatigado, tan triste y afligido, que no sabré encarecértelo: mas qué mucho lo estuviese, pues me daban pena innumerables cosas que no las conocen ni las saben los que mirando el exterior grandioso de los Reyes neciamente envidian sus grandezas: á los tales juzgo yo dignos de que se les perdone por la ignorancia que les ciega poniendo la vista en tantas riquezas y aparatos. ¡Válgame Dios y qué de veces me tuve lástima á mí mismo en aquel tiempo, y con piedad culpaba á mi desdicha que me habia hecho estatua de grandeza! ¿Sabes tú cómo considero yo á los Reyes? Estatuas son por tu vida, inaccesibles Colosos, como qualquiera de los grandísimos que fabricaron Phidias, Myron ó Praxiteles; dignos de admiracion en la exterior belleza á los mismos Dioses se asimilan, qual á Neptuno, qual á Júpiter, y unos y otros, adornados de oro, guarnecidos de marfil, de notable aspecto, vibrando rayos furiosos, quando no ocupadas las manos con el tridente agudo, portentosas máquinas, dignas de todo respeto, y capaces de general envidia: mas si baxada la cabeza mirares lo que tienen por de dentro, verás que son fundadas sobre palos y bastidores, mimbres, cañas, pez y estopas, clavos que las sustentan firmes, cuñas que las aprietan fuertes, y otras materias sucias que con fealdad deformidable llenan aquellos vacios. Dexo aparte las arañas y moscas, ratones y comadrejas que entre aquellas asquerosidades viven y se sustentan con hedor intolerable entre basura y polvo. Ves aquí copiado un Reyno, el original de sus felicidades y desventuras, lo vistoso apetecible, y lo penoso ignorado: ves aquí quanto los hombres estiman, quan-

to envidian y quanto adoran: por tu vida que juzgues sin pasion qué cosa mas errada, y qué locura mas sin fundamento? *Myc.* Aun no has declarado lo que significan en esa estatua del Rey los clavos, los bastidores, la fealdad con que la pintas, y la suavidad con que la ocupas; porque el exterior suyo que has comparado á la grandeza bien veo que le conviene; pues si semejantes máquinas son admirables y divinas no juzgo yo por menos la adoracion de los Reyes, el gobierno sobre los inferiores, el respeto que los tienen los mortales, y la grandeza con que viven y se muestran: esas miserias interiores que aborreces, deseo saber qué son. *Gall.* Por cierto que pensé que estaba claro lo que así te parece mas escuro. ¿No sabes el perpetuo sobresalto con que gozan los Reyes su grandeza, el miedo, los cuidados, las sospechas que les disgustan y los temores que les siguen? ¿es facil de llevar el odio que les tienen los vasallos? Si el Rey es bueno, los malos le quieren mal; y si es malo, los buenos no le quieren bien: ¿qué de traiciones le ponen los primeros, y qué de disgustos le buscan los segundos? y rezelándose él de todos, ¿qué poco que descansa, qué enfermo sueño goza, qué inquietudes que pasa, y qué de tormentos que tiene? Si se duerme es lleno de alborotos y sobresaltos; si vela, de pensamientos, cuidados, desvelos y esperanzas: ya le falta el tiempo con ocupaciones y despachos, ya la paz con expedicion de guerras, ya la quietud con alianzas, confederaciones y consultas; ya el gusto con pesares, y ya la salud con penas; y al fin agravado con tantas desventuras le es tan dificultoso gozar de cosa alegre como forzoso y facil tenerlas todas tristes; y pues de él solo pende el total manejo de los negocios y la expedicion

de los despachos, tengo por sin duda que el Rey que tratare de serlo no puede tener gusto perfecto, ni contento dilatado, descanso quieto, ni salud crecida; porque sugeto en quien por fuerza han de vivir tantas penalidades de ordinario (pena de no cumplir con el supremo oficio) ¿cómo es posible que descanse ni se alegre? Oye lo que dixo Homero de Agamenon Rey de Grecia, y hallarás la verdad de quanto he dicho: que no podia dormir (dice) si quiera una hora sola con quietud y descanso; porque en cerrando los ojos se los abrian los infinitos cuidados, que le atormentaban al ánimo y le ocupaban el sentido; de manera que quando los otros griegos del exército dormian estaba él batallando con los muchos desvelos que le causaban pena. ¿Qué fatiga se iguala á la de Lydo, viendo mudo un hijo solo que tenia, heredero de sus inmensas riquezas? No puede sufrir el Persa la traicion de Clearcho, que quando mas necesitado de su favor y ayuda, rompiendo la fe debida, se pasó al exército de Cyro, con que le puso en duda la victoria y á él en confusion notable. ¿Qué envidia mas rabiosa causó dolor con zelosos rezelos como la que dió Dion con solo hablar en secreto á algunos Syracusanos? ¿qué penas del mas necesitado fueron mayores que los disgustos de Parmenio? Tolomeo persigue á Perdicas, y Seleuco á Tolomeo; que á ser todos pobres tuvieran paz durable: desventuras como estas atormentan incesablemente la quietud y gusto de los Reyes, á cuya grandeza se atreven aun los menos importantes disgustos, sin respetar su dignidad y estado: ansi vivas, que consideres la violencia con que el amigo vive, no con quien ama y desea, sino con quien menos gusta, ya compelido por fuerza, ya forzado de respetos de que no pue-

ede librarse, ¿qué pena se iguala á esta?: pues los Reyes la sufren de ordinario: la amiga que traidoramente olvida obligaciones y repetos, y vende el gusto del amante, haciendo grangeria de traiciones y engaños: la sospecha de que los soldados quieran cautelosamente pasarse á los enemigos (temor propio de los Reyes) quando mas han menester socorros; y la que yo juzgo mayor pena en quantas pasan, que siempre andan recatándose de los que mas comunican y de los que mas desean obligar con beneficios y mercedes; de los que se les venden por mas fieles y leales, y fingen mayores obligaciones; porque no se las paguen con grandes daños, como á muchos Reyes ha sucedido, que han sido muertos de sus mayores privados y de sus mas confidentes: y cierto que juzgo por cuerdo este recato, pues ha habido Reyes que han muerto á manos de sus hijos, de sus mayores privados; siendo ministros de su muerte los que tenian mayores razones para guardar su vida. *Myc.* Cosas notables me dices, espantado estoy de oirte, Gallo amigo, y mas lo quedo quando veo que juzgas para mí por mas seguro estarme todo el dia sin levantar la cabeza cosiendo zapatos y chinelas que no beber preciosos vinos en tazas de oro, presentados del que me ha menester, con palabras amorosas, y quizá mezclados con rejalgar y veneno: y cierto que me persuado á que no yerras; porque el mayor peligro que puedo tener cosiendo es picarme el dedo con la alesna, si no acertase á meterla; y esto viene á ser un dolor muy limitado, y de pocas gotas de sangre: mas esos poderosos, segun dices, hacen convites mortales, y quando piensan que estan metidos entre delicias y bienes, mueren entre desdichas y males, ó quando menos pierden las riquezas sin gozarlas. ¿Sabes como juzgo yo á

á los tales? *Gall.* ¿Cómo, y con quién, Mycilo? *Myc.* A los Comediantes me parecen: ¿no has visto muchas veces que quando en los teatros representan á Sisyfos ó Telefos traen coronas de oro, espadas ricas con guarniciones de plata, los cabellos rizados y olorosos, y los vestidos con preciosos recamados y costosas bordaduras? *Gall.* Bien he visto lo que dices. *Myc.* Pues considera que uno de esos estando ansí adornado le maltrata riñendo con él alguno (cosa que sucede en semejantes regocijos), y derribándole en tierra le hiere y le deshonra, ¿no causará mucha risa á los que vieren abatido al mismo personage, pisada la corona, herida la cabeza, descubierta la mayor parte de las piernas, roto el precioso vestido, y descubierto el vil y desechado que traia debaxo, y finalmente él conocido de muchos y perseguido de todos? ¿qué confusion habria como esta para el triste? ¿qué dolor mayor que esta desdicha? tal juzgo, por lo que has dicho, á los ricos en poder de sus pesares: ansí los imagino en sus riquezas, pues solo le sirven para ser risa de todos, ya tasando sus acciones, y ya aumentando sus penas: ¿qué te parece de la comparacion, amigo Gallo? pardiez que ya he aprendido de tí á hablar por metáforas. *Gall.* Y no te parezca facil, que mas de quatro que se juzgan por discretos saben entenderlas menos, quando piensan que las hablan mas; porque no todos entienden lo que dicen, aunque todos dicen, como les parece, que lo entienden: la similitud está propísima, no la podia decir un Gallo mas bien acomodada. *Myc.* Basta: que como me has dicho te ha parecido la gobernacion de un Reyno, hecho me has no desearlo; porque es cordura creer mas á la experiencia conocida que la ciencia mas estudiada: pero dime por

por tu vida, ¿quando eras caballo, perro, pescado y rana, cómo podias sufrir aquel género de vida? *Gall.* Larga cosa me preguntas, y ahora tan poco apropósito, que por estas dos razones no quiero responderte; mas solo quiero que sepas (hasta que de eso hablemos mas despacio) que hablando generalmente, y con el recato que merece esta materia, que no hay modo de vida entre quantos he gozado que no me parezca mas sosegado y quieto, mas conforme á los afectos naturales, y mas ordenado á la duracion politica, que la vida humana, que el natural de los hombres: ¿quieres verlo claramente? mira si entre los animales viste caballo logrero, rana calumniadora, grajo enredador y mentiroso, mosquito maldiciente, gallo murmurador, perro ladron, ni con otras maldades y delitos que vosotros los hombres inventasteis, y acometeis cada dia. *Myc.* En todo dices verdad; y si yo, Gallo amigo, he de decírtela, ya que tratamos de afectos naturales, te confieso que no puedo olvidar los deseos que tengo de ser rico; jamas pude apartarlos de conmigo desde que conocí lo que es riqueza; y ahora despues que tanto me has dicho (mira que talle de enmendarme) se me representa aquel pasado sueño, entreteniendo mis ojos y mi imaginacion con la cantidad de oro que me parece que veia entonces; y si alguna cosa me da pena, y me divierte de esta gloria, es ver aquel perverso Simon descansando en sus riquezas, sin que pueda yo hacer lo mismo. *Gall.* Brava enfermedad te ha dado el deseo de ser rico: á fe que he de procurar sanarte de ella: para que eches de ver que en la tierra la mayor felicidad es sueño, levántate luego, y sígueme, que aunque hace escuro, y es de noche, yo te llevaré seguro; que quiero que vamos á casa de

de Simon y de otros ricos, para que veas la vida que viven, y lo mucho que padecen. *Myc.* ¿Cómo hemos de entrar si estan cerradas las puertas? ¿quieres obligarme acaso á que rompa las paredes? porque con la ayuda de un gallo será muy dificultoso. *Gall.* Eso no fuera posible; mas facil tendras la entrada, porque Mercurio, que es mi patron y abogado, y á quien los gallos somos dedicados, me ha concedido tal gracia (habiéndoselo rogado muchas veces, por lo mucho que la deseaba) que tomando la pluma mas larga de mi cola (no dificultosa de sacarse por su blandura) pueda la persona á quien yo se la diere hacerse invisible, abrir con ella las puertas, y ver todas las cosas que quisiere. *Myc.* Pues á fe que tienes tú dos bien hermosas. *Gall.* Sacando la del lado derecho alcanzarás esta gracia, con solo llevarla adonde fueres. *Myc.* Pardiez, Gallo, que no sabia yo que eras tan grande embaydor y hechicero: ¿adonde aprendiste tales cosas? dame presto aquesa pluma, y verás quan de priesa hago á Simon la visita, y me traigo conmigo todas sus riquezas, y el cuitado y miserable volverá de nuevo á roer y tirar los cueros podridos de que solia hacer zapatos: ¡ó gracia milagrosa! ó generoso Gallo, pues por tu medio salgo de mi ordinaria miseria: vamos apriesa, así vivas, verás como con los bienes de Simon me hago esta noche rico. *Gall.* No era lícito hacer eso, Mycilo amigo, y yo en ninguna manera puedo consentirlo, porque me manda Mercurio que si alguno con mi pluma quisiere hacer cosa semejante, descubra yo el ladron á grandes voces. *Myc.* Eso no puede ser cierto, porque siendo Mercurio el mayor ladron del mundo, claro está que ha de holgarse que lo seamos todos; porque ya sirve de gozo el mal de muchos: vamos en buen hora adonde dices,

ces,

ces, que mal me andarán las manos, ó yo traeré el oro que pudiere quando vuelva. *Gall.* Sácame primero la pluma que te he dicho de la cola. *Myc.* Ya la saco. *Gall.* Pardiez bueno, ¿ambas las sacaste juntas? *Myc.* Calla, Gallo, que es porque tengamos la virtud doblada, y vamos mas invisibles; y así quedas tú mejor, porque no andas cojeando falto de la una parte de la cola, y estás mas galan sin ambas. *Gall.* Sea como tú lo quisieres, que claro está que donde se aventurare interes habeis de engañar los hombres. ¿Dónde quieres ir primero, en casa de Simon, ó de otro rico? *Myc.* En casa de aquel Simon por vida tuya, cuyo nombre tambien se le aumentó despues de rico, pues le añadió dos sílabas mas que quando pobre: pardiez que hemos llegado ya á su puerta: ¿qué hemos de hacer ahora para abrirla? *Gall.* Llega la pluma á la cerradura, y verásla luego abierta. *Myc.* ¡Qué es esto! ¡válgame Dios, ya está abierta tan facilmente como si fuera con la llave! *Gall.* Entremos, y ve delánte. *Myc.* Quisiera saber si vamos bien invisibles, no haya acá otras plumas contra aquestas, y á tí te dexen sin ninguna, y á mí me carguen de palos. *Gall.* Ve sin miedo, que no te verá nadie: ¿ves á Simon como está velando haciendo cuentas? *Myc.* Ya le veo por Júpiter; y á fe que no es poco verle á la escasa luz de aquella vela escura y triste que le alumbra. ¿No le ves y qué amarillo está despues de rico? ¿qué flaco, qué consumido, qué enfermo, y qué desmedrado? Sin duda que los muchos cuidados le truxeron á este extremo, porque yo no he oido que haya caido enfermo: diferente estaba quando era pobre zapatero, que quando poderoso y rico. *Gall.* Escúchale, y sabrás por lo que está tan mal contento y afligido. *Simon.* Pienso que estan bien

guar-

guardados aquellos setenta talentos enterrados debaxo de la cama, porque no hay viva criatura que los haya visto: no estan tan seguros los otros diez y seis que puse debaxo del pesebre, porque pienso que me los vió esconder Sofilo el caballerizo; veole contento y bien vestido, acude mal á su oficio, hase hecho de pocos dias holgazan y perezoso: miedo tengo que el bellaco me ha llevado algun dinero, porque no acude como solia á servirme; y dióme mala señal ayer Tibio el cocinero, que le traia aderezado un gran pescado, y si no tuviera con qué no lo comprara; y agora me acuerdo que me dixeron que habia comprado no se qué joya para su muger por cinco dragmas: ello es sin falta como pienso; triste de mí, ¿qué haré, que estos bellacos me robarán quanto tengo, y desperdiciarán todos mis bienes? Tampoco me aseguro mucho de aquellos vasos de plata que escondí ayer tan cuidadosamente: válgame Dios, ¿si fui visto de alguno de mis criados? que hice tanto ruido para cubrirlos, que no se si despertarian: agora en duda mejor será mudarlos á otra parte, porque son piezas muy ricas, y perderia muchísimo en perderlas; y mas que aquella pared que cae á la calle no es tan fuerte, á mi parecer, como quisiera, y pueden romperla facilmente, y robarme la bagilla mas preciosa que se vió en Grecia. Válgame Dios, ¿qué envidiada que es la riqueza? Muchos hay que me andan trazando engaños, mal me quieren quantos me conocen, y sobre todos el mayor enemigo mio es este Mycilo mi vecino; no sé por qué, que no le he hecho agravio; porque guardar mis riquezas no es ofensa para nadie. *Myc.* Dice verdad por el Dios Júpiter, que soy tan envidioso de su prosperidad como él soberbio con ella; mas yo me vengaré llevándome aques-

me aquestos platos que estan sobre este bufete. *Gall.* No hagas tal, Mycilo, mira no se enoje el Dios Mercurio, y haciéndonos visibles, nos hallen con el hurto. *Myc.* Eso fuera á no ser éste avariento: escucha, que vuelve á hablar en sus desvelos. *Simon.* A fe que me importa velar toda la noche, para guardar mis riquezas; porque si me sienten dormido han de hurtármelas: yo andaré toda mi casa sin dexar el mas estrecho rincon que no registre: ¿quién es este? Ya te veo; por Júpiter no te me irás, ladron, porque te tengo asido: ¿qué paredes rompiste? ¿por dónde entraste? ¿cómo no hablas? Mas ya veo que es un poste: seguro estoy, bien puedo quietarme un poco. *Myc.* ¿Hay mas gracioso miedo? ¿hay tal engaño? *Gall.* Como esos padecen los miserables ricos. *Simon.* ¿Si me engañé en aquella cuenta que hice?: bueno será volver á contar el dinero que he enterrado, por ver si sale bien con la memoria que guardé en el escritório. Ay! paréceme que oigo ruido; no hay duda sino que son ladrones, que hay muchos deseosos de mi riqueza, y me persiguen con varias asechanzas: ¿adónde está mi espada, por si topáre con alguno?: mas todo parece que está quieto: volvamos otra vez á desenterrar el oro. *Gall.* De esta manera que Simon, viven los ricos, ansí descansan los poderosos, Mycilo amigo; y porque mejor lo sepas, pues falta tanto para venir el dia, vamos en casa de otro rico, para que veas que en todos son unos los cuidados. *Myc.* ¡Ó cuitado hombre! ¡ó miserable rico! ¡ó desdichada abundancia! Enriquezcan mis enemigos de esa suerte, que si la riqueza trae consigo desvelos tan notables, yo la juzgo por la mayor desdicha: ¿quién creyera la vida miserable de los ricos? Dichosa mi pobreza, que ya

que

que no me trae abundancia, tiene contento abundante, y alegria que dura y permanece: déxame por tu vida vengar de este, Gallo amigo, que primero que me vaya le quiero dar un golpe en la mexilla. *Sim.* Ay que me han herido, que me roban, desdichado de mí, que entran ladrones. *Myc.* Llora, y vela, pecador desventurado, mientras esas inquietudes y tesoros acaban tu miserable vida: quiera Dios que te vuelvas como el oro, pues en su estimacion tienes el corazon tan arraygado. Vamos desde aquí, Gallo querido, á ver á Gniphon el logrero, pues de aquí vive tan cerca. *Gall.* Vamos donde quisieres, que quiero enseñarte mas exemplos de lo malo que deseas. *Myc.* En llegándoles la pluma, se abrieron ambas las puertas. *Gall.* Mira como este tambien está velando, y lleno de temores y cuidados, sumando lo que ha ganado á sus logros, torciéndose las manos, porque le parece poco: vesle, pues antes de mucho, sin que le valgan sus usuras, se ha de volver en mosquito, araña, ó mosca. *Myc.* Ya veo un hombre malaventurado y miserable, que ansí humano como es (si es que es humano un logrero) no tiene mejor vida que el mosquito; pues está el cuitado chupado y consumido con la codicia de ajuntar hacienda: yo apostaré que se dexa matar este de hambre, por no gastar los tesoros que ha robado. Vamos á otro, si quieres; porque me mueve á ira ver á un logrero hurtando toda la vida, para que otros gocen quanto hurta. *Gall.* Vamos á ver á Eucrates. *Myc.* Vamos. *Gall.* Toca las puertas. *Myc.* Bien podemos entrar, que ya se abrieron: ¡ah casa, casa! pocas hora ha que quanto guardas era mio. *Gall.* ¿Aun todavia te estás soñando riquezas? pues déxate de esas locuras, y mira á Eucrates. *Myc.* ¿Qué es de él? *Gall.* Vesle

le allí detras de aquel mancebo. *Myc.* Ya veo al buen viejo ocupado en lo mismo que los otros: desdichado por cierto; pues siendo tan enfermo, y ya de tantos años, no sabe estar descansando: ¿qué está en el otro aposento? Pardiez que es la muger de Eucrates, que está con el cocinero agraviando á su marido; ¡hay desdicha semejante! *Gall.* Y ahora, ¿qué es lo que dices? ¿fueras de buena gana uno de aquestos, ó quisieras ser Eucrates, ó como heredero suyo poseer sus bienes con la desdicha que él los goza? *Myc.* No por cierto, Gallo amigo; pues menos dolor fuera morir de hambre, que cometer ó sufrir maldad como esta; malditas sean las riquezas, lleve el diablo los convites; ya no deseo el oro, no quiero la plata, ni el regalo; mas estimo dos maravedis que tengo para pasar mi vida, que no perderla con tantas inquietudes: la mia es la riqueza verdadera, y los ricos son los pobres; pues con temores y desvelos acaban la vida, sin gozar de lo que tienen. *Gall.* Mira que ya amanece, vámonos á casa, que otro dia verás lo que te queda. *Myc.* Vamos, Gallo, y Dios te guie por lo que me has enseñado.

DIÁLOGO III.

EL PHILOPSEUDES DE LUCIANO.

ARGUMENTO.

En este diálogo tercero procede el Filósofo con mas levantado estilo: introduce personas graves; y en defensa de la verdad habla científicamente, procurando desterrar el daño que causa el vicio del mentir sin razon, ni fundamento; depravada costumbre, que tanto cuesta en el mundo, y que ha desdorado calificadas opiniones. Por muy necesario juzgué siempre este diálogo para la enseñanza humana, que es lástima digna de eternas lágrimas ver los entendimientos que persuaden con semejantes embelecos hombres libres, y que quieren ser admirados por Adivinos, Matemáticos y Nigromantes, haciendo creer visiones imaginadas, fantasmas prodigiosas, hechicerias falsas, ensalmos vanos, sortilegios diabólicos; todo ficcion y mentira, con que el demonio engaña á tanta gente: y lo bueno es que todos los cuentan, y todos los saben, y ninguno los ha visto; porque apurada la verdad son imaginaciones, como la del otro estudiante Ayola, que en jardin de flores la escribe por cierta, y todo el suceso tomó de este diálogo á la letra. Aprovéchese el Christiano de estos preceptos, para saber apartarse de semejantes vanidades, de tales invenciones, aborreciendo vicio tan depravado, tan vil costumbre; pues es cierto lo de S. Isidoro en el libro de Conflictu vitiorum, & virtutum, que: nec artifitioso ingenio, nec simplici verbo oportet decipere quemquam: quia quolibet modo mentiatur quis, offendit. *Y al fin:* perdes omnes, qui loquuntur mendacium, *pena que se verifica en la opinion del mentiroso con vil desprecio.*

TYQUIADES Y FILOCLES.

Tyq. ¿Sabeisme decir, Filocles, qué puede obligar á algunos á ser tan aficionados á mentir, que no solo no gustan de decir verdad en su vida, sino que se pierden por oir á los que mienten como ellos? *Fil.* Muchas cosas hay, Tyquiades, que inclinan á los hombres á semejante vicio, vil entre quantos conocí, y experimenta la flaqueza humana, á que daremos un eficaz remedio. *Tyq.* No voy por ahi, ni pregunto de los que mienten quando la ocasion lo pide; porque los tales deben facilmente tolerarse; pues es sin duda que son dignos de alabanza muchos de aquellos que con algun fingimiento engañaron á sus enemigos, quando para librarse de su opresion no hallaron otro mejor camino: porque como sea natural al hombre la defensa, no agravia el que se defiende, aunque ponga todos los medios que para esto juzga por necesarios. ¿Quién culpará á Ulises, que mas de una vez hizo lo mismo, para librar su vida, y cobrar la libertad perdida á sus olvidados compañeros? No digo de estos tales, sí de aquellos que sin necesidad alguna, sin conocido riesgo y eminente peligro anteponen á la verdad la mentira, satisfechos y contentos de semejante locura, exercitando el pernicioso vicio del mentir, sin ocasion que lo pida, para licenciar de algun aprieto: de estos tales me desvela el propósito con que intentan tan vil cosa, deslustrando su opinion con mancha tan notable. *Fil.* ¿Acaso habeis hallado algunos hombres que mientan por su antojo, sin mas consideracion que el hablar infructuosamente? *Tyq.* Si por cierto, y no muy

muy pocos. *Fil.* Pardiez yo no les hallo otra causa sino faltarles el juicio, y dar en esa locura; pues toman la cosa peor que hay en el mundo, y dexan la mejor que puede hallarse en todas. *Tiq.* Sin duda que no es aqueso; porque yo conozco muchos, y podré mostraros hartos, que abstraidos de este vicio son prudentes en estremo, y de saber admirable; y no sé por qué razon tan estudiosos de este daño, tan asidos á esta desventura, que dan en rostro á quantos los comunican: verdaderamente que sufro con impaciencia que tales varones excelentes en las otras cosas huelguen de engañarse á sí mismos, y á los que tratan con ellos. ¿Qué me direis de aquellos venerables viejos Herodato, Tesias, Nidio, y otros, que sabeis mejor que yo, mas modernos, y mas antiguos, y Homero, Príncipe de los Poetas Griegos, varones celebrados de los siglos, y con la misma falta, pues sus escritos estan llenos de mentiras, no solo para engañar á los que entonces los oian, sino para que de unos en otros llegase la mentira, adonde su opinion y fama puesta en versos hermosísimos, en sentencias dulces, en decir puro, y lenguage cortesano? yo os prometo que muchas veces me cubro de vergüenza, con solo leer el nombre de sus libros, y los títulos de sus versos, y mas quando llego á la compra, que cuentan de los bienes del cielo, que fingen haber perdido los Dioses desterrados; quando dicen las ligaduras de Protheo, el rebelion de los gigantes, y toda aquella tragedia del infierno; aquel pintar á Júpiter convertido en toro por el amor de Europa, y por la hermosa Leda en blanco cisne; y el otro Dios mudado en avecilla, ó convertido en osa por el gusto de una Ninfa; la confusion de mas de esto, de los Pegasos, quimeras, Corgonas, y Ciclopes, y

y otras mentiras compuestas con sutileza, tan indignas por cierto para ser creidas, quanto dañosas á quien las supiere; pues pueden con facilidad divertir el entendimiento á los muchachos, que agenos de mayores experiencias temen aquellas visiones representadas, y aquellas mudanzas monstruosas; sí bien es ansí, que las mentiras poéticas son en parte mas tolerables, por la moralidad que incluyen, incentivos para el aprovechamiento urbano, para la adversion del natural errado; doctrina á que tira principalmente la fábula, procurando persuadir con figuras imaginadas al exemplo del bien público de la enseñanza loable de la juventud: estas pasen; mas las mentiras que se usan en las ciudades contra el trato ordinario de las gentes, ¿quién no las vitupera? materia cierto para reir, y no indigna para llorarse tan bastarda costumbre: díganlo los Tebanos, que no se avergüenzan de mostrar el sepulcro de Júpiter, los Atenienses de decir que Eritonio nació de la tierra, y que los primeros hombres de Atica brotaron de ella, bien ansí como hortaliza; y aun estos mienten con algun empacho; mas los de Tebas lo hacen tan descubiertamente, que afirman que de los dientes de una sierpe sembrados por un hombre que la dió la muerte, nacieron infinitos hombres; y es lo bueno, que tienen por imprudente al que no cree estas locuras, y por falto de juicio al que quiere exâminarlas con prudencia. No es graciosa cosa, que gane opinion de necio cerca de los mas doctos el que no creyere que Tritolemo fue llevado por el ayre de unos ferocísimos dragones, que con veloces alas cortaban con ligereza la region diáfana; y que un cierto Dios, llamado Pan, desde Arcadia vino volando á socorrer á Maratona, pasando en un instante tan gran distancia; y que Oritia

tia fue robada por el viento Boreas, sin poderse defender de su opresion violenta, y que el dudar de estas cosas traiga descomunion y maldicion grandísima entre hombres sabios y entendidos, que á tal opinion ha llegado en nuestro siglo la mentira. *Fil.* No seas juez tan riguroso, Tyquiades, con los que tienen esa falta, pues no todas veces carecen de alabanza los poetas y historiadores que mienten; pues no se debe creer de los doctos que lo hagan sin advertencia grande, y sin conocimiento de la verdad de lo que escriben; pero hermosean sus obras con aquel deleyte que procede de la fábula; dulcísimo halago para atraer á los oyentes: y ansí visten de opinion sus libros, admirados, si ya no de verdaderos, de entendidos; y por esto los de Tebas y los de Atenas adquirieron con sus historias tanta magestad para la patria, tanta opinion para sí, y tal fama para todos. Porque ¿quién duda que si se desterrasen estas mentiras de Grecia moririan de hambre los que viven de contarlas, y los que enriquecen con escribirlas? porque no hay forastero, ni natural que pague dineros por oir verdades, pues aun de valde no las quieren: estas mentiras que incluyen en sí la erudicion comun, no del todo son vulgares, ni perniciosas en la República, sí empero las que se dicen ó escriben sin tal causa, dignas ellas y sus autores de vituperios y castigos. *Tyq.* Bien pensais en la destruicion de las mentiras, mas procuradla para lo que os diré agora, ya que os mostrais favorecedor de aqueste vicio: yo vengo de ver aquel celebrado Eucrates, aquel oráculo de nuestra edad, honor de nuestra República, en cuya casa se contaban cosas tan fabulosas y increibles, que enmedio de la conversacion me obligaron á dexarla, no pudiendo sufrir sucesos tan sobre

bre

bre el crédito humano: puedo decir que temeroso de mentiras tan sin tasa, me faltó de todo el ánimo para asistir á oirlas; nunca se vieron cosas tan monstruosas, sucesos tan admirables, dichos tan dudosos, y tan varios acontecimientos. *Fil.* En verdad, Tyquiades, que Eucrates es de los hombres graves de este siglo, y de tan conocida opinion y venerable autoridad como todos saben, y que habrá pocos en la ciudad donde vivimos que crean de un viejo de sesenta años como él, tan docto, de aquella amable presencia y compuesta barba; y sobre todo tan consumado Filósofo, no solamente que tenga ese defeto mas que sufriese hablar delante de sí á los culpados en tal vicio. *Tyq.* en verdad, amigo, que si os guiais por muestras exteriores, os engañais las mas veces, y esta sin duda lo habeis hecho, y se ve muy bien que no le oistes lo que yo, y las instancias con que afirmaba quanto decia, multiplicando juramentos; accion que dexa siempre á la verdad sospechosa, y con afectos tan eficaces, maldiciendo á los hijuelos que le rodeaban (vil costumbre) tanto que viendo yo sus desvaríos tan autorizados, pensaba entre mí diversas cosas: mil veces le juzgué por loco, muchas por engañador hablista, que con piel de generoso leon encubria las mañas de la astuta raposa; tan increibles cosas decia. *Fil.* ¿Qué eran por vuestra vida, que deseo saber la chocarreria que nos encubria debaxo de tan luenga barba? *Tyq.* Solia yo visitarlo algunas veces, quando libre de otras mayores ocupaciones me sobraba el tiempo; hoy empero no me llevó la curiosidad que siempre, sino necesidad forzosa de ver á Leontico mi amigo, que supe de un su criado que de mañana habia ido á visitar á Eucrates, porque estaba enfermo. Yo que entonces supe sus

acha-

achaques, quise cumplir con todo, viéndole á él, y buscando á mi amigo, cosa que deseaba con estremo: voy á casa del enfermo; y aunque ya no hallé á Leontico, quise cumplir con mi visita; hallé tantos con el viejo, que casi no habia en la casa en que sentarnos: entre tantos habia muchos varones excelentes, Cleodemo, filósofo peripatético, Dinomaco, estoyco, y Ion, aquel que por la platónica doctrina es estimado con notable aplauso y admiracion de quantos le conocen; deuda debida á sus estudios y letras; pues él solamente en esta edad ha sabido comprehender la mente de aquel varon divino, y ser expositor de sus oráculos: mirad si eran vulgares los que acompañaban al enfermo. Famosa gente por cierto, á fe dotados de toda virtud, y adornados de toda sabiduria, dignos cabezas de la secta que profesan. Estaba tambien allí Antigono, famoso médico, sin duda llamado para la cura de la enfermedad, de que parecia sentirse mejor Eucrates: procediale de un humor grueso, que dilatado en los pies con eficaces dolores le impedia el poder andar; indisposicion familiar de edad decrépita. Mandóme Eucrates sentar en su misma cama, recibiéndome con voz baxa y enfermiza (melindre de algunos regalones), si bien antes que entrase le habia oido dar voces y levantar el tono. Acetado el asiento, me asenté con harto cuidado de no tocarle los pies; y despues de aquellos cumplimientos ordinarios (muchas veces disculpas frívolas de conocidos descuidos) que no sabia su indisposicion, que si la hubiera sabido hubiera venido á verle, que me pesaba de no hallarle con la salud que deseaba: en fin vine á ocupar la cama, y los demas sus asientos. Era lo que trataban del mismo mal del enfermo, ya definiéndole; y ya aplicándole, sobre

bre

bre que se habian dicho pareceres diversos y sentencias provechosas: antes que yo entrase aplicábale algunos medicamentos Cleodemo, y prosiguió su razon de esta suerte: si alguno tocado de este achaque levantare del suelo con la mano izquierda el diente de la comadreja, muerta como yo dixere, y le atare en la piel de un leon, desollada muy poco antes, y le revolviere á las piernas, sin duda cesará el dolor en un instante. No ha de ser piel de leon (dixo Dinomaco, segun dice un grave autor), sino de cierva, que no haya parido, ni pasado por la brama; y parece mas creible, por ser la cierva ligera, y valer mucho por eso para la cura de los pies enfermos; no ansí el leon, que es fuerte, y mas pesado, y no tiene virtud ninguna para tal dolencia, aunque es provechoso para otras; porque su unto, su mano derecha, y los pelos que por la parte izquierda le cuelgan de la barba, tienen propiedad notable, si alguno los supiere usar, diciendo ciertos versos que incluyen las enfermedades de que libran. En esa misma opinion, prosiguió Cleodemo, estaba yo hasta ahora; pero los dias pasados un hombre Africano, sabio en verdad y experimentado en cosas semejantes, me persuadió á lo contrario, mostrando con evidencia que los leones son mas ligeros que los ciervos; pues es averiguado que los cazan siguiéndolos corriendo. Loaban grandemente los demas al Africano, como dueño de cosa tan verdadera, quando dixe yo riendo que era engaño pensar que tales dolencias se curaban con semejantes encantamentos, ó nóminas colgadas, aplicados por defuera, destruyendo ellas por lo interior al hombre. Rieronse todos de mi dicho, y con afectos indiferentes condenaban mi simpleza, pues ignoraba principios tan asentados y recibidos

por

por verdaderos de los mas bien entendidos. Solo el Médico mostró holgarse de mi instancia; porque poco antes habian tambien burlado de él, porque conforme á las reglas de medicina quiso curar á Eucrates, diciéndole que se abstuviese del vino, y que pasase con dieta moderada, yerbas dulces, ó frutas, para que del todo disminuyese el vigor al ánimo. Reiase Cleodemo descompasadamente, y prosiguió diciendo: grande ignorancia, Tyquiades: ¿pareceos increible que de simples de esta manera se hagan compuestos admirables para la cura de enfermedades diversas? Sí por cierto, le respondí; porque no soy tan necio que me persuada facilmente que las cosas aplicadas por defuera, sin capacidad para comunicarse internamente con las causas de la enfermedad, tengan operacion alguna para la preservacion de los achaques: palabras no entendidas, caracteres escuros, dicciones bárbaras, ensalmos simples, nóminas traidas, hechicerias vanas, sortilegios diabólicos, ¿qué virtud han de tener para restaurar la salud perdida por varios accidentes, y por superfluidad de humores? bien ansí como lo que acabais de decir del diente de la comadreja; pues es sin duda que aunque se cosiesen diez juntas en la piel del leon que mató Hércules, no aprovecharian para curar á Eucrates; quanto mas, que yo he visto muchas veces cojear de dolor al leon envuelto en toda su piel. Muy idiota estais, Tyquiades, me respondió Dinomaco, y bien se os luce que nunca os aplicastes á saber de qué manera aprovechan estas cosas contra las enfermedades, ni como se han de aplicar para que valgan: ¿quién duda que en esta materia aun no alcanzareis las cosas fáciles, como es la cura de las tercianas con los círculos, el amansar las serpientes con palabras, curar los animales en la tierra,

y detener en el ayre el vuelo mas presuroso de las aves, y otras cosas como estas, que las viejas hacen de ordinario, y que no se puede dudar de su certeza; pues á costa de tantas experiencias se conoce cada dia? y siendo forzoso que creais aquestas, pena de que os canonizarán por necio en todas partes, ¿por qué dudais de que se puedan hacer las admirables que os decimos? Pobre de mí, le respondió Dinomaco, y qué de cosas diversas amontonais á un tiempo mismo; no saqueis, como dicen, con un clavo otro, que es facil de entender aquesa treta; pues no se averigua lo dudoso que decis con las instancias que haceis: averiguad por razones que naturalmente puede convertirse la calentura y hinchazon en algun hombre divino, ó en alguna edicion bárbara, y que por eso huye del sugeto que atormenta, forzada de semejantes impulsos; y entonces os diré yo que no son patrañas sin substancia quantas quereis con vuestra autoridad que pasen plaza de verdades científicas. Paréceme, prosiguió el mismo, que pues tal decis no debeis de creer que hay Dioses inmortales; pues es lo mismo pensar que los nombres sagrados no sean poderosos para sanar enfermedades y obrar en la tierra semejantes maravillas: ni de burlas digais tal deshacierto. Respondí enojado que yo reverencio las cosas sagradas como debo, y aunque haya Dioses, no por eso dexarán de ser esos enredos sin fruto, y esas curas sin efeto. Yo, hermano, hago la estimacion debida de los Dioses inmortales, y estoy muy al cabo de los medicamentos que dexaron en la tierra para el remedio de tantas enfermedades y disgustos como permitieron que pasasen los hombres en castigo de sus culpas; sé muy bien el alivio que envian en los trabajos mayores, sin dexar á los mortales acabar en los mu-

muchos que padecen: veo cada hora las restauraciones milagrosas que hacen de la salud perdida por medio de la medicina, y de los remedios que se aplican á cada achaque; y ansí aquel sabio Esculapio, y todos sus decendientes curaban con medicinas saludables á los enfermos, no con ligaduras vanas, con pieles de leones, ni dientes de comadrejas. Proseguia yo deseoso de reprehenderlos, quando atajó Ion mi discurso con este, que llamaba él caso admirable, que empezó á decir de aquesta suerte.

Siendo yo mozuelo, que apenas tenia quince años, estando un dia con mi padre, llegó á decirle cierto hombre que Mida, un esclavo que teniamos en casa, amado de él tiernamente, por fiar de su cuidado el gobierno de la hacienda, robusto, industrioso, para mucho, y que corria por su cuenta la disposicion del ganado, y la labor de las heredades y las viñas, le habia picado una víbora, de que ya fistolada una pierna, no podia venir sobre ella, y que ansí quedaba tendido en la plaza lleno de mil dolores, y rodeado de innumerable pueblo. Parécese que desarmentando una viña, y haciendo la gavilla junto á un vallado, la víbora le picó en el dedo pulgar del pie derecho, dexándole como he dicho. Estando diciendo aquesto truxeron á casa al herido muchos esclavos compañeros suyos, echado en unas andas, dando gritos, la piel corrompida, perdido el color, y casi muerto. Sintiólo mi padre grandemente, porque le amaba mucho; y procurando algun remedio conveniente, uno de los muchos amigos que allí se hallaron le dixo que no tuviese pena, que él le traeria un hombre Babylónico, de los que llaman Caldeos, que al punto sanaria al esclavo (¡notable cosa!): trúxose el Caldeo, y en muy poco tiempo, con solo unas

palabras, sanó á Mida, ahuyentándole del cuerpo aquel veneno con cierto encantamento que le hizo en la parte afecta, y colgándole de la pierna una pedrezuela, que á fuerza de otro encanto se cayó del sepulcro de una doncella difunta; cosa grande por cierto, aunque no tan digna de admiracion como otras que hizo el mismo. Muchas pudiera contaros; pero baste una famosa y admirable, para exemplar su sabiduria: salióse al campo una mañana, y despues de haber purificado el lugar con piedra azufre, andando con una hacha encendida, haciendo diversos círculos, empezó á leer en un librillo no sé quantas veces siete nombres incógnitos, repitiéndolos con grande devocion y sentimiento: ¿quién no se espanta? vinieron á la fuerza del encanto quantos animales ponzoñosos ocultaban aquellos contornos, culebras, áspides, víboras, cerastas, esparamines, ranas ponzoñosas, y sapos hinchados; mas conociendo que no salia un dragon cargado de años, que de viejo no se podia menear, ni podia oir el edicto, echándole menos (¡grande ciencia!) envió la culebra de menos edad para que le truxese, que lo hizo al mismo punto. Juntos, pues, en su presencia todos, sopló sobre ellos el Babylónico dos veces; y apenas les tocó su aliento (¡ó maravilla notable!) quando encendido un grande fuego los volvió en polvo y ceniza. Yo, pues, espantado de milagro tan ridículo, pregunté al que le contaba si aquella culebra habia traido de la mano al dragon; porque él le pintó tan viejo, que de otra suerte no podia llegar á la audiencia, si ya no fuese que truxese algun bordon en que arrimarse; preeminencia de su vejez y muchos años. Enfadóse Cleodemo de mi duda, y sintiendo que fizgase tan á lo socarron del que la contaba, me dixo que en otro tiempo creia

creia él menos que yo entonces semejantes maravillas; porque nunca habia hallado razon para persuadirse á que no fuesen imposibles; mas despues (decia él) que vi volar á aquel bárbaro estrangero, que segun decian era natural de los montes Hyperboreos, doy crédito bastante á la cosa mas admirable, y me confieso vencido, para defender lo mas dificultoso, siendo ansí que muchos dias despues de haberlo visto dudé de que pudiese verlo mas: finalmente, ¿qué podia yo contradecir si enmedio del dia veo volar por esos ayres un hombre, y con la misma ligereza del águila cortar las nubes? y que tan facilmente como hacia esto andaba sobre las aguas sin hundirse sin mojarse, y se paseaba por el fuego sin que le ofendiese ni quemase? ¿Vos visteis (dixe yo) hombre Hyperboreo que volaba por el ayre, que andaba sobre las aguas, y se paseaba sobre el fuego? Y como que le vi, acudió él, y por mas señas traia puestos unos alpargates muy bien hechos; calzado de que solos usan los nobles en su tierra; y por no cansaros no os digo otras cosas menos considerables que hacia; sacaba demonios, resucitaba muertos, hacia hechizos para enamorar y aborrecer, mostraba delante de todos á la misma Hecate, y baxaba quando queria á la luna del cielo con facilidad notable; nada de aquesto os dixo, si empero lo que yo mismo le vi hacer por Glaucias, hijo de Alexis. Este Glaucias, despues de muerto su padre, y tomada posesion de su hacienda, se enamoró de Lacresis, hija de Demeneto, de las hermosas mugeres de nuestra patria: dióse tanto á su amorosa pasion (verdugo propio del alma), que se apartó totalmente del estudio: era yo su maestro entonces, y sentialo grandemente; porque á no dexar los libros, hubiera ya aprendido toda la doctrina de los Peripatéticos; porque siendo entonces de diez y ocho años solos, habia ya cursado en los Analíticos, y oido toda la Física; mas no es hazaña nueva del amor sujetar armas y letras: lastimosa inquietud traia consigo Glaucias, que la pasion amorosa ni puede sufrirse, ni puede disimularse; ¿quién será el fuerte que resista el empleo de una voluntad? ¿y quién el docto que disimule y encubra dolores, que vencen á la razon y al ánimo? Comunicóme su mal con lastimosas ansias, y yo cuidadoso para remediarle (obligacion que como maestro suyo me corria), le truxe al Mago que os dixe, que en breve tiempo prometió remedio á su fatiga. Dieronsele luego ciento y cinqüenta reales; porque aunque la cura se concertó en seiscientos, quando sanase el enfermo, con la posesion del bien amado, hubo menester los para la preparacion forzosa de los sacrificios, y se empezó con eso á disponer la cura. El Mago, pues, en la primer creciente de la luna (tiempo diputado para tales efectos) hizo un hoyo en cierto patio de la casa, desde adonde se veia el cielo; y un dia á la media noche, con diferentes conjuros, forzó á volver á esta luz al viejo Alexis, padre de nuestro enamorado, que siete meses antes habia salido del mundo. Mostróse Alexis sañudo y enojado por el amor del hijo; mas al fin, persuadido del Mago, le permitió que amase: quietóse á una parte, dada esta licencia, el cadaver lacio del cansado viejo, quando se mostró Hecate, que traia el Can Cerbero aprisionado, baxó del cielo la luna á la fuerza del conjuro del Hyperboreo, transformada en varias formas, en cada lugar diversa, ya menguada, y ya creciente: primero se nos representó en una muger hermosa, luego en una vaca, y á la postre en una perra. A la vista de estas demostraciones, que nos espantaban y suspendian,

tomó el Mágico un poco de tierra sacada del mismo hoyo, y haciendo barro de ella con su saliva, formó un Cupido tan bien hecho, que pudieran imitarle los escultores mas primos: á este con su mismo aliento le dió vida, y le mandó que luego truxese allí á Lacresis: volando al punto desapareció el Dios ciego, y de allí á poco llamó Lacresis á la puerta de la casa donde estábamos (¡quién no admira caso tan estraño!): abrióla el dueño del encanto, y ella loca de amor, abiertos los brazos, se fue á Glaucias, diciéndole ternísimas dulzuras, y recogiéndose juntos, se detuvieron hasta que el alva vino con su luz á dividirlos, y á deshacer tanto encanto, tanta ilusion y figura. Amaneció el dia alegre, y al primer canto del gallo la luna voló al cielo, Hecate se hundió en la tierra, y evanidas las demas visiones, faltaron de nuestros ojos; y últimamente á Lacresis volvimos á su casa á la misma hora. ¿Qué direis de estas maravillas, Tyquiades amigo? bien confesareis que os nace la incredulidad de la falta de experiencia de acontecimientos semejantes, y que si hubiérades visto algunos de ellos no dudárades de todos, ni que carecen los encantamentos de muchas comodidades. Bien decis (le dixe entonces), que sin duda las creyera si las viese; mas dadme licencia para no creerlos hasta que los vea; pues me hallo imposibilitado con tan legítima escusa, que no es culpa mia no ver con tan aguda vista como vosotros veis todos: mas volviendo á Lacresis digo que yo la conocí como á mí mismo, que era una muger perdida, ramera tan facil, que no se negaba á nayde; y no sé yo á qué propósito, para atraerla á vuestro gusto, teniades necesidad de aquel mensagero de lodo, ni del Mago traido de los Montes Hyperboreos, ni menos que viniera á rogárselo la luna,

y

y á forzarla Hecate; pues por diez reales que la diérades la pudiérades llevar á ella hasta los Hyperboreos; porque es tan bien acondicionada en esta parte, que de gracia se ofrece á semejante encanto, y en los que hace, poco se parece á las demas visiones, si es verdad lo que afirmais vosotros, que los fantasmas huyen en oyendo sonido de metal ó hierro; y ella se irá al cabo del mundo al retintin de plata y oro; diferente en esta calidad de quantas visiones nos inquietan; y pardiez que me espanto mucho del Mago que hizo encanto semejante; pues pudiendo con su ciencia forzar á su aficion riquísimas mugeres, y obligarlas á que le dieran millares de ducados, se contentase con tan pequeña ganancia (¡codicia grande! ¡engaño manifiesto!); pues por ciento y cinqüenta reales trabucó el cielo y la tierra para que Glaucias gozase de sus amores. Donosa cosa por cierto, dixo Ion muy alterado, ¿nada habeis de creer de quanto os dicen?: eso no arguye entendimiento claro. Preguntoos yo (que lo deseo en estremo), ¿dudareis acaso de los que libran á los energúmenos y lunáticos de aquella opresion tirana de los espíritus malignos, lanzándolos de los cuerpos á fuerza de palabras y conjuros?: cosa sabida es lo que hacia aquel Syro de Palestina, notable hombre en estas curas, que levantaba sanos á los mas opresos de semejante desgracia, quando mas torcian los ojos, se arrastraban, espumaban furiosos, y hacian visages diferentes: ninguno de estos curó que no le dexase sano, quedando él bien satisfecho, y ellos libres de tan crueles males; y escuchad el modo de la cura. En lo fino del accidente, quando mas inquietos se revolcaban por la tierra, los forzaba á que le dixesen como ó donde ocuparon aquellos miserables cuerpos; y el

mal-

maldito espíritu por la boca del enfermo respondia en lengua griega, ó bárbara, ó en otra qualquiera que era materna del sujeto atormentado, y decia con distincion quanto queria que le dixese el Syro; y despues con amenazas grandísimas, apretados castigos y temerosos conjuros le hacia, á su pesar, dexar el cuerpo: y por cierto que asistiendo yo á la cura de uno de estos vi salir á un demonio negro y feísimo, sucio y ahumado, que no me causó pequeño horror, aunque soy poco medroso. No me espánto yo, le dixe, que vos, Ion, viérades cosa como esa; pues tambien veis las ideas que enseñó Platon vuestro maestro, siendo tan sutiles y tan incapaces de que las vean los hombres. Creeis vos (dixo Eucrates) que solo Ion ha visto semejantes maravillas, y que naide sino él ha topado con demonios de noche y de dia, y sabe que son feos, asquerosos y sucios? porque estoy yo aquí, que *no una*, *sino mil* veces, los he visto. Señores, quando aquesto oí á un hombre tan grave quedé helado, y mas quando prosiguió diciendo: mirad que cosa tan dificultosa y rara, siendo ansí que os confieso que al principio me turbaba con semejantes vistas, y que me causaban horror tales visiones; mas ya por la costumbre de verlas se ha facilitado el natural, de suerte que la mas rara y admirable no la tengo por prodigiosa, ni me espanta; y particularmente perdí aquesta adversion que las tenia desde que un Árabe, grande encantador y hechicero, me dió un anillo de hierro, quitado de cierta horca, y me enseñó un conjuro de diversos caracteres, con que he perdido el miedo totalmente. Esto es verdad, Tyquiades, sino es que mi autoridad padezca en vuestra estimacion tan grande agravio, que como á todos no querais creerme. ¿Cómo será posible (dixe yo) no creer
á

á Eucrates, hijo de Dinon, hombre sabio, esplendor de nuestra patria, amparo de las ciencias, y que tiene autoridad para deshacer las dudas mayores, y decir con libertad quanto quisiere? Aquello de la estatua (prosiguió él) que en mi casa cada noche se aparece á quantos hay en ella, no lo sepais de mi solo, pues teneis tantos testigos: cosa rara, y que la saben todos. ¿Qué estatua? le pregunté. ¿No vistes (dixo) quando entrábades por esa galeria una estatua muy hermosa, obra de Demetrio, de aquellas perfectísimas que él solia hacer de barro? ¿Decis acaso aquella (le dixe) que tiene aquella bola de hierro, y está inclinada como que quiere tirarla, el un pie un poco doblado, que parece que prueba á enderezarse para el tiro? No es esa (prosiguió el viejo), que ese tirador de bola es una de las obras de Myron. No digo esa, ni la que está junto á ella, hermosa por todo estremo, y que tiene la cabeza vendada, milagro de las manos de Policreto; ¿no está á esa mano derecha, como entramos, que son los que mataron á los tiranos, riquísimos entalles, esculturas bellísimas de Cricia Nisiota: á la otra, junto á donde corre aquella fuente, ¿no está una que tiene el vientre algo levantado, calva, medio desnuda, de relieve perfeto, que le faltan algunos pelos de la barba, y de venas descubiertas? pues esa es la que os digo, estatua de Pelico, Capitan valeroso de Corintio. Por Júpiter (dixe) que ya sé qual me decis, y que está á la mano derecha de Saturno, y tiene por mas señas unas vendas, y unas guirnaldas marchitas, y en el pecho unas dos hojas doradas. Yo se las hice dorar no ha mucho, dixo Eucrates, porque me sanó en tres dias de unas calenturas muy ardientes, de que pensé acabar la vida. ¿Pues el Capitan Pelico, pregunté disimulado,

do, era médico y soldado? Sí era, me respondió, y no hagais burla, Tyquiades; porque si aquella estatua se enojase os hará que por fuerza la tengais el respeto que se debe, que yo sé medianamente quanto vale y quanto puede la estatua de que os burlais: ¿pareceos dificultoso que quite las calenturas quien es poderoso á darlas? Favorable, respondí, y pacífica sea conmigo estatua que tanto vale; mas decidme lo que le ven hacer en vuestra casa luego que anochece. Cada dia, prosiguió disimulado, dexa la basa en que está, y por estos corredores y galerias se pasea ayrosamente; salen á verla y oirla todos los de casa, que tambien canta dulcemente muchas veces, y no hace daño á persona, solo es menester desviarse, porque se enfada si la tocan, y con eso pasa sin ofender los que la miran; vuélvese á su puesto, y quando todos se han ido lava y juega, canta y rie, ocupando en semejantes cosas lo que dura la noche, sacando todos por el ruido que hace el exercicio que tiene. Yo espantado de locura tan grande, le dixe con disimulo: mirad, Eucrates, que puede ser que esta estatua no sea de Pelico el Capitan que decis, sino Talo Cretense, de quien se dice que en tiempo de Minos fue una guarda de metal, que guardaba la isla de Creta por mandado de Júpiter, tal en todo, que á no ser de metal, sino de palo, mas se podria creer que fuese una de las máquinas de Dedalo, y no obra rara de Demetrio, como escriben; y tambien, como la vuestra, huye de la basa quando quiere. Guardaos, Tyquiades, dixo él (entendiendo mi malicia), no os pese despues de esos donayres, que puede ser que os suceda lo que al que le hurtó las ofrendas y limosnas que cada luna nueva le ofrecemos. Cierto que era conveniente (dixo Ion) que le sucediesen cosas tristes por sacrí-

crílego; pero contarme, Eucrates, como se vengó del ladron, que quiero oirlo. Es cosa rara (dixo el dueño); cantidad de moneda tenia á sus pies aquesta estatua, de plata y cobre, tales echadas en la basa, y tales con cera pegadas en las piernas; costumbre, como sabeis, de los que votan semejantes ofrendas; mil cumplimientos de votos diferentes, esculpidos en láminas de plata, memorias de sanidad de enfermedades, y de mercedes hechas; porque esta estatua es remedio general de todos daños, de quantos con humildad se los presentan: tenia yo un esclavo Africano, que servia de curarme los caballos, de mal natural, bellaco y atrevido. Este tal, perpetrando toda religion y respeto, le hurtó á la estatua las ofrendas con mano sacrílega, aguardando que se apartase de la basa: ¿quién se atreve á los Dioses inmortales, sin esperar gran castigo? Volvió á su lugar Pelico, y viendo que lo habian robado, quiso descubrir graciosamente al agresor de tamaño sacrilegio, cególe de manera al miserable, que toda la noche anduvo por ese corredor, sin hallar la puerta para irse, como si hubiera entrado en algun entrincado laberinto, hasta que venido el dia le cogieron con el hurto, y le hice yo dar hartos azotes; y no paró aquí el castigo, que los delitos cometidos contra el cielo no de una vez sola se pagan en la tierra: azotábale la estatua cada noche tan lastimosamente, que amedrentado, y lleno de golpes y cardenales, vino á morir desesperado en pocos dias. Id, Tyquiades, con este exemplo, y haced de nuevo burla de Pelico, como si fuera guarda de la edad de Minos, destinado para Creta. Pardiez, Eucrates, le respondí, mientras el metal fuere metal, y de él se entallaren hombres, no Dioses inmortales, no temeré yo mucho la estatua de Pelico; porque aun á

á él mismo si le viera no la temiera mucho por mas que me amenazara. Atajónos el médico diciendo que él tenia un Hypócrates de metal, que no pasaba de un codo de estatura, que en matando las luces y apagándose la lumbre paseaba toda la casa, haciendo mucho ruido, revolviendo los botes, y mezclando las medicinas, que trocaba las puertas unas sobre otras, abriendo las que estaban cerradas, y cerrando las abiertas, haciendo mas tumultos y travesuras, quando los de casa se olvidaban de ofrecerle los ordinarios sacrificios de cada año. No pude tener la risa, y dixe: ¿tambien quiere ya Hypócrates que le sacrifiquen, y se enfada si en el tiempo de los sacrificios públicos no es honrado con públicos banquetes, siendo tal que merecia perder opinion el que atrevidamente le sacrificara, derramara clarea, ó coronara la cabeza á su memoria? Oid por vida vuestra (dixo Eucrates) lo que vi no ha cinco años, y si es menester lo probaré con testigos: en el tiempo de vendimias me hallé en el campo un dia, y cansado de asistir á los que vendimiaban, me fui á divertir hacia la selva, pensando en cierta cosa de importancia: á la entrada de aquel bosque que confina con mis viñas me pareció que oia grandes ladridos de perros; detúveme algun poco, pensando que seria mi hijo Mnasona, que, como acostumbra, venia de jugar y montear con sus iguales: dentro de poco espacio vi que se levantó un terremoto, y que se acercaban á mí diversos ruidos; entoldóse de escuridades la distancia, y al sonido de un gran trueno divisé entre la confusion una muger grandísima; pienso que era tan grande su estatua como una alanzada de tierra, y no la encarezco mucho; traia en la mano derecha un cuchillo del largo de veinte codos, y en la izquierda una hacha encendi-

dida, á cuya luz pude ver que eran sus pies de dragon y su cabeza, que en el horror, fealdad y semblante representaba á Medusa, copiada de dragones ferocísimos, que en lugar de cabellos la poblaban el cuello, hombros y espaldas; tal era la figura que aun ahora en acordarme de ella me atemorizo: y diciendo esto mostró erizado el vello de los brazos con el miedo. Ion, Dinomaco y Cleodemo con vehemencia ansiosos le escuchaban colgados de sus palabras, como pudiera el rapaz mas inocente, reverenciando con temor tan gran Coloso, una muger de mas de cien varas, de estatura gigantesca, vision, parto ridículo de imaginacion errante. Yo mientras ellos se admiraban consideraba confuso los que adquiriendo nombre de prudentes y opinion de sabios y filósofos, eran tenidos de los demas por oráculos sagrados, admiracion comun, aplauso de las gentes, y en mi estimacion solamente los diferenciaba de los niños en las canas y las barbas, hallándolos en todo de mas facil ignorancia que ellos, tan creedores de mentiras, tan poco discursivos, tan poco considerados, que hallaban asiento en sus discursos, quimeras tan mal pensadas. ¡O fuerza de la edad, que así transformas los hombres! ¡ó curso voltario de los tiempos, contra quien no vale la prudencia mas fuerte, la discrecion mas pura, ni el discurso mas delgado! ¡ó tú opinion del vulgo! ¡ó fama voltaria, calificadora de tantas ignorancias, premio de tantos indignos, y afrenta de tantos sabios! al fin agravio general de los mayores merecimientos: no estudie ni pelee el que te alcanza; pues que tú eres victoria de quanto se conoce en esta vida, ¿quién pensára que los tenidos y estimados por tan doctos creyeran semejantes desvarios, ni que estimára el mundo por sabios á los que decian tales simple-

plezas? mas la opinion es poderosa para tanto. Proseguia Eucrates con la pintura de su vision horrible: traia á cada lado (decia) dos ferocísimos perros, que no se apartaban de sus lados. ¿Qué tan grandes serian? preguntó Dinomaco. Como dos grandes elefantes, dixo el viejo, y pienso que tan crecidos nunca se vieron en Grecia; negros, peludos, asquerosos y sucios; feos perros en estremo. Yo pasmado, si bien con valor para mirarla, sin fuerzas para huir, quedé del todo inmovible; y algo mas vuelto en mi acuerdo, volví á la parte interior del dedo, el sello del anillo de hierro que os decia que me habia dado el Arabe, para que no del todo me faltase el ánimo. Parada, pues, esta vision horrible y espantosa, hirió con gran fuerza el suelo, haciendo con los pies de ferocísimo dragon una profunda abertura, tal que con su grandeza casi llegaba á lo profundo del infierno, y sin hacer otra cosa se arrojó dentro de aquella sima espantosa, desapareciendo de mis ojos: yo animoso, asiéndome á un arbol que junto á la gruta estaba, porque la mucha profundidad no me turbase la cabeza con algun vaguido, y me hiciese caer dentro, me incliné quanto pude, alargando la cerviz para ver lo que habia dentro: no es locura; todo el infierno vi patente y claro á la luz de la hacha que llevaba la vision, y que alumbraba aquellas temerosas cavernas; vi el lago Flegeton, vi al Can Cervero, y á inumerables almas de difuntos, y conocí á muchos de ellos; á mi padre vi claramente ceñido con la misma mortaja con que le enterramos, que no me fue á mí de poco gusto. ¿Qué hacian las almas de los muertos? le preguntó Ion admirado; y respondió él que no otra cosa sino repartidos en tribus y familias, sentados entre unos floridos gamonales, conversar con amigos y parientes. Contradigan ahora todavia (acudió Ion muy contento) al divino Platon los Epicuros, y burlen de sus razones del alma; ¿y vos, Eucrates, es posible que entre las almas de tantos conocidos no le vistes á él, ni á Sócrates? Si vi (respondió Eucrates) aunque confusamente; porque le ocultaban otros, en cuya compañia estaba; mas saquéle por conjetura, porque era calvo y barrigudo; mas á Platon nunca pude conocerle, por mas que lo procuré. Esto es lo cierto; porque entre amigos se han de decir las verdades; vi al fin quanto en el infierno habia, cuya abertura se cerró luego poco á poco. Como me detuve tanto, salieron algunos de mis criados á buscarme, y muchos de ellos llegaron antes que del todo se cerrase la abertura. Pyrria, que está presente (era un mozo que le asistia) si no me engaño, fue uno de los que llegaron antes; él dirá si es verdad quanto he contado. Por Júpiter (dixo el mozo), que oí yo el ladrido por el resquicio, y que la luz de la hacha me pareció que resplandecia en el centro. Entonces es sin duda, Filocles, que me rei de gana con el testigo que al cuento acrecentó ladrido y fuego. No me dexó hablar Cleodemo, porque dixo que aquellas no eran cosas nuevas, ni nunca vistas de otros; porque yo los dias pasados (prosiguió) quando estuve enfermo, vi otro tanto, aunque no de esa manera. Dióme una enfermedad aguda, que en grande peligro me llegó al seteno, bien lo sabe Antigono, que me curaba entonces. Y como, replicó el médico, que teniades unas calenturas ardentísimas, particularmente la de ese término fue notable. Pues ese dia mismo (dixo él) me dexaron todos solo, y cerraron la puerta de la quadra, orden que vos habiades dado, para que yo durmiese un poco: apenas con el

el primer sueño quise cerrar los ojos, quando se me puso delante un gallardo mancebo, hermoso por todo estremo, y con una clamide lustrosa, rica y blanca, y despertándome del todo, me levanto de la cama, y hiriendo con la mano en el suelo de la quadra, por una hienda que la tierra hizo, me baxó á una region no conocida en el centro de la tierra: caminaba yo dudoso al lado de mi vigilante compañero, y vine á conocer que estábamos en el infierno; porque vi á Tantalo, á Ticio, á Sisifo, y á otros que conocí distintamente: ¿qué os pudiera decir de lo que vi en aquel rato? No quiero traerlo á la memoria, por no alargarme en el cuento: llegamos finalmente al tribunal, donde estaba Eaco y Minos asistidos de las Erines y las Parcas, que junto al trono del Rey Pluton hacian sus juicios: estaban contando entonces los nombres de los que habian de morir, cuyas vidas habia acabado de hilar Laquesis. El mancebo, pues, que me llevaba me presentó al juez, diciendo que yo debia morir, porque la Parca habia dias que tenia hilado el estambre de mi vida; ayróse el juez riguroso, enojóse el Rey Pluton, y dixo que me volviese á la tierra; porque aun no se habia acabado de hilar mi término infalible. Erraste, decia Pluton á voces: vuelve, y trae á Demilo el carpintero, que vive ya mas de lo que depositó en la rueca de la Parca; y con aquesto me dexaron libre, y restituyéndome á la fama, por donde me habia llevado, me hallé libre de la enfermedad. El mismo dia comencé á decir á todos que Demilo se habia de morir presto, que era mi vecino; y segun supe despues habia dias que andaba con achaques: y poco despues que lo predixe oimos el llanto de los que le lloraban; porque de repente cayó muerto. ¿Pues eso contais por maravilla? dixo Antigono: yo conocí un hombre que resucitó veinte dias despues que le enterraron, y yo le curé, antes que muriese, y le vi despues de resucitado. ¿Y de qué manera, pregunté yo, en veinte dias no se le pudrió el cuerpo, ó él se pudrió de hambre, sino es por ventura que curábades otro Epimenides? Aquí llegábamos, quando entraron los hijos de Eucrates, que venian de exercitarse en la lucha: el uno casi de veinte años, y el menor de quince; y habiéndoles recebido, y ellos hecho sus cortesias, se sentaron en la cama de su padre, y yo ocupé una silla junto á ella; pues Eucrates, como si en viendo á sus hijos se le viniera á la memoria el cuento, comenzó á decir de aquesta suerte, poniéndoles la mano en las cabezas: ansí goce yo de estos muchachos, que lo que he de contaros es verdad, Tyquiades amigo: ya sabeis todos quan tiernamente amé á mi esposa, duerma en paz, y haya buen siglo, madre de aquestos mis hijos; amor fue conocido por las obras que hice por su gusto, que si estas, y no palabras solas, hacen perfecta la aficion entre los que bien se quieren, bien mostré yo la grande mia, no solo en el tiempo que la gocé, corto por cierto conforme á mis deseos; mas despues de muerta la amé tan tiernamente, que todas sus joyas, vestidos y aderezos, con que á mis ojos parecia mejor y mas hermosa, y á quien ella mas queria, las eché en la hoguera con su cuerpo, sin reparar en tanto precioso y estimable: mas quien con ella perdió su consuelo y regalo, ¿qué aprecio podia hacer de la mayor riqueza? A los siete dias de su muerte, estando yo una noche acostado en esta misma cama, mitigando el dolor que habia hallado con su pérdida, divirtiéndome con aquel librito que escribió Platon del alma, repentinamente se me puso delante mi que-

querida esposa, mi adorada Demenete, y se asentó junto á mí en el mismo lugar que veis ahora á su hijo menor Eucratides, que muy pequeñito entonces, tenia á mis soledades compañia. Apenas la conocí, quando dándola ternísimos abrazos, empecé á llorar amargamente el haberla perdido para siempre: dispúsose el sentimiento entre crecidos llantos para quejas sabrosas, que no hay gusto que se iguale al llorar, y al padecer delante de la causa de las penas: quietábame ella mansamente, sin consentir que gritase; y este rapaz que la oia, temblaba inquieto, y demudado el color, procuraba encubrirse, por no verla, y divertirse, por no oirla: animoso yo escuchaba las quejas que me daba de esta suerte, que habiéndola yo querido tanto en vida, sin reparar en nada por su gusto, hubiese mostrado tan poco de agradarla despues que fue olvido su muerte, de correspondencia tan amable. Ay mi querido esposo, proseguia ternísima mi compañera, ¿qué razon tuvo tu crueldad ingrata para que con mi cuerpo no quemases uno de mis chapines dorados, que olvidado quedó debaxo de aquella arca, quando se quemó el otro el dia que perdí esta luz, y dexé el mundo? ¿este es cuidado de amante? ¿esta correspondencia justa? Prosiguia, sin detenerse, quando un perrillo que yo tenia por juguete, y entonces estaba allí conmigo, comenzó á ladrar medroso, y ella volando desapareció al ladrido. Vino el dia deseado de mí con largas ansias, llorado por la soledad de mi regalo, y buscando el chapin, se halló debaxo del arca, que por estar allí encubierto, y no haberle hallado, no se habia quemado con el otro, y entonces con grandes solemnidades y ceremonias se dió al fuego. Rehusareis ahora de creer cosa tan clara? dixo Cleodemo admirado del suceso, pues que se ven casi otros

otros como este cada dia. Y yo le respondí que los que no lo creyesen, y sin vergüenza hiciesen á verdades tan ciertas resistencia, merecian que los azotasen con cueros de chapines dorados, tratándolos en el castigo como á niños.

Entraba en esto el pytagórico Aritoño, aquel de la cabellera, venerable en el aspecto: ya le conoces, aquel ingenio celebrado, y que tiene grande estima con el nombre de doctor y de maestro, el que todos llaman grande, por su erudicion y letras: aliento cobré con verle, pareciéndome que les habia venido su azote á las mentiras; decia entre mí yo alegre: á fe que aqueste sabio tape la boca con la autoridad de su presencia á los que cuentan cosas monstruosas, y quieren que pasen plaza de verdades, en la opinion de quien las oye: al fin yo tuve por cierto que me habia venido, como dicen, Dios á ver, y ya no temia tantos contrarios con el defensor, que me prometian sus virtudes, autoridad y letras. Recibiéronle todos cortesmente, y dándole su mismo lugar Cleodemo, y ocupando él otro asiento, nos acomodamos todos. Pasados aquellos primeros cumplimientos con el dueño de la casa, nos preguntó por la salud á todos, y prosiguió preguntando por lo que discurriamos; porque habia oido desde la puerta ruido de disputa, y que entre tan doctos hombres sin duda se filosofaria materia de importancia. No era otra, respondió Eucrates, sino persuadir á este hombre de diamante, y señalóme con el dedo, á que crea que hay algunos demonios, fantasmas, visiones, y almas de difuntos, que andan en pena, y se aparecen á quien quieren, cosa á que de ninguna suerte se persuade. Yo entonces avergonzado baxé el rostro, por la reverencia que se debia á Aritoño, ¿quién no respeta á un sabio?: y él respondió á Eu-

Eucrates que no defenderia yo absolutamentente aquella duda, y que lo que yo querria decir seria que solamente andan en semejantes penas las almas de los que padecieron violenta muerte, el ahorcado, degollado, ahogado, y los que perdieron la vida por diversos accidentes desgraciados, y que los que mueren naturalmente no penan de esa manera; opinion que tuvieron muchos sabios, y que si yo tambien tenia la misma, no iba del todo errado. Graciosa cosa por Júpiter, dixo Dinomaco; de unas y otras lo niega constantemente con pertinacia tan grande, que aun las cosas presentes piensa que no las ve, aunque mas las mire y vea. ¿Esto es posible, Tyquiades, dixo Aritoño, mirándome enojado? ¿nada de esto os parece verdadero, experimentándolo tantos cada dia? Por vuestra misma razon, respondí, me perdonareis el no creerlo, pues entre todos no veo cosas tan ordinarias; y ansi hasta verlas como tantos, no es mucho, si no las creo; porque entonces necio seria por cierto, si no las creyese, como haceis vosotros. Pues si alguna vez, prosiguió, fuéredes á Corintio, preguntad por la casa de Eubatidas, que está cerca del hosario, y en ella preguntad por Tibio, un portero que la guarda, y decidle que quereis ver adonde el Pytagórico Aritoño lanzó el demonio, que con diabólicas infestaciones y asombros hacia la casa inhabitable, y él os dirá maravillas, y del modo con que deshice aquellos continuos miedos, dexando tratable la vivienda. ¿Qué fue eso, señor Aritoño? le preguntó Eucrates, deseoso de saberlo, y le respondió de esta suerte. Habia muchísimos años que no habia quien viviese aquella casa por las cosas espantables que en ella se veian y oian de ordinario, tanto que si algun ignorante de aquesto la alquilaba, en muy pocos dias huia espantado y temeroso; porque era atormentado de una vision horrible: dexáronla sus dueños por perdida, de suerte que inhabitable estaba por muchas partes derribada, pudridas las maderas, y caidos los texados, y de ninguna manera se hallaba quien aun de valde la viviese: contaronmeló en Corintio, y dióme lástima; porque el edificio de la casa no era vulgar, ni humilde; tomé algunos quadernillos curiosos de los muchos que tengo Egipcios para semejantes casos, y voime á la casa á prima noche, bien contra la voluntad de mi huesped, que ansiosamente me detenia, teniendo por cierto que iba á buscar mi muerte. Tomé una luz, entré solo, y cerrando la primera puerta, anduve la casa toda, admirado de su labor y traza: en una sala muy grande, adonde hallé unos poyos, me senté á descansar, acomodando la luz en parte conveniente empecé á leer mis papeles; y apenas estuve media hora, quando el demonio se me puso delante, creyendo sin duda que venia á combatir con algun hombre flaco y temeroso, y que como á los demas habia de asombrarme con diversas visiones y figuras: venia feo, negrísimo, y velloso, y procuraba amedrentarme, ya convertido en toro, ya vuelto en leon ó perro; mas yo resistiendo sus ilusiones fantásticas, con un conjuro horribilísimo, contrahaciendo el tono y voz Egipcios en la pronunciacion de los escuros caracteres, le forcé á retirarse en el mas tenebroso rincon de aquella sala; y poniendo una señal donde se habia escondido, y cercándole con diferentes rombos, le dexé hasta la mañana: vino el dia, y quando todos pensaron que me hubiesen muerto aquellas sombras salí libre y sin peligro, burlando las esperanzas de los muchos que para llorar

rar mi atrevimiento me aguardaban. Voyme al dueño de la casa, y dándole la nueva de que ya la tenia libre de la opresion diabólica, á él, y muchos que me asistian, espantados del prodigio, los llevé á ella, subimos á la misma sala, y haciendo cavar en el rincon donde el demonio se habia desaparecido, á poca distancia fue hallado un cuerpo muerto, tan gastado, que solamente en la trabazon y disposicion de los huesos se conocia ser de hombre. Sacámosle fuera de aquel sitio, y enterrándole en puesto mas decente, cesaron desde entonces los miedos ilusorios en la casa, sin que los que la viven hayan sentido cosa alguna. Acabó su valentia aquí Aritoño, dexando á los presentes admirados, y todos me tenian por loco, viendo que no creia sucesos tan notables, abonados con testigo tan libre de excepcion alguna, hombre de admirable sabiduria, y á quien todos respetábamos por oráculo de letras, y autorizada opinion y costumbres, si bien yo empero sin respetar su cabellera y barba venerable, olvidado de la opinion de su persona, le dixe en acabando de contar su acontecimiento prodigioso: ¿qué es esto, Aritoño, tambien vos, en cuya autoridad y estudios tenia yo librada la defensa de todas las verdades, y la esperanza de que con vuestro favor habia de vencer tantas visiones, encantamientos y fantasmas, estais como los demas, lleno de resabios fantásticos, y de vanas imaginaciones? Pardiez que me sucedió con vos, como los que hallan tesoros encantados, moneda de duendes, que quando piensan que tienen dineros se hallan llenos de carbones: ¿qué no fiara yo de vuestra autoridad? ¿qué no de vuestros estudios y largas experiencias, sin persuadirme á que estábades toca-

cado de este contagio general de la mentira, de esta peste ordinaria de los hombres? Pues si vos sois tan extraño (me dixo) que no me creis á mí, ni á ninguno de quantos procuran persuadiros verdades tan seguras, personas en quien luce la autoridad de nuestra patria, lo estimado de las ciencias, y lo loable de las costumbres, decidme, ¿á quién tendreis por de mayor autoridad que los presentes? á quien de mayor crédito para cosas semejantes? pues aun los mas vulgares y ordinarios, en quien no se hallan tales obligaciones, no contradirian aquesto, ni os dirian lo contrario. Por Júpiter, dixe entonces, que es de mi parecer aquel gran Demócrito natural de Abdera, hombre admirable y famoso, y que está persuadido á que ninguna de estas cosas puede haber en la naturaleza, ni ser posibles; y tan firmemente creia aquesto, que habiéndose encerrado en un sepulcro, para con mas quietud escribir sus libros, y viviendo en él dias y noches, componiendo doctísimos discursos, jamas tuvo miedo de acontecimientos semejantes, tanto que ciertos mancebos, deseando asombrarle, se vistieron de negro, como nosotros enterramos los difuntos, y cubiertos los rostros con espantosas máscaras, se le pusieron delante con visages diferentes; y él poco temeroso de su ilusion fantástica, como quien tan bien sabia que no podian ser verdaderas apariencias tan risibles, ni se inquietó con su asombro, ni miró sus invenciones, antes sin dexar de escribir les dixo que dexasen de loquear, y que tuviesen juicio: tan firmemente creyó ser estos cuentos vanos. ¿Eso decis? dixo Eucrates, pardiez que algun hombre sin juicio debió de ser Demócrito, pues á tal se persuadia; y para que le califiqueis por sim-

simple, escuchad lo que á mí me sucedió, no cosa oida de siniestras relaciones, ni cuento sin substancia, yo le vi, como os lo digo: quizá con este suceso sereis de nuestra opinion, convencido con la fuerza de verdades tan claras.

Quando yo era muchacho me envió mi padre á estudiar á Egipto, y llegando en un navio hasta Capto, quise desde allí pasar á ver el sepulcro de Meenon, por oir aquellos ruidos milagrosos que en él cada dia al salir del sol se oyen, espantosa accion, desde el dia de la muerte de aquel hijo querido del aurora, por quien la madre llora aljofar tanto: oilos, y no como otros, un son triste y melancólico, sino que vi al mismo Meenon, que entre aquellas quejas dulces con que lamenta el valor troyano, me descubrió en siete versos algunos oráculos escuros, que por temer salir del principal asunto de la historia no os lo digo. Embarcámonos de nuevo, vista aquella maravilla, yendo desde allí en nuestra compañia un navegante natural de Memphis, varon de aquellos doctísimos exercitados en toda la doctrina y ciencia egipcia, de quien decian que habia vivido veinte y quatro años en unas cuevas sagradas en el centro de la tierra, adonde Isis le enseñó el arte mágica. Que me maten, dixo Aritoño, si ese que decis no es Pancrates mi maestro, varon sagrado, de barba y cabello raido, con vestiduras ásperas de lino, docto, y que habla la lengua griega con retórica y pureza, alto de cuerpo, de nariz roma, labios gruesos y piernas delgadas. El mismo es por las señas, dixo Eucrates, que ya no se me acordaba el nombre; ese, pues, las veces que juntos tomamos tierra, le vi hacer notables maravillas; atraia á sí los cocodrilos, y subido en ellos se paseaba por las

las aguas sin peligro; hablaba con las fieras y animales, y le respondian y respetaban, alhagándole humildes con las colas; luego le tuve por hombre famosisimo; y poco á poco, aprovechándome de mi afabilidad y cortesia, le fui ganando la voluntad de suerte, que teniéndome por particular amigo me comunicaba sus secretos; persuadióme finalmente á que le siguiese solo adonde me llevase, dexando hasta la vuelta á mis criados en Memphis, que no nos faltaria servicio adonde fuésemos: partimos, pues, despedidos de los nuestros, sirviéndonos de esta manera. Desde que fuimos solos, en llegando á la posada tomaba el sabio una mano de mortero, una escofina, ó una aldava de una puerta, y envolviéndola en un paño, y diciendo sobre ella ciertos versos se transformaba en hombre, que nos servia de quanto le mandábamos con grande ligereza, aderezaba la comida, traia lo necesario para el gasto, ponia la mesa, hacia la cama, y sacaba agua del pozo, mostrándose para todo cuidadoso y diligente; y despues de apercebirlo todo, quando no habia que hiciese, se llegaba á él Pancrates, y diciéndole otro verso, le reducia á su primera forma: mirad qué criado tan bueno y tan barato. Deseaba yo mucho saber este secreto, y aprovechaba poco mi diligencia; porque él se guardaba grandemente de que yo le supiese; mas quiso Dios que cierto dia quando él transformaba aquel criado, yo tuve tiempo para ocultarme en un rinconcillo escuro de su mismo aposento, y oi de cerca el conjuro, sin que él pudiese saberlo, y con facilidad pude aprenderle, por no ser mas de tres sílabas; él habiéndole mandado á la mano de mortero las cosas que habia de hacer, se fue á la plaza, deshaciendo primero aquella transformacion tan

tan provechosa, sin que yo pudiese oir con lo que la deshizo, por mas atento que estuve. Yo, pues, que deseaba grandemente hacer la experiencia de las palabras que sabia, en viéndome solo tomo la mano de mortero, y vístola como lo hacia el filósofo, y pronuncio las tres sílabas (rara maravilla), volvióse hombre al mismo punto: viéndome con criado tan á poca costa, inadvertido con el contento del buen suceso de mi traza, le dixe que me truxese agua del pozo: parte diligente el mozo, y trae un cántaro lleno. Riega la casa, le dixe, y trae mas agua, hizolo ansí, y fue por otro cántaro; temia que viniese Pancrates, y se enojase de mi mucha diligencia; y ansí dixe al negro mozo que no sacase mas agua, sino que se volviese á ser lo que era; mas él no quiso obedecerme, antes sin cesar de sacar agua, llenó toda la casa de ella. Yo viendo lo que no podia estorbar aquesto, y que segun la priesa que se daba tenia talle de agotar muy presto el pozo, y anegar sus mismos amos, y temiendo el enojo de Pancrates, tomo una hacha, y hago á la mano-mozo dos pedazos; mas (ó graciosa cosa) que hechos dos mozos de uno, sacaban doblada agua con dos cántaros; de manera que si antes habia uno que agotase el pozo, ya lo hacian dos con mucha priesa. Yo no sabia qué hacerme; porque aunque queria detenerlos, andaban tan ligeros en su oficio, que vencian mi diligencia, ellos á correr con su tarea, y yo á pedirlos que la dexasen. Entró Pancrates, y enojado de mi bachillería, deshizo tan serviciales criados, y dexó mi compañía, sin que jamas volviese á verle. ¿Y podriades agora, amigo Eucrates (le preguntó Dinomaco) hacer un hombre de una mano de mortero diciendo los mismos versos? Claro está, dixo, que le ha-

haria; mas como me faltan las palabras con que restituirle á la primera forma, si una vez comenzase á ser aguador, convendrianos desocupar la casa, pena de anegarnos todos. No acabariades ya, señores (dixe yo) de contar esas monstruosidades, pues por viejos y por doctos teneis obligacion de pesar mucho quanto dixéredes, sin querer desdorar la autoridad y estimacion que justamente han adquirido vuestros estudios y letras con que servis á Grecia de esplendor sagrado, de honor cumplido; y ya que forzados de vuestro natural errado, á que algunas veces tan mal pueden contravenir aun los mas sabios, quereis divertiros en tan perjudiciales vanidades, en tan escusadas locuras, guardadlas para otro tiempo, quando estando á solas retirados no podais dañar las costumbres de estos mozos, á cuyo exemplo imitarán calidades tan perniciosas; y quando no por esto, circunstancia á que debe atender principalmente el cuidadoso padre de familias, sea porque no los ocupen los corazones esos espantos y fabulosos prodigios, y les mengüe el ánimo para acometer atrevimientos gloriosos: porque acostumbrados á semejantes miedos los turbarán toda la vida, haciéndolos medrosos qualquiera ruido, y qualquiera pequeño engaño; accion propia del natural humano, de suyo temeroso y espantadizo, dispuesta la imaginacion á semejantes supersticiones y asombros. Agradezcoos mucho, dixo Eucrates, el acordarme de las supersticiones, porque me distes ocasion para preguntaros ¿qué fe teneis de los oráculos? ¿qué sentís de las adivinaciones con que hombres doctos predicen casos aun no venidos, anteviendo los sucesos inspirados de Deydad suprema? ¿y qué juzgais de aquellas voces con

con que responden á las dudas de los hombres los lugares secretos de los sagrados templos, y de los que la virgen Sacerdotisa declara en versos numerosos de cosas que aun no han pasado? porque si dudais de aquesto, como de lo demas que habeis oido, quiero que sepais que yo tengo un anillo sagrado, en cuyo sello se mira relevada la imagen de Apolo Pitio; y porque no os espanteis no os digo lo que conmigo habla de ordinario, que no consiente mi humildad que se piense quiero grangear soberbias locas á mi estimacion y crédito, alabándome de cosas que parecen increibles, dexo aquesto que me toca, y quiero deciros lo que en Malo oí á Anfiloco, heroe doctísimo, á quien traté muchas veces, consultando al Dios Divino el suceso de los mios: diréos tambien lo que vi en Pergamo, y lo que de esta materia oí en Pataris: estadme atento, oireis notables cosas.

Quando volví de Egipto á mi tierra oí que habia en Malo aquella adivinacion notable, y que daba de tal suerte los oráculos, que respondia lo cierto á quanto le preguntaban, si qualquiera Profeta le daba escrito en una cédula lo dudoso que pedia. Parecióme conveniente experimentar de camino la verdad de aquel oráculo, y ansí fui á consultar al Dios algo de lo venidero. Aquí llegaba Eucrates, quando viendo yo quan largo habia de ser aqueste cuento, pues ninguno de aquella conversacion me habia parecido breve, ni lo era la tragedia que habia propuesto del oráculo, y que no me estaba bien contradecir á tantos, cosa á que me habia de atrever, si los oia, me determiné dexarlos, cierto de que no les disgustaria, por el enfado que habrian recebido con la contradicion de sus mentiras; y ansí levántandome, y atajando la narracion de Eucrates, les dixe que me diesen licencia, que iba á buscar á Leontico, porque me importaba hablarle. Vosotros, señores, proseguí, ya que entendeis que las cosas humanas son poco suficientes para la latitud de vuestros juicios, para la comprehension de vuestros discursos, llamad á los Dioses inmortales, que los hombres somos incapaces de entender las maravillas á que os haceis testigos; y diciendo esto me fui, dexándolos contentos, á lo que me parece, por la libertad en que quedaban para mentir á todo ruedo, sin contradicion que les causase enfado: ¿quién duda que se banquetearian unos y otros, y engullirian mas mentiras que regalos?: de suerte, amigo Filocles, que de oir tales patrañas en casa de Eucrates vengo con el vientre hinchado de mentiras, sintiendo la misma pesadumbre que los que beben mosto; y ansí por no morir he tenido necesidad de vomitarlas. Ay Dios! y quien hallara algun medicamento, algun remedio, aunque me costara mucho, que me hiciera olvidar de quanto os he contado: divino Lotos fuera él, deseado Cocyto; porque si tanto se queda en la memoria, no deis por mi vida nada: porque la imaginacion de tanto monstruo, de tanto demonio, y Hécate, me ha de persuadir á que los veo, y han de venir á matarme; que la mentira no es menos poderosa, ni causa menores males. *Fil.* Yo tambien temo lo mismo, Tyquiades amigo; de buena gana os hubiera perdonado aquesta plática, que ya me parece que veo mil fantasmas; sucédeme con vos lo que á los mordidos de rabiosos perros, que no solo rabian ellos, sino los hombres que muerden; y ansí se han de temer estos como los animales que rabiaron; tal vos que habiendoos en casa de Eucrates mordido tantas mentiras (perros que rabian

 ha-

hablando) habeis comunicado conmigo la mordedura, y dadome el mismo daño, tan llenos de demonios me habeis dexado la imaginacion y el ánimo. *Tyq.* ¿Qué fuera de nosotros si no se hallara remedio á tal desdicha? : viva la verdad eternos siglos, gracias á la razon, que modera semejantes desconciertos, con cuyas luces divinas, y gloriosos esplendores libraremos de la opresion de la mentira infame, sin ser turbados de sus vanos enredos, ni vencidos de sus mordaces discursos.

DIÁLOGO IV.

EL ACHERONTE DE LUCIANO.

ARGUMENTO.

Con razones y exemplos persuade el Filósofo en este diálogo la poca duracion del vivir breve de los hombres: pinta con agudeza las penalidades, disgustos y desasosiegos de la vida: quan facilmente falta la felicidad mas deseada, el bien mas seguro, la riqueza mayor, y el gusto mas pretendido: lo poco que hay que fiar en las grandezas, abundancias y venturas de la tierra; soplos leves, ayres delicados, que adquiridos con desvelos faltan mucho antes de empezar á gozarse, dexando solamente la memoria de haberlos conocido para eterno tormento de no haberlos gozado. Introduce á Acheronte, barquero del infierno, que deseoso de saber los secretos humanos persuade á Mercurio que se los descubra, para juzgar mejor de todos ellos. Importantísima me parece esta lectura, para alcanzar el verdadero conocimiento de la poca duracion de la asistencia humana, y para saber apreciar felicidades tan falibles, y con eso desnudar al alma de afectos tan dañosos, para poder mejor levantar el ánimo y deseos á la duracion de las glorias eternas, que no han de faltar á los que las alcanzaren: porque si es cierto lo de S. Agustin en el Enchiridion, y lo que dice San Isidoro en el lib. 3. de summo bono, que cum gravi dolo reamittuntur, quae cum magno amore habentur: *Bien es conocer lo poco que se ha de amar quanto hay humano, porque quando se pierda se sienta menos; para cuyo consuelo no aprovechará poco el que da San Gregorio en el lib. 3. de sus Morales:*

Magna consolatio, *dice el Santo*, in rerum amissione est, illa tempora ad mentem reducere, quibus nos contigit, res quas perdidimus, non habuisse, ut dum unusquisque intuitur, quod aliquando illa non habuit, dolorem tempore, quod amisit.

MERCURIO Y ACHERONTE.

Merc. ¿De qué ries, Acheronte? y por qué ocasion desamparando tu barca en las riberas infernales del rio de que eres guarda, vienes á ver esta luz de los mortales, siendo tan ageno de tu natural el tratar de los negocios humanos, y el cuidar del trato de los hombres? *Ach.* Qué quieres, Mercurio amigo; los deseos son inaccesibles, pocos saben moderarlos; túvele grande de ver y considerar los tratos de los mortales, las ocupaciones de la vida, y saber los oficios en que la exercitan los hombres á costa de tantos desvelos, tales estudios, y tan inmensos trabajos; y quise apreciar la estima de los bienes temporales que dexan los hombres en la tierra, por cuya falta tan miserablemente se lamentan quando baxan al infierno, pues ninguno se muere que no sea derramando muchas lágrimas por lo que dexa en la vida. Por esto á exemplo de aquel robusto mancebo de Thesalia, pedia á Pluton un dia de descanso, para subir á esta luz, y ver la tierra; y ya que me anuncia sobrada ventura la buena mia en toparme aqui contigo, si acaso no te disgustas de guiar á un peregrino, que falto de conocimiento es piedad mostrarle lo que en el mundo hay digno de saberse, pues á ti nada, por muy dificultoso, se te encubre. *Merc.* Pardiez, barquero amigo, que la ocasion en que vienes no es muy á propósito para que yo te acompañe; porque es forzoso acudir á ciertos

negocios de importancia para el estado humano, á cuya expedicion me envia con priesa el sumo Júpiter; y si me detuviese en cosas menos importantes, ya tú conoces su ira, y que con razon debo temer un gran castigo en pena de mi descuido, pues al punto me haria vasallo vuestro, digo condenado á escuridad eterna, á tinieblas para siempre, sin dexarme jamas llegar á ver la luz del suelo, ni á gozar la compañia de los Dioses celestiales, ó quando se enfade menos, como le aconteció los dias pasados con Bulcano, tomándome por un pie, me despeñará del cielo, para que despues quede burla y mofa de los que me vieren cojear, sin quedar de provecho para nada. *Ach.* Pues Mercurio amigo, ¿hasme de desamparar, quando mas necesito de tu ayuda, debiéndose el amparo dignamente á los que como yo ahora se hallan huéspedes y peregrinos en la tierra, sin saber donde me vaya, ni sin tener quien me guie? no me persuado á que tú seas tan cruel, siendo mi amigo, y en el oficio de marear, mi compañero; y lo que mas es, tambien legado y embaxador de nuestra infernal república. Acuérdate tambien, ó hijo hermoso de Maya, que no son tan vulgares los servicios que te he hecho, que no merezcan algun agradecimiento y cortesia; pues bien sabes que las veces que navegas el Cocyto nunca te dexé remar, ni te ocupé en que animases la bomba, ni hicieses oficio alguno; antes, como tú sabes, aunque eres robusto y fuerte, ocupas el mejor lugar que hay en mi barca, y durmiendo ó descansando pasas la jornada sin sentimiento alguno, sino es quando hallas alguna de las ánimas parlera y habladora, con quien alegre te entretienes mientras los demas remamos: y yo te guardo el mismo respeto, aunque hagamos solos la navegacion penosa; que tú des-

descansas de la misma suerte ; quando yo viejo y cansado, braceando con los remos, gobierno la barca solo: pues ahora en pago de estas amistades te ruego por vida de tu padre, mi querido Mercurio, que no me desampares en necesidad tan grande; porque si tú aquí me dexas, ¿qué diferencia me harán los ciegos? ¿en qué no imitaré á los que nada saben? Seré sin duda como aquellos que enmedio de las tinieblas caminan donde no saben, que temerosamente ponen los pies, y mueven las manos, titubeando en toda accion, temiendo cada movimiento: tal yo enmedio de esta luz (que será mayor desdicha) andaré sin vista que me guie, temeroso de caer en quanto hallare. Obliguete esta desventura (ó Cylenio mio) para que me hagas esta gracia; merced que jamas faltará de mi memoria, como digna de reconocimiento eterno. *Merc.* Prométote, Acheronte, que el desear darte gusto me ha de costar muchos azotes; porque es forzoso que me detenga contigo, si quiero complacerte; y faltar á mis obligaciones, en los tales como yo, descuido digno de castigo: ¿mas qué he de hacer sino servirte, aunque ésta mi voluntad ha de tener por premio penas y disgustos? ¿mas qué discreto se podrá excusar de los justificados ruegos de un amigo? ¿ó qué agradecido faltará á la necesidad de quien le remedió las suyas?: viva eterno en mí el agradecimiento que te debo (accion noble y valerosa), aunque las señales y cardenales del castigo que me espera sirvan de desengaños á los que ingratos huyeren de mi exemplo. Quédome en fin á acompañarte, aunque primero he de advertirte que es pensamiento vano querer ver en un dia todas las cosas del mundo con la distincion y calidades que las crió el Altísimo; accion es esa de infinitos siglos, ocupacion de

de muchos años; engaño padecerás notable si pensares lo contrario; y siendo forzoso el detenernos, serános tu curiosidad de grande daño; porque á mí me repudiará el soberano Júpiter por fugitivo viendo que me retardo tanto, y tú tampoco cumplirás con tu oficio, que ya sabes que en la barca es forzosa tu presencia. ¿Quién sin tí (pregunto yo) quién conducirá las almas á los Elisios bellos? ¿á los desiertos escuros quien las dará paso seguro? ¿y quién quietará las ondas turbadas de los infernales rios?; pues si en este tiempo no se fletasen los muertos, claro está el daño que harias al infernal imperio, y que Eaco, portero de aquella tenebrosa orilla, á cuyo cargo está la cobranza de los derechos de aquel horrendo paso, se querellará á Pluton, si por tu culpa no cobrase nada en tantos dias; ansi que á tí y á mí nos conviene detenernos poco, y contentarte con ver las cosas principales de la tierra, lo que fuere mas famoso y de mas nombre; y para esto es forzoso consultar cómo se hará mejor en menos tiempo. *Ach.* Eso ordena tú, Mercurio amigo; porque yo, como peregrino en la tierra, no sé lo que en ella pasa. *Merc.* Forzosa cosa será que nos pongamos en algun puesto eminente, para que desde allí se pueda ver quanto pasa; y fuera famosa cosa si tú tuvieras gracia para volar al cielo, y con eso nos libráramos de este trabajo; mas es forzoso tenerle, pues los Dioses inmortales no te dan esta licencia, antes no te es licito entrar en el real palacio de Júpiter, por haber siempre asistido con las sombras de los muertos, pasándolos en tu barca: busquemos, pues, algun monte que sea muy alto, para que desde su altura especulemos la tierra. *Ach.* ¿No sabes tú, Mercurio amigo, lo que yo suelo deciros á vosotros quando navegais conmigo, y le-

levantándose algun temporal furioso, que inquietando la vela descompuestamente hace que las olas presuman cubrir la barca con evidente peligro? : temerosos, pues, entonces, como poco prácticos en la navegacion, mandais con priesa que se amaynen las velas, y se recojan las xarcias, para que la barca siga el curso errado del viento, pareciendoos acertado no trabajar contra su furia; y ansí dais voces y gritos, mas por la afliccion en que el peligro os pone, que porque juzgais quanto mandais por remedio provechoso: pero yo entonces, viejo y experimentado marinero, os mando que os sosegueis, tomando por mi cuenta el daros puerto, fiado en la experiencia que á vosotros os falta. De la misma manera quiero (ó Mercurio) imites tú mi prudencia, y pues en esta ocasion eres el gobernalle de mi intento, guiale por donde mas quisieres, que yo como pasagero poco práctico me estaré quedo, obediente á tu disposicion, sin salir de ella. *Merc.* Muy bien lo dices, Acheronte, y pues á mi disposicion dexas tu gusto, quiero buscar el puesto mas acomodado para dártele; y pues no es posible excusar la subida de algun monte, ¿quál te parece á tí mas á propósito de quantos desde aquí se miran? Será bueno el monte Caucaso, ó el Parnaso, que es mas alto? ó el mas que ambos Olimpo?; mas espera, que con acordarme de este monte, me vino á la memoria un buen consejo, que nos estaria harto bien, aunque será menester tu voluntad y trabajo. *Ach.* Sigue la tuya en mandarme, que la mia no saldrá de obedecer. *Merc.* Homero dice que los hijos de Aloe, aquellos gigantes fuertes, siendo solos dos, y muy muchachos, se determinaron en los pasados tiempos á arrancar el monte Osa, y todo con sus raices, ponerle sobre

bre el Olimpo, y sobre este á Pelion, queriendo con esta traza hacer escalera al cielo, y dar pesadumbre á Júpiter, si bien aquellos mozuelos, al fin traidores contra los Dioses inmortales, no lograron sus intentos; porque antes que ellos al cielo llegó el castigo de su ingrato atrevimiento; que pecados contra los Dioses traen tan junta la pena con la culpa, que aun la imaginacion no los dispone quando el castigo los satisface. Á nosotros lícita nos seria ahora semejante traza (ó Acheronte amigo), pues no la ordenamos para ofensa de los cielos; animémonos á construir un edificio como este, que nos dé comodidad para ver desde su eminencia quanto se halla en la tierra. *Ach.* ¿Y nuestras fuerzas bastarán para vencer dificultad tan grande? ¿quién podrá mover á Pelion y al Osa? *Merc.* ¿Por qué no, Acheronte hermano? ¿por ventura somos mas flacos nosotros que aquellos dos muchachos que bastaron para eso, y mas siendo nosotros Dioses, y ellos hombres? *Ach.* No dudo que podamos; mas quisiera que excusáramos trabajo tan notable, aunque fuera hazaña magnífica y gloriosa. *Merc.* No me espanto que dudes en cosa que es tan facil, y que tú no la alcanzas por rústico, y poco exercitado en valentias poéticas; gracias á Homero, poeta valentísimo, que con dos versos solos venció esta duda, y puso uno sobre otro aquestos montes, dando desde ellos acomodado paso al cielo; no accion incomprehensible, pues Atlante sustenta, como sabes, sobre sus hombros esta gloriosa máquina, teniéndonos á nosotros; cosa mas dificultosa que juntar montes con montes, de que tú no debes espantarte, pues habras oido el valor de Hércules mi hermano, substituto del viejo Atlas en el oficio mismo de sustentar el cielo, pues puso sobre sus hombros tan gran-

grande carga para aliviar al amigo del continuo trabajo de sufrirla. *Ach.* Yo he oido esas maravillas, mas la verdad de ellas la sabreis tú y los Poetas, que yo no quiero averiguar lo cierto contra tantos como lo niegan y lo afirman. *Merc.* Y como que son ciertísimas; y quando no hubiera otra mayor prueba para creerlas que la autoridad de los que nos las dicen, bastaba para el mas necio; porque á no ser ansí, ¿por qué habian de mentir hombres tan graves? ¿ó á qué propósito nos habian de querer engañar los sabios que las escriben? *Ach.* Dexemos de averiguar materia tan odiosa, y vamos á lo que mas importa á nuestro intento. *Merc.* Empecemos en buen hora, y hagamos buen principio con arrancar de su puesto al monte Pelion, como lo manda Homero, artífice primero de esta maravilla por sus versos, diciendo:

Pusieron sobre Osa á Pelion frondoso.

Ach. Por Júpiter que está un monte sobre otro con solo pronunciar el verso del Poeta, ¡ó ingenio divino, honor de Grecia! *Merc.* Mira con que facilidad, y quán poéticamente lo habemos hecho, sin que costase trabajo: ahora quiero subir encima de estos montes para ver si de ellos se descubre todo el mundo, ó si será menester añadir mayor altura. ¡Válgame Dios! ¿qué es esto? al pie del cielo nos estamos todavía, porque por el oriente confusamente se divisan Jonia y Lidia, y por el occidente solamente se ve Italia y Sicilia, y hácia septentrion casi solo se parecen las tierras que riega el Istro; y muy apartada á esotra parte, confusamente se divisa Creta. No vemos nada, Acheronte, y ansí no excusamos poner sobre Pelion á Oeta, y encima de este al Parnaso, para que nada se nos encubra de la tierra. *Ach.* Haz lo que te pareciere, con tanto que no adelgaces tanto el edificio,

cargándole demasiado, que derribemos la obra con el peso, y quedemos despeñados, y nos sea peligrosa la nueva arte de edificar Homérica, quebrándonos las cabezas. *Merc.* Ten buen ánimo, Acheronte, que el edificio será muy seguro, á lo que pienso: tú pon encima de Pelion á Oeta, y yo en su cumbre acomodaré al Parnaso, y verás como nada se nos escapa de la tierra. *Ach.* Ea, ya está puesto Oeta. *Merc.* Pues ya yo pongo al Parnaso: déxame subir ahora: pardiez que se ve todo quanto hay distintamente: sube, Acheronte amigo. *Ach.* Dame la mano, ansí vivas, que como viejo he menester tu ayuda para subir en edificio tan alto. *Merc.* Verlo todo sin trabajo es imposible: peligro ha de haber en los casos mas difíciles; y quien no le vence, nunca sabe, ni puede ser salir con lo que quiere, estándose seguro de cuidado y de cansancio: necio es quien imagina que solo con imaginarlos ha de vencer dificultades, y ha de tener contentos: daca la mano, y mira no pongas en vago el pie, y deslices por las peñas, que te saldrá cara la curiosidad de ver el mundo. *Ach.* Pardiez, Mercurio, que he subido, aunque trabajosamente. *Merc.* Ahora, pues, ya que Parnaso tiene dos cumbres que le sirven de cabezas, y dista una de otra poco trecho, ponte en la una, y yo ocuparé la otra, y desde allí sentados veremos quanto hay criado. Bien estás ahí, Acheronte: contempla despacio la capacidad del universo, y considera las innumerables cosas de que consta. *Ach.* Ya veo la tierra dilatada y espaciosa, ya un estanque de agua capacísimo, que la sirve de guarnicion por todas partes, ya diviso los montes, ya las sierras, cuya levantada pesadumbre quiere asaltar las estrellas, y dar asiento á las nubes: ya los rios caudalosos, con quien el Cocyto y Flegetonte parecen charcos vulgares, y humildísimos arroyos:

 ya

ya veo los hombres tan enanos, que casi no se divisan, ya los albergues en que viven tan pequeños, que parecen nidos cortos, chozas estrechas. *Merc.* Esos que llamas nidos son ciudades grandísimas. *Ach.* Pues segun eso de muy poco nos ha servido nuestra cansada diligencia: el tiempo hemos gastado sin provecho, perdido hemos el trabajo, y en vano hemos arrancado de sus puestos al Parnaso con su Castalia docta, al Oeta, y á los otros montes que ajuntamos, porque nos hemos puesto en tal altura, que ninguna cosa distintamente vemos; y yo, si verdad te digo, deseaba ver, no solo las ciudades y los montes, como pudiera, pintadas, mas quisiera ver los hombres tan claro, que los conozca, y hallarme de todos ellos á tan pequeña distancia, que pudiera ser testigo de lo que hablaban y hacian, ansí como estabas tú de mí quando me hallaste riendo, y me preguntaste la causa de mi risa, y era porque habia oido muy cerca un graciosísimo suceso, de que mucho me alegraba. *Merc.* ¿Qué era lo que habias oido? *Ach.* Has de saber que llamó un amigo á otro para que cenase con él aquella noche, y él excusándose, dió su palabra que iria la siguiente á ser su huesped, porque aquella era imposible, á causa de mil ocupaciones que tenia; y apartado de allí, teniendo en poco la voluntad del otro, cayó una teja de un tejado, y dándole en la cabeza, le dexó sin vida, y yo estábame riendo de que el muerto no habia cumplido su palabra de ir á cenar con su amigo. Necios mortales, que disponeis del tiempo como si fuera vuestro, regulando las horas á vuestro antojo variable, sin mirar que su dueño le gasta en lo que es servido. Mercurio mio, en resolucion, no veo; y ansí me parece bien que nos baxemos un poco, para que mejor juzguemos de las cosas. *Merc.* No te fatigues,

gues, que no faltará remedio para aclararte la vista, y para que sin baxar de aquesta cumbre veas quanto hay en la tierra. *Ach.* A fe que me holgara mucho, por ahorrarme el trabajo que he de tener en baxar, y por lograr el grande que tuve para subir. *Merc.* Yo sé un famoso encantamento que hay en los versos de Homero, con que en un instante te haré lince en la vista. *Ach.* Brava ciencia. *Merc.* Es tan notable, que diciéndote dos versos, jamás tendrás nubes en los ojos, y quedarás con vista milagrosa. *Ach.* Dílos ya, por vida tuya, que deseo ver muchísimo. *Merc.* Estos son: estame atento.

Las nubes que á tus ojos
Tenian cubiertos con espesas nieblas,
Deshagan rayos roxos,
Para que sin mirar tristes tinieblas,
Quando quieto reposes,
Conozcas á los Hombres y á los Dioses.

Ach. ¿Qué es aquesto, Mercurio? *Merc.* ¿No ves ya mejor que antes? *Ach.* Veo tanto, que en mi comparacion será ciego el lince mas agudo: enséñame esos versos por tu vida, y respóndeme despues á quanto te preguntare, que en pago de eso, tambien yo, si tú quisieres, te diré versos de Homero, para que sepas que no desecho su elegancia, ni soy idiota. *Merc.* Calla, ansí vivas, ¿cómo habias de saber cosa de quantas hizo aquel Poeta, siendo tú marinero, y no sabiendo mas que gobernar los remos y conducir la barca á las riberas? *Ach.* Blasfemias son contra el arte quantas dices, porque quando, despues de muerto, yo le paseaba en mi barca, le oi cantar muchos versos, y muchos se me quedaron en la memoria desde entonces: por señas, que yendo navegando fue causa su poesía de que padeciésemos tormenta, porque despues que empezó á cantar una tristí-

tísima cancion, no muy gustosa para los que ocupábamos el vaso, forzado el Dios Neptuno de la dulzura de los versos, y de la eficacia del poema, llamó á las nubes presuroso, y revolviendo el tridente por las inquietas aguas, formó crueles tormentas, alterando el mar de suerte que casi nos tuvo perdidos el temporal furioso, la escuridad del cielo y la fuerza de las aguas; y sin duda nos fuéramos á pique, si el mismo Homero, ya entre las últimas ansias, entre las bascas postreras, no procurara quietar al Dios Ceruleo con amigables versos, y con canciones alegres, hablando á Scila, entreteniendo á Charibdis, y quietando al Cyclope, que ya ayrados con la primera eficacia de sus voces, á mas andar buscaban nuestro daño. *Merc.* Segun eso no seria dificultoso guardar algunos versos de tanto vómito. *Ach.* Muchos sé por mi vida; pero dime, ¿quién es aquel que desde aquí se divisa, hombre fornido, grande y dispuesto, de feroz semblante, al parecer astuto y cauteloso, y tal, que él solo podrá vencer qualquier batalla? *Merc.* Este es Milon Crotoniata, valentísimo luchador; á quien los Griegos encarecen tanto, porque tomando un toro sobre el hombro pudo andar con él setenta pasos, sin que nadie le ayudase á ponerle ni á llevarle. *Ach.* ¿Y aqueso es mucho, Mercurio? por cierto, mayor alabanza se me debe á mí, pues de aquí á poco llevaré al mismo Milon en mi barca, quando vencido de la muerte (general adversario de quanto vive humano) baxaré á nuestras estancias, adonde le aprovechará tan poco su valor y fuerza, que caerá sin saber de su caida, y será derribado sin pensar que le derriban: entonces sí que le conduciré yo lleno de lágrimas y penas por las estigias aguas. Con la memoria de estos triunfos, de estas alabanzas y coronas, goce descuidado ahora la

la admiracion de Grecia, el aplauso de la patria, estando tan soberbio porque puede llevar un toro á cuestas, que dentro de pocos dias se habrá pasado la vanidad de estos aplausos, y valdrá tan poco, que no se acuerde de él nadie: ¿quién pensará en él, Mercurio, ya que ahora, olvidado de la muerte, no se acuerda de su término infeliz? *Merc.* Muy fresco estás, Acheronte, ¿piensas que él sabe lo que es muerte, ni cree que puede llegar, ni marchitarse aquella flor de su juventud que goza? *Ach.* Pues dexémosle, si te parece, en ese engaño, que no tardará en llegar el tiempo en que de él me he de reir, quando estuviere en mi barca, sin poder llevar á cuestas ni un toro ni una pulga. Y dime, ¿quién es aquel varon grave y severo, que venerado de aquella muchedumbre asiste á tantos? ¿aquel, que por el trage, mas que Griego parece extrangero y peregrino? *Merc.* Aquel que me señalas, Acheronte amigo, es Cyro, hijo de Cambises, que el Imperio que antiguamente tenian los Medos pasó á los Persas, el que poco ha venció á los Asyrios, y ganó á Babilonia con su esfuerzo, valeroso en todo, y fuerte: mira el crecido exército que junta para pasar en Lydia con determinacion de vencer á Creso, y de sujetar á su Imperio tantos Reyes. *Ach.* Y dí, Mercurio, ¿adónde está aquese Creso que dices? *Merc.* Vuelve á mirar hácia el lado derecho atentamente, y verás una riquísima ciudad cercada de tres murallas. *Ach.* Ya la veo: hermosos edificios tiene. *Merc.* Aquesa es Sardis, y en aquellos magníficos palacios verás al mismo Creso, que desde el trono Real está disputando con Solon, Filósofo Ateniense. *Ach.* Ya le veo: notable riqueza tiene: con gran soberbia se sirve. *Merc.* ¿Quieres que escuchemos lo que los dos están hablando? *Ach.* Holgaria mucho de oirlos. *Merc.* Pues escu-

cucha, y verás como se oye. *Cres.* O amigo Atheniense, ya que has visto mis riquezas y tesoros, la cantidad grande de oro puro, acendrado y nativo, tantas joyas y piedras preciosísimas, dime, ansí vivas, ¿quál hombre tienes por mas bienaventurado entre los hombres? ¿quál en tu estimacion es el mas dichoso de los mortales? *Ach.* ¿Qué será lo que responderá el Filósofo, Mercurio amigo? *Merc.* No te fatigues barquero, que yo te aseguro, que no diga cosa que no sea digna de memoria: óyele, que ya responde. *Sol.* En el mundo muy pocos hay bienaventurados y dichosos: yo á lo menos no conozco muchos, y entre ellos juzgo por mas felices y por de mejor fortuna á Cleobis y Bitones, hijos de la Sacerdotisa. *Ach.* ¿Dice, por ventura, los de aquella Sacerdotisa Argiva, que despues de haber llevado á su madre hasta el lugar sagrado, tirando ellos mismos del carro en que iba sentada, ambos valerosamente se quitaron la vida, no pudiendo resistir al dolor y ausencia de la que amorosamente les habia criado y dado el ser que tenian? *Merc.* Esos son sin duda, mas escucha lo que hablan. *Cres.* Sean esos los mas bienaventurados, como dices: tengan en buenhora el primer grado en la felicidad humana; ¿pero quién tendrá el segundo? *Sol.* Telo, Atheniense, hombre de honestidad notable, y que gloriosamente dió su vida por la defensa de la patria. *Cres.* Y dime, mal considerado Filósofo, ¿no te parezco yo mas bienaventurado que el que dices? *Sol.* O, Creso amigo, aun ahora es muy dudosa cosa determinarlo, pues aun no has llegado al término de la vida, fin adonde se conocen las que son felicidades, las que propiamente se llaman dichas; que si la señal mas cierta de la bienaventuranza es la misma muerte, ¿cómo se juzgará, si ha

ha de tenerla quien no ha acabado la vida? El vivir guiado honestamente al término postrero, sin ceder de los principios loables, ni sin faltar á los fines, descubre la bienaventuranza, despues que vence el valor tan dificiles estorbos, tan grandes dificultades; forzosas pensiones de nuestra natural flaqueza, y de quien tan mal sabe librarse de la consistencia humana. *Ach.* Ahora sí, ó Solon prudente, que juzgas como tal de cosa tan dificil, y no te olvidas de nosotros, pues haces juez á nuestra barca de qüestiones tan dudosas: mas dime, Mercurio amigo, ¿quién son aquellos hombres que envia Creso fuera de su palacio, y qué es lo que llevan en los hombros? *Merc.* Envia ladrillos de oro al Templo de Apolo Pytio, ofrenda sagrada de un oráculo que tuvo, por quien quizá perderá la vida en breve; que ofenden mucho á los Dioses los hombres demasiadamente dados á tales adivinaciones, y él es tan amigo de ellas, que cuelga todo su gobierno, y dispone su vivir de semejantes sentencias. *Ach.* ¿Y es oro aquel metal que relumbra, de color amarillo y reluciente? pardiez que es esta la primera vez que le veo, si bien es verdad que he oido nombrarle muchas. *Merc.* Este es aquel tan celebrado, tan estimado y querido, causa de tantos desasosiegos, enemistades, guerras y desventuras. *Ach.* Por cierto yo no le hallo razon para ser tan estimado, si ya no es porque los que lo llevan van tan cargados con ello. *Merc.* Mal sabes tú, barquero, las guerras que cuesta, las enemistades que causa, á las trayciones que obliga, las leyes que quebranta, las obligaciones que olvida, los testimonios que levanta, la sangre que vierte, los juramentos que dice, las prisiones que guarda, las dificultades que vence, las amistades que acaba, la paz que qui-

quita, las libertades que aprisiona, les honras que mancha, las trayciones que piensa, y las muertes con que acaba la codicia insaciable de este metal precioso: atrévese á los soberbios mares, hallando paso seguro en la instabilidad de su elemento; midiendo la distancia á los dos polos en frágiles maderas y delgados lienzos, halla seguro paso la comunicacion de las mas remotas provincias, de las mas distantes regiones, vendiendo preciosas libertades, y consumiendo las vidas: ¿qué no intentan los hombres por tenerle? ¿y qué no cometen si le alcanzan? él es el principal apoyo de la presuncion humana, el mayor fundamento de la locura mas loca, y de la soberbia mas presumida. *Ach.* Todo eso causa el oro, Mercurio mio; por cierto en mi estimacion muy poco mas es que el cobre. *Merc.* Bien se ve que no sabes el valor que tiene. *Ach.* Ya he dicho que sola esta vez le he visto: al cobre muchas, porque las ánimas que paso á la otra vida (como tú sabes) me da un cornado cada una, tasa sentada del flete. *Merc.* Verdad dices, Acheronte, mas en la tierra se estima en menos el cobre, porque se halla en mas copia, y por ser menos la del oro es mas estimado: las cosas raras tienen generalmente mayor estimacion que las ordinarias y vulgares: del oro se halla poco en comparacion de lo mucho que hay de otros metales: búscase por minerales hondísimos á costa del continuo trabajo de los hombres, que puestos á mil peligros por buscarle, hallan poca cantidad despues de largos cuidados: por eso se estima de todos, llegando el oro á la mayor reputacion y grandeza de quanto vemos criado; y aunque tambien se halla sobre la tierra, como el plomo y otros metales, es siempre en menor cantidad que quantos conoce la diligencia humana. *Ach.* Notable

ble vanidad de los mortales: locura sin comparacion de los vivientes: ¿qué es ver quán desenfrenadamente se van tras cosa tan amarilla y tan pesada, las dificultades que atropellan por hallarle, y los trabajos que pasan por tenerle? ¿quién no se espanta de la codicia humana? ¿quién nó de su locura y desvaríos? espantado me dexa lo que dices. *Merc.* No ansí se espanta Solon; porque segun se puede saber de su semblante, ni le maravilla mucho el oro, ni muestra estimarlo en tanto, porque se burla de la riqueza de Creso, y del presente, que con tal soberbia y vanagloria hace al Templo de Apolo, engradeciendo la ofrenda. *Ach.* Parece que habla de esa materia con el mismo Creso. *Merc.* Ansí es sin duda: estemos atentos á lo que dicen uno y otro. *Sol.* Dime, Creso, ¿piensas acaso, que Apolo ha menester tus riquezas, ó necesita de tus ladrillos de oro? *Cres.* Por Júpiter que lo pienso, porque en quantas riquezas adornan en Delfos la grandeza de su famoso Templo no hay ofrenda tan magnífica como esta que yo le envio. *Sol.* ¿Luego, segun tu opinion, tambien te parecerá que con aqueste presente haces al Dios en todo bienaventurado, por hacerle señor de estos ladrillos ricos, y que en su nombre, y á tu memoria, se cuelguen entre las muchas riquezas de su Templo? *Cres.* ¿Pues en eso pones duda? *Sol.* Válgame el Cielo: ¿tan gran pobreza hay en él (sácase de lo que dices), que quando los Dioses han menester alguna suma de oro es forzoso llevárselo de Lydia? *Cres.* ¿Pues dónde se halla mayor cantidad de ese metal precioso? ¿dónde si no en nuestra tierra produce alguna mas riquísima abundancia? *Sol.* ¿Dime tambien, por tu vida, si acaso se cria hierro entre tanto oro como se halla en Lydia? *Cres.* Sé que se ha-

halla muy poco, y que se tiene dificultosamente. *Sol.* De manera, que con quantos tesoros publicais de aquesta tierra, estais faltos del metal mejor y mas necesario. *Cres.* ¿Estás sin juicio, Solon? que cierto que lo parece, pues dices que el hierro es mejor, y mas necesario que el oro. *Sol.* Entenderás mi razon facilmente, Creso amigo, si la escuchares sin pasion y sin enojo. *Cres.* Ya te escucho: dí, ansí vivas. *Sol.* Dime, pues, sin alterarte, ¿quién es mejor, el que defiende y guarda, ó el que es guardado y defendido? *Cres.* Claro está que el que defiende tiene mas valor, pues guarda al otro. *Sol.* ¿Pues qué me dirás ahora, si fuere cierto lo que dicen, que Cyro quiere venir sobre los Lydos (no lo quieran los Dioses inmortales) y conquistar toda tu tierra? ¿harás entonces espadas de oro á tu gente, ó armas de hierro para defenderte y ofenderlos? *Cres.* Claro está que de hierro se habian de hacer defensas. *Sol.* Pues si no tuvieres gran copia de ese metal que te falta ¿no está claro que tus tesoros, tu oro inumerable, tus riquezas soberbias serán cautivos de los valientes Persas, sin que seas poderoso á defenderlo? *Cres.* ¿Eso me dices claro? ¿ansí se desnudan las verdades delante de los Reyes? *Sol.* No quiera Dios que acontezca; mas con ese temor confiesas que el hierro es mejor, y mas provechoso que no el oro. *Cres.* Y supuesto lo que dices, ¿será bien que presente yo ladrillos de hierro al Dios Apolo, y haga que se vuelvan á traer los de oro, que ya van camino de su grandioso Templo? *Sol.* Tampoco tiene necesidad de hierro Apolo; antes quiero advertirte, que aunque le envies cobre, hierro ú oro, ninguna utilidad se le seguirá al Dios ni á tí del tal presente, antes bien con eso ocasion darás para que roben aquel lugar sagrado gentes ex-

extrangeras con la codicia de riquezas semejantes, porque de aquí á pocos dias (quiera el Cielo yo me engañe) será robado el Templo de Apolo de los Focenses, ó Beocios; quando no, de los mismos de la tierra de Delphos, ó de otro qualquiera robador tirano, y llenarán las manos en tamaños tesoros, no respetando á la inmunidad del lugar santo con la codicia de poseer los bienes que le adornan, y que han de causar su destruccion y desventura, que no fuera tan grande si le faltaran tan preciosos adornos y riquezas. *Cres.* Siempre tuviste envidia de mis tesoros, y por eso te huelgas de vituperarlos. *Merc.* ¿No ves, Acheronte, y cómo sufre mal este soberbio rico la verdad que se le dice, y la virtud que usa Solon en decirla? y le parece atrevimiento y demasia, que un hombre humilde y pobre se atreva á decirle libremente lo que siente, y verdades que le duelan y den pena? generalmente se aborrece la verdad de los poderosos; pues yo te aseguro que este se acuerde del Filósofo que ahora se la dice quando se vea preso de Cyro, y le obligue por fuerza á pasar por las llamas, y á entrar en el fuego, que le ha de prevenir cruel castigo; que no ha mucho oí yo leer á la misma Cloto el fin de los mortales sucesos infalibles de cada vida, y que están recopilados en el huso y estambre de las parcas, que á los hombres terminan el término forzoso, decreto que ha de cumplirse en quantos viven, y allí estaban escritos los sucesos de Creso, como le llevaba preso Cyro, y como él mismo era muerto por aquella muger Magaseta, con otros casos notables de su vida. ¿No ves aquella muger de trage scytio, que desde un caballo blanco se muestra ayrosa y gallarda? *Ach.* Muy bien la veo. *Merc.* Pues sabe que es Tomyris la invencible, que despues de

de haber cortado con sus mismas manos la cabeza al valeroso Cyro, la echaba en un cuero de sangre, para que aun despues de muerto no le falte adonde satisfacer su crueldad diabólica. Mira tambien aquel mancebo galan y fuerte, que con donayroso ademan muestra su bizarria; pues es Cambises, hijo del mismo Cyro, que sucediendo al padre en su dilatado Imperio, habiendo peregrinado por Lydia y Etiopia, perdido el juicio (justo castigo de sus excesos y demasias) acabará su vida miserablemente, despues de haber por sus manos muerto á Apis; que no duran mas las felicidades de la tierra, ni tiene mejor paradero la soberbia humana. *Ach.* Déxame reir, Mercurio, hasta que se me quiebren las ternillas. *Merc.* ¿Por qué, barquero amigo? *Ach.* ¿Pues quién habrá que pueda reirse menos, mirando la locura de los hombres, y el desvelo y descuido con que viven? míralos, que poderosos, qué contentos y satisfechos: soberbios por considerarse los mejores, y agradados de imaginarse los mas felices, los mas ricos y estimados; y esto tan sin acordarse de la instabilidad de la fortuna, de la incertidumbre del fin que les espera. ¿Quál hombre humano podrá persuadirse que Creso de aquí á poco se verá cautivo, mirándole ahora en trono de oro, lleno de riquezas inumerables, entre tanta delicia y tal grandeza; y el otro Emperador Cyro, ahora triunfante y soberbio, despues metida su cabeza en un cuero de sangre, y él abatido y despedazado? nadie creerá maravillas tan secretas: ¡oh meditacion de los fines de la vida, remedio de tantas demasias, y humildad de tantas altiveces! dichoso quien llega, si ya no á conocerte y prevenirte (cosa dificultosa), á lo menos á temerte y á esperarte. Mas dime, Mercurio amigo, ¿quién es aquel que se parece cubierto con

con una clamide de púrpura, adornado de aquella Real corona, á quien su cocinero ofrece aquel anillo que halló en el vientre de un pescado? ¿aquel, digo, que está entre tanta gente, en aquella isla que abraza el mar por todas partes, y él se gloría con el título de Rey, que le dan todos? *Merc.* Bien haces de señalarme quanto quieres que te diga, porque de esa manera, ni á mí se me olvidará nada por decirte, ni tú dexarás de saber lo que tanto deseas. Aquel que ves es Polycrates, poderoso Rey de los Samios, tan satisfecho de su suerte (cosa admirable en la vida), que se tiene en todo por felicísimo: mas no lo será hasta el fin, pues engañado en quanto piensa, acabará ahorcado afrentosamente, acusado con cautela y traycion ante el Sátrapa Oroeta por su criado Meandrio, que es aquel que junto á sí tiene sentado: mira su felicidad, qué poco ha de durarle, y quán bien paga en la muerte la satisfaccion que tiene de su vida: ¡ó miserable hombre! ¡ó poderoso infeliz! ¡qué presto ha de faltarte esa que llamas dicha, esa que tienes por ventura! todo el suceso de ese tambien me contó Cloto. *Ach.* ¡O Cloto noble! gallardamente lo haces: suplícote que no olvides accion de tanto provecho; cuélgalos de la horca, y córtalos las cabezas, porque haya una hora en que crean que son mortales estos desvanecidos, estos soberbios, desprecio universal de quanto vive: levántalos en alto, pues que su altivo natural le cuesta poco; mas sea para que reciban mayor dolor en la caida; que te aseguro que yo te ayude á la venganza de los tales en reirme y burlarme de sus locuras, quando desnudos y rotos los conduzga mi barca á las penas que merecen, adonde no ocuparán la silla de oro, arrastrarán la púrpura, ni gozarán la corona. *Merc.* La suerte y fortuna de los

los soberbios no tiene mas consistencia, como te digo: acabarán los tales sin que hallen consuelo en sus desgracias, ya que no tuvieron moderacion en sus venturas. Mira, ansí vivas, la multitud, que en muchedumbre confusa ocupan grandes distancias; quales navegando piélagos espaciosos; quales peleando ansiosamente: estos rompen los campos, disponiéndolos con instrumentos rústicos á sazonados frutos, á crecidas cosechas, y aquellos freqüentando las audiencias públicas, los tribunales y jueces, pleytean por diferentes causas, procurando cada uno su derecho con informaciones y testigos: unos mostrando llagas y desnudeces con diferentes acciones, viven mendigando, asistiendo á la freqüencia de los templos y á los palacios suntuosos de los ricos, y otros en tratos ilícitos hurtan con engaños, engañan con robos, ya en usuras ilícitas, ya en pesos y medidas falsas, ó en cuentas engañosas, multiplicando haciendas por medios tan ilícitos. *Ach.* Ya veo una confusa muchedumbre de varias gentes envueltos unos con otros, y que todos pasan una vida inquieta y trabajosa, llena de pesadumbres y desvelos: tambien veo muchas ciudades, cuyas comunidades y familias son como las abejas, que ninguna está sin aguijon propio, para poder mejor herir y disgustar al vecino; y veo, que en tan mal gobernadas repúblicas, adonde todos se atormentan y martirizan, hay algunos como abejones, los soberbios, los ricos, los vanagloriosos y estimados, que solo viven con perseguir á los humildes, usando increibles crueldades y tyranias con los pobres, con los afligidos y menesterosos, hasta quitarles el sustento, beberles la sangre y consumirles las vidas: infame crueldad, inhumano proceder y vil determinacion; pues no hay cosa mas culpable que las venganzas con los pobres y con los muertos. ¿Quién honrado, discreto ó noble comete semejante crímen? ¡Culpable natural, vil accion, horrible exceso! Mas dime ¿qué tropel es aquel que tan sin pensar viene sobre ellos, y quiénes son los que andan volando sobre la muchedumbre con diferentes trages y figuras? *Merc.* Aquellos son la esperanza, el miedo, la locura, el deleyte, la avaricia, la ira, el odio y otros afectos perturbadores del ánimo, y inquietudes de la voluntad y los deseos: aquella que ves que vive entre la plebe, sin aspirar á empresas mas honrosas y de estima, es la ignorancia que atrevidamente señorea la mas abatida turba, la ordinaria canalla, si bien en tan despreciada república suele tener lugar la ira, el odio, la necedad y la envidia, la avaricia y el descuido, y pocas veces falta de con ellos el miedo y la esperanza; dos afectos turbadores de la quietud mas tranquíla: porque del primero nace el temor, horror y espanto con que los hombres pierden su natural constancia, y la segunda nos sigue de manera que sin apartarse un punto de nosotros, huye quando la queremos, y vuela si la buscamos, dexándonos con la pena que Tantalo padece en el infierno: ver el bien de esperarle, sin que jamas se goze, acabará mil paciencias y reducirá á mil locuras. Mas levanta los ojos por tu vida, y verás encima de todos los vivientes á las Parcas que hilando los delicados estambres de sus vidas, tasan el curso de sus años con tan ordenada diligencia y cuidado, que en nada faltan á la disposicion del Señor que tasó el vivir á los mortales. Considera con la advertencia que sacan del estambre humano aquellos hilos delica-

cados de las vidas de los hombres, que hasta sus cabezas desde los fatales husos cuelgan, bien ansí como telarañas frágiles, sujetas á qualquiera pequeño movimiento. *Ach.* Ya veo unos hilos delgadísimos de adonde colgados los mortales, y enredadas unas hebras con las otras, andan en la tierra, sin acordarse del peligro con que viven, bien ansí como si pendiera la vida de maromas fortísimas, defensas inexpugnables. *Merc.* Á fe que no ves mal, aunque eres viejo: mucho debes á los versos de Homero que te dieron tanta vista. Pues de aquellos hilos, barquero amigo, esperan los vivientes cada hora (sin tener una segura en quantas viven) el fin de su caida, unos de alto, y de baxo otros, segun el peso que les dieron los tiempos y el lugar adonde les puso su fortuna. El que está mas alto y tiene fuerte el estambre, será heredero del otro que tiene mas delicado el hilo, y éste lo será del que se estuviere ya rompiendo; que no significa otra cosa aquel texido que hacen los hilos de tantas vidas, como hila la Parca cada instante; siendo ansí que unos y otros cuelgan de hebras tan delgadas, de hilos tan quebradizos, que seria necia la seguridad de qualquier vida. ¿Ves aquel levantado sobre todos, el que se lleva el aplauso, que goza la grandeza, el estimado y temido? pues dentro en poco tiempo, no pudiendo sufrir la carga de tanto peso, se quebrará el hilo de su vida, y hará con su caida tanto ruido que cause asombro en todas partes con notable daño suyo; no ansí como el otro humilde que levantado poco de la tierra, al caer en manos de la muerte, aun no lo sentirán los mismos que le asistieren á aquel paso, porque dulcísimamente descansará en su ho-

ra última. *Ach.* Todo quanto veo en la tierra me parece sin fundamento ni órden, cosas dispuestas con vanidad notable, acciones de soberbia presuntuosa, burla pesada de los tiempos, y sueño de las mayores felicidades. *Mer.* Esa verdad ¿qué lengua no la confiesa, y qué razon que no la alcanza? Vanidad es quanto se halla en la vida, no hay palabras con que su instabilidad se signifique. ¿Qué diré de los cuidados de los mortales? sus continuos estudios, sus pesados desvelos, en quienes generalmente divertidos martirizan la misma vida que procuran para gozarlos, y que gastan en adquirirlos: y al fin quando les parece que llevan mejor viento sus aumentos, que se adelantan sus deseos en lo que pretenden ó procuran, y mas ufanos y alegres dulzuran los trabajos que pasan con la esperanza de los bienes que esperan, llega la muerte, y sin sentir los arrebata ántes de coger el fruto de tan continuos desvelos. ¿Quién no se rie de fines tan errados, y de medios tan mal dispuestos? Y el morir ansí se viene á tener por dicha en la instabilidad de la flaqueza humana; pues siendo el mayor mal la muerte de quantos heredó el hombre en pena de sus excesos, suele á veces tenerse por dulcísima, quando acomete solo á vencer el natural humano, y sin dolores le rinde: no ansí parece amable quando asalta la vida con enfermedades prolongadas, con dolores continuos (dilatada pelea entre la contrariedad de los humores) hasta que poco á poco debilitando el sugeto mas robusto, se rinde la naturaleza enflaquecida, ya á la fogosa calentura, que lentamente con ardores y frios consume el sugeto mas robusto, ya á las enfermedades mas agudas

das, que con bascas y dolores, inficionando las internas partes, no hay fuerza que les resista: anuncios crueles de aquella parca inexôrable; embaxadores, que como ves, disponen su venida, y anuncian y disponen su fatal victoria. ¿Qué son tambien las espadas, los enemigos, los ladrones, las armas, las venganzas, los agravios, el veneno, los jueces, los tiranos, las desesperaciones y tormentos sino ministros suyos, que con calamidades infinitas executan en los hombres la fatal sentencia de quien pocas veces se acuerdan los mortales, miéntras la prosperidad les engaña con sucesos venturosos, con esperanzas alegres, con cumplidos deseos en los negocios malos ó buenos que exercitan, y en los sucesos prósperos ó adversos que temen ó desean? ¡O instabilidad humana! qué cortos son tus contentos, qué desmedradas tus dichas, y qué sisadas tus venturas. Prométese el otro felicidades larguísimas, fundando torres de viento sobre el favor humano, sobre la riqueza propia, sobre la ciencia adquirida, y alegre sigue la pretension honrosa, el acrecentamiento aprovechado; y si alguna vez la fortuna viene adversa, que pocas viene felice, si los tiempos corren turbios, si faltó el favor y se trocó la suerte ¿qué impaciente se muestra el engañado de esperanzas fáciles? Todo es lamentos, todo penas, y en dilatadas quejas llamarse desdichado y triste, quando se culpa ayrado y impaciente, por haberse fiado de palabras fáciles, de promesas locas y de ofrecimientos vanos: y quando desengañado, si no reconoce lo poco que merece (milagro que pocas veces hizo el amor propio) se consuela á lo ménos con la injusticia que le hicieron, y con publi-

blicar su agravio, hallando en ofensas propias satisfaccion de su pérdida: lastimoso consuelo en los trabajos. ¡O flaqueza humana, olvidada totalmente de su primer principio! pues si en él cargara el juicio el hombre, y diera la consideracion á este discurso, haciéndole sobre la peregrinacion corta de la vida por aqueste desierto de trabajos y desventuras, y lo poco que distan el primero dia del nacer, y el postrero del vivir, y que entónces dexando por fuerza quanto en este valle de lágrimas hubiere estimado y amable, han de pasar los hombres á otra vida, bien ansí como quando se despierta de un pesado sueño, que la imaginacion no puede alcanzar sus engaños y apariencias, y se halla el que soñó tan distante de lo que dormido imaginaba, ansí en la vida se llega á la temprana muerte, ansí se camina á la deslocacion de nuestra flaqueza, sin parar un instante de correr al término postrero. ¿Quién pues le juzgará tan breve, que no gobierne con tiento el curso de su vida, tasando con diligencia y cordura esta breve distancia, para que quando se acabe no se hallen fatigados y llenos de congojas por haber tratado con descuido punto tan necesario y importante? ¿Quién es el necio que piensa que ha de gozar perpetuamente del estado presente, si exempla cada dia en los amigos y parientes el desengaño cierto de esta locura? Estos sí (que hay infinitos) olvidados con sus deleytes del fin que han de tener en ellos, quando los embaxadores de la muerte llegan á despertarlos, quando la calentura les aprieta, quando el dolor agudo les congoja, y éticos y tísicos padecen dolores y disgustos, reciben pesadamente semejantes avisos

sos, y pesarosos del aprieto en que se hallan se ponen en batalla contra la misma muerte, como si hubiese resistencia contra esta reyna universal de quanto se mira humano, á quien rinden tributo y conocen vasallage las tiaras y coronas: recto nivel, y medida infalible de las soberbias y humildades, de las miserias y riquezas. *Ach.* ¿Y qué será la causa de tanto atrevimiento, de tan necia desobediencia? *Mer.* No otra alguna, por cierto, sino persuadirse á que esta vida es eterna, y que no les han de quitar jamas aquestos bienes que gozan, aunque ven cada hora perder los suyos al vecino y al hermano: porque si ansí no lo creyese, de otra manera dispondria su vida el otro que fatigado y cuidadoso da priesa á los oficiales, junta materiales y dineros para fabricar la casa que tiene comenzada, sin cesar un dia en el gasto ni en la obra; lo que no hiciera si se acordara que podia ser que la casa no durase mucho, y que él en acabándola de labrar, viviese ménos, y que sin haberla gozado ni cenado en ella una vez sola, le obligaba la priesa de la muerte á dexarla á su heredero, que no le fué de gasto ni de trabajo. Y el otro que se halla tan alegre, porque aquel dia le nació un hijo que deseaba, y regocijado le hace poner su mismo nombre, para que en aquel original de sus entrañas viva mas años su memoria, y lleve adelante la posteridad de su familia (emulacion honrada de los hombres, y que facilita los trabajos del matrimonio, y hace sufribles y llevaderas las obligaciones de estado tan lleno de cuidados, y tan abundante de desvelos) regocíjase con sus amigos del suceso de su casa, y con mil demostraciones de contento toda ella aplau-

aplaude al nuevo huésped, paz del matrimonio, amor de los consortes ménos conformes, y quietud de qualquiera disgusto; que á fe que si el contento padre en medio de estos gustos considerase que ántes que el niño llegase á cumplir siete años habia de acabar la vida, y él solo se habia de quedar con la memoria de las niñerías que le entretenian, y de los placeres que el hijuelo le daba, yo aseguro que le recibiera con mas pena quando le nacia, y que no habia de alentarse á tantas alegrías y regocijos, á tantas fiestas y risas. Mas tiénelas entónces, porque divertido con el feliz suceso no considera la suerte que podrá tener el hijo, sino puestos los ojos de amoroso padre en lo que mira presente, renueva en él las esperanzas de sus pasados hechos, de sus gloriosas facciones; y mas si por valiente y valeroso ha salido siempre coronado en las contiendas Olímpicas, que entónces deseoso de que el hijo multiplique sus alabanzas con nuevas glorias, solo atiende á verle ya crecido, para gozar la alegría que le prometen las historias, en que, aun acabado de nacer, le imagina famoso: bien ansí como el otro padre que afligido y triste lleva á la hoguera su difunto hijo con notable sentimiento de su falta, sin acordarse que la suya la han de llorar muy presto sus amigos, porque de tan delicado hilo pende su vida como la del muerto por quien amargamente llora. ¡Ah cuidados de los hombres, para vuestro aprovechamiento tan dormidos, que aunque sabeis los daños que os amenazan, ni despertais con exemplos, ni prevenís las desdichas! Quántos (considéralo bien por vida tuya) allí estan litigando sobre la adjudicacion de las haciendas, so-

sobre la demarcacion de las heredades, siendo innumerables los que siguen las Audiencias de los jueces ocupados en pleytos y demandas, que mal se acuerdan estos de la muerte; y que mal los otros que en número infinito, y solicitud notable andan guardando dineros, martirizando sus cuerpos con perpetua hambre, desnudez y descomodidades, para ahorrar los tesoros, para ajuntar las riquezas, que despues vienen á perderse sin gozarlos, acabando miserablemente la vida en adquirirlos: porque en medio de sus ahorros les citan estos ministros de la muerte, para que parezcan en su Audiencia á recibir el castigo que merece su avaricia. *Ach.* Bien considero quanto dices, Mercurio amigo, y muy bien veo quanto desde aquí me enseñas; y cierto que me desvelo conmigo mismo, considerando ¿qué puede haber en la tierra tan estimable, tan necesario y precioso que obligue á los hombres á tan grande sentimiento quando la muerte les aparta de lo que aman, y quando les quita lo que tienen, si es vil quanto hay en la tierra, si es inconstante y falso quanto ofrece el mundo, si la mayor felicidad es de viento leve, si dura brevísimos instantes la mayor alegría, si falta tan presto la salud mas robusta, y huye sin parar la ventura mas felice, si no hay hora segura en la consistencia humana, y á un gusto que se goza por instantes, se le siguen pesares por años, y trabajos por siglos? ¿Qué halló el hombre gustoso en las penalidades que confiesa en la vida que tanto teme perderlas? ¿cómo siente dexar tan ciertos males el que ménos contento está con ellos, y el que mas publíca el desear dexarlos? ¿Quién hay libre de pesares en la tierra, ó quién se llama

ma dichoso con la suerte de que es dueño? ¡O necedad humana, ó instabilidad de la condicion de nuestro apetito, y qué mal sabes apreciar las cosas! *Mer.* Mejor te quejarás de ella, si con advertencia consideras las miserias y calamidades de la mayor felicidad humana, á quienes aun los mismos Reyes estan sujetos: esos que por felices y bienaventurados son adorados y servidos de los demas inferiores, y envidiados de los pueblos, pisan oro, y visten púrpura, pues no se puede decir facilmente lo mucho que padecen y que pasan, pues demas de estar sujetos á grandísimos trabajos y calamidades, á las disposiciones adversas de la fortuna, y á la variedad de cuidados que de ordinario les inquieta, sin duda que son mas las cosas tristes y adversas á que estan sujetos, que las prósperas que gozan y las alegres que poseen. ¿Quién dirá á quantos daños les sujeta la grandeza que tienen? ¿quién los miedos alborotos, rezelos y temores con que viven cercados de adulacion, de engaños, de cóleras, de mentiras, de enemistades y odios? Dexo aparte las ordinarias tristezas que padecen, las enfermedades de que abundan, los afectos varios y diversos que tienen sobre su naturaleza igual imperio, sujetándolos mucho mas que á los hombres ordinarios y vulgares. Mal se pueden contar las adversidades de los poderosos, pues con ser tan dificultoso decir las muchas miserias y trabajos de los pobres, sin duda es tanto mas fácil de decir lo segundo, quanto es mas dificultoso de pasar lo primero. *Ach.* ¿Sabes á lo que me parece semejante la vida de los hombres, y el vivir de los mortales, Mercurio mio? *Mer.* Dí la comparacion, á ver si aciertas. *Ach.* ¿Has visto algunas

veces unas ampollas vistosas que forma el agua impelida de la corriente de arroyo sonoroso, que rompiendo su fuerza limitada én las peñas de la orilla, se enriza en sierras brillantes, esmaltando la bella superficie con lucidas borbolletas, que preñadas del ayre que concentró el elemento bullicioso, por limitadas distancias resplandecen ya pequeñas y ya grandes, hasta que tocando en qualquier pequeño estorbo aumentan al agua las espumas, y desaparecen brevemente sin dexar señal de lo que fueron, y tal vez impelidas de los vientos, se juntan unas con otras, haciéndose grandísimas, hasta que éstas y las mas humildes perecen y se acaban? Tal los hombres, ansí la vida humana: todos en el arroyo del vivir son hinchadas borbolletas, teniendo el grandor conforme al viento que cogieron de la diversidad de los sucesos: unos crecen con la soberbia, ayre que presto se acaba; otros con afectos diferentes: y tales son consumidos aun ántes de ser formados, y estos y aquellos forzosamente acaban sin dexar memoria ni señal de lo que fueron ni duraron. *Mer.* Galanamente has copiado la flaqueza del natural humano: no es mejor á mi ver la similitud que de ella hizo Homero quando la compara á las caducas hojas de los árboles, á las flores vistosas sujetas á qualquier viento, rendidas á qualquier ayre. *Ach.* Pues lo mejor es de todo, que con ser tan frágil la firmeza humana, tan poco estable su suerte, tan limitadas sus dichas, mira, ansí vivas, con quanta solicitud se persiguen unos á otros los hombres, por el interes mas limitado; advierte la agonía y desvelo que traen para aumentar haciendas, por multiplicar rentas, y por alargar heredades y posesiones; las

guerras tan reñidas que tienen sobre la conquista de nuevos reynos, por gozar grandes señoríos: con qué inquietudes compran su soberbia, el mando, el señorío, la estimacion y el aplauso, siendo ansí que tienen por certísimo que á los mismos que adquieren estas cosas con tan costosas diligencias, les ha de forzar la muerte á dexarlas todas, y ellos desnudos como nacieron han de fletarse en mi barca, llevando tan solo un cornado que han de pagar por el paso de las aguas infernales. ¿No te parece, Mercurio, ya que nos hallamos en lugar tan alto, desde adonde vemos claramente quanto en el mundo pasa, y nos pueden oir los que en él viven, que seria acertado que yo les diese grandes voces, avisándolos de quanto les importa, para que no gasten el tiempo en tales locuras, y para que no adquieran á costa de tantos desvelos y trabajos bienes tan perecederos, y que les han de faltar ántes de gozarlos? Y tambien les avisaré que nunca aparten de su memoria la confusion de la muerte, lo dudoso de su llegada, y lo cierto de su venida, para que trayéndola siempre delante de los ojos, pasen la vida rectamente sin ofensa de los Cielos. Pardiez Mercurio, que si tú quieres, que yo pensaba despertarlos con aquestas palabras: ¡Oh locos mortales! ¿para que apeteceis cosas tan vanas con tales fatigas y trabajos? Apartáos, ó tristes, de tan inútiles desvelos; y pues es certísimo que no habeis de vivir para siempre, aprovechad el tiempo en acciones gloriosas, no en vilezas que falten ni en engaños que os destruyan. Advertid que ninguna cosa hay en el mundo de quantas teneis vosotros por estimadas, por ricas y dichosas, que sea perpetua ni durable; la que

juzgais por mas perfecta, tiene su desolacion tan junto de su principio, que el discurso aun no se atreve á distinguir sus medios ni sus fines. Mirad que nada de quanto ahora gozais podreis llevar con vosotros: forzoso es el decreto que saca desnudos á los hombres de esta vida, sean Reyes ó Monarcas, pobres ó ricos; bien ansí como quando á ella vienen, y no con ménos lágrimas y llantos; pues lo adquirido de posesiones y riquezas, oro y plata, gustos, contentos y regalos mudan en faltando la vida, nuevos dueños sin que los últimos los gozen mas que los primeros. Voltária es la fortuna de las mayores felicidades, todo lo trueca su rueda, hasta que la muerte victoriosa de la asistencia humana huella lo mas estimable, igualando á lo mas humilde lo soberbio. ¿Es posible, Mercurio, que si alguno les avisase de verdades tan claras y de experiencias tan ciertas, no bastaria para que enmendasen sus vidas y gobernasen sus acciones con mayor prudencia? *Mer.* Qué fresco estás, Acheronte: mucho me espanto que con tus canas y experiencia, al cabo de tantos años no sepas que la ignorancia que gobierna á los mortales, les tiene tan tiranizados los discursos, tan rendida la razon y tan engañado el conocimiento, que les estorba á oir las voces de la prudencia: dexa, dexa de cansarte y darles gritos, que es imposible que te oigan por mas que te quiebres la cabeza y les taladres los oidos: mira que los tienen tapados con la cera del amor propio, bien ansí como los suyos los compañeros de Ulises; y es imposible que oigan el dulce y provechoso canto de la razon, Sirena hermosa, que no para destruirlos, sí para ayudarlos y defenderlos, canta dulcemente en su aprovechamiento, para que los hombres se aparten de la Caribdis cruel, de la terrible Scila, escollos peligrosos donde en el mar de esta vida peligra el alma, y se anega el entendimiento. Sabe, para que no te canses, que el efecto que allá entre nosotros hace la fuente del olvido, ese y con mas ventajas hace en los hombres la ignorancia, Lotos olvidadizo, Cocyto triste del mas acertado discurso, del mas visto desengaño; aunque es verdad que hay en el mundo algunos desengañados de sus locuras y enredos, y que los mismos trabajos les han abierto los ojos para estimar en poco sus fingidas apariencias, sus felicidades breves: estos es ansí que algo se inclinan á verdades tan provechosas y cargan de asiento el juicio en la consideracion de tales cosas, y al fin bastantemente vienen á conocerlas poco á poco. *Ach.* Pues para los tales no serán inútiles mis voces. *Mer.* Ántes me parece excusado avisarles de lo que ellos saben, y mas viendo tú á los tales que apartados de los demas, se rien de quanto pasa, y es sin duda que estan tan desunidos del parecer del vulgo, tan apartados del proceder de todos, que parece que viven con pena entre los ignorantes, y quisieran, si les fuera posible, apartarse de ellos y venirse á vivir entre nosotros; y ya que esto no les es permitido, viviendo en carne mortal, por lo ménos descansan, descubriendo sus maldades y arguyéndoles sus obras: causa para que sean grandemente aborrecidos de la muchedumbre, y perseguidos de la plebe. *Ach.* ¡Ó generosos varones! multiplíquense alabanzas á vuestra feliz memoria, por lo que peleais contra la ignorancia humana, haciendo oposicion á la locura de tantos

con

con vuestra singular prudencia: aunque si hemos de decir verdad, Mercurio amigo, yo pienso que son muy pocos los que merecen aquestas alabanzas. *Mer.* Poquísimos son sin duda, mas con todo bastarian si los malos los creyesen y aprendiesen sus consejos. ¿Mas quién juntará á la virtud y al vicio? ¿cómo sufrirá al prudente el necio precipitado en sus locuras y apetitos? Nunca la razon se halló con el amor propio, mal remedio le veo á tan gran daño: Baxémonos, si te parece, Acheronte amigo, que ha mucho que faltamos á nuestras obligaciones. *Ach.* Ántes quiero suplicarte que me enseñes una cosa que ha mucho que la deseo, y será para mí su conocimiento, doctrina perfectísima: porque deseo saber donde ponen los cuerpos de los muertos, cómo los sepultan en la tierra, y qué aparatos fúnebres les hacen. *Mer.* Á esos descansos, á esas últimas camas, á esa principal muestra de la piedad humana llaman sepulcros, entierros y monumentos. ¿Ves aquellos arcos vistosos que formados de piedras muy labradas ostentan delante de las ciudades fábricas insignes, copiando en mármoles torneados, en remendados jaspes, en alabastros bellos y en piedras raras y preciosas la perfeccion del arte? Pues todos son sepulcros, eternas habitaciones de los muertos, casas propias adonde consumidas cenizas, huesos solos reposan entre fúnebres memorias. *Ach.* Por cierto, desatino no menor que los pasados. ¿Para que piedras coronadas, mármoles ungidos con olorosos ungüentos, fian de guardar pudriciones asquerosas? *Mer.* Mira á otros que en crecidos fuegos animados de materias preciosas, de aromas raras, queman en aquellos hoyos los difuntos cuerpos, colocando en urnas suntuosas las amadas cenizas. *Ach.* Y si no me engaña la desigual distancia, derraman sabrosos vinos y dulces aguamieles dentro de las mismas fosas. *Mer.* Locura grande, barquero, porque yo no sé de qué pueden aprovechar tan costosas ceremonias, tan ricos aparatos á los que ya son muertos, y estan, quando acá se desvelan en semejantes gastos, dentro de los infiernos sepultados, sin gozar de quanto precioso les ofrecen: si ya no es que se persuadan los que viven, que las almas de los difuntos pueden volver de aquellas cárceles escuras, y que revolando sobre las hogueras, comen de aquellas ofrendas, y al olor de las confecciones que se abrasan, beben del mosto derramado y del licor vertido, de que aquellos hoyos quedan llenos. *Ach.* ¡Oh qué vanidad tan grande! ¿Quién puede persuadirse que puedan comer ni beber aquellos secos cadáveres, aquellos huesos quemados? ¿No seria donoso cuidado (y pudiera no decírtelo, pues que tambien lo sabes, si pueden ó no volver las almas á esta luz despues de haberla perdido, como quien las lleva de esta vida, hasta ponerlas en mi barca) que estando yo en tantos negocios importantes ocupado, despues de quedar cansado de pasar las almas al infierno, me obligáran á volverlas á la vida cada vez que se les antojara de beber y de comer en las fiestas que las hacen? Pardiez que mereciera que se rieran de mí los niños, viéndome siempre acarreár difuntos de la vida á la muerte, y de la muerte á la vida, como se le antojara á cada uno. ¡Gracioso desatino, locura incomparable! ¡Oh necios hombres! mal sabeis quan grande es la distancia que hay de los muertos á los vivos, y

y la poca redencion que tienen los que pasan al infierno, donde está muerto el rico como el pobre, y tanta estimacion y grandeza tiene Iro mendígo y pobre, como el rico Agamenon á quien ponen los griegos estatuas de oro puro: la misma gallardía y fortaleza tienen Tersites y Aquiles despues de muertos, siendo el primero cobarde y feísimo en la tierra, y el segundo hermoso y fuerte: desnudas andan las almas por los Erebos campos, todas cercadas de confusion y tormentos: porque á los soberbios y á los humildes los iguala en aquel lugar de confusion y pena, la invencible Diosa que termina poderosa las acciones humanas. *Mer.* ¡Válgame Dios, y qué de sentencias de Homero te cuelgan de la boca! Mas pues hablaste de Aquiles te quiero enseñar el sepulcro donde reposan sus huesos: ves aquel vulto de tierra que cerca de la mar, aunque confusamente, se divisa? pues es Sygeo Troyano. De la otra parte está puesto Ayaze en Retheo; y en medio de ámbos, en aquel soberbio monumento descansa Aquiles. *Ach.* No me parece fábrica magnífica esa ni las que se divisan por aquellos caminos. Mas enséñame, ansí vivas, las ciudades mas celebradas, de quienes tantas grandezas nos cuentan en el infierno. ¿Adonde está fundada Nino, ciudad de Sardanápalo? donde Babilonia? hácia donde está Micenas? qué es de Cleonas? donde el Ilion famoso de adonde he pasado al infierno tanta gente, que en diez años continuos aun no tenia lugar para calafetear mi barca? *Mer.* Nino famosa un tiempo, está en este ya tan asolada, que no ha quedado mas que su memoria: dificultosamente se hallará el sitio que ántes tuvo; todo lo acaba el tiempo: tambien como los hombres mueren los edificios, que para el pecho de la muerte no se halla ningun hidalgo: su jurisdiccion abraza en la tierra los dos polos. Babilonia es aquella que á la mano derecha se descubre tan fortalecida y torreada, y tan dilatada poblacion, que parece que son pequeños aquellos campos para su circunferencia: exemplo de la soberbia, pues dentro de poco tiempo se verá tan destruida como Nino, por mas que ahora se iguale á las estrellas. Vergüenza tengo de enseñarte á Micenas y á Cleonas, ya desdichada venganza de los tiempos, como publican sus ruinas, índices confusos de sus pasadas felicidades y venturas. ¿Qué te diré del Ilion famoso, que ya en derribadas piedras, en yermos edificios depositó su grandeza, haciendo lenguas de las hojas de los árboles que á falta de hombres vinieron de los montes á poblar sus capaces distritos, porque no les faltasen testigos de sus desdichas? Ya ostentan desiertos dilatados las memorias de felicidades pasadas, de quien el tiempo dexó pequeñas reliquias de grandezas no igualadas, de glorias perecederas: bien sé que viendo tan destruida aquesta fábrica, mayor que quantos edificios alcanzaron los siglos, has de querer, quando baxes al infierno ahogar el alma de Homero, porque no tuvo vergüenza de engrandecer con tan heróicos versos la poquedad de estas memorias; si bien Ilion y las demas ciudades que ya hoy ves ruinas inútiles, florecieron en los tiempos pasados con gran fama, y triunfantes y gloriosas se vieron señoras de las gentes; aunque ya difuntas, son pequeños trofeos del curso de los tiempos poderoso: porque no hay

hay cosa en la vida que no muera. ¿Qué son las ciudades populosas? qué las murallas fuertes? qué los soberbios edificios? Todo acaba y fenece; y lo que mas es, tambien se consumen los rios caudalosos, sin dexar memoria del curso que llevaron, ni del lugar por donde fueron. ¿Quién dirá en Argos por donde caminaba el rio Inacho? Ni pequeña memoria no ha quedado de su corriente caudalosa: no se acierta su nacimiento, ni por qué parte pagaba al mar el debido tributo: todo lo consume el tiempo, todo lo trueca la edad, contra cuya fuerza no hay alguna considerable ni poderosa. Y siendo ansí ¿qué piensa el hombre soberbio quando se juzga inmortal, quando se imagina eterno, y dispone su vida como si jamas hubiese de llegar su muerte? *Ach.* Notables alabanzas cantó Homero del poderoso Ilion. ¿Con qué soberbias palabras engrandeció su fortaleza, y con qué epitetos tan altivos pinta sus fuertes muros? *Mer.* Tambien pondera grandemente los artificiosos edificios de Cleonas. *Ach.* Dexemos eso, y dime por tu vida ¿quién son los que en aquella parte estan peleando, miéntras nosotros hablamos, y por qué causa tan cruelmente se hieren? *Mer.* Argivos y Lacedemonios, Acheronte amigo; y aquel que está muerto en medio de los exércitos, es el Emperador Othryades, que perpetúa en su nombre su mismo trofeo y triunfo, esculpido para siempre con su sangre. *Ach.* ¿Pues por qué causa pelean? *Mer.* Por aquel mismo campo en que se dan la batalla. *Ach.* ¡O graciosa locura de los hombres, que no consideran que aunque sean señores de todo Peloponeso, despues de muertos no podrán alcanzar de Eaco ni la posesion de un pie de tierra! ade-

ademas que este mismo campo sobre que ahora tan cruelmente se matan, será labrado de unos y otros, mudando en pocos dias muchos dueños hasta que el mismo arado arranque y derribe este trofeo, que dexan puesto á costa de tanta sangre. *Mer.* Ansí será sin duda, como dices, que en la consistencia humana no es posible hallar mas duracion ni firmeza: todo corre ligero á su fin último, sin parar en felicidades ni en desdichas. Mas pues tanto nos hemos detenido en contar las de la vida, paréceme que nos baxemos, y volviendo á poner estos montes en sus puestos, nos vamos, yo adonde Júpiter me envia, y tú á tu barca, donde nos volveremos á ver presto, que yo he de ir á llevar cantidad de almas que sin duda deben de esperarme para que las demos paso por las Estigias lagunas. *Ach.* Muy bien lo has hecho, Mercurio, y desde ahora te estimo por particular amigo; y con la misma liberalidad que me has hecho tan grande beneficio, te serviré perpetuamente, pues que he sido bien advertido en mi peregrinacion de tu prudencia, haciéndome capaz de tantas cosas, como hasta aquí ignoraba, del trato de los hombres y de los sucesos de la tierra. ¡Válgame Dios! quan miserables son sus cuidados, qué penosos sus desvelos, qué sin número sus trabajos y miserias. ¡O abatido género el de los hombres mortales! ya les oprimen tiranos, ya les castigan Reyes, ya les sujetan desdichas; y al fin Reyes ladrillos de oro, magníficos sacrificios, guerras sangrientas, todo se junta á desvelarlos, sin que haya alguno que se acuerde de que Acheronte ha de llevarlos muertos, para que sean juzgados sus delitos, ó premiadas sus virtudes.

DIÁLOGO V.

EL ICARO MENIPO DE LUCIANO.

Argumento.

Bien muestra el Filósofo en este Diálogo su grande ingenio, pues con una aguda invencion pinta tan doctamente los deseos, estudios, esperanzas y ocupaciones de los hombres, procurando con exemplos y ficciones persuadir á los mortales los defectos de la vida, su corta duracion y consistencia, y el poco aprecio que se debe hacer de bienes tan falibles. De las opiniones diversas de los Filósofos, burla donosamente averiguando que el mas dilatado saber humano está sujeto á mil engaños y falacias, quando se aparta de la verdad eterna. Condena por tiempo perdido la ocupacion de los matemáticos, adivinos y judiciarios; estudios que suelen causar tanto daño en los mayores discursos, por estar sujetos á tantas mentiras y supersticiones, sin ser de provecho para alguna accion loable. Finge que cansado un hombre de oir en la tierra dudas y opiniones diversas entre los mas doctos, y ignorando la certeza de lo que ellos mismos enseñan, quiso ir al cielo á saber la verdad del mismo Júpiter, y al fin como otro Icaro voló tantas distancias, y se halló entre los Dioses, adonde le enseñan grandes cosas que él á la vuelta cuenta á un amigo suyo. Por lo docto, gracioso y importante merece ser leido este discurso, adonde hallará la enseñanza humana grandes caminos para el aprovechamiento propio, para el desengaño de quanto en esta vida nos aparta

ta de merecer gozar la eterna, y finalmente reprehende los vicios con aspereza.

Menipo y su Amigo.

Menip. De manera que hay casi tres mil estadios desde la tierra á la esfera de la luna, y desde allí á la del sol hay quinientas parasangas (1), y desde este cielo hasta el de Júpiter, constituido sobre todas las esferas, hay la distancia que en un dia podrá volar un águila holgadamente. *Amig.* Por las tres gracias te ruego, Menipo amigo, que me digas qué estás hablando entre dientes, y tan divertido, contando por los dedos de la mano; porque ha mucho que te sigo, y te he oido nombres exquisitos, soles, lunas, estadios, esferas y parasangas; vocablos y cuentas que no entiendo. *Men.* No te espantes de oirme hablar de esas cosas, y que me remonte á los ayres, y tase las distancias de los cielos, que estoy recapacitando la suma de una peregrinacion que ha muy pocos dias que hice. *Amig.* Sin duda que imitando á los Fenices, has estudiado el curso de las estrellas *Men.* ¿Yo habia de hacer locura semejante? Tan errado anduviera yo como ellos, pues no acertando á conocer en la tierra lo que miran, quieren presumir de entender en el cielo lo que jamas han visto: mas certeza tiene mi discurso. Yo amigo, no estudié por las estrellas, por ellas mismas anduve peregrinando, los signos hollé con estas plantas, estas manos midieron las magnitudes de los planetas, paseeme por la Eclíptica, estuve en el Zodiaco, y ví los mayo-

(1) Un estadio tiene 135 pasos. Una parasanga 30 estadios: es medida de Griegos y Persianos.

yores secretos de los cielos. *Amig.* ¡Válgame Dios y que de ello debes de haber dormido, pues sin sentirlo has andado tantas parasangas, y medido estadios tan innumerables! *Men.* Bastantemente me afrentas, pues juzgas que digo sueños vanos, que te divierto con apariencias fabulosas, con cuentos sin fundamento, siendo certísimo que ha muy poco que me ví en la presencia del Dios Júpiter, y que anduve la distancia que te he dicho. *Amig.* ¿Qué es aquesto que me cuentas, Menipo amigo? Tú has subido á las estrellas? tú visitaste al mismo Júpiter? tú has caido agora del cielo? *Men.* He hecho quanto dices, y he visto quanto te he dicho: es sin duda que yo soy el mismo que estuvo en los palacios de Júpiter, adonde he oido cosas admirables, secretos importantísimos y maravillas raras: y no pienses que me agravio de que no creas mi dicha, porque ella ha sido tan grande, que no cabe en la corta capacidad de hombres plebeyos, de entendimientos vulgares que de todo punto ignoran la grandeza de esta feliz ventura. *Amig.* La cosa de si es dudosa, Olímpico Menipo, no te espantes que se dude; si bien es ansí, que yo te doy entero crédito: porque ¿cómo puedo yo dudar, hombre humano y terrestre, de que no dice verdad un varon como tú eres, que ha tenido poder para volar sobre las nubes, y que conforme á lo que de estos tales dice Homero, has sido por algun tiempo morador y vecino de los cielos? Mas si no te enfadas, te suplico que me digas cómo subiste tan alto, ó donde hallaste tan altas escaleras; porque no eres tan hermoso que te haga Júpiter el favor que á Ganimedes Frigio, y que puedas persuadirnos á

á que arrebatado de alguna águila, fuiste llevado al cielo, para heredar su mismo oficio. *Men.* No me tengas por tan boquirubio, por tu vida, que creas que ya no entiendo que te estás burlando de mí en quanto dices; y no me espanto, si la novedad de mi peregrinacion te ha parecido fabulosa: por tu vida que la creas, y que para subir al cielo no es necesario escaleras, ni necesita de alas de águila quien las tiene propias, ni que haciendo nube de sus uñas como al otro mancebo, le traslade á la region lustrosa. *Amig.* Lo que dices ahora me maravilla mas que todo; porque á mi parecer vence á la hazaña del ingenioso Dédalo; porque demas de esotras novedades que me cuentas, me parece que de hombre te has transformado en grajo ó en milano, pues que tienen alas, y has hecho tan grande vuelo. *Men.* Ahora has hablado con donayre, y no fuera de propósito; porque te afirmo que quise ser Dédalo segundo, y buscar alas con que vencer los vientos. *Amig.* Notable cosa: pues dime hombre atrevido, ¿no temiste ser exemplo segundo del castigado Ícaro, cayendo en alguna parte del mar, á quien por tu muerte llamáramos el piélago Menipeo, conservando en tu desdicha fama eterna, como la tiene el Icario? *Men.* Nunca me persuadí á tamaña desventura: porque si la padeció Ícaro, fué porque teniendo las alas pegadas con blanda cera, con el calor del sol se derritieron facilmente, y cayéndosele las plumas, claro estaba que él no se podia sustentar sin ellas sobre el viento: yo iba seguro de ese daño, porque mis alas no llevaban cera alguna. *Amig.* Mucho mas me admiras quanto mas de espacio te oigo, tanto que casi me determino á creer por cosa cier-

cierta la que todo el mundo tuviera por dudosa: dime cómo fué ese vuelo, por tu vida? *Men.* Escucha que ya lo digo: tomé una águila muy grande y un crecido buytre, y cortándoles las alas muy á raiz del pecho::: Mas porque es suceso largo, si acaso estás desocupado y ocioso, quisiera que nos sentáramos, oirás maravillas de mi boca. *Amig.* Nada tengo que me estorbe á oirte cosas tan nuevas; y quando no estuviera tan desocupado, desterrára todos mis cuidados por gozar con quietud de tan buen rato: mira si estoy deseoso de saber el fin de este suceso: dímelo como ha pasado; y por Júpiter Pilio te suplico que si yo me suspendiere con aquestas maravillas, y colgado de tu voz, me levantare volando, tengas cuenta de acudirme, porque no me caiga en tierra, que temo que haga conmigo este efecto la imaginacion de tus felices vuelos. *Men.* Pues escúchame seguro, y oirás cosas gustosísimas.

Consideraba yo un dia la variedad y mudanza de quanto en la mortal vida llamamos los hombres bien, descanso y dicha; y ayudado de la experiencia de muchas cosas, vino á descubrir mi conocimiento que es todo vanidad, inconstancia, instabilidad, sueño y engaño. ¿Qué piensas tú que son los mas preciosos tesoros, los mas gloriosos imperios, el gusto mas deseado, la mocedad mas lozana, la salud mas fuerte y la mas larga vida? Sueño incierto, engaño claro, viento leve, imaginacion que pasa, y bien que desaparece: en nada hallé felicidad, buscándola en quanto via. Este desengaño tuvo valor y poder para apartar mi deseo de tan inciertas esperanzas, de tan falsos cumplimientos, y aplicando de todo punto

mi conocimiento á cosas superiores, altas y de dura, procuré animoso salir de las tinieblas de estas dudas, y levantar la contemplacion al estudio de las cosas celestiales, á la naturaleza y duracion del universo; porque nunca habia podido averiguar en nuestros filósofos el principio de aquesta grandiosa máquina, quién habia sido su fundador, y qué fin le estaba determinado; y aunque ansiosamente habia procurado lo cierto de esta duda, miéntras mas consultaba á los que pensaban que la sabian, mas ciego y mas dudoso me dexaban: veia esparcirse las estrellas por ese diafano elemento sin órden determinado, sin asiento fixo, y que hallaba quien defendia que sabia los nombres de cada una, pareciendo desde la tierra innumerables, y no habiendo ido al cielo el que se gloriaba de que las habia contado. Tambien deseaba saber qué cosa fuese este sol, que lleno de gloriosos esplendores alumbra el dia, y vivifica á todos los vivientes: juzgaba los accidentes de la luna, aquellos crecientes y menguantes (si bien por admirables y divinos) sin órden y concierto, teniendo por causa muy secreta la que obligaba á este planeta á tantas mutaciones y accesos: dábame admiracion notable el esplendor brillante del relámpago, el estrépitu confuso de los truenos, la diversidad de lluvias, granizo, nieve y yelo que despiden las nubes, y cae en la tierra tantas veces: no sabia yo de adonde nacia la diversidad de cosas tales: asi me parecian dificultosas, y mi imaginacion y discurso del todo incapaces para comprehenderlas ni alcanzarlas; hallábame atormentado de estas dudas, picando la misma confusion á mi deseo; de manera que para salir

lir del cruel tormento que sobre esto me inquietaba, tomé por remedio el consultar los mayores filósofos que conocia, y aprender de ellos las causas y naturalezas de estas cosas, pareciéndome que ellos solos las sabian, siendo aplaudidos de todos por su ciencia, y estimado su saber de quantos los conocen. Informéme de los mas doctos, y entre los que tenian mayor opinion acerca de las gentes, escogí los que me parecieron mas sabios, conjeturando su ciencia por la gravedad del rostro, la austeridad del vestido y el color amarillo de la cara, la barba larga y copiosa, el desprecio de preciosos adornos, la pública detestacion á los regalos, el retiro á los entretenimientos, el aborrecimiento á todo vicio, y á las muestras exteriores que tenian de virtuosos y castos: calidades que muchas veces cubren varones excelentes, y muchos hipócritas fingidos, costumbres depravadas y rotas vidas: verdaderamente que qualquiera de estos daba muestras admirables de su prudencia, y mostraban con doctos razonamientos, con sentencias admirables que tenia bastante conocimiento de todas ciencias, dando á entender, que no se les escondia cosa de las celestiales ó terrestres. Alegre me puse en manos de algunos de estos, sujetándome en todo á su doctrina y enseñanza, y gastando muchos dineros en regalarlos, ya dándolos crecidos estipendios por el cuidado de enseñarme, ya procurando regalos exquisitos para tenerlos contentos, porque no me encubriesen nada de lo que sabian; que no hay tormento mas apretado para decir secretos que el que se dá con peso de oro: del todo me entregué á semejantes vanidades, sufriéndoles soberbias, y hinchazones á trueco de saber de una vez la disposicion del universo. Mas despues de mucho gasto, y muchos dias eché de ver claramente que sabian ellos mucho ménos que yo de todas cosas, y que en lugar de sacarme de mi necedad antigua, me metian en otras no menores, ofuscándome el discurso con variedades cansadas, con qüestiones dudosas, proposiciones inútiles, proponiéndome términos ininteligibles, modos ignorados, principios no sabidos, fines inciertos, tantos átomos, vacíos, llenos, silvas, ideas, y figuras con que despues de haberme quebrado la cabeza, ni yo les entendia, ni ellos sabian entenderse: cada uno sacaba términos nuevos, lenguages no entendidos, y yo pienso que era mas para encubrir su ignorancia con aquel exterior boato, con aquella loquacidad soberbia, que no porque supiesen lo que hablaban. Lo que mas me congojaba de unos, y otros era, que no pudiéndose ellos conformar en sus opiniones, y enseñando cada uno cosas diversas en una materia misma, querian que yo les diese á todos crédito, y cada uno esforzaba su sentencia, y me martirizaba porque la siguiese, jurándome que aquella sola era la verdadera. *Amig.* Notable cosa me cuentas, y agena de la opinion que de sabios tienen los tales adquirida, pues parece que ignoran todos, quando en un caso mismo no hay ninguno que apruebe el parecer del otro. *Men.* Pues muriéraste de enfadado, si vieras su arrogancia y el atrevimiento y desvergüenza con que hablan unos de otros, y la soberbia con que enseñan lo que ignoran. *Amig.* No sé en qué se fundan estos desvanecidos y menguados, pues no siendo mejores que los otros

y sabiendo mucho ménos que algunos, y quiza siendo mas ciegos que todos (porque con la mucha vejez deliran los mas de ellos de ordinario, y con la sobrada ignorancia no aciertan nunca) son tan desvergonzados que se atreven á querer parecer oráculos de toda ciencia, los maestros de toda erudicion y los exemplos de toda accion científica y loable: piensan que solos ellos alcanzan la verdad de quanto se conoce, dando á entender, que saben los términos al cielo y á la tierra, que han medido la grandeza del sol, y que pueden especular los secretos que estan sobre la luna. *Amig.* De eso tienen ellos la ménos culpa, Menipo mio, porque el mismo aplauso que les hacen les desvanece á esas soberbias y locuras. *Men.* ¿No es cosa digna de risa, que querian estos tales con su delicado ingenio, con la agudeza de su juicio explicar la grandeza y forma de las estrellas, dividiendo sus órdenes y magnitudes, como si las hubiesen medido á palmos, y hubiesen nacido allá en los cielos? y es lo lindo, que ignorando los cuitados las leguas que hay desde Atenas á Megara, tienen osadía para afirmar que saben quántos codos hay del sol á la luna, y la distancia de un cielo al otro. ¿Hay cosa mas graciosa, que verlos medir muy justamente la altura del ayre, la profundidad del mar, y el circuito de la tierra, afirmando que no hay átomo mas de lo que dicen? Pues unos círculos que pintan, unos indivisibles, unos puntos, unas líneas terminadas, unas distancias finitas, unas figuras diversas, una oposicion de ángulos, y quadrángulos, accesos y recesos, de cuya barahunda constituyendo unas esferas de palos pintados ya curvos y ya rectos, presumen

medir los cielos, y hallar la capacidad de sus distancias por la cortedad de tales globos. Y siendo ansí que hablan en esta materia de cosas tan inciertas, ningunas proponen como si las supiesen por conjeturas ó razones, sino las defienden y afirman con tal certeza, que quieren en todo parecer solos los doctos, ayrándose grandemente quando les replican á sus falacias, ó quando les refutan sus argumentos: solos piensan, que son los que saben: á los demas les tienen por ignorantes y necios; y con soberbia loca, con presuncion hinchada juzgan por brutos á los mas entendidos, por indoctos á los mas sabios, y á los que pueden servirles de maestros, aun no quieren tenerlos por discípulos: y á tales términos llegan sus contiendas que se atreven á afirmar con juramento que el sol es una masa cándida y transparente, que la luna es cuerpo habitable, que las estrellas beben agua, atrayéndosela el sol de los vapores del mar, como se saca la de un pozo con el carrillo, caldero y soga, y que las da de beber á todas por su órden. Mira por vida tuya qué locuras. Pues la grande que encierra la contrariedad de sus palabras ¿cómo facilmente podrá decirse, aunque de ellas no es muy dificultoso conocerse? Á fe mia que te he de contar algunas proposiciones y opiniones de estos que se juzgan por mas doctos, para que consideres quánta diversidad encierran sus pareceres, determinados todos para la inteligencia de un caso mismo: y ansí Júpiter te sea favorable, que atiendas á sus locuras, pues sabrás por lo que te dixere conocerlas, para poder mejor huirlas.

Del mundo quanto á lo primero, tienen va-

varias opiniones (1): unos dicen que de nayde fué engendrado, y que no tendrá fin eternamente: otros sienten lo contrario, y han presumido dar autor á esta gloriosa máquina, atreviéndose á decir el cómo fué fabricado, y la órden que tuvo en componerle quien dicen que le dió ser primero. Y yo te confieso, amigo mio, que á estos segundos tengo yo en mayor veneracion que á los primeros, siendo ansí que defienden cosa grande, porque constituyen un Dios solo, poderoso, sabio y fuerte por autor y criador de todas las cosas, y no se atreven á decir en qué lugar estaba este Señor glorioso, ni de donde habia salido quando fabricó quanto criado vemos: porque si es cierto que ántes de la creacion y principio del universo ningun lugar ni tiempo puede imaginarse, dificultoso será decir á donde estaba este Señor supremo, si ya no es, que estuviese en su grandeza misma, en su poder grandioso y en su extension sacrosanta, ocupando todo lugar su incomparable grandeza. *Amig.* Cierto que me espanta mucho lo que me cuentas, de los atrevimientos de esos doctos: júzgolos por atrevidos sobradamente, y con presuncion de ser autores de cosas monstruosas: *Men.* Mucho mas te espantarias si supieses lo que los tales se atreven á decir de las ideas, de las cosas incorpóreas, de las ficciones fabulosas y vanas, y lo que se dexan mentir en la explicacion del finito y infinito (2); porque sobre cosas tan ignoradas de todos, pelean unos con otros tan fuertemente, que resultan ba-

(1) Opiniones de algunos filósofos, declarando lo que es mundo.

(2) Opiniones de lo finito y infinito.

batallas grandes, enemistades y desconciertos á que la razon no sabe poner freno: tales de ellos constituyen unos términos, unos límites determinados á donde incluyen y encierran todo el universo junto: otros dicen que no hay término tan alto que incluya dentro de sí sus capacidades y distancias: hallarás unos que prometen hacer demostracion de muchos mundos, contra otros que afirman no haber mas que uno solo: otros defienden cosas particulares, dando materia de risa á quantos los escuchan. Mira si es gracioso lo que afirmaba uno de estos, que porque él no debiera de ser muy amigo de paz, y tenia un natural inquieto y revoltoso, decia que la guerra habia dado principio á quanto habia en el mundo, y que de ella nacian la cantidad innumerable de individuos que tienen ser y vida. Pues de los Dioses ¿tienen pocas opiniones? Unos dicen que Dios era un cierto número: otros extienden tanto el de las Deidades que imaginan, que tienen por Dioses inmortales á los perros, á las ánades y á los plátanos; y contra aquestos no faltan otros que niegan tan gran número, y confiesan un Dios solo, atribuyendo á éste el gobierno y imperio de las cosas; y esto lo afirman con tales razones, tal eficacia y evidencia que á mí me causaba dolor y lástima ver la falta y pobreza de Dioses de este siglo: no lo sentian ansí otros mas liberales, pues constituian tantos Dioses, que para cada cosa deputaban el suyo: estos repartian graciosamente el poder y grandeza de los que juzgan por divinos, porque entre topos á uno tenian por Dios supremo, y le llamaban principal y primero en órden á los demas, y á éste le atribuian la divinidad entera,

ra, y á los demas demediada, á quales ménos y mas partes, como los imaginaban poderosos ó auxiliadores de los hombres. Mira qué locura tan graciosa, pues como si tuvieran la divinidad en su mano, ansí la dividen y reparten, haciéndola unos corpórea, y otros imaginándola sin cuerpo: ni todos se persuaden á que los Dioses tengan el gobierno de los sucesos de los hombres, ni que corran por su cuenta las disposiciones, el órden y concierto de este mundo: porque muchos de estos filósofos los juzgan libres de tan penosos cuidados, jubilándolos de trabajos tan ordinarios, como nosotros hacemos á los ancianos y enfermos que han servido mucho tiempo á la patria, á quienes sustenta la República sin ocuparlos en nada: tal los Dioses en la opinion de aquestos doctos; porque nos los pintan de la misma suerte que se introducen en las comedias las personas armadas que ni han de salir á la pelea, ni sirve aquella demostracion de mas que de ornato público, sin poder, valor ni substancia. Todos estos filósofos, aunque en todo van errados, hallan disculpa conmigo, pues para quanto me dicen, muestran algun fundamento, que falso ó verdadero los engaña y divierte, para defender cosas tan nuevas. Pero no me hartara de castigar cruelmente á muchos de aquestos sabios que con sobrado atrevimiento creen que no hay ningun Dios en cielo y tierra, dexando al mundo en su mismo alvedrío (como si quien no tiene cuerpo le tuviese) suspenso de sí mismo, sin señor que le criase, sin caudillo que le defendiese, ni juez que le gobernase. *Amig.* Grandes locuras me parecen todas; mas esa, sobrada desvergüenza y atrevimiento. *Men.* Pues has de saber que

que quando yo les oí á tantos, y quando alcancé la contrariedad de sus opiniones, estaba confuso en gran manera: porque no dar fe y crédito á varones tan científicos, á los que tenian opinion de tan doctos, parecíame poca cordura, y por otra parte hallaba gran dificultad en conocer quién de ellos se engañaba, supuesto que unos á otros se contradecian, y que cada uno defendia su opinion por verdadera: venia en aquestas confusiones á experimentar por verdadero lo que Homero dice, que muchas veces á lo que incita y anima la voluntad para que se crea, lo disuade la razon y el entendimiento. Hallándome atormentado con dudas tan importantes, vine á resolverme á que era imposible hallar la verdad de ellas en la tierra, ni conocerlas perfectamente como yo deseaba, y hallé solo un remedio para cumplir mis deseos, y para conocer de una vez lo cierto de estas confusiones, y fué buscar unas buenas alas y ponérmelas bien puestas, y volar yo mismo al cielo y saber de una vez la verdad de todo, pues tan ofuscada estaba en la tierra con la ignorancia de los que se tienen por sabios. Dudosa jornada me pareció al principio, inaccesible camino; mas mi mismo deseo me animaba bastantemente, que muchas veces el ay y la imaginacion hacen obras admirables, y el haber leido en las fábulas de Isopo que las águilas y los escarabajos muchas veces han podido volar hasta el cielo. Fiábame yo de aqueste engaño, y ansí deseaba algun acontecimiento para que á mí me nacieran unas alas; mas parecióme cosa tan imposible, como que los filósofos supiesen desde la tierra la cuenta de las estrellas. Parecióme á mí que si me pusiese al-

gu-

gunas alas de águila ó de buytre (que éstas solo podrian mejor quadrar con la proporcion del cuerpo humano) sin duda volaria seguro, y me saldria muy bien mi experiencia. ¿Quántos, decia yo, en el mundo han volado sin alas con tan solo una pluma, hasta subirse sobre todos, estando en el mas baxo puesto de la tierra? Pues yo con tantas ¿cómo podré perderme por los ayres? Con esta determinacion busqué una águila y un buytre: á éste corté la ala izquierda, y á aquella quité la derecha; y despues acomodándolas en ambos hombros, las até fuertemente con unas cuerdas, colgando en el fin de las plumas unas aletas pequeñas por donde metí los brazos hasta ajustar unas con otras: luego quise hacer la experiencia de mis vuelos, y lo primero saltando unos grandes saltos, ayudándome con las manos para tomar mas ayre, me levantaba volando tan poco alto, que casi tocaba con la punta de los pies el suelo: quando ví que me salia tan bien la invencion alada, atrevíme á mayores distancias, y volando sobre una torre, me eché de ella abaxo hasta caer en el teatro: quedé diestro páxaro en extremo: no diera ventaja á la paloma mas ligera: es gustosísima cosa este exercicio: por tu vida que le pruebes. Ví que sin peligro alguno le hacia, y ansí animé el vuelo á mas gloriosas empresas: volé desde Parneto ó Hymeto hasta la Granca, desde ésta al Acro, Corinto y Taygeto, y exercitado en estos vuelos vine á conquistar grandiosas aventuras; y hallándome en el arte del volar maestro consumado, no temeroso qual los polluelos de los páxaros, me animé á mayores cosas: volé sobre el monte Olimpo, y sustentándome allí con

con viandas muy ligeras, empecé á volar derecho al cielo.

Al principio yo confieso que se me turbó algun tanto la cabeza por la profundidad que abaxo veia; mas al fin hecho á las armas, ó por mejor decir, hecho á las alas, vine á tolerarlo facilmente: con ligereza atravesé las nubes; y quando ya estaba cerca del cielo de la luna, confieso que me hallé muy fatigado, porque se me descompuso el ala izquierda, que era la del buytre, y estuve cerca de perder por una ala lo que con dos habia ganado: dime priesa á llegar á la casa de la luna, y sentándome allí un poco, tomé aliento, y procuré descanso. Contemplaba yo la tierra desde aquella excelsa altura (bien ansí como lo hacia aquel Júpiter Homérico) mirando ya unas veces á Belacio, region de los de Tracia: otras veces á los Mysios, quándo á la India, quándo á la Grecia y á la Persia y á otras regiones, de quienes tenia noticia. El gusto que recibí en ver tantas diversidades, no sabré yo encarecerlo: solo hallaron conmigo disculpa desde entónces, los que se desvelan para ver las acciones del amigo, para saber los agenos secretos; porque es tan dulce cosa saber novedades, que no se puede culpar qualquiera exceso; si bien es ansí, que son dignos de castigo quantos hay entre los hombres en esta parte. *Amig.* Ansí vivas, Menipo mio, que me cuentes quanto viste; porque si el desear saber es tan agradable, ya habrá hallado contigo disculpa mi deseo; porque el grande que tengo de saber todo el suceso de tu peregrinacion, y lo que viste en camino tan poco andado de los hombres, disculpa qualquiera atrevimiento: espero de tu boca

 ca

ca cosas admirables, y ansí colgado de tus palabras, me llevas suspensa el alma por saber la forma de la tierra, las admiraciones y grandezas del universo, y lo que á tí te parecian, mirándolas de puesto tan levantado. *Men.* Deseo en todo complacerte, porque consideras tan sabiamente particulares tan raros, que tengo propósito de no encubrirte alguno: y por tu vida que miéntras te contare esta peregrinacion famosa que me acompañes atentamente: porque no sea menester desandar lo andado, repitiendo una cosa muchas veces. *Amig.* Bueno es eso para mis deseos: no te perderé palabra, aunque dixeras tantas como son las estrellas que pisaste. *Men.* Pues digo que desde el cielo de la luna miré la tierra atentamente, y al principio me pareció tan pequeña, que la juzgué por mucho menor que la luna, junto á quien estaba yo asentado: espantado de esta novedad, volví á abrir los ojos, y con todo eso dudaba la parte á donde podrian estar los montes que desde el suelo habia visto yo tan altos, y el mar que sabia que era tan anchuroso: nada en fin se distinguia desde aquella altura, y á no haber visto yo ántes el gran Coloso de Rodas, y el Faro, torre famosa y sublíme, de ninguna manera conociera á donde estaba la tierra: mas como estas dos cosas sobrepujaban eminentes al globo que devisaba, vínele á juzgar por ellas y por los reflexos del sol, que reverberando en el mar Oceano, hacian resplandecer sus aguas, y por esto conocí que era la tierra la que veia: despues que la hube distinguido con la vista, empezó á manifestárseme claramente la vida y exercicio de los mortales, no solamente las nacio-

ciones, villas y ciudades, sino el trato de las gentes, las ocupaciones de los hombres, los que navegaban varios mares, los que peleaban en diferentes guerras, los que labrando la tierra, la forzaban á copiosos frutos, los que en pleytos y litigios gastaban hacienda y tiempo: ví á las mugeres en sus ocupaciones varias, á los animales y sierras en sus montes y despoblados, y finalmente á quanto en la tierra vive. *Amig.* Dos famosas contrariedades me has afirmado en poco tiempo: paréceme que si no te enmiendas, que has de perder el crédito conmigo, y yo el gusto con que te sigo por los cielos: porque oir mentir sin traza, sin ingenio y sin cordura, volverá loca á la mayor del mundo: poco ha que andabas buscando la tierra atentamente, y la juzgaste tan pequeña que á no conocer por pasadas conjeturas el Coloso, no te atrevieras á distinguirla desde el cielo; y en un instante vuelto lince divisaste las ciudades, viste los pueblos, los hombres, sus tratos y ocupaciones, las fieras en sus cuebas y las aves en sus nidos: pardiez, Menipo, que para ciego viste mucho, y para con ojos viste poco. *Men.* Colérico eres, amigo, todo quieres que lo diga junto: vamos por tu vida poco á poco, que tenemos que andar grandes jornadas; aunque si va á decir verdad, tú me advertiste á muy buen tiempo, porque me habia olvidado de decir, cómo ví tanto. Has de saber que despues de haber conocido la tierra con no pequeño trabajo, de ninguna manera podia discernir cosa de quantas tenia, ni ver distintamente las grandezas que encerraba; porque la mucha altura me quitaba la vista de los ojos, causábame gran fatiga, y juzgaba por per-

perdido mi trabajo; pues si no habia de ver lo que queria, n valde habia subido á donde me hallaba. Estando yo con la confusion que puedes imaginar, tan arrepentido de verme en el cielo, como otros deseosos de gozarle, y tan triste, que se me arrasaron los ojos de agua, llegóse á mí aquel sabio Empedocles de la misma figura que puede imaginarse, venia sucio, lleno de ceniza y quemado, que le juzgáras por carbonero de muchos años de oficio. Yo me turbé un poco quando le ví, si va á decir la verdad, porque pensé que era alguno de los demonios lunares; mas él, conocida mi turbacion, me dixo que no temiese, y que no habia errado en igualarle con los espíritus inmortales, con ser ansí, que no era cosa divina. Yo soy Empedocles, dixo, aquel filósofo fisico, que despues que me despeñé entre los fuegos del monte Etna, me arrebató el humo, y me subió á este sitio, y desde entónces asisto en el cielo de la luna, sin atreverme á declinar á otra parte por el peligro de la mucha distancia que hay de aquí á la tierra: ándome vagamundo por los ayres, mantenido del rocío, porque aquí no hay otra mejor comida: vine ahora á sacarte de la duda que te ha dexado confuso y triste; porque si no me engaño, lo que mas ahora te atormenta es el no poder ver la tierra distintamente. Respondíle que ansí era, y que lo habia hecho muy bien en venir á consolarme, y que le prometia quando volviese á Grecia, ofrecerle en el humero de mi casa grandiosos sacrificios, y que inclinado á la luna tres veces todos los novilunios haria memoria de su nombre por aquel tan solemne beneficio. Ántes te juro por Endimion, me dixo, que no me ha traido aquí premio

alguno, sino la aficion que te tengo: esa solamente movió mi ánimo para venir á ayudarte, cuidadoso de verte fatigado. Mas dexado aquesto, ¿tú no sabes con qué remedio volverás á tener claros los ojos, y cobrarás nueba vista? Yo no lo sé por Júpiter, le dixe, si ya no es que tú me quites las nubes que se me han criado en los ojos, despues que estoy en este cielo, que á lo que he experimentado, no debe de ser sano para la vista. Él me respondió que no tenia necesidad de su ayuda; porque de la tierra habia llevado conmigo lo mas eficaz para curarme. Dudaba qué cosa fuese, porque yo me hallaba tal, que ni sabia lo que habia de hacer para remediar tan gran desgracia, hasta que me díxo: ¿pues cómo te se ha olvidado que traes la ala derecha de una aguila? Dixéle que ansí era, mas que no hallaba corresponsion del ala con el ojo, y de las plumas con la vista. ¿No oiste decir (me dixo) que al águila es reyna de las aves, solo porque es de vista tan aguda, que puede mirar sin turbarse, los bellos rayos del sol? Ansí lo he oido, le dixe: ¿Mas qué tiene que ver aqueso con el ala? porque ojos de águila yo apostaré, que no se hallan en todo aqueste cielo, aunque se den por ellos estos mios, que yo los diera por unos de águila, y me los dexára sacar de buena gana, por no verme ahora tan ciego; pues fué tal mi desdicha que una vez que me animé á subir al cielo, me vine con ojos malos; de manera que no tengo adorno mas de la mitad del cuerpo, pareciendo en eso á los Reyes desheredados, título no mas sin reyno: ansí yo habia de traer ojos para ver, y alas para volar: contentéme con lo segundo, y ahora no valgo nada sin lo pri-

primero. No te congojes tanto, me dixo Empedocles, que en tu mano está el remediar tu vista, y quedar con ojo de Rey, ya que no con ojos: porque si te levantares en alto, y no jugando de la ala del buytre, movieres solamente la del águila, es sin duda que conforme á la proporcion del movimiento del ala cobrarás la vista del ojo diestro, tan aguda y penetrante que no se te encubra la cosa mas pequeña de la tierra: mas para el ojo izquierdo de ninguna manera puede haber remedio, hasta que baxes al suelo, y no importará mucho ahora, pues toca á la parte peor, y á la mas ínfima. Pardiez filósofo amigo, dixe yo, que si veo con el ojo derecho quanto el águila alcanza con el suyo, que no se me da nada del izquierdo, ántes si no me engaño, me servirá de mucho no ver nada con él: porque me parece que he visto á muchos artífices que para sacar las reglas mas derechas, cierran el uno de los ojos, y ansí ve mucho mas el que está abierto. Ansí estaba yo hablando, quando empecé á hacer lo que me mandaba Empedocles, y él entretanto evadido de mi presencia, se desapareció entre confuso humo. Yo que componia el ala del buytre, para que no se bullese, le busqué para decirle si seria mejor atarla, y nunca pude hallarle, de que no quedé poco medroso. Asegurada el ala izquierda comencé á menear la derecha, como me dixo el filósofo, y al punto sentí grandísima claridad de los esplendores, que en torno de mí resplandecian: ví claramente las cosas que hasta entónces se me habian ocultado, hallándolas tan distintas y tan cerca de la vista, que las podia distinguir bastantemente, mirando á la tierra: vì

ví claro las poblaciones, casas y ciudades enteras, los hombres, y todas sus obras, sus ocupaciones y oficios, no solo los que hacian en público, sino los que pasaban en lo mas secreto, cerrados en sus casas, y seguros que de ninguno eran vistos. ¡Válgame Dios! y qué de curiosos hallára, que me compráran ala de águila tan provechosa, por solo saber las vidas de sus vecinos, y tasarles sus secretos. Grandes cosas ví con la invencion de Empedocles: ví á Ptolomeo, que trataba ilícitamente con su misma hermana: ví al hijo de Lisimaco, que acechaba á su mismo padre, para quitarle la vida: ví á Antioco, hijo de Seleuco, que gozaba de su madrastra Stratonica: ví á Thesalo Alexandro, que le estaba matando su muger propia: ví á Antígono, que haciendo agravio á su hijo, cometia adulterio con su nuera: ví al hijo del Rey Atalo, que estaba preparando el veneno con que matar á su padre: ví á Arsazes, que mataba á su muger injustamente; y al eunuco de Arbazes, que sacaba la espada para herir al amo: ví al Medo Spartano, á quien sacaban sus criados de un solemne convite herido en la frente con una copa de oro: y finalmente ví muchas cosas diversas, casi todas malas y sin órden, que se hacian en las casas de los Reyes y Príncipes, ansí en Libia, como en Scita y Tracia. ¿Qué de adulterios, homicidios, asechanzas, traiciones, robos, engaños, guerras, mentiras y alborotos? ¿qué de impulsos vulgares, qué violada la religion, qué de honras manchadas, qué de haciendas perdidas, qué de amigos fingidos, qué de falsas amistades, qué de intenciones con mil caras, y qué de caras con varias intenciones?

Qual lloraba de triste, quál se desesperaba de afrentado: éste se moria de ofendido, aquel padecia injustamente, el otro se quejaba enfermo: muchos engañaban, todos mentian, y finalmente pocos habia sin defectos. Tal era mi contemplacion, tal mi vista, mirando los sucesos y naturales de los Reyes, de los ricos, de los caballeros y de los nobles. ¿Qué serian las obras, y intenciones de los plebeyos? ¿qué la desenvoltura y arrojamientos de la plebe? No sé cómo te diga lo que ví en el comun de los hombres: ví á Hermodoro Epicuro jurar falso por mil reales: ví á Agatocles Stoyco, que pedia por justicia un subido precio, por haber sacado un buen discípulo, sobre lo qual andaba en litigios y demandas: ví á Climia Orador, que hurtaba una copa de oro del templo de Esculapio: ví á Herofilo Cynico, que durmia en un lugar público y deshonesto, sin mirar la estimacion que perdia, ni la opinion que manchaba; que hay hombres que á trueco de conseguir su gusto, no reparan en honra ni en recato. ¿Qué te diré de los que ví hurtar con varios modos? Quáles pleyteaban, quáles con logros y usuras quitaban las haciendas, y condenaban las vidas. No sabré encarecer las cosas que divisé desde aquel puesto: vista varia mezclada de maldades diferentes. *Amig.* Notable es la variedad del mundo. Por cierto que viste mucho, para no ver mas que con un ojo: ¿qué hicieras, si procuráras ser lince de las costumbres agenas, arancel de agenas vidas, y glosa de agenas almas? Mas si uno de los murmuradores de este siglo se viera en el lugar que tú te viste, y con la vista que alcanzaste ¿qué honra dexára sana? ¿qué intencion juzgára limpia? ¿qué secreto guardára? ¿y qué razon no dixera? Notable género de hombres se usa hoy, Menipo amigo, pues sin querer conocerse, presumen de conocerlo todo, y no sabiendo ser buenos, todo lo juzgan por malo. Desdichada edad, adonde se agravia tanto con las lenguas, y se obra tan mal con las costumbres. Cuéntame por menor aquesas cosas, así vivas, ya que te deleytaste tú con verlas. *Men.* Tambien pareces en los deseos de saber, hombre al uso, pues no poco te congojan esos impulsos vulgares: mal podré complacerte, en lo que pides, porque será imposible contar lo que ví distintamente, pues el verlo solo, fué para mí no poco dificultoso. ¿Acuérdaste de aquel escudo que pinta Homero, de tanta capacidad, que en él se hacian saraos, bodas y convites de una parte, y en la otra juzgaban jueces, oraban oradores, y leian filósofos, y sacrificaban sacerdotes? pues tal parecia la suma de las cosas que yo miraba desde el cielo: veia lamentar á unos tristemente, llorando desdichas propias, ó extrañas. Quando miraba á Gética, veia pelear sus naturales, quando volvia á ver á Scitia, veia pasear los Scitas en pomposos carros con vistoso acompañamiento: los Egipcios cuidadosos cultivaban la tierra: veia en Fenicia vicios y delicias: en Cilicia robos y traiciones, en Laconia atormentaban con rigurosos castigos; y en Atenas enseñaban en floridos estudios: y como en todas partes se hacian á un tiempo cosas tan diversas, causabáme notable agrado la diversidad que veia, si bien me daba pena la confusion de tanto. ¿Sabes como sí juzgaba yo diversidad tan grande? como si se juntasen muchos músicos con instrumentos diversos,

y que cada uno cantase una letra, diferentes en el tono, y todas juntas: mira tú cómo se podria percibir música tan diversa; y mas si cada uno quisiese cantar mas alto que el compañero, no se entenderian sin duda. Pues ansí juzgué yo lo que ví desde aquella altura, todo confuso y revuelto, que aunque pude verlo con la agudeza de mi vista, no es posible explicarlo con la rudeza de la lengua. ¿Sabes cómo es la vida de los hombres? una danza entre muchos, que al son de diversos sones de instrumentos, cada uno danza al suyo, y quiere danzar el del vecino, y por esto se confunde en la misma disonancia. Ansí viven los hombres: de esta confusa desigualdad pende su vida: no hay quien se contente con el son que le hace su fortuna: todo es envidiar agenos instrumentos, y por eso nunca son buenos danzantes: resuenan con voces desacordadas movimientos diversos, modos singulares, varios pensamientos, hasta que enfadado el maestro de que le mudan la danza, los echa á todos del teatro de la vida, y en el vestuario de la muerte quedan iguales, y vuelve el maestro á repartir los puestos y vestidos, hasta que se acabe el sarao de todo punto. Danzas son las dignidades y oficios, las riquezas y delicias, los gustos y la abundancia, que miéntras dura la fiesta, se les sufren mil defectos, mil demasías y agravios en el teatro del mundo: mas acabada la solemnidad, todos quedan unos, los que dazaron bien, y los que danzaron mal, los que vieron y no vieron; porque la muerte á todos los iguala sin distincion de personas. Tambien te admiráras de ver las farsas diferentes que se presentaban en el teatro de la vida, todas cosas vanas y de risa: mas las

las que á mí me la daban grande, eran los que pleyteaban sobre haciendas falidas, demarcaciones de heredades no conocidas, sobre posesiones ignoradas; y los que se juzgaban por dueños de la mayor riqueza, porque labraban el campo Scyonio, y contentos y vanagloriosos de su suerte, tenian en su comparacion por muy pobres á los mas hacendados. ¿Pues qué te diré de los que acertaron á ser dueños de aquella parte del campo Maratonio que está cerca de Oenoe, ó de mil hanegadas de tierra en Acarnania? no habia quien con ellos se apoderase siendo ansí que toda Grecia (desde adonde yo la veia entónces) no ocupaba quatro dedos de distancia. La tierra Atica, sino me engaño, proporcionada desde tamaña altura era la menor parte que se veia en la grandeza de los grecianos lindes: de manera que el que mayor parte de tierra poseia de aquellos locos y presumidos, mirándola desde el cielo, no venia á ser uno de los átomos de los Epicureos. Pues quando harto de ver aquellas disensiones por tan poco, volví los ojos al Peloponeso, y ví la tierra que está debaxo de la Cinosura; me moria de risa de ver por quán poca tierra, que apénas tenia el vulto de una lenteja Egipcia, habian sido muertos en un dia tantos Argivos y Lacedemonios. Mira tú qué pequeños parecen desde el cielo los que en la tierra juzgan los hombres por grandísimos bienes; y lo peor es, que lo mismo son los contentos y los gustos, las dichas y felicidades. Desde allí ví algunos hombres tan soberbios y tan locos porque tenian ocho anillos, y quatro vasos de oro, que tenian en poco á los mas poderosos y hacendados; y provocábanme á ira, porque veia yo

yo desde allí, que el universo Pangeo con todas sus minas de diferentes metales y tesoros parecia una migajita muy pequeña. *Amig.* ¡O dichoso tú, Menipo, pues llegaste al conocimiento cabal de las cosas de la tierra! Muy aprovechado debiste de salir de esa representacion grandiosa, de ese general expectáculo. Mas dime por tu vida, ¿las ciudades de qué tamaño te parecian? ¿los hombres de qué estatura los juzgabas, vistos de lugar tan alto? *Men.* ¿No has visto algunas veces exércitos de menudas hormigas, que junto á sus estancias forman un concertado alarde, divirtiéndose en ordenanza por los campos vecinos á procurar sustento, que á veces con una confusion vistosa unas salen y otras entran, unas vuelven y otras parten; ésta se carga de la pajuela que dexó la compañera por inútil, quál llevaba la cortecilla de la haba que acaso topó en el suelo, y quál el grano de trigo, y al fin buscan, traen y trabajan? *Amig.* Ya lo he visto, y no me admira poco el concierto y gobierno de su república, tan prudente y bien dispuesto, que parece que hay entre ellas jueces, gobernadores, maestros de edificios, oradores y ciudadanos, músicos y filósofos: con tal concierto viven esos prudentísimos animalillos. *Men.* Pues las ciudades y los hombres me parecian hormigas desde el cielo; y no le juzgues por vulgar exemplo comparar las hormigas á los hombres, que á muchos pueden enseñar prudencia, pues los hay tales en el mundo, que no merecen igualarse á estos animalillos prevenidos. Juzga al jugador, al vicioso, al gastador y perdido, al que no sabe componerse y gobernarse, al gloton, al falso amigo, al murmurador y al necio, y echarás de ver que una hormiga vale mas que muchos, y sabe mas que todos. No te rias por tu vida, registra las historias naturales y extrangeras, y hallarás defectos de hombres que jamas los tuvieron las hormigas; demas que si se ha de creer á las fábulas antiguas de los Thesalos, los Mirmidones, gente belicosísima, fueron hombres que nacieron de hormigas, y no tan malo, si aprendieron á gobernarse de ellas.

Al fin harto de ver locuras y necedades de la tierra, que hartan mucho necedades y locuras, si bien entónces reia mucho de ver tantas, batí las ligeras alas, y con animoso vuelo llegué ¿donde, sí piensas? no ménos que á la morada del supremo Júpiter. Mas primero (perdóname, que me olvidaba) apénas me habria alargado un estadio de distancia del cielo de la luna, quando me detuvieron las voces que ella me daba: cogí las alas, y ella dixo con habla mugeril y delicada: Menipo, ansí los Dioses te cumplan tus deseos, que quieras llevar una embaxada de mi parte á Júpiter: respondí que la dixese, que de muy buena gana procuraria servirla, como no me diese cosa de mucho peso, porque no le sufria grande la cabalgadura de pluma que llevaba. Una peticion es solo, replicó Diana, tan pesada para mí, que si tú la sientes tanto, no te culparé aunque no la lleves; siendo ansí que para llevada es fácil, y grave para sufrida. Has de saber, Menipo, que me tienen sobradamente fatigada las opiniones insufribles de estos filósofos que se usan; porque aun tan apartada de la tierra no quieren dexarme, sino que como hombres ociosos y valdíos, sin irles nada ni ha-

haberse de casar conmigo alguno de ellos, andan averiguando mis faltas y mis sobras, inquiriendo curiosamente quién soy yo, quién me crió, quién fueron mis padres, donde nací, si soy pequeña ó grande, hermosa ó fea; ya me hacen corcobada, ya cornuda; y ha llegado su desvergüenza á tanto, que quieren desquartizarme, y pienso que he de dexar hacerlo, por no sufrir las necedades que les oigo: unos dicen que soy habitable sin ser casa: otros que soy espejo sin ser vidrio: ya me cuelgan sobre el mar, ya me sientan en la tierra, y finalmente me atribuyen quanto les enseña su imaginacion menguada y loca: y la ofensa que sobre todas siento, es saber que muchos de ellos han dicho que soy ladrona pública, y que mi luz no es mia, y que esta lumbre con que ahora me ves, es adulterina y falsa, hurtados y agenos mis esplendores, porque se los quito al sol para adornar mi hermosura. ¿Qué te parece de este atrevimiento? mira como tratan mi opinion, y manosean mi honra, y todo es á fin de enemistarnos al sol y á mí; y en verdad que tanto han podido sus enredos, que aunque somos hermanos, no nos vemos ni hablamos sino muy de en tarde en tarde y para reñir de nuevo, pues nos miramos opuestos y encontrados, aunque juntos y revueltos: yo triste, y él con ceño: la tierra será testigo que procura componeros quando eclipsamos las luces: mira por tu vida qué sacan estos enredadores de nuestra enemistad y contienda. Y no pienses que á mí se atreven solo, que tambien han dicho del sol mi hermano, unos que es una piedra, otros que una masa transparente, y muchos mayores disparates; y lo mas gracioso de este caso es, que ellos

ellos saben que yo he visto infinitos pecados y maldades feísimos y torpísimas, que cometen de noche, desnudos de aquella gravedad y hipocresía con que de dia engañan los ignorantes que los creen y los buscan. ¿Piensas tú que de noche tienen aquellos recatos virtuosos, aquellos rostros severos, aquellos ojos baxos, aquellos pasos medidos, aquella rectitud exterior? No amigo, todo lo mudan en anocheciendo, hombres son como los otros, y quizá mas perjudiciales en la república: porque con capa de virtud quitan mil honras, y roban mil haciendas: yo sé como visitan, y como son visitados: pudiérate leer sus vidas mejor que ellos piensan que saben las agenas. Mas aunque lo he visto por mis ojos, y les debo tan poco, callo y sufro: porque demas de que me corriera yo, si descubriera los exercicios nocturnos con que gastan el tiempo, tengo por gran delito el sacar á luz los suyos: porque al fin por su recato merecen que se les guarde secreto: mejor les fuera ser buenos; mas como son forzosos los defectos en los humanos, alabo incesablemente á los recatados, á los cuerdos que saben guiar tan bien sus cosas, que solos ellos y yo llegamos á saberlas, porque de mí estan muy seguros: porque es tanta mi humanidad y cortesía, que muchas veces quando los veia hurtar, engañar, quitar la justicia, cometer adulterios ó hacer otras maldades que ellos suelen cometer á solas, y de que es testigo la noche, yo los cubria con una nube, porque el vulgo no supiese sus defectos y demasías; porque no perdiesen la opinion adquirida con el vulgo estos hombres viejos y venerables, de luenga barba, y de profesion virtuosa. Mas ellos ingrata-

tamente olvidados de estos beneficios, se entretienen con mis injurias, teniendo por principal pasatiempo el perseguirme y afrentarme; y hállome de esta persecucion tan perseguida y fatigada, que hago testigo á la noche, de las muchas veces que he querido desesperarme y irme muy léjos de este cielo, adonde esté mas segura de sus curiosas lenguas. Este, Menipo mio, es mi sentimiento: por tu vida que hagas de él memoria para hacer entera relacion á Júpiter, advirtiéndole mi queja, y que si de una vez no remedia estos agravios, destruyendo y acabando á aquestos Físicos, cerrando la boca á los Dialéticos, derribando á los Stóicos, quemando á los Académicos, y poniendo á los Peripatéticos perpetuo silencio en sus qüestiones impertinentes y vanas, no podré ménos de dexar el cielo; porque es imposible que yo tenga algun descanso miéntras estos hombres no dexaren de medirme y rodearme tantas veces cada dia.

Lloraba la luna, que era lástima, por la insolencia de los tales, y al fin la prometí hacer toda diligencia para librarla de tantos necios, y con esto apresurando el vuelo, me fuí á la estancia de Júpiter. Yendo volando volví á mirar á la luna, porque iba con cuidado de dexarla tan llorosa, y la ví tan trocada del primero sentimiento, tan pequeña y menguante, que disculpé en mi imaginacion á los que la llaman varia, y ponderé en su pena la facilidad de las que publican las mugeres, pues en llantos ó en risas, en pesares y contentos, en bienes ó en males no tienen considerable consistencia, firmeza que dure, ni duracion que lo sea. Espantado de esta mudanza, volví segunda vez á mirarla, y halléla ya tan crecida que cubria toda la tierra. Yo pues dexando al sol á la derecha mano, volando entre innumerables estrellas, al tercero dia llegué al cielo de Júpiter divino: estuve determinado á entrar, sin avisar de mi llegada, pensando engañar á los que me topasen, pasando plaza de águila (grande, querida y familiar de Júpiter) y cierto que si lo hiciera, me sucediera una desgracia (cosa nunca vista allá en el cielo) porque me habian de conocer al punto por la ala que llevaba de buytre, y perdiera por un lado lo que mereciera por el otro, y fuera posible, que lo pagaran ámbos. Mejor consejo me pareció llamar á las divinas puertas, y entrar al descubierto, pues en aquella region no se consienten (como en la tierra) engaños ni traiciones. Oyó Mercurio los golpes que yo daba, y despues de haber sabido mi nombre, fué á pedir licencia para abrirme. Algun tanto esperé á la puerta ántes que me despachasen, que esto de dar audiencia, en todas partes es dificultoso. Y como Mercurio no administra en el cielo oficio de juez público, bien puede negarse quando quiera, siendo ansí que cometiera injusticia á correr los despachos por su cuenta. Al fin mandó Júpiter que entrase adentro, que no lo hice yo con poco miedo; porque para entrar en el cielo es menester muchísimo. Grandes cosas ví por cierto en aquellas esferas soberanas: estaban los Dioses sentados por su órden en sillas de oro puro, y lo que mas me espantó, que con ser Dioses, no estaban sin cuidado: y á fe que á muchos se le dió grande mi no sabida llegada: unos á otros se preguntaban la causa de mi ida, y mas de muchos culparon de no poco sobrado mi atrevimiento, y le juzgaban

ban digno de castigo: porque temieron que á mi exemplo se subiesen al cielo volando los mortales. Mirábame Júpiter ayrado, y yo le adoraba temeroso, ya no poco arrepentido de haber subido al cielo, cosa que tú no sabrás de otro hombre alguno. Júpiter con rostro grave y con ademan severo y desabrido, me preguntó quién era, de á donde venia, y qué era lo que buscaba. Harto fué quando oí aquesto, que no me cayese desmayado del grande miedo que me causó el oirle; mas aunque atónito de su voz terrible, si bien es ansí que no pude responderle, cobré ánimo para no caer del todo: animóme un Dios conocido mio; y yo de allí á un poco, algo mas reparado, dixe á Júpiter la causa de mi jornada, nacida de las opiniones varias que habia en la tierra acerca de los sucesos celestiales: ponderé los deseos que habia tenido de saber la verdad de aquellas cosas sublímes y divinas: conté la ignorancia de los que el mundo llamaba filósofos, á quienes los demas hombres aplaudian por sabios; y cómo desesperado de la diversidad de sus opiniones, de la confusion de sus palabras, habia determinado averiguar por mí solo lo que ellos ignoraban por sí mismos: conté la nueva invencion que hice de las alas, y lo que me sucedió en mis vuelos: y últimamente le pedí perdon de tanto atrevimiento, y le presenté la querella de la luna con las mejores palabras que yo supe. No pudo contenerse Júpiter, sin que rompiese su gravedad y ceño con una grande risa, y arqueando las cejas mansamente, dixo á los Dioses que atentos me escuchaban: ¿qué direis de Oto y de Efialto, cuyo atrevimiento de querer subir á estas eternas

nas moradas, se calificó por el mayor de los mayores, y no debió de ser tan grande, pues que Menipo ha osado acometerle? Y vuelto á mí con ademan mas suave, prosiguió con una risa suavísima: gran valor ha sido el tuyo, y aunque á muchos les parezca que mereces castigo, siempre el desear el cielo, es muy digno de estimacion y premio: de muy buena gana te admitimos en nuestra posada cristalina, y gozarás en ella de nuestra conversacion y cena, y mañana procuraremos despacharte, diciéndote lo cierto de las dudas que te han traide á vernos: y dichas estas palabras, dexó el asiento precioso, y se fué á cierta parte del cielo, desde adonde se oian todas las cosas de la tierra. Porque era ya hora de dar audiencia á las peticiones, deseos y querellas de los mortales, mandó que le acompañase, y por el camino me fué preguntando muchas cosas: quiso saber á qué precio valia el trigo en Grecia por entónces: si habia sido grande el frio del pasado invierno: y si sabia si habian quedado vivos algunos hombres de la generacion de Fidias, aquel famoso estatuario, á quien mostró voluntad por sus obras milagrosas: preguntóme la causa por qué habian dexado los Atenienses tantos años la celebracion de sus fiestas, en que le ofrecian tan solemnes sacrificios, y si tenian pensamiento de acabarle su famoso Olympio. Tambien me preguntó si estaban presos los que con manos sacrílegas habian osado robar el templo Dodoneo. Yo le respondia humilde la verdad de lo que sabia; porque mentir á los Reyes ni á los Dioses no es seguro. Dime por tu fe, Menipo, prosiguió el divino Jove ¿qué opinion tienen de mi los hombres

bres en la tierra? Yo le respondí, que muy grandiosa, religiosa y pía: que le adoraban por Rey de todos los Dioses. Y él volviendo á reirse con aquella afabilidad primera, me dixo aquestas palabras: qué bien te burlas, Menipo, y qué bien (al fin como hombre) quieres con discreto disimulo encubrir sus vanas opiniones, como si yo no las supiera todas: ya pasó aquella edad dorada, en que me tenian á mí en la tierra por médico y adivino: porque sin duda lo era todo; y ansí lo conocian los hombres, quando con solemnes sacrificios impetraban mi amparo en sus necesidades: entónces sí que estaba viva mi memoria, y no habia templo adonde no fuese Júpiter servido y adorado. Pisa y Dodona, ciudades á mi Deidad consagradas, se freqüentaban de los hombres incesablemente, tanto que del humo de los sacrificios que dedicaban á mis aras, me aconteció muchas veces no poder abrir los ojos. Pero despues, Menipo amigo, que Apolo en la isla de Delfos constituyó el oráculo; y Esculapio en Pergamo puso tienda de medicina; y Bendidio nació en Tracia; y el templo de Anube fué edificado en Egipto, y el de Diana en Efeso, á éstos acuden los hombres, allí son las mas solemnes fiestas, en ellos los grandiosos sacrificios, pareciéndoles que á mí me le hacen muy cumplido, si de cinco en cinco años me consagran los Olympios juegos: trátanme como Dios viejo, como á protector cansado, como si los defectos de la edad pudieran comprehenderme. Mira lo que vale la novedad acerca de los hombres, y lo que puede la introducion de varias opiniones: dígantelo mis altares mas frios qne las leyes de Platon, y mas desiertos que

que los silogismos de Crisipo. Hablando de sus sentimientos Júpiter divino, llegamos al lugar adonde habia de dar audiencia á los deseos humanos: estaban á trechos unas claravoyas en el cielo (bien ansí como las bocas de los pozos) desde adonde se divisaba el mundo, si les quitaban unas ricas cubiertas que tenian: cerca de cada una de ellas estaba una silla de oro en proporcion para asomarse una persona. Llegando pues el Dios Júpiter á la primera, corriendo la cortina, se sentó á oir á los que le llamaban desde el suelo: innumerable gente concurrió en muy pequeño instante de todas las partes de la tierra, pidiéndole cosas varias y peticiones diversas, que yo á su lado atentamente escuchaba por saber los diversos deseos de los hombres; quál soberbio y rico pedia á Júpiter reynos y mayorías; el pobre que creciesen sus ajos y cebollas; el que queria heredar, pedia la muerte de su padre; la de su muger el mal casado; éste pedia buena sentencia en el pleyto; aquel que encubriese las asechanzas que ponia á su hermano para quitarle la hacienda; y el otro que le coronase en los juegos Olympios: entre los que navegaban, uno queria que ventase Boreas; quál que soplase Noto; quál que templase Zéfiro: el labrador pedia agua; sol el batanero; y al fin cada uno lo que habia menester para su trato, lo provechoso á su oficio, sin que hubiese alguno que se acordase de procurar el bien del próximo, y pedir la merced para el amigo. Júpiter los escuchaba atentamente, oyendo la diversidad de sus deseos, y concediendo los justos: exemplo que ha de mirar el superior, el Rey y el Príncipe. Los deseos que admitia, que eran los san-

santos y justificados, los dexaba entrar por aquella divina claravoya, y despues de admitidos los ponia á su diestra, para darlos entero cumplimiento; y á los deseos necios, injustos y mal pensados los tornaba á enviar vacíos, echándolos segunda vez á la tierra con un soplo que les daba, porque no pudiesen llegarse á la claravoya. Sobre un contrario deseo, peticion de dos personas, le ví estar mucho dudando; porque habia dos que pedian cosas contrarias, prometiéndole iguales sacrificios, y el Dios no acababa de determinarse, á quién de los dos concederia aquello que le pedian: y aunque me perdone su saber, entónces me pareció un poco tocado de la opinion y disciplina de los Académicos, que siempre lo dudan todo, sin determinarse en nada: calidad poco conveniente para gobiernos superiores, para premiar servicios y para hacer mercedes; porque el indeterminable no sabrá ser gobernador ni Príncipe. Mucho, como he dicho, dudó Júpiter, y al fin no concedió nada á uno ni á otro: costumbre de los que lo dudan todo, que no vienen á hacer nada.

Despues que se hartó de oir deseos, se partió de allí cerrando la claravoya; y abriendo la segunda ocupó otra silla de oro, inclinando la cabeza á la tierra para oir á los que hacian alianzas y contratos, á los que componian amistades y pleytos, y á los que juraban y mentian; gente perniciosísima en la república, y de quien no se puede fiar nada. Allí estuvo escuchando muchas cosas, y despues de haber muerto con un rayo á Hermodoro Epicuro por blasfemo, castigo merecido de los tales, pasó á otra claravoya para oir á los adivinos y agoreros. ¡Válgame Dios! y qué de necedades, qué de engaños oyó Júpiter de aquellos hombres enredadores y engañosos, y qué mal estaba con los que daban crédito á semejantes marañas: colérico ví á Júpiter contra los tales grandemente. De allí se pasó á la claravoya, por donde entraban al cielo los sacrificios, cuyo humo dulcísimo á los Dioses, les declaraba el nombre de quien sacrificaba, y pedia devotamente el cumplimiento de su intencion piadosa.

Despues de aquesto dispuso las ocupaciones á los vientos y á las horas: mañana llueva en Scytia, relampaguee en Lybia, nieve en Grecia, tú, Boreas, sopla en Lydia, tú Noto, no salgas de la cueva, Zéfiro altere las ondas del mar Adriático, haya tormenta en Capadocia, y esparzan las nubes cantidad notable de granizo; y ansí fué distribuyendo las acciones y término del venidero dia: y concluida la audiencia, nos fuimos á la sala, adonde se juntaron á cenar los Dioses, porque era ya muy noche, y avisaron á Júpiter que le esperaba la vianda. Grandiosa era la mesa, riquísima la baxilla, diversos y bien aderezados los servicios, la sala lucía con estrellas, brillando á su divina luz los solios ricos en que se asentaron diversidad de Dioses. Mandó Júpiter á Mercurio que me acomodase, y despues de haber andado en diversos cumplimientos, al fin me hube de asentar cerca de Pan y Corivante, entre Athe y Sabario, Dioses advenedizos y bastardos, no legítimos y naturales, como los otros que allí estaban. Empezóse la cena al son de acordada música: la Diosa Ceres dió el pan, Baco administraba el vino, Hércules las carnes, los

los pescados Neptuno, Pamona flores, y Priapo frutas. Venus estaba hermosa coronada de myrto, Neptuno de murta, Baco de pámpanos, Ceres de espigas, Júpiter de encina, Apolo de laurel, y Pan de yedra. Servia Ganimedes á Júpiter la copa, tan galan y hermoso, que yo disculpé al Dios del hurto que de él hizo: no se vió cena como ésta, pues fué representativa solamente, pues los Dioses no comian, porque fué lo mismo que en muchas partes dice Homero, á lo que yo pienso, habiéndolo él visto de la misma manera que lo ví yo en el cielo aquella noche; que los supremos Dioses ni comen pan ni beben vino, sino que en lugar de estas groseras viandas nuestras les sirven nectar y ambrosia con que dulcísimamente se embriagan: con esto y con el humo de los sacrificios se sustentan: porque su olor suave vuela á recrear sus narices. Lo que yo puedo afirmar que el nectar es real bebida, y de notable sustento; porque como Ganimedes es amigo de los hombres, quando Júpiter volvia los ojos á otra parte, á escondidas me llenaba bastantemente el vaso. Tambien ví que la sangre de los animales que les sacrifican, les sirve á los Dioses de sustento; porque desde los altares sube al cielo: al fin ellos comen poco de quanto los hombres tenemos por regalo. Lo que duró la cena, hubo sabrosísimo entretenimiento: tocó la cítara Apolo, Sileno representó el Cordaco, y las nueve Musas cantaron la Teogonia de Hesiodo, y el primero de los cantares del famoso Pindaro; y despues de hartos de las preciosas viandas, nos pusimos á reposar (no mal bebidos) cada uno en el mismo lugar que habia cenado: ocupó el sueño á los Dioses al mismo

mo tiempo que en la tierra reparte la noche á los humanos miedo, quietud, silencio, desvelos y cuidados. Todos los Dioses dormian, y yo no pude cerrar los ojos, porque dí en desvelarme con la imaginacion de las diversas cosas que habia visto. Espantábame mucho que teniendo tantos años, nunca le naciese barba á Apolo: tambien dudaba cómo era posible nacer la nieve en el cielo, donde siempre estaba el sol: tales desvelos como estos me quitaron el sueño, hasta que me adormecí un poquito.

Á la mañana en levantándose Júpiter, juntó el concilio de los Dioses, y desde un riquísimo trono les habló en esta substancia: que les juntaba entónces por mí hombre peregrino, y que un dia ántes habia llegado al cielo: y como yo (decia) ha tanto tiempo que deseo moderar la soberbia de éstos que el mundo llama filósofos, con facilidad ha irritado mi justa venganza contra ellos, no este hombre (aunque harto me ha provocado lo que de esta gente ha dicho) sino las querellas que de ordinario me hace la luna de su desenvoltura y desvergüenza; y viendo que ésta se aumenta cada dia al paso que los hombres los aplauden, he querido juntaros hoy á todos, para que veais el mas acertado remedio para atajar este daño. Muy bueno es (ó Dioses soberanos) que quieran estos murmuradores tasar desde la tierra nuestras magnitudes y estaturas, si somos gordos ó flacos, si grandes ó pequeños, sin que nos defienda de sus perversas lenguas habernos apartado tanto de sus ojos: género de gente es éste que no ha mucho que se ha introducido opinadamente con semejantes conjeturas y disparates, gastando el tiempo ociosamente en rombos

bos y figuras, en dimensiones y puntos que pudieran aprovechar en actos mas loables y mas provechosos á la república: hombres son ociosos y baldíos, que ambiciosos de mayores aplausos procuran desdorar la opinion mas acepta de los otros, siendo ansí que pocos hay de estos filósofos hipócritas que no sean viciosos y glotones, soberbios y licenciosos, de infame vida y costumbres; y al fin diciendo lo que dice Homero de ellos, son carga inútil de la tierra. Estos pues repartidos en diversas sectas y disciplinas, son inventores de entrincados laberintos, de variedad de vidas, de diversidad de preceptos, de adonde nace al pueblo confusion notable: porque cada uno defiende su opinion con pertinacia: tales se llaman Académicos, quales Stóicos, unos Epicureos, y otros Peripatéticos, y no faltan algunos que tienen otros nombres mas soberbios y presumidos, aunque éstos son los que dan á las quatro cabezas, á que se reducen otros muchos: éstos pues en adquiriendo con fingida hipocresía el nombre de virtuosos, que tan mal merecen, se atreven á mil maldades, cubriendo con muestras de santidad innumerables vicios: dexan crecer la barba y el cabello: traen hábito humilde, que engañosamente sirve de funda á grandes galas y bizarrías, no levantan los ojos de la tierra, arrugan la frente, suspiran y andan de espacio, siendo ansí que tienen llena el alma de defectos gravísimos y de maldades feísimas. Comparo yo á estos hipócritas á los comediantes, que miéntras representan, hacen el papel de Príncipes y Reyes, y casi lo parecen en los preciosos adornos con que se muestran: mas acabada la farsa, quedan vilísimos hombres sin estimacion ni

ni honra: ansí estos filósofos hinchados, estos doctos sin virtud: y siendo tales y tan viles sus costumbres, tienen en poco á todos los demas hombres, y no solo con los mortales usan estos atrevimientos, que á nosotros mismos se atreven, diciendo mil falsedades, y escribiendo de todos mil marañas y mentiras: esto enseñan en sus escuelas, esto persuaden á los mozos, que engañados de sus fingidas apariencias, los reducen á sus vicios ántes que la edad y la experiencia les descubra sus errados caminos. Predícanles con grande elegancia de palabras los méritos de la virtud, fundando su valor en aquellas apariencias inútiles, y en aquel nombre loable para despues enseñarles con mas facilidad qüestiones vanísimas y llenas de incertidumbre, con proposiciones equívocas, que puedan reducirse á diversas significaciones y términos: delante de sus discípulos engrandecen incesablemente la templanza y modestia; mas quando se ven á solas, ¿quién podrá contar las maldades que cometen? Exercítanse bastantemente en todo vicio con torpezas y atrevimientos indignos de hombres de vergüenza. No me atrevo á contar la fealdad de sus costumbres, no solo juzgadas por escandalosas de los mas libres hombres; pero nunca cometidas de los mas culpados: ¿cómo serán, para que yo las diga en medio de tantos Dioses? Vuestra prudencia las imagine, si quiera porque no sufra yo el empacho de decirlas, quando le tengo de saberlas. Sufro demas de esto como cosa intolerable, que no valiendo estos nada, ni sabiendo, ni aprovechando para el provecho particular ó público; y siendo inútiles bestias para ayudar á la república, ni con armas en la guerra,

ra, ni en la paz con saludables consejos, soberbiamente quieren destruir los virtuosos y santos, y á los que procuran el bien y aumento de la patria, ya con su trabajo ó industria; y ansí acusan á los inocentes con mentira, quitan la fama al bueno, favorecen al malo, son traidores con los amigos, amigos de los traidores, injurian al conocido, maltratan al extrangero, absuelven al culpado, y condenan al virtuoso, truecan la vergüenza y el recato con la disolucion y desenvoltura, dan sentencias injustas siendo entre ellos tenido por mas docto el que disculpa al reo, y el que con mas atrevimiento procura el daño de los buenos; siendo ansí, que como ellos jamas supieron serlo, cánsales que ninguno lo parezca: ninguno hay en todos que se incline á obras loables, que aprenda ciencias provechosas, porque con parecer virtuosos, se contentan: predican para los otros sin jamas aprovecharse de lo que enseñan, porque con el semblante austero, flaco, y amarillo, con andar descalzos en el invierno, y con no comer en público viandas preciosas ni regaladas, son peores que aquel Dios de la calumnia, Momo, pues todo lo reprehenden, todo lo vituperan y contradicen, aunque sea muy santo y bueno: si algun rico hace algun banquete, no faltará ninguno de la mesa: dicen ellos, que para autorizarla, y mienten, que es por hartarse; mas si algun pobre está enfermo, si algun amigo los ha menester para algo, háceuse de los no entendidos, y afirman con muchos juramentos, que no supieron tal cosa, aunque los mismos que la han pasado se la digan: todo quanto es hacer bien, ignoran totalmente: el procurar su provecho, y el quitarle al próximo lo saben mejor, que quanto estudian: tan abominables hombres bien es que sean aborrecibles á cielo y tierra, á los Dioses y á los hombres, pues á todos hacen tan irreparables daños. La injuria que nos hacen los que de estos se llaman Epicúreos, ¿quién la ignora? ¿y quál de vosotros, ó Dioses inmortales, no la teme? pues tienen por opinion, y lo peor es, que la enseñan y predican, que los Dioses no tenemos cuidado de la disposicion de los sucesos de los hombres, ni podemos ver desde el cielo las obras que hacen: falsedades que obligan á nuestra providencia á que salga á la defensa de esta causa, para que con tiempo se busque remedio al daño, que forzosamente se nos ha de seguir de tal doctrina: porque si una vez acaban de persuadirsela á los hombres que viven en el mundo, sin duda que vendremos los Dioses en muy pocos dias á morir de hambre: porque ¿quál de ellos querrá, pregunto yo, hacernos sacrificios, ni honrarnos con honores sumos, si no espera de nosotros galardon y recompensa? Puédense deshacer nuestras aras, perderse nuestras memorias, quedando desiertos los templos mas frequentados, si la falsedad de estas opiniones se admite por verdadera: acudamos con presteza al remedio de tantos daños, perezca gente tan perjudicial al cielo y tierra. Bien oisteis todos la relacion que de sus maldades hizo ayer Menipo, y las graves querellas que de ellos nos truxo de la luna: para la decision de este caso os he llamado, porque elijais prudentemente, lo que juzgáredes ser mas provechoso y útil á los hombres, y á nosotros los Dioses lo que fuere ménos peligroso.

Calló Júpiter, y empezó la inquietud de los vo-

votantes, á quienes indignó bastantemente este discurso: pedian á voces venganza de los filósofos, diciendo á Júpiter, que al punto los hiciese pedazos con sus rayos, y que abrasados los sepultase en los abismos: decíanle, que los oprimiese como á los gigantes, ó que los confundiese en los infiernos, y con esto crecian sobradamente la confusion, el ruido y voces; no se entendian los unos con los otros, queriendo todos executar el decreto. Hízolos callar otra vez Júpiter (que no fué poco, segun la vocería habia en el cielo) y díxoles, que se haria como se habia votado, si bien era forzoso suspender la execucion hasta el año venidero, á causa que en aquellos dias se celebraban en la tierra las fiestas Hieromenías, y estaban puestas treguas por quatro meses con los hombres, y mandada pregonar la seguridad de toda desventura, porque aquella solemnidad se hiciese mas alegremente; pero que daba su palabra, que al principio del primer verano serian destruidos los filósofos, hipócritas, los malos y perjudiciales con un espantable rayo, de manera que ninguno quedase. Esto afirmó Júpiter con airado semblante cansado de las maldades de estos hombres; y tratando de mis vuelos, fué ventilada mi culpa, habiendo en la junta diversos pareceres en mi provecho, y en mi daño. Y viendo Júpiter la diversidad de votos, advocó la causa á sí, y me condenó en que se me quitasen las alas, porque no pudiese otra vez volar al cielo, y que Mercurio me baxase á la tierra al mismo punto. Con aquesto se despidió el Concilio de los Dioses, y asiéndome el hijo de Maya de una oreja, me puso ayer tarde sobre el Zeramico, sin que yo supiese, co-

como, ni por donde vine. Esta fué mi jornada, amigo mio, y pues sabes lo que me pasó en el cielo, dame licencia para ir á decirlo á los filósofos que se andan paseando en la plaza Picila, para que enmienden sus vidas, pues solo han de vivir de aquí al verano.

Está graciosisimo y lleno de moral este dialogo

DIÁLOGO VI.

EL TOXARIS DE LUCIANO

LA VERDADERA AMISTAD.

ARGUMENTO.

Leido he, aunque con pequeño conocimiento, lo mucho que de la verdadera amistad han escrito los autores antiguos y modernos, y es sin duda, que de esta virtud habla tan doctamente Luciano en este diálogo, que ninguno le excede en su alabanza, ni en decir las calidades que ha de tener el verdadero amigo: pretende con este discurso inclinar á los hombres á la estimacion de la amistad, y ansí persuade á su conocimiento con razones y exemplos: hallará aquí el docto mucho de que aprovecharse: el que deseare ser amigo, mucho en que aprender á serlo, y el que no estima ni conoce la amistad, mucho con que la estime y la conozca. Amicitia rerum omnium est vinculum *dixo San Ambrosio en el libro de fide rerum invisibilium. Y San Agustin en el lib. 3. de sus confesiones, que era* Vitæ medicamentum; *y quiza por eso llamó San Gregorio en sus Morales el amigo* Animæ custos; *y San Agustin en el de Amicitia* Animæ dimidium; *y por haber de ser ansí el amigo, dudó mucho Tulio, que se hallase en la tierra un verdadero. Mejor lo dixera en este siglo en que hay falta de ellos, que como dice San Gerónimo á Rufino, parece que cansada la amistad solo sigue las felicidades de los hombres, y huye los trabajos y pobrezas, sin acordarse el que se precia de mas amigo, de lo que dice Casiodoro en una epístola: el que lo es verdadero* omni tempore diligit: nam eum tormentum non separat, labor non laxat, thesaurus non superat, alienus amor non occupat. *De esta amistad dixo Tulio en el de Amicitia, que era* divinarum, humanarumque rerum summa cum benevolentia consensio. *Galanamente lo cifra aquí el filósofo, diciendo tales excelencias de la amistad verdadera, que viene á hacer cierto lo de Tulio, que* excepta sapientia nihil melius datum est homini à Diis immortalibus amicitia. *Séneca en una epístola dice, que* dissimilitudo morum, distantia vitæ, & ingenia contraria soluunt amicitias. *Para elegir los amigos, bueno es saber esto, y para conservarlos no errará quien guardare la regla, que da el mismo filósofo:* amicitias probatas enixè expete, constanter retine, perenniter serva, inimicitias indictas exerce honestè, tarde crede, celeriter depone: *y con eso se tendrán buenos amigos.*

MNESIPO GRIEGO. TOXARIS SCITA.

¿Qué será esto hermano Toxaris? No sé que signifique la novedad que veo, que vosotros los Scitas celebrais hoy con sacrificios solemnes la fiesta de Pilades y Orestes, dándoles honores sumos, como si los tuviésedes por Dioses inmortales. *Tox.* Así es verdad, Mnesipo, que celebramos hoy su memoria con sacrificios grandiosos, solemnes fiestas, y costosos regocijos; mas no juzgándolos como tu dices, por inmortales Dioses, sino honrándolos por varones famosos, por hombres estimados, y que dexaron de sí fama tan grande. *Mne.* Ahora acrecientas mi duda; y ansí te pido que me digas, si es costum-

tumbre de Scitia celebrar con honores divinos, honrar con públicos aparatos á los hombres famosos que muriéron, como si fuesen Dioses verdaderos, y no sugetos humanos. *Tox.* Por famosos hechos que sirvan de vida á los difuntos hombres, nunca les atribuimos aquella veneracion debida solamente á nuestros Dioses; si bien es ansí, que les honramos con semejantes fiestas, con estas pompas y procesiones solemnes, en memoria de lo mucho que en la tierra mereciéron. *Mne.* ¿Y qué esperais de su intercesion con demostraciones tan grandiosas? pues fuera necedad pensar, que solo por agradarlos resucitábades tan atrasadas memorias: porque poco favor se puede esperar de los ya muertos. *Tox.* Tan gran cosa es el agrado, y tanto vale la afabilidad, que aun merece premio el que se tiene con los muertos; si bien no por este respeto solo hacemos fiesta á Pilades, y á Orestes, sino porque sus famosos hechos merecen dignas memorias, y porque con ellas incitamos el ánimo de los vivos á grandiosas hazañas, pues la honra que ven hacer á los difuntos, les servirá de emulacion para gloriosas obras, con que esperen semejantes recuerdos para ser famosos en los siglos. Fuertemente animan los exemplos, y á mucho obliga á los hombres la opinion inmortal, la fama perdurable de sus obras: quien viere, de quantos mozos viven, la veneracion con que se tratan aquellos, que en valor se adelantaron á todos, ¿quién duda que procuren imitarlos, para esperar en otra edad la misma fiesta? *Mne.* Disposicion de hombres prudentes teneis en este caso, pues para animar nuestra naturaleza á obras heroycas, no hay valor como el exemplo, ni fuerza como ver premiar á los que

que lo merecen. Mas por tu vida que me digas, qué es la causa porque vosotros teneis en tanta estima á Pilades y Orestes, igualándolos en honores á los mismos Dioses, y anteponiéndolos á vuestros naturales, siendo ellos no solo extrangeros y peregrinos en vuestra tierra, mas lo que mas es, enemigos capitales vuestros: porque como ya sabrás, siendo estos dos los que forzados de una terrible tormenta se vieron en las aguas sin remedio, y tocando fluctuantes en las riberas de Scitia, los naturales les sacaron de adonde la resaca del mar los habia echado, hechos partos miserables de aquel furioso elemento; y queriendo sacrificarlos á la diosa Diana, ellos valerosamente rompieron las prisiones, mataron las guardas, y acometiendo á tantos ofensores, al mismo Rey dieron la muerte; valor que muestra quán amable sea la vida, pues á trueco de defenderla, no hay peligro que parezca grande: y robando á la vírgen que guardaba el templo, y la imágen de la Diosa puestas en una nave, se pusieron en huida, riéndose de la inviolable ley de Scitia, que dispone, que quantos se hallaren derrotados, sirvan de sacrificio á las aras de los Dioses, como residuos de mayores desventuras. Y si por tales hazañas haceis tanta honra á los hombres, será incitar á muchos que siendo imitadores de estos, procuren con vuestro daño que les tengais respeto: considerad los siglos que han corrido, ved aquesta edad presente, y tasad la porvenir, y luego juzgue vuestro ánimo si os estaria á cuento, que muchos Pilades y Orestes llegasen á vuestras tierras: porque si viniesen muchos, poco os duraria el religioso culto de la veneracion de los supre-

premos Dioses, pues no os quedaria ninguno en pocos dias; si bien tendriades consuelo, si adorais en su lugar á los mismos que os los llevan, ofreciendo sacrificios inmortales á los sacrílegos á vuestras aras, á los atrevidos á vuestros templos, dándolos el honor debido á los Dioses que se llevan: y ansí en vuestra estimacion casi venis á perder nada, pues si os robaren los Dioses, tratais como tales á los mismos robadores, agradeciéndoles con fiestas y sacrificios la buena diligencia que tuvieron: y si es que no les honrais por esta causa, sino por otros favores que os han hecho, cosa dificultosa al enemigo, por tu vida que me digas en qué consiste instabilidad tan grande; pues á los que en otra edad tuvisteis por ladrones y atrevidos, en esta honrais como Dioses, sacrificando ahora con diferentes víctimas á los que entónces queriades hacer víctima del mismo sacrificio. Cosa de burla parece lo que haceis en este particular los vivos, si se considera lo que antiguamente establecieron los muertos. ¿Quién vió á los Scitas de entónces decir oprobrios á Orestes, culpar y maldecir á Pilades por el robo de la imágen, por la muerte de su Rey, y por el atrevimiento contra el templo, y ve ahora á los que viven honrar por lo mismo á los que lo cometieron? ¡ó fuerza de los tiempos milagrosa! ¡ó carrera de la edad ligera! ¡ó curso presuroso de las vidas! y cómo lo mudas todo, cómo lo trabucas y deshaces: exémplese en tal suceso el fin de la que parece mayor dificultad de la mas larga esperanza, pues todo llega á su fin, y todo tiene su límite. *Tox.* Eso mismo con que te burlas de nosotros, nos obliga á estimar á los

los agresores de esos daños; porque en tales sucesos campean gloriosamente sus hazañas: ¿qué valor se iguala al de dos hombres, que no solo acometieron un tal hecho, sino que tan felizmente le acabaron? ¿quién sino dos tan valerosos salieran de su patria, dexando la estimacion conocida, el amparo amigable, la compañía de los suyos (valor glorioso) y alargándose tanta distancia, se entregáran á la inconstancia de las aguas, al rigor furioso del ayre, siendo los primeros de los griegos, que animosamente enfrenaron la fiereza de aquel elemento, la soberbia de los mares, y la fuerza de los vientos, á imitacion de aquellos valerosos, que desde la isla de Argos pasaron á la de Colcos, sin temor de los prodigios espantables que de ella se contaban, y de la inhumana crueldad de los monstruos que allí se crian, y de las fieras gentes que guardaban sus contornos y que defienden sus líndes, despues de esto ya presos, porque no en todo se pueden vencer los hados; tan valerosamente se libertaron y defendieron, que no contentos con alcanzar la libertad perdida, y tomar tan á su salvo venganza de la recibida injuria con muerte del Rey, que se la procuraba, se llevaron la imágen de Diana, la sacerdotisa que la servia, y las riquezas del templo, volviendo á su tierra gloriosos, con tal victoria y ricos con tal despojo? ¿Qué dices, Mnesipo, no es valor este para estimarle? ¿no son los tales dignos de memoria eterna, de perdurable fama? ¿quién dudará de que estas son hazañas dignas de eternos honores, y de que las respeten los que saben estimar la virtud, y dar el justo aprecio á las cosas mas grandiosas? aunque tambien quiero confesarte, que

que no solo por estos hechos admirables tenemos por heroes, por mediodioses, ó santos á Pilades y Orestes. *Mne.* ¿Pues por qué razon los honrais tanto? ¿qué cosas otras hiciéron admirables para que ansí los venerasedes los Scitas? porque si lo haceis por ser peregrinos y navegantes, muchos mercaderes te diré yo que merecen por eso mayor fama. Mira los Fenices, ansí vivas, tan famosos marineros, que no solo navegan el Ponto, Meotide y el Bosforo, sino que corren por todas partes el griego mar y el bárbaro: estos gastan todo el año en visitar diversos puertos, sin dexar caleta, ensenada, playa ó isla que no registren, y allá al Otoño se vuelven á sus casas llenos de riquezas y tesoros: mira tú si con mas razon que á esotros los podeis tener por dioses, aunque haya entre ellos muchos taberneros y pescadores, porque la virtud en el mas vil sugeto es digna de estimacion y premio. *Tox.* Oye pues lo que te digo, y echarás de ver, ó generoso jóven, quánto con mas claro juicio aplicamos honores á los que los merecen, nosotros juzgados de todos por tan bárbaros, que vosotros los griegos con vuestras delicadezas y urvanidades: porque en Argos y Micenas, patrias de Orestes y Pilades, no hay memoria alguna, ni se halla entierro señalado, ara devota, adonde se veneren sus hazañas, y entre nosotros hay un templo suntuoso, como ves, á entrambos consagrado (digno de tales amigos) adonde se les ofrece sacrificio, como has visto; y para hacerlo ansí, el haber sido extrangeros y peregrinos importa poco, pues los buenos y virtuosos tienen toda la tierra por conocida patria, quando los malos no son naturales de ninguna; y entre nosotros

no se repara mucho en la nacion ó condicion de los que por sus valores y virtudes adquirieron nobleza, y ganaron estimacion y fama, como ni tampoco les tenemos envidia, si no siendo amigos nuestros, acabaron grandes hazañas y heroycos hechos. Apreciamos como raras maravillas las cosas señaladas de los que las hicieron, sean amigos ó enemigos, juzgándolos por sus mismas obras por dignos de estimacion famosa, y por ellas les tratamos como familiares nuestros: ansí admiramos con estimacion las grandezas de estos héroes; sí bien lo mas que en ellos estimamos, y por lo que los juzgamos dignos de honores sumos, es por la grande amistad y conformidad que se tuvieron. ¿Quién desprecia las prendas de una amistad verdadera? los Scitas la veneramos por el mayor bien del suelo, por conservacion del trato humano y duracion de las vidas: el haber sido estos dos amigos fidelísimos, nos arrebata las almas para estimarlos, porque tan bien supieron exemplar á los hombres las obras y afectos del mayor amigo, y pusieron ley casi inviolable á la amistad verdadera, para que sepan los que mejor quisieren usar de este don glorioso de los cielos, de esta centella de la divinidad, que los Dioses pusieron en la tierra la obligacion de dos amigos, y la que les corre en siéndolo de comunicarse todas sus fortunas prósperas y adversas. Por este exemplo de amistad grandioso fuéron dignos estos dos amigos, para que entre nosotros los Scitas (que en guardar las leyes de la amistad, sin duda se la ganamos á todas las naciones) fuese su memoria celebrada grandiosamente; y tanto los estimaron nuestros antiguos, que los hechos famosos que uno en

en favor de otro hizo, las calamidades, miserias y trabajos que padecieron, los grabaron al natural en una vistosa columna de alhambre, que por memoria indeficiente se colocó en el templo de Orestes, ordenando por ley pública, que por aquellos exemplos esculpidos en la columna que digo, fuese doctrinada la juventud de nuestra patria, y enseñados nuestros hijos, para que desde muy niños aprendiesen á tener amistad durable y correspondencia cuerda; y es tan observado precepto entre nosotros, que primero nos olvidaremos del nombre de nuestros padres, que de los famosos hechos de Pilades y Orestes: porque desde que nacemos, nos sirven de escuela aquellos tallados exemplos, cuyos retratos se miran en los claustros de aquel templo, copiados del pincél valiente, adonde mas distintamente que en la columna se hallan sus grandiosas obras. Y porque no ignores de todo punto esta sabrosa historia, te contaré alguna parte de la vida de estos dos amigos verdaderos, para que mejor entiendas las pinturas que adornan estos quadros.

Navegaba por el mar Orestes, acompañado de su amigo Pilades, y esforzándose una cruel tormenta, se levantaban sierras de agua, queriendo trasladar á las estrellas la embarcacion amiga: riguroso el viento, embistiendo con las olas soberbiamente querian ofender las nubes, que coléricas del grande atrevimiento de las aguas, llovian rayos con espantoso vómito: ya baxaba al centro la miserable navecilla; ya puesta entre los signos (Icaro de tal distancia) entre montes de espuma señalaba sepulcro á los afligidos, que ántes servia de abrigo y de defensa, impelida del temporal furioso: ya caballo marino, ya hecha ligera foca, medía con la fuerza de las velas el inmenso piélago en confusion medrosa, entre peligros conocidos, tan agena de la esperanza de salvarse, que con cada balanzo esperaban el último. Desmantelada por el rigor del ayre (ladron de tan peligroso camino) fluctuaba medrosa, ofreciendo al mar las mayores riquezas que guardaba, por ver si pudiesen impetrar el privilegio de las dádivas. Sordo el cielo á tantas voces tristes, no templaba la fuerza de los vientos, y ensoberbecida el agua quebraba tantos cristales en madera frágil, en lienzo débil por rendirla, que á bateria tan continua, ya no se hallaba defensa. Piadoso algun tanto Boreas, ayudado del soberbio Noto, acometen la embarcacion, quizá por librarla de las olas que ya la sepultaban, y ya perseguian; y embistiéndola furiosos, la entregaron á unos escollos de la playa, huespedes tan ingratos, que por dar tierra á los miserables pasageros, les quitaron las haciendas y hiciéron la embarcacion pedazos. Con la resaca de la mar hallaron puerto algunos de aquellos tristes derrotados, sí libres del primer peligro, sujetos á otro mas penoso: porque los hombres son mas crueles y sin misericordia, que el mayor naufragio. Entre los que se libraron de éste, fuéron Orestes y Pilades, que hallados de los naturales de la tierra, y puestos á buen recado con guardas y prisiones, luego quisieron ofrecerlos en sacrificio á las paternas aras: ley, como ya te dixe, inviolable entre los Scitas, contra los que libran de semejantes desventuras. Considera la furiosa tormenta en ese primero quadro, cómo se libran del mar, y cómo continúan en la tierra:

ra: mira en aquese segundo, cómo Ifigenia prepara el sacrificio, cómo sus ministros adornan para la fiesta el templo de Diana, y cómo puestos de rodillas esperan los dos el golpe del cuchillo. En aquel que está frontero en la pared primera, verás á los dos libres de los crueles lazos, matar á Toantes y á otros Scitas: y en el otro que le corresponde en esa esquina, verás huir los Scitas heridos y acosados, y que desamparado el templo, les dan lugar para robarle, y ellos alegres llevan la imágen de la Diosa, y la Ifigenia sacerdotisa de sus gloriosas aras. Comtempla en esa pintura de aquel lado, como los Scitas armados quieren cobrar sus prendas, y que los dos valientes las defienden de tanta muchedumbre, metiéndose con ellos en la primera nave, en que se alargan de tierra en poco espacio. Aquellas naves que ves que siguen aquella embarcacion pequeña, son las muchas que les siguieron de Scitia: y aunque parece que la tienen aferrada y sujeta, y trabajan sin cesar, por entrarla y por rendirla, al fin se les escapa sin peligro. Mira, ansí Dios te guarde, la tristeza con que los Scitas vuelven á la paterna orilla, quáles heridos, y quáles arrojados en las aguas, y todos tristes y llorosos, por no poder satisfacer su agravio. Considera en esos quadros, cómo se defienden y favorecen en el mayor peligro, quán amigablemente que se tratan, con quánta igualdad viven, y con el amor que unos por otros pelean: valientes transformaciones hace el pincél discreto de los dos amigos en ocasion tan forzosa, de cuya conformidad son lenguas esos colores; quán bien que los pintó defendiendose; y quán conformes para oponerse al ímpetu

tu de tantos enemigos, deseando cada uno librar al compañero, aunque se veia por eso mas apretado y en peligro: con qué gusto recibe el uno las heridas por librar de ellas al otro, anteponiendo su daño al del amigo, y ofreciendo la vida por estorvar su muerte. *Mne.* Galanamente cifra aquesta pintura sus sucesos. *Tox.* Tanta amistad, tal valor, tal firmeza en casos tan adversos y infelices, tanta fé en tan gran peligro, tanta verdad en tal aprieto, tanta conformidad en tal desdicha, tanta constancia en tal pena y amor tan recíproco en sugetos tan perseguidos, ninguno de nosotros la tenemos por accion humana, sí por don singular y divino, natural de ánimo noble y generoso, y que no podrá hallarse en hombre vulgar ni bárbaro ¿quién no considera el curso de las amistades mas apretadas, de las correspondencias mas seguidas? Quán bien que en pechos viles vuela ligera la estimacion, el amistad y correspondencia con el viento de las prosperidades, navegantes en el mar de la vida al paso de la fortuna, aguja que lleva adonde quiere las inclinaciones humanas, tocada con el norte del interes, del aprovechamiento propio, que en faltando luego calma al mareage: no hay nave de amistad que navegue, ni tormenta que no se levante, el mar se altera hasta llevar á pique las mayores obligaciones, sin que haya amigo para el peligro, para la pena, necesidad y trabajo, como los hubo para los contentos, felicidades, gustos y riquezas. ¡O vil correspondencia, bárbaro proceder, villano trato! maldiga Dios quien te ha hecho razon de estado en las mayores repúblicas, pues debaxo de injusticia tan grande quiebras obligaciones tan de es-

estima, y la mas noble de las acciones que adornan un sugeto humano, pues el favorecer á los opresos, levantar á los caidos y honrar á los humildes, es honra y bizarría: viva eterna la amistad verdadera, y hónrese mi nacion entre todas las del mundo, por la estimacion que de esta virtud hace, por lo mucho que la respeta y la estima, pues de ninguna cosa se honra mas el noble Scita que de ayudar á sus amigos en las necesidades, y de participar gustosamente de sus adversidades y disgustos: y por contrario no hay cosa mas aborrecible entre nosotros, y que la juzguemos por mas torpe y digna de vituperio, que tratar falsamente á esta virtud divina, ser amigos fingidos, y faltar en los trabajos y peligros á nuestros amigos verdaderos. Estas son las razones porque tenemos en tal veneracion á Pilades y Orestes, pues basta ser señalados y famosos en la amistad, virtud que tanto estiman los Scitas, para que sobre todo quanto hay en la tierra les honremos; y por eso les dimos el nombre que declarase la grande amistad que se tuvieron, llamándolos Coracos en nuestra lengua, lo mismo que Dioses abogados, amparadores y gobernadores de la amistad verdadera. *Mne.* Pardiez, Toxaris, que yo pensé que solo eran los Scitas valientes, que solo sabian blandir los arcos, tirar saetas y exercitar la disciplina militar, con tanta preeminencia, que justamente se han levantado con el nombre de diestros y ligeros; mas ahora confieso que tambien en el arte de la Retórica, en el galano decir, y en el florido hablar son bastantemente exercitados, pues tienen prontitud y fuerza para persuadir quanto proponen. Por tí lo juzgo, Toxaris amigo, pues me has hecho asentir con opinion tan contraria de la que me dictaba mi discurso: decaido he de mi opinion, forzada de las fuertes razones que me has dado: hecho has que apruebe por acertada la colocacion que haceis de la memoria de Pilades y Orestes entre el número de vuestros Dioses: deuda debida á sus grandezas, á sus hazañas y á su amistad inviolable. Discretamente has pintado (no te excede el valiente pincel de aquestos lienzos) lo digno de estimacion de aquestos dos amigos, lo precioso y rico de su grandioso templo, la batalla sangrienta, las heridas recibidas, la prision y peligrosa tormenta, aquel cruxir del mar, aquel bramar del viento, la inquietud de las aguas y la confusion de todos: y si he de decir verdad, nunca creí que en los pasados tiempos habia sido tan estimada la amistad entre los Scitas, ántes lo pensé al rebes: porque como sois tenidos generalmente por gente bárbara, sin policía y respeto, mal podia imaginarse que le guardárades á cosa tan agena de los ignorantes, y de los en quien ni sombra se halla de humanidad ni lástima, (y que por tales os juzga el mundo) y que como brutos, unos á otros os consumís en enemistades furiosas, llenos de ira perpetua y de venganzas eternas: y ansí tuve hasta ahora por cierto, que cosa tan loable, tan divina y tan famosa como la amistad, no se podia hallar en Scitia, no solo entre los extrangeros peregrinos, mas ni entre los amigos ni parientes. Y colígese claro aquesto, por lo que hemos leido, que se usa entre vosotros, que despues de muertos, los padres os comeis á los hijos, y los hijos á los padres. *Tox.* Yo ahora no quiero disputar en si nosotros somos mas santos ó religiosos

sos que los griegos, ansí en lo que toca al culto de los Dioses, como al respeto que se debe á los padres, parientes y mayores: no quiero tratar de la veneracion con que tratamos la obligacion de los que nos tocan, ni de la estimacion que hacemos de los templos, de sus sacrificios y ceremonias; porque qüestiones tan largas no las mide bien tiempo tan corto: solo quiero defender el particular de que tratabamos, porque materias de costumbres no son buenas para burlas, ni éstas nunca son figuras, en siendo de cosas graves que dan disgusto y pesadumbre. Defenderé yo que nuestros amigos son mas fieles y mas constantes que los vuestros, que en Scitia se conserva mas verdadera y mas pura el amistad que en Grecia, y que con mayor puntualidad y cuidado se guardan las leyes y observancias con que se guarda la amistad entre nosotros, que la guardais los Griegos, por mas que os precieis de doctos: y por tus Dioses te juro, Mnesipo amigo, que no te enojes de oirme, pues sabes que he vivido en vuestra tierra de espacio, y sé con puntualidad el natural y trato de los Griegos: bien creo yo que vosotros hablareis de la amistad con mas elegancia, con mayor adorno de palabras, con mas florido lenguage y mas agradable estilo; mas es burla pensar que ningun Griego pone por obra lo que de ella dice: porque os parece bastante contentaros con celebrarla con crecidos encomios, grandiosas alabanzas, loores eternos, y con publicar al mundo quán necesaria cosa sea para la duracion del trato de los hombres; mas todos dexais el exercicio de la amistad para los otros, haciendo en qualquiera ocasion obras tan contrarias de las palabras, que hay distancia in-

finita de vuestro obrar al decir, y del hablar al hacer: porque vosotros os contentais con celebrar esta virtud divina, con atribuirla honores grandes, cantarla dulcísimas alabanzas, no pasais á exercitarla ni á tenerla: no son unas en vosotros las palabras y las obras en materia tan de estima: ¿qué es ver á un Griego dar su voto en el sentido y declaracion de las fábulas, quando se introducen en las tragedias amistades firmes, correspondencias de dura? alaba el ingenio del poeta, la accion del representante: comenta y moraliza los términos obscuros, huélgase con tales digresiones, y no solo se divierte gustosamente, sino que en los exemplos de tales amigos se enternece, ya llorando los sucesos adversos, ya admirando los prósperos; mas sacar motivos para estimar al amigo, para ponerse á peligros, y para sufrir fortunas, porque él no las pase malas, eso no lo hizo ningun Griego: tan desasidos sois de esta piedad amorosa, de esta correspondencia urbana, que en habiendo menester vuestro favor algun amigo, teneis por falidos semejantes exemplos, por vanos sueños aquellas representaciones, y por mentiras aquellas verdades: vuelan de la memoria del mas docto de vosotros todas las obligaciones que teneis á tales correspondencias, quedando para obrar bien como los mudos, todos gestos y visages, todo señas y amagos, sin poder hablar palabra: ansí vosotros, obra ninguna, deseos y demostraciones, accion y discursos muchos y grandes. Qué diferentes somos en este particular los Scitas: poco hablamos de los valores de la amistad verdadera, poco gastamos el tiempo en sutilezas y qüestiones; mas en saber estimar al amigo, en

en procurar ampararle, y en querer favorecerle, superiores os somos en extremo. Y siendo esto así verdad, yo era de parecer que no tratásemos de los amigos antiguos, que con serlo perfectamente, honraron los pasados siglos: porque de esos ansí Griegos como Scitas habrá cantidad notable, y en su computacion nos llevareis ventaja: porque como tan doctos y leidos nos traereis mas testimonios y dichos de escritores y poetas que celebraron en sus floridos versos grandiosas amistades; la de Achiles y Patroclo, de Teseo y de Peritoe y de otros muchos, que la antigüedad celebra, cuyas vidas sabeis mejor los Griegos. De todos estos no hemos de hablar palabra; sí empero de amigos fieles que han vivido en nuestros dias, y los hemos conocido nosotros, y de éstos digamos algunos exemplos de amistades verdaderas, tú Griegos, y yo Scitas; y el que de nosotros mas gloriosos los propusiere, será vencedor de estas contiendas, y el mismo cante la victoria de qüestion tan singular y honesta, llevándose la gloria la nacion que celebrare: y te prometo que estoy tan cierto que la ha de gozar la mia, que no me diera temor de que al vencido se le cortase la mano derecha, ley inviolable entre los Scitas: y yo lo quisiera ansí, si me vencieses, ántes que verme inferior á ningun Griego en la veneracion de la amistad sagrada. *Mne.* Dificil es por cierto entrar contigo en batalla: porque eres valientísimo guerrero, y al fin como Scita serás diestro en tirar saetas de exemplos penetrantes con que pongas en duda mi victoria; y aunque así sea, no quiero que me juzgues tan cobarde, que por miedo de tu valor y esfuerzo dexe desamparada á toda Grecia dan-

dando la ventaja de mayores amigos á los Scitas, cosa fea para mi opinion, y casi increible á quien la oyere: porque si Pilades y Orestes vencieron á tanto número de Scitas, como tú tan agudamente has declarado en las pinturas del templo ¿cómo es posible que ahora tantos Griegos, tantas ciudades, tanta opinion, tanto valor y ciencia, sea vencido por tí solo, sin haber quien lo defienda ni lo ampare? Y á suceder tal desdicha, á venir á Grecia tal deshonra, no digo yo dexarme cortar la mano, como dice la ley vuestra, mas dexarme sacar la lengua era justísimo castigo. Mas porque en nada se yerre esta contienda, será razon que asentemos lo que en ella ha de guardarse. ¿Por ventura hase de atender al número de las cosas señaladas que hicieron unos amigos por otros, ó al número de los amigos? porque se sepa en qué cantidad consiste la victoria. *Tox.* Ni ha de estar en uno ni otro, porque la eficacia y dignidad de la amistad verdadera no es justo que se estime por el número, pues puede llegar su calidad á grados sumos en números pequeños: el que mas admirables exemplos propusiere, ese dará mas heridas, aunque el número de los sucesos sean iguales de ambas partes. *Mne.* Está muy bien acordado, si asentásemos el número de exemplos que nos bastan. *Tox.* Cinco de cada uno juzgo por bastantes, para adquirir á su nacion la gloria de este hecho, porque la muchedumbre no turbe la eleccion de los mejores. *Mne.* Dices bien, que bastan cinco. *Tox.* Quiero que empieces tú primero, por darte en todo ventaja. *Mne.* Pienso que no fuera malo que hiciéramos juramento de no decir fingimientos ni mentiras (en semejante accion cosa culpa-

pable) y que es tan fácil de hacer, sin hallar réplica, y con jurar vamos los dos satisfechos: porque no creer el juramento es vileza, y es engaño. *Tox.* Juremos lo que quisieres, que á quien siempre dice verdad, no le es aquesa condicion pesada. *Mne.* ¿Por quál Dios quieres que jure? ¿bastará por Júpiter Pilio á quien tenemos nosotros veneracion notable? *Tox.* Basta, por el que quisieres, que yo tambien juraré por uno de los mios. *Mne.* Pues escucha, que ya juro: séme testigo tú Júpiter Pilio, de que quanto aquí dixere es verdadero, ó que yo lo haya leido, ó cuidadosamente lo haya procurado averiguar entre hombres graves, entre personas de crédito, sin que yo finja nada de lo que dixere, lo humille ó lo ensalce, lo desminuya ó lo aumente, porque te juro de decir la verdad en todo. *Tox.* Has jurado muy bien, pasa adelante, y cuenta el primer exemplo.

Mne. Vaya en primer lugar, amigo Toxaris, la amistad de Agatocles y Dinias, famosa entre los Jones, y celebrada por singular de los mas graves. Este Agathocles fué Samio, y no ha mucho que murió, hombre el mas fiel en guardar las leyes de la amistad verdadera de quantos hubo en su patria: con sucesos admirables calificó este natural estimado, esta estimacion de la amistad y correspondencia: en esto se adelantó á muchos; y en lo demas, nobleza, estudios, riquezas y honra, no fué hombre mas excelente que los otros vulgares de su tierra. Éste desde su tierna edad tuvo amistad muy estrecha con un Dinias, natural de Efeso, hijo de un ciudadano rico, llamado Lision, hombre de estima en su república. Murió su padre Dinias, dexándole grandísimos tesoros y crecida hacienda; de suerte que era el hombre mas rico de su tierra: escala era su casa de quanta gente moza en la ciudad vivia, sin que hubiese hombre de gusto que no le acompañase: preeminencia de la riqueza, que todos desean agradar á quien la goza. Los mas que se le hacian amigos era por sus propios intereses, enemigos encubiertos, y que solo para gastar y adular le acompañaban y asistian, agenos en todo de verdaderos, pero puntuales y á propósito para gastarle la hacienda, y destruir su persona. No habia deleyte de que no le advirtiesen: no habia vicio que no le enseñasen: todos eran á divertirle, sin que ninguno le dixese el camino de la virtud, la importancia del buen exemplo, y el premio de la honestidad y cordura: amigos al uso, todos juego, todos juramentos y disoluciones, y tan animosos que á trueco de quitarle los dineros, no dudaban de ponerle á conocidos peligros. Entre estos tambien se hallaba Agatocles, y aunque alguna vez bebia y comia con ellos, ninguna aprobaba aquel género de vida, ántes le detestaba grandemente, procurando sacar á Dinias de la inquietud con que vivia: no era por esto mas estimado Agatocles del amigo, sí en todo pospuesto á los lisonjeros y perdidos: costumbre tan recibida en el mundo, que se tiene por delito declarado entre los malos el desear ser bueno. Por las continuas amonestaciones que Agatocles hacia á Dinias, trayéndole á la memoria la calidad de sus pasados, la fama que habian dexado, lo que desdecia la suya de mozo distraido y libre, á la de aquellos varones que le habian dado principio, cuyas memorias vivian eternas por el valor de sus hechos: re-

presentábale la inquietud de la vida que traia, el peligro ordinario en que le metian las libertades y desenvolturas de su trato; y el sentimiento que causaba á quantos le conocian, ver que gastase tan viciosamente lo que sus padres habian juntado con trabajos é incomodidades tan grandes. Esto le decia siempre, sirviendo de despertador al olvido que de sí mismo traia, y de freno á sus apetitos, á que rotamente se arrojaba. Causó en Dinias disgusto esta continuacion de reiterarle sus excesos; y ansí vino á tenerle por sospechoso en sus contentos (costumbre de los viciosos) encubriéndose quanto podia de Agatocles, y mostrándole tal desabrimiento, que él claramente viese su disgusto: animábanle á que le despreciase los compañeros y aprobantes de sus vicios, siguiendo solo con estos su acostumbrada vida, sin mirar en honra, ni en recato. Conoció el disgusto Agatocles, y fuese retirando poco á poco, no olvidando quando tenia ocasion, los acertados consejos con que incitaba de nuevo la cólera del amigo. Quedáronse los aduladores, señores de todo Dinias, haciendo de su voluntad quanto querian; y él, ya sin quien le fuese á la mano, entregado á una vida licenciosa, deprabada y libre: persuadiéronle aquellos amigos suyos, que era entrañablemente amado de Cariclea, muger de Demostenes, varon ilustre, y de los senadores principales de Efeso: pintábanle la hermosura de la dama, tan altivo para aficionarle, que ya loco de amor por su belleza, no reparaba en mil imposibles que su pretension tenia: traza debió de ser de ella por medio de alguno de aquellos de quien se fiaba Dinias para destruir al pobre mozo; porque dentro de pocos dias le traxéron algunos bi-

billetes suyos. Enviábale regalos y presentes, coronas de rosas medio marchitas y secas; y tal vez manzanas mordidas de su boca: hacia grandes extremos si le veia, fingiéndose muy enamorada, y al fin no le faltaba por hacer para rendirle, quanto hacen las que tienen trato deshonesto, para agradar á los mancebos que desean, que ignorantes de los engaños suyos, los encienden en su amor con una persuasion diabólica, haciéndoles creer, que son de ellas muy amados y queridos, siendo mentira su trato, y que de él no saca mas, que desesperacion, engaño y muerte, que encubierta entre aquellos falsos alhagos, entre aquellas adulaciones y mentiras, conducen á extremos tristes, y á desengaños claros. Esta Cariclea era muger hermosa, sagaz, aguda y discreta: tan gran maestra de disoluciones y deshonestidades, que pocos cuerdos sabian huir de su ciencia: tan libre en su proceder, que no se negaba á quantos la querian, sin que hubiese menester muchas persuasiones su rendimiento: con solo que la mirasen, obligaba el gusto de manera, que con los ojos mostraba el deseo de su lascibia: muerta por complacer á todos, porque le daba cuidado pensar que podia haber quien de su blandura se quejase; y con tener este natural agradable y placentero, cosa que saben disimular las tales, era en extremo astuta y diestra en atraer voluntades: de manera, que entre dudas y certezas sabia ocultarse y rendirse, trayendo dudosos siempre de su fe, á los que mejor la conocian: pudiera dar lecciones á la mejor maestra, á la ramera mas pública: los modos con que rendia las libertades mas exêntas eran sobradamenre agudos, y ya que á los amantes les te

tenia sujetos, les quitaba el juicio con mil cautelosas demostraciones: quando enojada con ellos los atormentaba con pesares continuos: quando entre alhagos suaves entre palabras dulces y amorosas los sujetaba de nuevo: ya les desesperaba con zelos declarados: ya mostrándose cansada de aquel trato, queria con capa de virtud encubrir su lascibia, y dar miedo con su mudanza: ya con fingirse prendada en otra parte, despertaba cuidados nuevos, y desesperaba al mas satisfecho de sus obras y palabras; y al fin haciendo transformaciones diferentes, aseguraba en todas su ganancia, exercitando varios modos de robos y traiciones, para ser cárcel cruel de los mas libres, prision pesada de los mas descuidados, y martirio continuado de unos y otros. Á esta muger incitaron los amigos de Dinias para que fuese muerte de sus contentos, y cuchillo de su honra; y ella que habia degollado á tantos inocentes, y habia robado á tantos apercibidos, supo portarse de manera en esta empresa, que venciendo al miserable mozo, le quitó la libertad, y le robó la hacienda; y aunque no le sucedió á ella este hecho como deseaba, al fin fué ocasion de innumerables desgracias que despues padeció Dinias. Contenta ella con tan feliz victoria, gozaba de los despojos de la guerra, satisfecha de su empleo: porque Dinias era hermoso y rico, y digno por su valor de que le amasen las damas mas hermosas de Efeso. Llegó este amor á plática de manos, cogió Dinias el fruto de sus deseos, que tan astutamente le habia ido dilatando el dueño, hasta vencer toda el alma. Creció con la posesion el amor niño (que si es perfecto, es locura pensar que con gozar se acabe) y Dinias preso entre

tre la dulzura de mil caricias agradables, en trato estrecho, en dulces suspensiones y en comunicacion ordinaria se juzgaba el mas dichoso de la tierra, ofreciendo quanto tenia en precio del rescate de su gusto, sin quererse ver libre de tan agradable servidumbre. Ella astuta, sabía muy bien divertirle, ya haciéndole mil caricias, ya llorando con los temores de perderle, ya suspirando quando le miraba, ya abrazándole quando se partia, ya saliéndole á recibir quando llegaba, ya cantando dulcemente para entretenerle, ya adornando su hermosura para enamorarle, y ya pidiéndole quanto tenia para destruirle: ¿qué mucho que se rindiese un pobre mozo poco exercitado en semejantes cautelas, y que pensaba que era dueño de tan apretados extremos? á fe que el mas discreto habia de caer en tales lazos. Ya que Cariclea le tenia en los suyos para asegurarle mas en ellos, y acabarle de quitar lo que tenia, fingió que estaba preñada, remedio eficaz para asegurar la voluntad del amante, de que quedó Dinias contento grandemente. Ya que con esto le tuvo mas sujeto, fuese divirtiendo poco á poco de visitarle y escribirle, fingiendo que su marido habia entendido el suceso, y que zeloso la miraba con mayor cuidado, sin dexarla salir de casa sola, y acompañándola en ella. Dinias que ya la costumbre habia hecho naturaleza la dulzura de sus caricias, no podia sufrir su ausencia, y ansí se desesperaba el rato que no la veia: lloraba amargamente su desventura: queria que sus amigos solo le hablasen en Cariclea, y abrazado á su imágen todo el dia, que la tenia de mármol en su casa, su ordinario exercicio era decirla ternísimas locuras: ella añadia las dificultades pa-

para verle, ponderándole los aprietos en que por su ocasion la tenia su dueño, y la mala vida que la daba: asegurábale, que jamas le olvidaria; y siempre le pedia dádivas ricas, ponderando la obligacion que le tenia, por los trabajos que pasaba por su causa. Enloquecia con esto el triste amante, y furioso se revolcaba en tierra, ageno de sentido y sufrimiento; y enviándola quanto tenia, lloraba lo mucho que la habia dado: y no me espanto, porque era inmensa riqueza; porque en cambio de las amenazas y las rosas, le habia comprado casas y heredades, grandes ajuares, y adornos, vestidos ricos, joyas de valor y precio, baxillas de plata y oro, esclavos, criados, y dineros quantos habia querido: ¿qué me canso en singularizarlo? baste decir, que la casa de Lision en breve tiempo, siendo la mas rica y noble entre los Jones, la dexó asolada Cariclea; y despues que le vió pobre, y que no tenia que darla, fuese retirando poco á poco con las escusas que he dicho, y se aficionó de un caballero Cretense, dexando á Dinias del todo: de manera, que á un tiempo le faltáron al necio enamorado la hacienda, la dama y los amigos: porque éstos en viéndole pobre y despreciado, le dexáron, y se fuéron á asistir al Cretense, que era el sol que nacia entónces para todos. Valgame Dios, y que de ello descubre la pobreza! por cierto que es como la muerte en acarrear desdichas: ¿quién volvió por el pobre? ¿quién acompañó al necesitado? ¿quién estimó al caido? ¿y quién honró al desdichado? La mayor grandeza, si declina de su extremo, llega al centro de la mayor desdicha: los ricos y poderosos no tienen ningun amigo, nadie los estima, aunque los honran

ran todos: veneraciones que se hacen á su riqueza, pues que en faltándoles, los tratan como inútiles, los reputan como infames. Dinias pues, enamorado y pobre, no halló amparo entre tantos como en sus prosperidades le aplaudian, y acordándose de la firmeza de la amistad de Agatocles, con quien él habia tan mal correspondido, porque le tenia advertidos los daños que ya pasaba, y las miserias que padecia; fuese á su casa, al principio no poco corrido de no haber hasta entónces estimado sus desengaños; mas al fin animado del amigo, que ya sabia todas sus fortunas, le contó quanto habia pasado: díxole el punto de sus amores, la imposibilidad en que se juzgaba para vivir sin el bien que le habia acarreado tantos males, lloróle la pobreza presente, culpó la mudanza de la dama, la gravedad de sus engaños, confesó la ventaja que ya le hacia el competidor Cretense, noble, rico, favorecido y estimado; y que no le seria posible vivir sin la conversacion de Cariclea. El amigo Agatocles que tristísimo le escuchaba, juzgó por tiempo perdido el reprehenderle por no haber tomado sus consejos; que es de necios inconsiderados afligir de nuevo al triste, culpándole por no haber hecho lo que despues de la desgracia venida es imposible hacerse. Pudiera otro ménos considerado reñirle, por haber creido á los amigos fingidos; mas el verdadero no lo hizo, porque ya tenia bien á su costa esa misma certeza por castigo. Veíale desamparado de todos, quando habia mas menester que le amparasen, tenido en poco de los mismos que poco ántes le aplaudian y acompañaban. ¿Qué mayor reprehension que haber perdido tanto junto? No quiso darle mayor pena,

na, ni con acordarle sus venturas, ni con repetirle sus desgracias: consolóle amablemente, y vendiendo por tres talentos una sola casa que tenia en Samo, que habia heredado por muerte de su padre, se los entregó á su amigo Dinias, para que pudiese resucitar su honor, muerto á las valientes manos de la necesidad pasada. Volvió Dinias á lucirse, adornó su casa, vistió criados y pajes, y andubo á lo señor como primero: vuelven los aduladores y lisonjeros á acompañarle y servirle, cargados de escusas necias, y sumisiones humildes. Supo Cariclea la mejoría de la prosperidad enferma: volvióle á parecer hermoso Dinias; que no hay adorno ni gala como el oro; ninguno con él es feo, necio, ni desairado. Volviéron otra vez los recados y presentes, las escusas y querellas, las quejas y sentimientos amorosos: y el amante que cifraba la vida en la duracion de aquel deleyte, porque quando sujeta amor al alma, la adora por centro suyo, en él solo halla descanso, fácilmente perdonó los pasados agravios, fácil se rindió de nuevo nuestro enamorado Dinias, entregándose todo á su apetito. Cariclea que solo con ánimo de robarle le hacia semejantes alhagos, buscó traza para de una vez empobrecerle; y aunque la consiguió, fué dando en precio su vida; porque tan rigurosamente castiga el cielo agravios tan injustos. Previnole una noche para que la viese, y vino al primer sueño á visitarla: estaba escondido en la misma casa su marido, ó ya que zeloso sospechase sus lascibos tratos, y procurase vengarse, ó que la misma Cariclea le hubiese contado mañosamente el suceso, culpando á Dinias de atrevido, y de solicitador de su deshonra, para vengarse á su salvo; y esto segun-

gundo se decia por cierto. Acostáronse los amantes, ella con dulzuras fingidas, y él con sentimientos verdaderos; quando acompañado de algunos criados suyos, entró el ofendido dueño, y cerrando las puertas de la sala, amenazaba con muerte lastimosa al triste Dinias, pidiendo á voces venganza de su injuria; y con la espada que traia desnuda en la mano, arremetió á querer herir á los adúlteros. Dexó Dinias la cama apresurado y animoso, viendo el aprieto en que se hallaba; y buscando con qué poder defenderse, topó acaso un asador que estaba junto á la cama, y reparando los golpes que unos y otros le tiraban, hirió al marido en las sienes, de tal suerte, que luego se cayó muerto; y colérico y turbado, pareciéndole que Clariclea tenia la culpa de semejante desgracia, tambien la quitó la vida, no de un golpe como á su marido desdichado, sino dandola con el asador muchísimas estocadas, hiriéndola con la espada del marido. Temerosos y espantados miraban los criados tal desdicha; y deseosos de la venganza de sus dueños, quisieron prender á Dinias; mas él se defendió tan valerosamente, que retirándolos á todos, le dieron paso á la calle. Fuese de allí en casa de Agatocles, que espantado del suceso, estuviéron toda la noche disponiendo el remedio que tendria. Mucho ántes que amaneciese se habia divulgado por la ciudad el caso, y la justicia tenia cercado á Dinias en casa de su amigo, de manera que no pudo salvarse por mas que los dos lo procuraron: llevaronle á la carcel otro dia, y tan pesaroso estaba de lo hecho, que confesó el suceso al Presidente que gobernaba al Asia; y viendo la atrocidad del delito, le remitió al
Rey

Rey de Persia, para que á su sabor le castigase. En gran peligro estuvo de perder la vida; mas despues de muchos dias fué condenado á destierro perpetuo en la isla de Giaro, que como sabes, es una de las Cicladas. Acompañóle Agatocles en la prision que tuvo, sintiendo y pasando sus trabajos, sin dexar de ser amigo en las mayores desventuras: fué con él á Italia, y de todos sus amigos, solo Agatocles le acompañó delante de los jueces, sin faltar en nada la obligacion de verdadero amigo: vivió siempre con él en el destierro, y con ser tan pesado aquel género de vida, él se desterró á sí mismo, padeciendo voluntariamente el destierro que Dinias padecia forzado. Llegaron á gran pobreza en aquella isla, porque gastado lo que habian llevado, no tenian cosa alguna para pasar la vida; y Agatocles (exemplo glorioso de la amistad verdadera) se alquilaba para trabajar con los que en Giaro hacian la púrpura, y con su jornal daba de comer á Dinias, á quien sirvió de noche y de dia como esclavo en una enfermedad que tuvo, de que despues de haberle durado muchos dias, vino á morir, con tanto sentimiento de su amigo, que jamás quiso volver á la patria, juzgando por cosa indigna del amor que habia tenido á Dinias, desampararle en la muerte; y así esperó allí la suya, mandándose enterrar con el amigo que habia querido tanto.

Este famoso hecho de un amigo Griego te he contado, que ha tan poco que sucedió, que á lo que pienso, solos cinco años ha que Agatocles murió en Giaro. ¡Mira tú ahora si es digno de ponderacion amor tan grande! *Tox.* Holgárame, Mnesipo, que sin juramento hubieras dicho este exemplo, porque pudiera yo no creerle todo: porque es tan natural Scita ese Agatocles en el saber ser amigo, que no sé yo como has de contar otro Griego que se le parezca. *Mne.* Oye otro exemplo de amistad grandioso, verás que en Grecia no hay solo el que has oydo: contómele Similo Nauclero Megarense, jurándome muchas veces, que habia sucedido en su presencia (1). Decia, que navegando á Atenas desde Italia, casi al tiempo que las Pleyadas encubren su hermosura; llevando su nave muchos pasageros, entre ellos iba uno llamado Eutidico, y Damon Calcidonense, amigo suyo: eran de una edad entrambos, sí bien diversos en el natural y fuerzas, Entidico robusto y sano, y Damon flaco y enfermo, convaleciente de alguna enfermedad prolija y larga, amarillo y melancólico. Decia Similo, que hasta Sicilia habian navegado felizmente, mas despues que tocaron el estrecho y salieron al mar Jonico, les embistió una cruel tormenta: ¿quién podrá decir la tempestad que allí hubo? Las furiosas ondas levantadas en soberbios montes, encrespadas sierras, amenazaban las estrellas, que defendian las nubes con mares de agua, con rayos y granizo, con general asombro y evidentísimo peligro. Rindiose la embarcacion á la fuerza del temporal soberbio, y desmantelada del todo, ofrecian al mar en lastimoso sacrificio las velas y las xarcias, las haciendas y tesoros por solo salvar las vidas con el mástil desierto. Corria la mísera navecilla por el inquieto piélago, y ya cerca de Zacinto, se halló tan á

(2) Amistad de Eutidico y Damon.

á pique de perderse, que á no atravesarla unas sogas y maromas en que las ondas quebrasen su ímpetu valiente, fuera imposible resistir tan gran conflicto. Alborotados quantos navegaban, llenos de confusion, no hallaban remedio en tal desdicha, y ya casi sin esperanza de tenerle, llegaban á desear la muerte para salir de tantas penas. Damon, que como enfermo y delicado le habia alterado mas que á otros la inquietud y balanzos de la nave, lleno de mortales bascas, reclinado sobre el bordo estaba á la media noche vomitando: creció el temporal entónces, y cargando mas el vaso á aquella parte, fué el triste arrebatado de las furiosas ondas, y sumergido en las aguas: fué ventura estar desnudo, porque ansí pudo nadando defenderse de tempestad tan grande. Andaba el desdichado forcejeando con las aguas, que ya piadosas le llegaban á la embarcacion amiga, y ya crueles le apartaban de ella, hasta que puesto en la última desdicha, rendido al cansancio y miedo, perdió las fuerzas y el ánimo: con lastimosa fatiga pedia favor al amigo, dandole voces, para que le ayudase: él, que estaba desnudo y en la cama, con animosa osadía se echó á la mar en oyendo el peligro del amigo. Á la claridad de la luna le vió entre las aguas fluctuando, ya tan desflaquecido, que estaba cerca de muerto: sustentóle poco á poco, y ayudando á su flaqueza, nadando siempre á su lado, le procuraba librar de tal peligro. Á las voces lastimosas del uno, y al hecho valeroso del otro, habian atendido quantos guardaba el vaso, y ansí compadeciéndose de ellos, quisieron detenerle para volverlos arriba; pero no les fué posi-

sible: porque llevada la embarcacion del viento, se alargaba de los dos, sin ser poderosos á pararla quantos lo deseaban. Echáronles muchos corchos, tablas, cables y maderos para que ayudados de ellos Damon y Eutidico, pudiesen con ménos daño defenderse del peligro hasta aferrar con la nave, para lo qual hacian sobradas diligencias los que la gobernaban, lastimados y tristes de que allí pereciesen dos amigos tan grandes. Considera, ansí vivas, qué exemplo de amistad verdadera se puede hallar mas admirable, y qué mas puede hacer un hombre por su amigo que echarse á la media noche en mar tan alterado, sujeto á tan cruel tormenta, con tan poca certeza de salvarse, por librar á su amigo de peligro, por ayudarle en su pena, y por librarle de muerte. Por tu vida que consideres la alteracion de las aguas, el ímpetu soberbio de las olas, que hechas azotes rigurosos de sí mismas, quieren ser atlantes de los cielos: oye el bramido espantoso de las ondas, que revolviéndose á todos lados, derriban montes, y forman sierras de espuma, adonde el viento articula tristes quejas, ecos lastimosos, singultos lamentables que atemorizan y suspenden: mira la tristeza de la noche, presagios melancólicos del peligro que temian, y que avivaba la desesperacion en que se hallaban: pondera la poca esperanza con que se entregaba al agua, de salvar su vida ni de librar al amigo; pues el tiempo, la hora, la ocasion todo podia mas que darle esfuerzo, atemorizarle y detenerle. Mira al amigo ya casi ahogado, que apénas se mostraba entre las ondas, sin fuerzas para ayudarse, y sin valor para dar voces, y que ya en el último asedio solamente

 por

por señas (la vez que se mostraba) pedia ayuda, extendiendo las manos entre la confusion y aprieto. Considera tambien la presteza con que se echó á la mar Eutidico, en oyendo las voces lastimosas del amigo: mírale como á pesar del viento y agua llega animoso á defenderle, y que abrazado con él, le sustenta con los brazos, solicitando la orilla, temeroso de que Damon no se le muera ántes de ponerle en salvo. Que yo te aseguro, Toxaris, que si notas atentamente las circunstancias de este hecho, que no halles en él pequeño exemplo de la amistad verdadera, y que engrandezcas á Eutidico entre los fieles amigos, pues sin temer el daño propio, se puso á tan gran peligro por defender la vida de su amigo. *Tox.* Notable valor tuvo ese Eutidico: pocos harán esa fineza en nuestro siglo. Mas dime, así gozes muchos, ¿en qué pararon esos hombres? porque ahora quiero confesarte que desde que empezaste tan lastimosa historia, he estado penadísimo por pensar que se ahogaron ámbos. *Mne.* Ambos juntos se salvaron, y hoy estan estudiando filosofia en Atenas, sin quererse apartar uno del otro. Similo no contaba de este caso mas que lo que yo he dicho: porque él no vió otra cosa aquella noche, quedando en la nave lastimados, de no poder favorecerlos. Lo que les sucedió hasta salvarse, cuenta ahora muchas veces el mismo Eutidico: dice que tomaron algunos corchos de los que de la nave les echaron, y que colgados de ellos se sustentaban sobre el agua con ménos trabajo que nadando, y que allá cerca del alva divisaron las tablas y maderos, y procurando tomarlos, puestos en ellos, navegaron con mas comodidad hasta llegar á Zacin-

cinto. *Tox.* Huélgome que se salvasen amigos tan verdadederos. *Mne.* Escucha de otro no ménos famoso que este. Eudamidas Corintio tenia por amigos á Areteo y á Carixenio Sicionio (1): éstos, hombres ricos y hacendados, y aquel pobre en gran manera. *Tox.* Aquí es menester tu juramento: porque es cosa rara lo que dices, pues pocas veces se ha visto amistad grande entre la riqueza y la pobreza, entre la humildad y la soberbia. *Mne.* Por aquesa maravilla y otras cuento por famoso el caso. Dióle una grave enfermedad á Eudamidas, y los amigos acudieron á servirle cuidadosamente: agravóse la dolencia, vió el enfermo que se moria, y ansí ordenó su testamento, y se dispuso para el último trabajo: la disposicion de su última voluntad fué tenida de muchos por locura: no sé si á tí te parecerá lo mismo, que tanvien sabes apreciar las cosas, y pones tan en su lugar la estimacion que se debe á la amistad verdadera, que pudieras ser exemplo de los mas fieles amigos por el conocimiento que tienes del valor de esta virtud divina. Tenia el enfermo madre y una hija, ámbas á dos tan necesitadas y tan pobres, que con faltarles su amparo, no les era posible hallar en la tierra alguno para pasar la vida: y todo su testamento casi se venia á cifrar en esta manda: mando mi madre á Areteo (decia la cláusula) para que tenga cargo de sustentarla, y la ampare en su vejez, como sabía que yo lo hacia; y mando á Carixeno mi hija, para que desde luego la reciba por suya, la case y dote, y la ampare como si lo fuera, mirando por su honesti-

(1) Amistad de Eudamidas.

tidad y aumento con el mismo cuidado que lo hace por sus hijos; y si se muriere alguno de ellos, mando al otro que herede toda esta herencia, y se quede con abuela y nieta, y las ampare y sustente. *Tox.* Qué pocos hubiera ahora que admitieran esas mandas. *Mne.* Entónces tambien hubo muchos que se rieron de ellas, viendo la pobreza del testador, y no sabiendo la amistad y valor de los herederos: ninguno se halló á la publicacion de estos legados que tuviese envidia de ellos, cosa no poco usada en quien ve que heredan otros: ántes riendo y fisgando, los llamaban dichosos y bien afortunados, pues queriendo cumplir el testamento del difunto, le habian de dar su misma hacienda, siendo vivos. Admiracion y risa causó en la ciudad aqueste caso: Clarixeno murió al quinto dia despues de Eudamidas (dicen que de dolor de verle muerto, porque tiernamente le queria) y el buen Areteo aceptó los dos legados, y sustentó á la madre del amigo, y pocos dias ha que casó á la hija honradamente, y de cinco talentos que tenia de hacienda, dió dos en dote á una hija única suya, y otros dos á la de Eudamidas, y en un dia celebró los casamientos. ¿Qué te parece de la amistad de este hombre? no fué hecho heróyco? no fué prueba grandiosa? no fué valor notable? ¿quién sin grande amistad acetará semejante herencia, y cumpliera tan bien el testamento? no te parece exemplo digno el que has oido? *Tox.* Valor fué sobrado el de Areteo; pero yo mas admiro la confianza de Eudamidas, pues mostró claramente en fiar cosa tan grande de sus amigos, que todas quantas ellos le mandaran las juzgara su ánimo por pequeñas, y las hiciera al punto.

to. *Mne.* Bien luce en el suceso la amistad de todos quatro. *Tox.* Sí; pero el mas venturoso fué Carixeno, pues acabó con el dolor lo que quiza no pudiera con lealtad, y murió glorioso, sin gozar de herencia tan pesada. *Mne.* Ventura suele ser la muerte en muchos casos. *Tox.* Siempre es el fin de las mayores desgracias, siendo ella la mayor pena. *Mne.* Oye el quarto exemplo á ver si te contenta, que es de Cenotemo hijo de Carmoleo, natural de Masilia (1). Quando yo estuve en Italia (qué ya sabes que me envió la patria sobre negocios del bien público) me enseñaron un mancebo hermoso por todo extremo, de lindo talle, y segun me decian, dueño de grandes riquezas: éste andaba en un vistoso carro bien aderezado, y con mucho acompañamiento de criados: traia á su lado asentada una muger feísima, tuerta de un ojo, calva (defecto grande) y lisiada del brazo y pierna derechos, de manera que seco y pasmado el medio cuerpo, no podia tenerse ni rodearse: verdaderamente ella parecia un espantable monstruo. Maravilléme yo mucho de ver juntos extremos tan diversos: el un ángel en todo, y ella en todo un demonio, y culpé al mancebo grandemente, quando supe que eran los dos casados, hasta que el que me lo dixo me contó el caso de matrimonio tan diverso, suceso fidedigno: porque el que me le decia era Masiliense y noble, y que conocia á los dos de muchos años.

Sabrás, me decia, que este galan hermoso se llama Cenotemo, natural de esta ciudad, y tan rico como noble, y noble como hermoso y avisado. Éste tuvo estrecha amistad con Me-

(1) Amistad de Cenotemo Masiliense.

Menecrates, padre de aquella muger, monstruo de fealdad y de aborrecimiento: era Menecrates tan rico como su amigo, iguales en la calidad, unos en la estimacion entre los ciudadanos mas famosos: sucedió que hicieron á Menecrates juez árbitro en un negocio dudoso y de importancia, sobre que libró sentencia, condenando injustamente á uno de los litigantes. Éste que era poderoso, y le habia irritado el agravio recibido, siguió al juez tan grandemente que le probó lo injusto de la sentencia, con que fué Menecrates condenado á perdimiento de bienes y á suspension de honras y públicos oficios, inhabilitándole perpetuamente para el servicio del pueblo. Ansí lo juzgaron los seiscientos varones que tenemos señalados los Masilienses (decia él) para castigar los jueces injustos, y que dan sentencias malas. Sintió este golpe el desdichado Menecrates impacientemente, tanto por quedar tan pobre, como por vivir sin estimacion y honra entre los que le habian visto con tanta. Pero lo que mas le fatigaba era tener aquella hija tan fea y abominable, ya en edad para casarla, porque tenia diez y ocho años; para quien guardaba tanta hacienda, porque supliese el oro defectos tan notables: milagro ordinario suyo, y que ya no le seria pequeño acomodarla pobre, quando fuera grande hazaña, noble y rico: tú lo puedes juzgar por el talle y cara de esa muger que has visto. Hallábase congojado, viendo á la hija sin remedio, pues era sin duda que ningun hombre de estima querria casar con tal monstruo, sin vender su libertad á fuerza de riquezas: porque demas de ser tan fea, es cierto que á cada luna la dan tales accidentes, que per-

perdiendo el sentido, se golpea y arrastra, haciendo lastimosos extremos lo que aquel dolor la dura. Faltáronle para mayor pena sus amigos (cosa ordinaria en la pobreza) quedando firme Cenotemo, quando faltáron todos: con éste lamentaba Menecrates sus desdichas, á éste descubria sus aflicciones, consolándose con el verdadero amigo, que el que lo es, da mayor ánimo, y da mayor contento en los trabajos, que la mayor felicidad y ventura. Consolábale Cenotemo con amorosas razones, asegurándole que miéntras el viviese, ni padeceria necesidad alguna, ni su hija falta de marido de su calidad y estado, y despues de haberle dicho un dia aquesto, le tomó por la mano, y llevándole á su casa, partió con él de sus tesoros; y mandando aderezar grandiosa cena, convidó á muhos amigos, y entre ellos á Menecrates y á su hija, sin declarar el fin de tanto gasto y prevenciones. Sentáronse á cenar todos, y despues que se hubieron acabado los sacrificios que en tales fiestas se hacen á los Dioses, tomó una copa de vino Cenotemo, y dándosela á Menecrates, le dixo tales palabras: recibe, ó Menecrates, esta copa de vino de mi mano en señal del mucho parentesco que hoy se establece entre nosotros; porque tengo determinado casarme con tu hija Cidimaca (que ansí se llama la fea) pues que ha tanto tiempo que me has dado con ella en dote veinte y cinco talentos, en los quales yo quiero dotarla ahora. Esto dixo él, sin haber recibido blanca, para facilitar las voluntades de los presentes, y disculpar en parte la fealdad de la novia, que no lo es ninguna quando es rica. No quiera Dios, que hagas semejante desatino, amigo Cenotemo, dixo turbado Menecrates, que no estoy yo tan sin jui-

juicio, que desprecie tanto tu gentileza y hermosura, que quiera cautivarla en tan abominable cárcel, como la fealdad de Cidimaca: busca tu igual en belleza, ó generoso mancebo, que no quiero ser ingrato á lo mucho que te debo, anteponiendo á tu pérdida tan declarada, el aprovechamiento que se me seguia de tan feliz ventura: viva nuestra amistad eternamente, y sepa el mundo que pierdo quanto me ofreces por librarte de tan gran desdicha como tendrias en compañía de mi hija. Miéntras Menecrates amigablemente procuraba persuadirle, se levantó Cenotemo de la mesa; y tomando á Cidimaca en los brazos, dexando admirados á los convidados, de su amistad verdadera, se entró con ella á una quadra, adonde tomó posesion de su persona; y ella le rindió su virginidad, por fiel tributo, con que el casamiento quedó hecho, y alegremente se prosiguió la fiesta: ámala entrañablemente, y la trae consigo á todas partes, sin apartarla de su lado, buscándola los mayores gustos y mejores holguras: tan glorioso de lo hecho, que en todas ocasiones se gloría de que despreció la hermosura, tuvo en poco su opinion y fama, solo por honrar al amigo, y conservar su amistad inviolable: estima á Menecrates grandemente, honrándose de su deudo, como pudiera hacerlo ántes de la deshonra recibida por la sentencia de los seiscientos jueces: nadie ha culpado su eleccion acertada, y el cielo la ha aprobado tanto, que ya ha empezado á satisfacer tan amoroso extremo, pues de aquella fea le ha nacido un niño tan hermoso, que en lo bello es viva imágen del padre; y no ha muchos dias, que coronado de oliva, y lleno de doloroso luto le presentó el mismo Cenotimo en el Senado, para que con su belleza é inocencia moviese á misericordia á los jueces en la deshonra del abuelo: propuso el padre su causa, y entre piadosas lágrimas impetraba la piedad para el suegro; y el hermoso rapaz con meneos y risas pedia por señas lo mismo, haciendo lo que veia hacer al padre. Movióse tanto el Senado con la presencia del niño, y agradáronse los Senadores de manera de su hermosura y juguetes, que remitieron á Menecrates la pena impuesta, volviéndole á admitir al órden Senatorio, y restituyéndole la hacienda y fama, por haber tenido tal defensor en su causa. Esto decia el Masiliense, que habia hecho Cenotimo por su amigo Menecrates, y ansí habia conservado las prendas de la amistad verdadera; oficio heroyco de singular amigo, y que dudo yo que lo hiciérades alguno de los Scitas, por lo mucho que estimais á las mugeres hermosas, y aborreceis á las feas. *Tox.* Prerogativas son de la belleza, y detestacion debida es á la fealdad de las mugeres, el estimar las primeras, y aborrecer las segundas: porque ¿quién no teme una compañía á su disgusto? Pardiez que estimaba mucho Cenotimo á Menecrates, pues castigó su gusto, y sujetó su belleza á tal tormento. Pasa al quinto exemplo, ansí Dios te libre de las feas, que aun solo el tratar de ellas, tengo por gran desdicha. *Mne.* Muchos pudiera decirte; mas quiero dexarlos todos, y contarte la amistad de Demetrio Suniense, por ser notable su historia.

Has de saber, que este Demetrio quiso estrechamente á Antifilo Alopeciense (1), con el qual

(1) Amistad de Demetrio.

qual desde la niñez habia tenido amistad muy apretada: habíanse criado juntos, y siendo mozos, habian estudiado en una misma escuela, teniendo por maestro á Rodio el gran Sofista, Demetrio la diciplina Cinica, y Antifilo Medicina, y en todo habian salido consumados. Contábanse en los estudios grandiosas maravillas de Egipto, y entre las mayores decian que habia unas torres muy altas, á quien llamaban pirámides, que siendo tan levantadas, que pudieran servir de estrado á las mayores nubes, jamas hacian sombra alguna, y que habia unas aves á quien llamaban Memnonas, de quien se decia por cosa cierta que hablaban al salir del sol todos los dias. Deseosos los dos amigos de ver milagros tales, determináron ir á Egipto, y ansí navegáron seis meses enteros por el Nilo, padeciendo mil trabajos, por ir siempre contra la fuerza de las aguas, y venciendo la corriente, tomáron tierra, y fué forzoso apartarse, porque cansado del camino, Antifilo enfermó del calor y del cansancio: quiso esperarle Demetrio; mas él no lo consintió de ninguna manera, ántes le hizo partir con un criado que le acompañase, avisándole primero á donde podria esperarle. Quedóse Antifilo descansando con otro mozo suyo, Siro de nacion, y por quien en aquel lugar le sucedió una gran desgracia: el mozo era distraido, y dió en acompañarse de otros tales, de tan licenciosa vida, que la gastaban en hurtos y latrocinios: sabian que en el templo del Dios Anube habia grandísimas riquezas, y concertaron de hurtarlas: para este sacrilegio se juntaron algunos que se hallaron mas animosos, y acompañándolos el Siro, criado de Antifilo, rompieron las puertas del templo, y robaron la imágen de Anube, que era

era preciosa y rica, dos copas y un cetro de oro, muchas piezas de plata, y joyas de valor y precio, que todo lo dieron á guardar al Siro, para venderlo poco á poco. Causó notable admiracion en la ciudad atrevimiento tan grande, y procurábase por todas vias saber los agresores del delito, para castigar severamente este pecado; mas nunca se supiera quien le hizo, á no vender los mismos ladrones algunas de aquellas joyas, que no tuvieron prudencia para disimularlas y encubrirlas. Fueron presos algunos sobre el caso, y puestos á tormento le confesaron todo, diciendo como estaban las joyas en casa de Antifilo escondidas. Quando él mas descuidado estaba, le cercó la casa la justicia, y hallaron el hurto debaxo de su misma cama, adonde su criado, por ocultarlo mas, lo habia escondido. Amo y mozo fueron presos, y mas culpado Antifilo que el Siro, por la confesion de los agresores, y por los indicios de haber hallado las joyas debaxo de su cama. Él publicaba su inocencia, afirmando que ninguna cosa sabia de aquel suceso; mas como era tan mal sonante, y veian sacar el hurto de su casa, ninguno habia que le creyese: los que eran amigos suyos le trataban como á sacrílego, no le conocian sino por el ladron del templo, teniendo por malditos á quantos le hablasen, ayudasen, ó favoreciesen: quitóle la justicia quanto traia consigo, y á él maniatado le pusieron en una estrecha cárcel, dándole mil molestias y disgustos, y teniéndole por el mas famoso malhechor de quantos habia presos. Era el carcelero un Egipcio, hombre cruel y bárbaro, y tan supersticioso, que pensando que en maltratar á Antifilo hacia á los Dioses gran servicio, le trataba con in-

injurias, crueldades y tiranías; y si el desdichado se quejaba alguna vez de su desdicha, diciendo quán injustamente padecia, era creido ménos, y castigado mucho mas, teniéndole por hombre desvergonzado y libre, pues queria negar cosa tan clara; y ansí con estas escusas de su inocencia se hacia mas culpado, y mas odioso. Los agresores del hurto falsamente le acusaban, disculpando su atrevimiento con decir, que él les habia mandado le tuviesen, calificando el suceso con la autoridad agena: costumbre antigua en el mundo, echar las propias culpas á quien no las ha cometido, por evadir las merecidas penas. La cárcel era rigurosa, las prisiones no pocas, malo el trato, muchos los disgustos, el sentimiento grande, y ansí le vino á faltar la salud en pocos dias; dormia en el suelo, y le gozaba tan escaso, que no podia extenderse: porque un desdichado pocas veces tiene de tierra lo que desea, con ser eso lo mas que siempre tiene, y lo ménos que le falta. De dia le encerraban en un calabozo oscuro con esposas en las manos, y cadenas al cuello: de noche le amarraban, duplicándole guardas y prisiones: era intolerable el hedor de aquella estancia, no menor la estrecheza y la apretura, pues en muy pequeño distrito estaban muchos presos: la confusion de las quejas, la desesperacion de los dolores, el ruido de las prisiones, las voces, el tumulto, el poco descanso y sueño, la desesperacion de muchos, la tristeza de algunos, y el temor de todos muy mal podrá decirse ni pintarse: retrato es una cárcel del infierno. ¿Cómo era posible que sufriese tantas molestias juntas hombre que se habia criado sin ninguna? Creció la enfermedad con los disgustos, de manera que ya no podia comer Antifilo, y esperaba cada dia el último. Quiso la suerte, que diese la vuelta de su peregrinacion Demetrio, y como no le topaba en el camino, preguntaba por él donde llegaba: contáronle en llegando quanto he dicho, cosa tan repetida en la comarca, que con ménos ocasion se la dixeran: á la misma hora que la supo, fué á la cárcel; mas no le consintiéron entrar dentro, porque habia mucho que habia cerrado el carcelero, y solo respondian las guardas que hacian á los presos centinela: volvió á la posada triste, dudando de lo cierto del suceso que habia traido á Antifilo á tan miserable estado. Mal descansó aquella noche con la consideracion de las penas del amigo: vino el dia, y hallóle á las puertas de la cárcel, y en abriendo, le dexaron entrar con dádibas y ruegos; que está tan sutil la codicia de los hombres, que aun para entrar en las cárceles son menester dineros y favores: buscó á Antifilo cuidadosamente, y aunque le vió algunas veces, ninguna pudo conocerle: tal le tenian la multitud de males padecidos. Desvelábase Demetrio en registrar los presos, mirando con diligencia á unos y otros; bien ansí como despues de una batalla se suelen buscar los compañeros difuntos entre la multitud de cuerpos muertos, que de ordinario quedan en el campo. Preguntaba á voces por Antifilo hijo de Denomene, y á no haberle dado tantas señas y voces, en mucho tiempo callando no le conociera: tan desfigurado estaba. Alentóse Antifilo á la voz que le llamaba, y llegándose Demetrio, le apartó los cabellos de la cara, que sucios y mal compuestos le cubrian: conociéronse los dos á un mismo tiempo, y haciendo el dolor su oficio, ambos queda-

daron desmayados, quál con gozo de que le hallase el uno, y quál con pena de haber hallado al otro: dulcísimos sentimientos se dixeron: éste contando sus fortunas, y aquel llorando sus desdichas. Pasaron aquellos éxtasis primeros, nacidos de las vistas repentinas, y duplicando dulcísimos abrazos, olvidaron con verse, las pasadas desventuras: dixo las suyas Antifilo, y animado de Demetrio le dió esperanzas de que tendrian fin tantas miserias, y le aseguró que en ellas no le faltaria, hasta librar de tantas opresiones su inocencia. Dolióse mucho de ver tan roto á Antifilo: porque ya el vestido consumido, ni adornaba ni defendia, y ansí rompiendo su manto se cubrió con la mitad, y con la otra mitad cubrió al amigo, quitándole aquellos sucios y rotos paños que tenia. Desde aquel dia le asistió Demetrio tan cuidadosamente, que nunca se apartó de acompañarle y de servirle, y para sustentarle, se alquilaba cada dia á los mercaderes que andaban cerca del mar, desde la mañana á medio dia, para traerles las cargas á las naves, y con estos jornales comian ambos, sin faltar el otro medio dia de acompañar á Antifilo. Tenia cuidado de regalar al carcelero, para tener fáciles entradas: porque sin la llave del interes, aun las cárceles no se abren. No era lícito quedarse dentro en la cárcel por la noche quien no fuese delinqüente, y ansí se iba Demetrio en anocheciendo, y á las mismas puertas de la cárcel dormia en una camilla de yerbas y de hojas, por no apartarse mucho de su amigo, y por no gastar en mejor cama, lo que ganaba para su regalo. Con esta comodidad vivieron algun tiempo, pareciéndoles á entrambos felicísimo, con solo gozar de verse: porque De-

metrio entraba á verle las veces que queria; pero la fortuna, que aun no se olvida de perseguir á los desdichados, aunque cercados de desgracias, ordenó una en la cárcel, con que la padecieron muchos. Estaba preso un hombre culpado en diferentes hurtos, y que sabia de muchos, en que habia culpados hombres graves: quisieron darle tormento para saber los cómplices, y estos, temerosos de que los descubriese, dos dias ántes que confesase, le mataron con veneno: hiciéronse grandes averiguaciones sobre el caso, y como no se pudiese averiguar lo cierto, quisieron quitar del todo la ocasion de otro suceso semejante, mandando que no entrase en la cárcel, quien no estuviese preso, y que á quantos lo estuviesen los aprisionasen fuertemente, sin dexar alguno que no estuviese amarrado. Triste Demetrio con esta nueva, porque no podia acompañar á su amigo, dió en una invencion extraña, para no desampararle en los trabajos: fuese al juez de la causa de Antifilo, y acusóse á sí mismo de cómplice en el hurto, y como sabia tambien el caso, le contó tan cierto con lo que estaba actuado en el proceso, que creyéndole el juez, le mandó aprisionar como á su amigo. Llevábanle á la cárcel ignominiosamente, y como le conociese el carcelero, no quiso recibirle, por estar cierto que se levantaba testimonio, hasta que sobornado de Demetrio, le puso atado junto á su amigo: ¿quién jamas dió dinero por verse aprisionado? ¡O gloriosa fuerza de la divina amistad qué de imposibles acabas! No fué poco acabar con el carcelero, que le pusiese con Antifilo, porque conociendo que Demetrio lo deseaba, aun no queria darle gusto en

en cosa tan penosa: quién duda que mostró Demetrio en este hecho las prendas del amor con que á su amigo amaba; pues trocó con tantos daños la libertad que gozaba, por solo dar muestras de su amistad grandiosa. Contentos los dos estaban puestos en tan gran miseria, con solo el bien de verse y de tratarse: enfermó tambien Demetrio, y ansí uno á otro se guardaban el sueño, y se libraban de fatigas. Mucho tiempo pasaron de esta suerte, sufriendo tantas incomodidades por hablarse, hasta que un suceso notable puso fin á sus desgracias. Hallóse un preso una lima, y juntándose con otros, limaron las cadenas en que los tenian atados, y abriendo los collares que se aseguraban en fuertes eslabones, quedaron libres muchos una noche: mataron á las guardas que velaban de posta, no muchos ni valientes; y quitándoles las llaves, se fuéron los que quisieron, procurando cada uno esconderse del venidero dia. Alborotose el Alcayde, que al ruido despertó despavorido, y pidiendo ayuda á la justicia, volvieron á prender á muchos que no supieron desaparecerse y ocultarse. Demetrio y Antifilo se quedaron en la carcel, sin querer huir de la prision en que estaban, deteniendo consigo al mozo Siro que deseaba huirse. Avisose á la mañana al Presidente, que por muchas partes envió á hacer diligencia por los presos, y llamando á Antifilo y Demetrio, y á algunos otros que no se fuéron pudiendo, engrandeció su fidelidad, pues no habian querido quebrarla en ocasion tan buena; y mandó que les dexasen andar sueltos por la carcel, ya que no podia enviarlos libres, por ser tan atróz el delito de que les imputaban. Daba voces Demetrio, pidiendo misericordia, diciendo que se les hacia notable injuria, si la fidelidad de no ser fugitivos no les valia para dexarlos libres, pues era el mayor indicio contra la culpa que se les imponia; pues hallándose culpados no esperaran sentencia rigurosa, pudiendo gozar segura huida. La eficacia de esta razon obligó al juez á que mirase la causa mas cuidadosamente; y apremiando al Siro, se vino del todo á averiguar el caso: halló que Antifilo habia sin culpa padecido: supo los extremos de la amistad de Demetrio, y engrandeciendo la lealtad del uno, y consolando la miseria del otro, los dexó del todo libres, pesaroso en extremo de los daños que tan injustamente habian pasado; y deseoso satisfacer tantos trabajos, y premiar amistad tan verdadera dió á Antifilo diez mil dragmas, y veinte mil á Demetrio; y honrados con urbano aplauso, los sacó de la cárcel con general contento y estimacion de quantos los conocian. No paró en este extremo la lealtad de Demetrio: porque sabiendo que Antifilo queria quedarse en Egypto, le dió sus veinte mil dragmas, diciéndole, que le perdonase no tener mas con que servirle; y que pues ya llevaban sus cosas tan buen viento, que no necesitaba de su amparo, él se queria ir á las Indias á ver las maravillas que se contaban de los Bracmanes, para cuya jornada no habia menester dineros, si él fuese el mismo, que hasta entónces habia sido; porque á un fiel amigo nunca le falta nada: y con esto se dividieron con no poco sentimiento de ámbos.

Tales son, Toxaris mio, los amigos de Grecia: si tú no nos hubieras notado de retó-

ricos, de bien hablados, y de florido lenguage, con que quisiste enfrenar al principio estos discursos, te los contára yo famosos: oraciones copiosas que Demetrio hizo á los jueces, defendiendo la causa del amigo sin tratar jamas de abonar la suya, y ya lloroso, ya grave, ya humilde, y ya comedido movia la piedad de los jueces á tenerla de Antifilo, echándose la culpa del delito que le habian imputado; y tan eficazmente lo decia, que le creyeran todos, si el Siro con azotes y tormentos no confesara su culpa y dixera la verdad del hurto. De estos pues leales amigos he dicho algunos exemplos, entre los muchos de quien pudiera referirte grandes cosas, si me fuera lícito salir de lo prometido. Con esto doy por cumplida mi promesa, y solo aguardo á que tú hables en abono de tu patria, proponiendo tales Scitas, que ya que no puedan ser mejores que nuestros Griegos (cosa imposible) á lo ménos que no les sean inferiores, si es que quieres quedar con ambas manos libre de la afrenta que merecerás tan justamente, si habiendo ántes engrandecido tanto á Pilades y Orestes, ahora te mostrases negligente orador en nombre de toda Scitia.

Tox. Muy bien haces en animarme para contar mis exemplos, pues con eso cubres el poco ánimo que tienes para vencerme, y lo que recelas ser vencido: porque te pienso proponer amigos tan leales y tan fieles, que tú mismo convencido ofrezcas la mano, para que te la corte: no esperes en mis palabras aquella florida elegancia con que los Griegos adornais las vuestras, no la retórica arrogante, no la elegancia hinchada (calidades agenas de los Scitas) y que son poco necesarias, pues basta el decir verdad, para que vaya constante la oracion mas rústica, pues ella desnuda y mal compuesta mueve mas los ánimos, rinde mejor las voluntades que las palabras soberbias, los episodios vanos, y la afectacion cansada y enfadosa: no esperes en mi discurso vanidad semejante; porque no soy como tú, que has vestido tus narraciones tan cultamente, que ensalzando con alabanzas, y abatiendo con vituperios, humillas y levantas quanto dices cómo quieres; de manera que siendo cosas vulgares las que engrandeces, parencen levantadísimas, por los colores con que las adornas, y por las libreas que las vistes ¿Qué cosa tan desusada es casarse un hombre mozo con una muger fea, tenga dote ó no le tenga? Por cierto que es maravilla que sucede cada hora, y tiene disculpa para todos; pues lo que agrada, eso es hermoso, aunque nunca lo parezca; y la aficion que aprisiona el gusto, esa sola es hermosura. Pues dar á la hija de un amigo quando se casa dos talentos de oro, es cosa tan ordinaria, que aun hacer esa limosna al enemigo no merecia tanta ponderacion, como pintan tus palabras: ni entrarse un hombre en la cárcel, para acompañar á un preso, lo tengo por tan dificil; y mas sabiendo que podrá salir quando quisiere, pues en averiguándose no tener culpa, cumple con la prision y pena. Poco tienen de hazañas valerosas estos extremos, porque no hallo en ellos hecho varonil ni grave. Yo sí que he de contarte muchas heridas crueles, guerras, muertes, desastres, largos cautiverios, afrentosas prisiones, que unos amigos han padecido por otros, y entónces echarás

rás de ver que tus hazañas griegas son burla y juego comparadas con las famosas de los Scitas, sea verdad que esas pequeñeces son entre vosotros dignas de alabanza: y no me espanto que las admireis por grandes y famosas, porque no teneis ocasiones para mostrar mas extremos en el cumplimiento de vuestras amistades: vivis en paz continuamente, gozais de la patria sin alborotos ni guerras: pocos desastres os suceden para inquietudes y disgustos, y en tanta serenidad, en tal quietud mal se puede tener experiencia de sucesos importantes, de socorros forzosos: para conocerse la tempestad y tormenta, menester es haberla visto, haber pasado sus aflicciones y desvelos para remediarlos y sufrirlos. Entre nosotros hay disensiones perpetuas, guerras ordinarias, acometemos á unos, y resistimos á otros, ya por castigar rebeldes, ya por sujetar rendidos: la defensa de nuestras casas y posesiones nos hace pelear valientemente: y porque para conservarnos nos hemos menester unos á otros, procuramos querernos mucho, y ayudarnos en los mayores peligros: en la inquietud con que vivimos, nos son de gran consideracion buenos amigos, y así establecemos inviolables amistades, juzgando esta conformidad por las armas mas valientes para defendernos: porque el verdadero amigo es defensa fuerte, muro inexpugnable, arma invencible: por esto son entre nosotros dignos de memoria los ritos y ceremonias con que establecemos una amistad perpetua, y la confederacion con que elegimos los amigos. Es notable esta eleccion, no se hace en Scitia en los convites entre las bebidas y regalos, como se acostumbra en Grecia, ni buscamos para amigo el que mas nos agrada, ó el que ha mas que conocemos, como lo haceis vosotros; ni ménos guardamos igualdad de calidades, ya desechando al que es pobre, ó ya admitiendo al que es rico: porque es imposible que haya amistad de dura fiada en la liviandad de la fortuna, en el curso variable de los tiempos. Para elegir un amigo, buscamos en Scitia el varon mas valeroso, el mas valiente, de gloriosas hazañas, y el de opinion mas loable, y á este seguimos todos con cuidado, y perdemos por su amistad la vida; y sin duda que somos nosotros en elegir amigos, como sois vosotros en buscar mugeres, pues mucho tiempo les andamos mirando las acciones, tasando las costumbres, y midiendo las inclinaciones, procurando ni engañarnos en la eleccion, ni quedar desechados del que elegimos por amigo; de suerte que lo que vosotros haceis para delicia y gusto, hacemos nosotros para provecho y honra. Elegido por amigo el que juzgamos que lo merece, se confirma la amistad con juramento apretado, quedando tan una esta alianza, que lo ménos que se promete en ella es, dar la vida el uno por el otro: juntos los que quieren ser amigos, y hecho el inviolable juramento, nos cortamos un poco en los dos dedos de ámbas manos, hasta que sobre una copa ha caido cantidad de sangre, y luego mojando en ella las puntas de las espadas, la que ha quedado en la copa la bebemos los dos juntos, y acabada aquesta ceremonia, no hay suceso en la vida que valga para quebrar la amistad entre nosotros. En semejantes confederaciones no se admite grande número, solos tres pueden hacerla: porque el que tiene mu-

muchos amigos particulares es estimado en nada entre nosotros: porque tenemos por cierto, que la amistad entre muchos corazones repartida, ni puede ser fiel, ni mucha, como se ve en las mugeres adúlteras y comunes, que miéntras tratan á mas, quieren á ménos. Comenzaré mis cinco exemplos por el famoso, que estos dias pasados nos dió Dandamis, para que sepas como es la amistad de Scitia: mas primero quiero jurar, como tú hiciste, para que estés seguro de la verdad que trato, pues que ansí lo prometimos al principio. Juro por el viento y por acinace, que en ninguna cosa diré mentira en los exemplos de los amigos Scitas (1). *Mne.* Pardiez que ya no me acordaba del juramento, y poco importára que no le hubieras hecho, pues no es á ninguno de los Dioses. *Tox.* ¿Qué es lo que dices Mnesipo? ¿pues no son Dioses el viento y el acinace? ¿ahora ignoras que no hay cosa mayor entre los mortales que la vida y que la muerte? *Mne.* ¿Pues qué tiene que ver uno con otro? por el viento mal se entenderá la vida, y peor por el acinace la muerte, que á lo que pienso, llamais ansí á las espadas. *Tox.* Galanamente se significa por estas dos cosas uno y otro, y con razon juramos ansí nosotros, porque el viento es causa de la vida, y el acinace es instrumento de la muerte. *Mne.* Por cierto que si por lo que dices, hallais razon para hacer Dios al acinace, que no os faltarán deydades, pues por lo mismo podeis adorar al fuego, á las saetas, á lanzas, y otras muchas cosas que pueden quitar la vida: porque este Dios de

(1) Juramentos de los Scitas.

de la muerte tiene tan varios instrumentos para triunfar del hombre, que vendreis á tener innumerables Dioses, si aplicais deydad á sus penalidades. *Tox.* Rencilloso andas conmigo, dexame vivir como en mi patria, pues no sacaste en condicion que habia de olvidarme de sus antiguos ritos, y no me hables palabra, atajándome como ahora las que te dixere, pues sabes que yo callé el tiempo que tú hablaste. *Mne.* Prosigue el exemplo comenzado, que yo te escucharé tan callando, como si aquí no estuviera, que ya veo la mucha razon con que me reprehendes.

Tox. Queríanse tiernamente Dandamis y Amizocas (1), y para perpetuar su amor bebieron como te he dicho, su propia sangre, quatro dias ántes que diésemos batalla á los Sauramatas. Vinieron pues estos enemigos nuestros á destruir nuestra tierra, con exército tan grande, que se decia que traian contra nosotros diez mil caballos, y treinta mil infantes. Cogieronnos descuidados; porque traian tal recato, que de ninguna manera los sentimos; y dando una noche en nuestros Reales, matáron muchos, y cautivaron no pocos: la misma confusion dió á nuestros Scitas, porque huyendo entre las armas enemigas, tuvieron lugar no pocos de pasar el rio á nado, en cuya contraria orilla teniamos la mitad de nuestro exército, y la mayor parte del bagage: porque tenemos costumbre para librarnos de semejantes arremetidas, dividir el exército en dos puestos, porque no se pierdan ámbos, y para que el uno pueda favorecer al otro: provechosa traza entónces, y que la diéron nuestros Capi-

(1) Amistad de Dandamis y Amizocas.

pitanes, temerosos de las emboscadas enemigas; y ansí en aquella nos libró de mayor desgracia el tener al rio Tanais enmedio de los Reales. Los insultos que aquellos barbaros hicieron, no sabré yo encarecerlo, mataban sin piedad, robaban sin temor, cautivaban con cuidado, quemaban carros y tiendas; y lo que era digno de mayor dolor, delante de nuestros ojos nos mataban los hijos, y forzaban las mugeres, ¡qué crueldad no executaron! ¡qué insulto no cometieron! la libertad daba manos á la desvergüenza, y la victoria calificaba los mayores delitos, y los mas abominables atrevimientos: lastimosos fuéron aquella noche y dia: gozaron de la victoria, mas que como valientes, como barvaros, pues desdoraron el esfuerzo de acometer con la infamia de las inhumanidades que hicieron despues de haber vencido. Peleaban valientemente Dandamis y Amizocas; mas éste al fin cautivo, autorizaba el triunfo del contrario, y daba voces al amigo, trayéndole á la memoria la confederacion, el cáliz y la sangre para que procurase defenderle. Dandamis que pensó que Amizocas habia pasado el rio (porque con la confusion le habia perdido) oyó la voz del amigo en medio de las aguas, y viendo que le dexaba en el peligro, volvió á buscarle animoso. Arremetieron los enemigos á matarle, porque intentó con valor dar libertad á Amizocas: mas viendo que era imposible, por llevarle rodeado gran número de soldados, no quiso mas defenderse, sino pronunciaba á voces esta palabra *Zirin*, señal de que ellos usan para conocer el que se rinde; y ansí á los que la dicen no los matan, sino quedan cautivos para despues rescatarse. Apénas se hubo rendido, quando aprisionado con el amigo, los llevaron á un Capitan, engrandeciendo el esfuerzo de los presos: pedia Dandamis la libertad del amigo, ofreciéndose á perpetuo cautiverio, y alegando que se habia dexado prender, por verle libre: el Capitan pedia el precio de los dos, avaluándolos en rica suma, por decir que eran cautivos ambos, y no tener costumbre de atender á semejantes gallardías. Amizocas se ayraba con la pretension de Dandamis, diciendo, que él era solo el cautivo, y su compañero el libre; de manera que los enemigos se espantaban de la lealtad de cada uno. Procuraba Dandamis quedarse preso, alegando que los bienes que tenia, los habia perdido en el pasado saco, y que estaba tan pobre, que por eso queria vender la libertad (presea que solo le habia quedado) porque ganase Amizocas la suya; y que si aquella les concedian, podian hacer quanto quisiesen de su vida y persona, pues no tenia hacienda mas abonada que apotecar á tan gran deuda: que se sirviese de él eternamente, decia al Capitan llorando, en lugar de aquel su amigo; pues á trueque de verle libre no le seria penosa la servidumbre mas larga. El bárbaro Sauramata no apiadado de valor tan grande, quiso probar el mucho de la amistad de Dandamis, diciendo que no daria libertad á Amizocas, ya que él alegaba que era libre, si no se dexaba sacar por él los ojos. Consintiólo Dandamis al punto, y los bárbaros crueles se los sacaron, y entregándole á su amigo, les dieron licencia para que se volviesen. Resistió Amizocas este valor de Dandamis; mas él valiente se anticipó á la pena, sufriendo este sacrificio con gran gusto; y al fin guiado del mismo amigo se volvieron libres,

bres, habiendo pasado el rio que dibidia los Reales. Notable admiracion causó en el nuestro el ánimo del infeliz mancebo, y con piedad grangeaba estimacion la fe que al amigo habia guardado, pues ni ser tan á costa suya le habia hecho ceder de la obligacion que habia contraido por la amistad jurada: ánimo nos dió grande este suceso; y aunque maltratados de los enemigos, no era bien darnos por vencidos, pues estaba tan guardado entre nosotros el mayor bien de los hombres, la amistad verdadera y la fiel correspondiencia, que basta á conservar mayores cosas, y á librar de mas peligros. Grandes esperanzas nos alentaban en los que padeciamos entónces: porque aunque nos habian robado los tesoros, este de tanta estimacion no le habian podido llevar los contrarios, y con él nos habia crecido el ánimo, para intentar la defensa: porque quanto crece la fe y lealtad en los amigos, mengua el esfuerzo en los contrarios: en los nuestros no recibieron poco miedo, mirando el valor de Dandamis, considerando que si todos los que quedaban por vencer le tenian de aquella manera, habrian menesterle grande para defenderse, aunque entónces por cogerles desapercibidos los tenian medio vencidos; y así ponderando este caso unos con otros, se determinaron á levantar los Reales, y no intentar segunda vez á la fortuna; y en anocheciendo el otro dia, se pusieron en huida, dexando la mayor parte del ganado que habian robado, y quemando los carros que no pudieron seguirles. Lastimosamente llevaba Amizocas la desgracia del amigo: porque la consideracion de que se habia puesto en ella por su causa, le traia bastantemente pesaroso; y teniendo por ingratitud verse

se con vista estando su amigo ciego, él mismo se sacó los ojos por no conceder á su amistad ventaja alguna, y de aquella suerte vivieron juntos muchos años, substentados del erario público, en premio de su amistad inviolable.

¿Qué exemplo como aqueste podreis contar los Griegos, Mnesipo amigo? bien creo yo que ninguno, aunque en defensa de tu patria añadieras tú otros cinco á los que has dicho, y aunque te absolviera yo del juramento de no ampliarlos en nada, y te diera licencia para adornarlos y pulirlos con los términos retóricos á que yo no he atendido en ningun modo, pues ya ves, como he contado el mismo caso, ageno de quanto pudiera pulirle y adornarle. Verdad ha sido desnuda, relacion simple de este grandioso suceso, el qual si tú le contaras, no ignoro los colores con que le realzáras, los matices con que le adornáras, y los discursos que sobre él hicieras: ya me parece que te oygo una oracion elegante, en que Dandamis defiende su libertad perdida, y que entre varios exemplos pondera la que queria á su amigo: dixeras quán humilde pedia misericordia para Amizocas, culpándose á sí mismo, y obligándose al castigo: pintáras al Capitan cruel y bárbaro, á Amizocas contradiciendo á Dandamis, y á él animoso sacarse los ojos por último remedio: dixeras piadosamente como tornaron juntos: uno triste con el ciego, y otro alegre con el vivo; la alegría con que les recibieron sus amigos teniendo por feliz agüero el valor del uno, y la amistad del otro, y en todo fueras añadiendo episodios, formando digresiones, y ampliando circunstancias con aquel singular artificio con que vosotros los Griegos sabeis adular las almas, y atraer las vo-

voluntades, haciendo traicion del hablar secreto, y veneno del decir copioso. *Mne.* En mala opinion nos tienes, pero prosigue adelante, que porque no culpes de que quiero divertirte, no te doy á entender quán engañado vives en lo que piensas. *Tox.* Oye por tu vida otro famoso exemplo de Belitas, un sobrino del mismo Amizocas: conocerás que es herencia la grandeza de ánimo, la cortesía y buena correspondiencia.

Salian al campo Bastes y Belitas (1) á cazar leones, exercicio que se usa mucho en nuestra tierra; y corriendo Bastes tras uno que habia herido, la bestia por verse libre, y por vengarse, se abrazó con el mancebo, y derribándole en el suelo, forcejaba por degollarle con las uñas, y los dientes. Belitas que vió á su amigo en tal peligro, animosamente se derribó del caballo, y poniéndose encima del leon, le empezó á herir diversas veces, y metiéndole las manos en la boca, procuraba librar al amigo de la vecina muerte; y tanto afligió al leon, que dexando á Bastes medio muerto, volvió sobre Belitas, y abrazado con él lastimosamente le quitó la vida; si bien no tan á su salvo, que ántes que muriese no hiriese al leon con el venablo que llevaba; de manera que todos tres murieron á un mismo tiempo, y Belitas muy contento por haber dado la vida en amparo de su amigo, con quien tenia amistad estrecha. Nosotros los enterramos honoríficamente en dos sepulcros: en el uno á los amigos, y en el otro al leon que les dió muerte, poniendo su memoria en los erarios públicos, y repitiéndola cada año con grandes sentimientos para gloria de su amis-

(1) Amistad de Belitas y de Bastes.

amistad inviolable. No te parecerá pequeño el valor de Belitas, pues se puso en tal peligro por librar del suyo á Bastes; y ya que no pudo rendir á su cruel fortuna, á lo ménos hizo de su parte quanto pudo para quedar glorioso en vida y muerte. Y por si aqueste te ha parecido vulgar cuento, escúchame el tercero por notable: verás el mayor exemplo de amistad, que imaginarse puede, en la historia de Arsacomas, Lonchatas y Macentas, los mas valerosos Scitas que honraron nuestro siglo.

Fué Arsacomas un caballero noble (1), de mas opinion que rentas, y de mas gala que dineros; que no es nuevo en el mundo desasir la fortuna los merecimientos y las dichas, las prosperidades y los bienes: delito parece el merecer con esta Diosa inconstante, pues tan á ciegas premia, y tan á lo cruel castiga. El amor que pocas veces repara en las desigualdades, que casi siempre advierte la desdicha y la ventura, le rindió á la belleza de Macea, hija de Leucanor, Rey de los Bosforos, con ocasion de haberla visto algunas veces, quando desde Scitia fué á aquel Reyno á cobrar el tributo que los Bosforanos nos pagaban, y entónces no le habian enviado, con haberse pasado tres meses del asiento: era honrado entre los Bosforanos grandemente, al fin como Embaxador de nuestro Imperio, y como tal admitido entre los mayores señores á las fiestas y regocijos públicos: dió Leucanor un convite á los principales de su Corte, adonde se juntó la mayor grandeza en hombres, y la mayor hermosura en damas, que jamas vieron aquellas grandes regiones. Galan se mos-

(1) Amistad de Macentas, Lonchatas, y Arsacomas.

mostró Arsacomas en fiesta tan solemne, convidado del Rey mismo, y honrado grandemente de los Grandes. Asistia la Princesa Macea á honrar la fiesta con tal hermosura y gala, tal donayre y brio, que cautivando la libertad de Arsacomas, quedó despojos de su poder glorioso. Amor, que á tales ocasiones asiste todo fuego, y todo rayos, fatigaba incansadamente á Arsacomas con el objeto divino de la belleza vista. Quán mal se libre la razon de tan apretado incendio, dígalo quien ha probado la sujecion de este atentado ciego, á cuya disposicion se rinde quanto goza del aliento humano. Los bellos ojos de Macea, fueron instrumento del rendimiento de Arsacomas, y sin ellos no hallaba luz en quanto veia, ni descanso en quanto hallaba: el negocio del tributo, en cuyo cumplimiento consistia su legacía, casi estaba ya acabado: porque el Rey le habia dado palabra de despacharle en breve, y las palabras de los Reyes son la seguridad mayor de los sucesos, que dependen de su magetad suprema.

Tienen los Bosforanos por costumbre, que los mancebos que en su tierra se enamoran (no gran delito entre ellos) si quisieren casarse con sus damas, las pidan á sus padres por esposas en los públicos banquetes, diciendo su calidad y partes, y las razones que tienen para tomar estado, y haber elegido á las que piden; teniendo obligacion el tal enamorado despues de haber pedido el casamiento, á no hablar mas palabra miéntras durare la mesa, hasta que determinen su demanda. Pues viéndose morir el Scita de amores de Macea, determinó pedirsela á su padre, pena de perder la vida con el sentimiento que le causaba el perderla. Juntáronse á aquel convite grandes caballeros, muchos hijos de Principes y Reyes, que tambien venian con el mismo pensamiento; y los que tenian mas esperanza de la empresa, eran Tigrapates Príncipe de los Lazos, y Adirmaco Gran Duque de Maclina, ricos y famosos en calidad y haciendas. Acabóse, pues, el mas grandioso convite que vieron la soberbia y la locura, tan copioso de riquezas y viandas, que pareció el acabarse milagro no pequeño: sin fin le juzgaban los enamorados que despues de él habian de declararse. Penando entre tantos gustos, y divertidos en la belleza amada, acabóse la comida, y tomando cada pretendiente una costosa copa de oro llena de famoso vino, puestos en pie delante de los Reyes la vertian sobre las mesas, precepto para pedir las bodas, y entónces demandaban la doncella que querian, contando el novio sus valores, aficion y riquezas, por el mejor estilo que sabia, y volviéndose á sentar, esperaba la sentencia. Muchos pidieron á Macea, obligando á su padre con calidades y riquezas; y al fin de todos Arsacomas puesto en medio con la copa, sin derramar el vino que tenia (porque los Scitas lo juzgamos por pecado, y por notable agravio á nuestros Dioses) lo bebió todo de un golpe, y dixo á Leucanor estas palabras: ó poderoso Rey, que para guardar justicia asistes á tantos Príncipes, y quieres dar á quien mejor le mereciere el mayor tesoro de tu tierra, y el mayor bien de mi alma, escucha mi peticion atentamente, y no pierda por extrangero y peregrino, lo que merezco mejor que tantos naturales. Amor, Supremo Dios de almas y vidas, á cuyo imperio dilatado, quanto vive está sujeto, ha rendido mi discurso al sol de la be-

belleza de tu hija, sin cuya luz, es imposible que halle mi vida dia alegre: dámela por esposa, ansí veas de ella herederos de tu grandeza y fama; pues que la quiero y estimo mas que puedo, y la merezco mas que todos quantos la pretenden, pues soy mas rico y poderoso que los que te la han pedido. Maravillado escuchaba el Rey al pretendiente, viendo que se vendia por rico, siendo tan desigual en calidad y riquezas, á los que habian salido á aquella empresa: quiso desengañarle delante de aquellos Príncipes, y ansí le preguntó en qué tenia sus riquezas, qué bienes eran los suyos, ó qué valores tenia: ¿qué carros aderezados te acompañan, decia Leucanor al Scita? qué ganados tienes? porque en estas dos cosas soleis cifrar vosotros las riquezas. Y respondióle Arsacomas, que aunque le faltaba todo aquello, era mas venturoso que los otros hombres, y mas rico que quantos pretendian anteponérsele; porque tenia dos amigos tan verdaderos, que no se hallarian otros de sus calidades en toda Scitia, y que aquella era la mayor riqueza de la tierra. Con risa celebraron los convidados los tesoros de Arsacomas: menospreciáronle todos, y los mas le tuvieron por loco y por borracho. Salióse corrido del convite, eligiendo Leucanor á Adirmaco por marido de la Princesa, con general envidia de los que deseaban su belleza: y miéntras lloraba Arsacomas el mal logro de sus amorosos pensamientos, el rigor de su fortuna, y la pérdida de su esperanza, alegre el novio apercibia su partida, porque queria llevar su esposa á Meotide, lugar señalado para celebrar las bodas, y que está en la tierra de los famosos Maclienses. Apresuró Arsacomas su ida, por no ver la de su

su amada, y despachándole el Rey, volvió á la patria con tan buen despacho en el negocio ageno, como malo en la importancia propia. No podia resistir la fuerza de la imaginacion, que importuna le representaba el bien perdido, la deshonra recibida, y la hermosura adorada; y así acosado de tan continuo sentimiento, jamas andaba sin tristezas y sin lágrimas: sus dos fieles amigos Lonchatas y Macentas procuraban consolarle, preguntándole la causa de su pena, que él se la descubrió á entrambos, diciendo, como habia sido burlado del Rey en el convite, y desechado por pobre: y lo que peor es, y decia llorando, que diciéndoles yo que era muy rico, pues tenía dos amigos en vosotros, tan leales y tan firmes (riqueza que debe anteponerse á los mas felices bienes de la fortuna inconstante) burlaron todos de mí, escarnecieron de vosotros; teniéndome por sin juicio, pues á la grandeza del ser rico, anteponia la voluntad de dos hombres que con facilidad puede mudarse, y llamaba tesoros lo que era engaño las mas veces: y no paró en esta afrenta, pues al punto el Rey tirano dió su hija á Adirmaco Macliense, quitándome el bien que adoro, que luego, ay triste!, trató de llevarla á la tierra donde vive, valiendo mas para el avariento viejo diez copas de oro, y ochenta carros de á quatro sillas, y gran multitud de bueyes y de ovejas, que decian que tenia el novio, que no la felicidad y ventura de teneros por amigos, estimando en mayor precio las riquezas que se acaban, que la grandeza de los varones famosos, que vive y dura para siempre, contra la muerte y los tiempos. Confieso, caros amigos, que dos cosas me ator-

men-

mentan grandemente con la desdicha de este suceso lastimoso: el amor de Macea no me dexa reposar una hora, porque la amo tiernamente; y la injuria delante de tanto pueblo me congoxa de manera, que es tristísima para mí la memoria de aquella desventura, vence al valor de mi ánimo el agravio recibido, humilla mi confianza la burla que Leucanor hizo de mi demanda, y la soberbia con que os despreció á vosotros: y cierto que en esta parte no os juzgo por ménos agraviados; demas de que teneis obligacion de estarlo, si es verdad que los amigos por la confederacion que hacen, quedan un alma sola, una voluntad y un gusto, para sentir pesares y fatigas, y para gozar alegrías y contentos. Ántes te digo (replicó Lonchatas) que á cada uno de nosotros se hizo solo el agravio, quando á tí te agraviaron y escarnecieron; y ansí á cada uno nos toca toda la venganza. Ofrecióse Macentas á defender su parte colérico y corrido, de que los Bosforanos no estimasen en mas que los tesoros las prendas de la amistad sagrada. Trataron de la venganza, y dividieron entre todos las diligencias, para tomarla á su salvo á satisfaccion del ofendido. Lonchatas prometió á Arsacomas de traerle la cabeza del padre de la novia, Macentas dixo, que le traería la esposa, y que se la quitaría al Príncipe Macliense; y concertados en esto, determinaron que Arsacomas se quedase en la patria, apercibiendo municiones, armas, soldados y defensas, pues era cierto que habian de nacer de aquellos atrevimientos, crueles guerras; y no te será dificultoso (decia Macentas) pues puedes juntar muchos amigos y familiares nuestros, y estos

tos juntarán los suyos, pues todos querran seguirte por caudillo, al fin como á hombre que es tenido en la patria por valiente: y para que nada falte, en partiendo nosotros á cumplir nuestras promesas, te puedes tú asentar sobre las espaldas de un buey, y verás como te sobrán socorros.

Esta ceremonia de sentarse sobre el buey es muy usada entre nosotros, amigo Mnesipo, y hacemóslo los Scitas de esta suerte: quando uno ha injuriado á otro, y el ofendido quiere tomar venganza, y teme á su contrario por poderoso ó valiente, vase el agraviado á un Templo, y sacrificando un buey, hace pedazos su carne, y hecha tasajos los guarda. Luego á las puertas del Templo, donde hizo el sacrificio, tiende el pellejo del buey, y sentado encima, puestas las manos atras, bien ansí como si las tuviera atadas, pide á voces favor contra el contrario, contando su afrenta lastimosísimamente. La carne del buey sacrificado la tiene aderezada allí delante, y todos los que quieren ayudarle ó favorecerle toman un pedazo de ella, y poniendo el pie derecho sobre el pellejo del buey, prometen con juramento de ayudar al ofendido, conforme la posibilidad que puede: qual promete cinco ó seis hombres de armas, puestos á su costa en la batalla: qual diez infantes armados: estos mas, y aquellos ménos: y los muy pobres se ofrecen á sí mismos y á sus hijos, y todos lo cumplen llanamente: de manera, que muchas veces en pocos dias se suelen juntar grandes exércitos con esta ceremonia, que entre nosotros es una manera de rogar y suplicar piadosísima, que faltar á ella se tiene por delito. Los soldados que así

así se juntan son valerosísimos, y hacen en las batallas famosos hechos, porque juran de vencer ó morir por la opinion del menesteroso, y ansí no pueden los enemigos vencerles facilmente: tienen por fuerza y ley de juramento el tomar aquella carne, y tocar con los pies al pellejo del buey, estando encima del, pidiendo ayuda el que necesita de ella. Dispuesto esto, como he dicho, se partió Lonchatas para Bosforo, y Macentas á la tierra de los Maclienses, á procurar cumplir lo prometido. Arsacomas se dió tan buena maña en nuestra patria, que en breve tiempo juntó copioso exército de infantes y caballos; hizo el acostumbrado sacrificio; pusóse en el cuero del buey á llorar su desventura, y como era bien visto de quantos le trataban, y él sabia tan bien significar su cuita, en breve tiempo juntó grandísimos socorros.

Lonchatas caminaba á priesa á Bosforo, y sin ser de naide conocido, llegó á la Corte fingiéndose Embaxador trasordinario de los Scitas, que iba de parte de su República á comunicar con aquella Magestad negocios graves, y secretos de importancia. Señalóle audiencia el Rey, engañado con aquestas apariencias, y haciéndole grandes honras, le pidió los despachos que traia. Publicamente hizo su embaxada, diciéndole que venia á quejarse de los señores de ganado del Bosforo, que no impedian pasar á los pastores á términos agenos, sabiendo que no podian apacentar los ganados mas que hasta unos llanos, que dividian la jurisdicion á entrambos reynos, sin pasar de las riberas de Tracon; y que ellos atrevidamente se aprovechaban de los agenos frutos, faltándoles á los naturales tierra en que apacentar sus reses: dió disculpa despues de esto, de la queja que tenian los Bosforanos, de que algunos ladrones Scitas hacian en su region insultos y correrías, diciendo, que se amparaban con pública permision de la República: probó, que no era tal de ningun modo, y que ántes en Scitia castigaban asperamente á los tales, procurando en eso y en todo ser buenos vecinos: probó que no les era tan fácil á nuestros magistrados, como pensaban, reprimir tales atrevimientos, en quienes fundaban aquellos ladrones su ganancia, y en que fiaban su propio interés (aunque por camino ilícito) y por eso se atrevian á desafueros semejantes. Galanamente encubrió el Scita con estos discretos engaños la intencion que le habia llevado al Bosforo, diciendo al Rey: que su República le enviaba á suplicarle que castigase rigurosamente á los Scitas que hallase en su reyno delinqüentes, sin pensar que el Senado se disgustase; porque no querian nuestros jueces, que ningun confinante se quejase de sus vasallos. Y llegándose al Rey, le dixo en secreto sin que le oyese nayde: esta es la suma de mi embaxada; y por lo que yo me holgué de venir á dartela, fué por avisarte del gran peligro en que vives: préciome de amigo tuyo, y me adolería mucho que te cogiese tu enemigo desapercibido y descuidado: vendrá sin duda sobre tí muy presto un poderoso exército, que para destruir tu reyno ha juntado Arsacomas, hijo de Mariante, aquel que estaba en tu Corte por Embaxador de Scitia: quéjase de tí, á lo que pienso porque pidiéndote á tu hija para casarse con ella, no solo no se la diste, mas le tuviste en po-

poco, y le afrentaste delante de los mayores de tu reyno, quando en desprecio suyo se la diste al Duque de Meclina: por esta causa volvió á la patria no poco de tí injuriado; y convocando sus amigos y parientes, ha seis dias que está sentado sobre el cuero del buey sacrificado á las puertas del templo del Dios Marte, adonde quando yo partí, tenia junta lucida gente para inquietarte á tí y á tus estados. Confuso quedó Leucanor con esta nueva, porque aunque sabia que en Scitia se hacian levas de gentes, y que sobre el cuero del buey, como es costumbre, se concluian juras y omenages, nunca pensó que para él fuese, ni que Arsacomas tuviese tanto valor, que intentase destruirle. Volvió de nuevo Lanchatas á encarecerle los apercibos de la guerra, la determinacion de Arsacomas, su valor y favores, los muchos que tenia para su amparo, y lo poco que podria defenderse contra tantos enemigos. Pintóse muy enemigo de Arsacomas, y que habian desavenídose sobre ciertas preeminencias en el Senado, siendo principio aquesto para confirmadas enemistades; porque no sufre Arsacomas (decia) que en nuestra patria tenga yo mayor autoridad, y me estimen en mas los hombres principales, y que todos digan, que le prefiero en calidad y riquezas: pero si tú, ¡ó Rey! quisieses darme por muger á tu hija Barceta, hermana de la otra señora por quien estás expuesto á tantas desventuras, ya que mi mucha calidad no desmerece vuestro parentesco, yo te prometo el amparo mio y de mis amigos (no gente vulgar ni poca) y guiaré este negocio de manera, que te traeré quando vuelva la cabeza de este tirano, que con tan poca justicia te persigue, y busca tu destrucion y muerte. ¡O Dioses inmortales (exclamaba el Scita para inclinar á Leucanor mas facilmente)! haced que el Rey se digne de admitirme por su deudo, para que tenga el merecido castigo, quien con tan poca causa quiere dársele. ¡Válgame Dios! la eleccion del estado ¿no es libre, aun entre los bárbaros de ménos conocimiento? ¿pues cómo puede haber agravio, adonde elige el gusto? mal sabe de cortesía, quien no conoce que no hay humanos respetos que obliguen á la disposicion de las estrellas: si Arsacomas no merecia á Macea, ¿qué mucho que no la goce? Ansí ponderaba Lonchatas la poca razon de Arsacomas, encubriendo mañosamente la intencion de su venida. Creyóle el Rey temeroso, y al punto acetó el casamiento de Barceta, pareciéndole que con aquello se aseguraba de los Scitas, gente que él temia sobre manera; y ayudó mucho á engañarse, saber el disgusto con que Arsacomas habia dexado su Corte, y lo que habia sentido la afrenta recibida, y siempre estaba temeroso de que habia de procurar vengarse, si bien nunca le juzgó por tan poderoso, que pudiese dar que temer á su potencia. Pedíale Lonchatas que jurase el cumplimiento de la promesa, para que él fuese seguro á disponer su venganza. Luego queria el Rey hacer la jura, y para eso se echó de espaldas en el suelo; (costumbre de aquella tierra) mas el Scita que llevaba muy bien pensado su engaño, le dixo que no convenia hacer el juramento en público: porque alguno de los que estan presentes no sospechasen la causa con que le hacia, y hubiese envidias y disensiones de ver que á la ventura de ser pariente suyo, fuese antepuesto un fo-

forastero á tantos naturales nobles como el Rey tenia en su tierra: ántes si te parece (proseguia el Scita cauteloso) seria mejor, que solos nos entremos en este templo del Dios Marte, y allí cerradas las puertas haremos nuestro juramento, sin que ninguno nos oyga; que yo quiero tambien jurar que cumpliré lo que he dicho; y á mí no me importa ménos que aquesto quede secreto: porque si lo supiese Arsacomas, demas que fuera despertar al enemigo (cosa de grande inconveniente para las disposiciones de la guerra) sin duda que hiciera de mí mismo sacrificio, ántes de darte la batalla: porque fuera imposible librarme del grueso exército que tiene, y de él que es el mas valiente que ha nacido en mi tierra. Mal conoces el gran valor de tu contrario: hombre es, que habiéndose visto en mil peligros, no sabe que cara tiene el miedo, ni le ha podido espantar la de la muerte. Pareció al Rey discreto acuerdo, y llevando al templo al Scita, que estaba cerca del palacio, mandó á la guarda que se quedase apartada de ellos algun trecho; hizo apartar los criados, con órden, que unos ni otros no llegasen á las puertas del templo, hasta que el Rey los llamase, y entrando los dos solos cerraron todas las puertas. Ante el altar del Dios Marte se puso el Rey de espaldas, y puestos los ojos en el cielo, y las manos juntas y levantadas, empezó su juramento como los Bosforanos acostumbran. Lonchatas que le vió tan divertido, y en el término que habia deseado, echándosele furioso encima, le tapó la boca, porque no diese voces ó se quejase, y animosamente le dió la muerte, pasándole muchas veces el pecho con la espada: cortóle luego la cabeza, y poniéndola debaxo de su capa, de

de suerte que no pudiesen verla, abrió animosamente el templo, y diciendo á la guarda, que mandaba el Rey, que hasta que él volviese, nadie llegase á la puerta, cerrándola como estaba, se fué á la posada, y apercibiendo un caballo, se vino con grande priesa en busca del amigo: y tuvo tiempo de alargarse, porque hasta la noche aguardaron las guardas que viniese, ó que su Rey llamase; y como ni uno llamaba, ni otro venia, abrieron la puerta al templo, y hallaron á su Rey muerto, y al agresor puesto en salvo, que luego se supo: quán de prisa se habia ido: ni entónces le siguió persona alguna, porque sobre la herencia del reyno empezaron las disensiones y los bandos, atendiendo á esto principalmente los que pudieran castigar el atrevimiento de Lonchatas, el qual sin ningun peligro llevó á su amigo la cabeza del Rey, de quien estaba agraviado.

De este buen suceso de Lonchatas nació el cumplimiento de la promesa de Macentas, pues sabiendo lo que he dicho, se encaminó á toda priesa para la ciudad de Maclina, y alcanzando en el camino á Adirmaco, que alegre caminaba con su esposa, le contó lo sucedido en Bosforo, y le dixo que venia á pedirle que fuese á tomar la posesion de aquella corona, pues era él el legítimo sucesor de aquel estado, como yerno del Rey muerto, y marido de la Infanta Macea, hija mayor del Rey su padre. No hizo peor su papel Macentas con aqueste, que Lonchatas con el otro: dióle por consejo, que desde allí volviese á Bosforo con priesa, y que en llevarla consistia el buen suceso de su herencia: porque los que le avisaban y le querian por dueño, pudiesen ántes que á nadie ampararle con la po-

posesion legítima, y mejorar su derecho: díxole los muchos que querian quitársele, y que el reyno dividido en bandos ya se inclinaba á unos, y ya á otros; y que él corria mas peligro, porque los ausentes negocian mal, y tarde. Ofrecióse á llevar á Macea con el respeto debido á prenda de su Señor natural, y que la serviria de manera, que allá mereciese las mercedes que esperaba de su mano. Díxole que la esposa, aun todavía doncella, le seguiria á menores jornadas, para que quando él tuviese ganado el favor de los vasallos, se alegrasen los fieles, y temiesen los reveldes, viendo volver á su tierra la heredera de aquel Reyno. Y porque sepas quien soy, proseguia Macentas, sabe que soy un caballero de Alania, pariente muy cercano de tu esposa por la parte de su madre la famosa Mastera; gloria y honor de mi patria, cuyos hermanos me envian desde Alania, á que te avise de lo que me has oido, para que con la mayor priesa que pudieres, te halles en el Bosforo: porque no pierdas por detenerte, el reyno que te pertenece de derecho, y que te quiere llevar Eubioto hermano bastardo de Leucanor tu suegro, el mayor amigo de los Scitas; y de los Alanos el mayor contrario. Ansí decia Macentas con lengua y trage de Alania, fingiendo tan natural lo que representaba, que nadie le juzgara por Scita en habla y trage, que como casi lo uno y otro es comun á ambas naciones, no es mucho que Macentas hiciese bien su figura; demas que él era muy semejante á los Alanos, porque usaba siempre corto el pelo; cosa que aborrecen los Scitas grandemente, y que los Alanos usan de ordinario. Creyóle Adirmaco luego, y la esposa le recibió como pariente, vien-

viendo que daba tan buenas señas de los suyos. Aun no se acabó aquí la gran cautela del Scita: porque mirando que persuadido Adirmaco, se aprestaba para partir á Bosforo con priesa, y dexar á Macea que caminase despacio, le dixo, que él le queria seguir, para servirle, si ya no es (decia el cauteloso) que valga yo para acompañar á la Princesa, y que me quieras fiar tan gran tesoro, pues en fe del gran deudo que con ella tengo, procuraré mejor servirla y regalarla. Eso segundo querria que hicieses, dixo Adirmaco, pues contigo irá mas amparada, que al fin eres sangre suya, y en esto suplirás el número de muchos, quando yendo conmigo, tan solo valdrás por uno. Convenidos en esto, Adirmaco á grandes jornadas partió á Bosforo, y Macentas aquella tarde llevó á Macea en el mismo carro que traia, sin intentar novedad hasta la noche que llegaron á la primer posada; y acomodados los criados y gente de servicio, esperó que llegase otro criado suyo que le traia un buen caballo, y despertando á Macea, le contó toda la verdad del caso, y que venia por ella para llevarla á ser muger de Arsacomas; y ella que disgustada con Adirmaco, mas habia acetado el casamiento, forzada del mandato de su padre, que gustosa de la compañía del marido, por estar muy enamorada del valor de Arsacomas, fácilmente acetó el trueco del esposo: ocuparon cada uno su caballo, y amparados del silencio y oscuridad de la noche, se apartaron del camino de Meotis, y atrochando por partes conocidas, y dexando los montes Mitreoros á la derecha mano, se hallaron en Scitia dentro de tres dias. La mayor parte de ellos no pararon: porque solamente para que descansase algun poco la Prin-

Princesa, dexaban los dos las sillas; y ansí el dia que acabaron la jornada, se cayéron muertos los caballos. Hallaron en la casa de Arsacomas regalos, fiestas y descanso, quedándose él espantado del valor incomparable de su amigo, y de la gloria que le daba la fortuna con la mas querida prenda de su alma: no sabia con que agradecimiento estimar la fiel correspondiencia de Macentas, que venciendo tantas dificultades y peligros, le habia cobrado un bien perdido que adoraba. Macentas glorioso de haber ayudado al amigo que estimaba tanto, mal consentia tales agradecimientos, diciendo que si la firmeza de la amistad que profesaban habia hecho de los dos uno, no debia agradecerle lo que por él hacia, pues era obra hecha en beneficio propio, como si la mano diestra hubiese ayudado á la siniestra en algun conocido peligro: tan unos deben ser los buenos amigos, y con aquella llaneza deben ayudarse y favorecerse. Un cuerpo son los amigos, con una alma viven y se sustentan, porque eso hace el amor con que se quieren: y si los miembros en el cuerpo humano saben ayudarse y corresponderse con llaneza urbana ¿por qué los hombres, miembros de este cuerpo de la correspondencia y amistad verdadera, no guardarán el órden mismo á ayudarse con llaneza á corresponderse sin engaño, firmes al mal, y al bien del amigo? Tales discursos hacia al suyo, el que tan bien habia mostrado serlo, gloriándose de que el mayor premio de su cuidado era remediar los de Arsacomas, y darle gusto. Los que acompañaban á Macea, supieron con el dia, que faltaba: porque para partir, la echaron ménos: el indicio de la fuga de Macentas le calificó por dueño del pasado engaño, y por agre-

agresor del presente atrevimiento. Muchos partieron á avisar á Adirmaco, que á grandes jornadas iba á la pretension de su corona, adonde le halló la nueva. Dexó el camino, tanto para vengar el robo, como por saber ántes que á Bosforo llegase, que era Eubioto elegido por Rey de aquel estado con comun alegría de los pueblos, y que ya le habian traido de la tierra de los Sauromatas, adonde habia algunos años que vivia. Vuelto el burlado Adirmaco á su tierra, juntó un numeroso exército, vino sobre Scitia para cobrar á su esposa, y ganar la estimacion perdida. Eubioto á instancia de sus vasallos tambien quiso vengar al Rey difunto, y haciendo en sus estados crecidas levas de gente, juntó muchos Griegos, Alanos, y Sauromatas, y con veinte mil combatientes, aumentó el exército de Adirmaco, haciendo un crecido campo, pues afirma quien lo sabe, que pasaba de cien mil hombres de pelea: la tercia parte hombres de armas, y muchísimos flecheros. Afligidos nos vimos con enemigos tan poderosos y tantos: procuramos mas defensa, y ansí juntamos un crecido número de infantes y caballos: elegimos por Capitan General al mismo Arsacomas, hombre fuerte y valeroso, y sobradamente exercitado en semejantes trances; y prevenidos de lo necesario esperábamos el designio del contrario, guardando con cuidado nuestra tierra. Yo que tambien ayudé mi parte en esta empresa, fuí uno de los que votaron que presentásemos la batalla al enemigo, sin dexarle llegar muy cerca de nuestras casas: hicímoslo ansí, ya forzados de ver que se nos llegaba á paso lleno; y disponiendo las haces, le salimos al encuentro, enviando algunos caballos que le inquietasen, y di-

divirtiesen. Animosamente los esperaron los contrarios, trabando entre las dos caballerías una cruel escaramuza: fué necesario socorrer la de nuestra parte, porque á mas andar, nuestros caballos perdian tierra; y ansí los amparamos algunas mangas de flecheros, que les echamos de socorro, hasta que nuestro exército determinado al trance último, se dividió en dos partes; y dando la una muestras, que huia de la fuerza del contrario, que ya á aquel tiempo habia cargado junta, se fué retirando maliciosamente, para traer al enemigo á puesto mas á propósito donde pudiese acometerle: entendieron los Alanos la extratagema, y aunque al principio mostraron querer seguir el alcance, como vieron que los nuestros huian de manera, que hacian lugar á los que los seguian para cogerlos en medio, se fuéron deteniendo poco á poco, y volviendo sobre la otra parte de nuestro exército, que es sin duda que era la mas flaca: ellos y los Miclienses los cogieron en medio, y los herian malamente, lloviendo sobre ellos infinito número de lanzas y saetas: defendíanse quanto podian; mas no mucho, porque eran ménos que los contrarios, y habian substentado la batalla todo el dia. Muchos habian dexado ya las armas, sujetos á prision ó muerte; porque de muy heridos y cansados no podian defenderse. Lonchatas y Macentas, que eran los que gobernaban aquel tercio, habian andado en medio del peligro, haciendo hazañas grandiosas, y ámbos se hallaban mal heridos: Lonchatas en un muslo, y Macentas en la cabeza, y de una lanzada muy mal parado un hombro; y ya desesperados de defenderse, procuraban vender las vidas lo mas caro que pudiesen, matando é hiriendo á los que querian quitárselas. Arsacomas que habia guiado la otra parte del exército, quando vió que era entendido, y que los contrarios no le seguian, volvió valientemente á la batalla á tiempo que vió á sus dos amigos en el mortal peligro; y juzgando por cosa fea desampararlos en aquel tiempo, aunque perdiese la vida, dando de espuelas al caballo, hecho un leon rabioso, se metió entre los contrarios, hiriendo y matando con tanto ímpetu, que los Maclienses no pudieron resistirle, y dándole lugar muy á su costa, porque quanto topaba su espada lo condenaba á muerte, llegó adonde á sus amigos tenian cercados; y haciendo hazañas notables, los retiró seguros: seguímosle muchos luego, y él discurriendo por los contrarios, topó á Adirmaco (quísolo así su desgracia) y dióle un tan gran golpe con la espada, que le derrivó muerto del caballo. Con su muerte desmayaron los Maclienses, que eran los que mas nos apretaban: perdiéron el ánimo los Alanos, y dierónnos los Griegos las espaldas; y no me espanto, que la falta de un General valiente y animoso da temor y miedo á los mas fuertes. Aclamamos victoria á toda priesa, á cuyas voces los nuestros, cobrado aquel valor antiguo, trataron de manera á los contrarios, que de todo punto nos dexaron el campo y la gloria de tan grandioso vencimiento. Hiriendo y matando seguimos la victoria, hasta que la noche con su escuridad puso tregua á nuestro esfuerzo, y libró á nuestros enemigos de la muerte. Los muertos fuéron muchísimos, el despojo considerable, y los prisioneros hartos: al siguiente dia nos enviaron á rogar con tratos de paz, concediendo aventajados

dos partidos, porque se confirmasen las alianzas antiguas: no nos pareció acertado desechar estos asientos, y ansí dando comision á Arsacomas y á sus dos fieles amigos, se capituló la paz con estas condiciones.

Que los Bosforanos se obligasen á pagarnos doblado el tributo que nos daban. Los Maclienses se obligaron á la seguridad de aquesta paga, haciéndola ellos, si faltasen los de Bosforo: y los Alanos prometieron recompensar el daño que recibimos en este acometimiento, y que perpetuamente nos ayudarian contra los Indianos, declarados enemigos de los Scitas; y ansí volvimos á la confederacion antigua: y Arsacomas por el valor de sus amigos, consiguió el premio de sus cuidados, gozando de la hermosa Macea, y satisfizo el honor perdido, vengándose del agravio que le hizo el Rey de Bosforo, y todo el mundo quedó persuadido á que la mayor riqueza de la tierra son los leales amigos.

Á tan grandiosas cosas se animan los Scitas por sus amigos, tales hazañas acometen, Mnesipo, por no faltar á las leyes de la amistad verdadera: juzga tú ahora si son dignas de alabanza. *Mne.* No dudo que son famosas; mas cierto que me parecen hazañas imaginadas, Toxaris amigo, y perdóneme el acinace y el viento, Dioses por quien juraste, que pienso que los has ofendido con el mal cumplimiento de tu promesa, porque por no creer esas verdades, no castigára yo á nayde, aunque las afirmaran con mas apretados juramentos. *Tox.* Por cierto que me ofendo de tu incredulidad notablemente, pues en varon tan generoso y grave, es delito para los que le tra-

tratan y comunican, si ya no es que el no creer estas cosas nazca de la envidia que tienes á la amistad de los Scitas, que en este artículo quedas disculpado; porque por no darte pena, he dexado de contar mayores maravillas en el particular de que tratamos, y que sé yo certísimo, que han acontecido en Scitia. *Mne.* Sea lo que tú quisieres, Toxaris, que poco importa uno ó otro, como tú te enmiendes en los exemplos que te faltan, y no los busques tan largos, ni te diviertas en ellos á tan crecidas digresiones, con narraciones tan vanas, que corriendo á toda Scitia, vayas á la region Macliana, y de allí á Bosforo, y volviendo á andar lo mismo, uses tan mal de mi silencio: porque tengo por imposible oirte tanto, caminar contigo mucho, y hablar tan poco. *Tox.* Dices muy bien por mi vida, y en lo que me falta obedeceré ley tan justa; y ansí cifraré en pocas palabras lo que dixere, porque no te canses de andar conmigo tantas regiones callando; y ruegóte que me oygas con atencion lo que me sucedió á mí mismo con un grande amigo mio, llamado Sisinnes, porque mi verdad no padezca injuria en tu estimacion por falta de testigos abonados.

Con ánimo de aprender las letras Griegas (deseo á que siempre me he inclinado) salí de Scitia para Atenas, acompañado de Sisinnes mi amigo (1), con quien desde mi niñez tuve amistad estrecha. Llegamos á Amastre Pontica, ciudad puesta en un promontorio, no muy léjos de Carambe, en el mismo camino por donde navegan los de Scitia: llegamos al puer-

(1) Amistad de Toxaris y Sisinnes.

puerto libres de todo naufragio, y tomando tierra, y buscando á propósito posada, acomodamos nuestra ropa, y salimos por el lugar (costumbre de ociosos forasteros) á ver una gran feria, que en el mismo puerto habia, donde compramos algunas cosas para nuestro camino necesarias. Entre tanto que en esto nos ocupamos, ciertos ladrones que nos habian visto poco ántes guardar el hato, rompiendo la cerradura al aposento, nos hurtaron quanto llevabamos, sin dexarnos siquiera con que comer aquel dia. Vueltos á casa bien ignorantes del suceso, hallamos desierto el aposento, abierta la puerta, y la hacienda mudada: no nos pareció conveniente hacer diligencia para descubrir el hurto, ni ménos apremiar al huesped ni á los vecinos de la casa; porque como forasteros no seriamos creidos. Faltábanos probanza de lo que habiamos traido, y porque no nos tuviesen por de mal pasage, diciendo que traiamos mas de quatrocientos dáricos, muchos vestidos y ropa, tapetes y otras cosas curiosas y de precio, de que habiamos de dar informacion bastante, de donde las habiamos habido, que al peregrino, al solo, al forastero, tanto mal le suele hacer el tener muchos dineros, como pocos, si no muestra razon de que son suyos. El dolor de la pérdida nos tenia desesperados, que sin amparo en tierra agena pocos discretos lo parecen. Consultábamos los dos el caso, y nunca le hallábamos consuelo; yo le llevaba con mayor impaciencia que mi amigo, ansí por ser mayor mi pérdida, que era lo mas hurtado mio, como porque era imposible pasar adelante como estaba: cierto que quise matarme, ántes que obligarme á sufrir alguna cosa indigna para no morir de hambre: entónces ví la cara á la pobreza, conocí á la necesidad y desventura, gente poco galana para matar de amores. Consolábame Sisinnes, estorvándome animoso qualquiera arrojamiento, diciendo que ya habia hallado traza para que nos sustentásemos, y si he de decir verdad, aquel dia ganamos de comer á subir haces de leña de la ribera á las casas: mira á lo que obliga la necesidad y la desdicha. Otro dia de mañana andándose paseando mi amigo por la feria, procurando vender lo que el dia ántes habiamos comprado, para buscar sustento, vió una esquadra de mancebos (á lo que él dixo despues) bien hechos y valientes, que estaban escogidos entre muchos, para que el siguiente dia peleasen uno por uno en unas públicas fiestas, propuesto al vencedor un rico premio. Estaban entre sí hablando de las condiciones del combate, las armas que habian de sacar, y los que habian de vencer, para ganar el premio señalado. Oyolo todo Sisinnes, y viniendo adonde yo habia quedado, me dixo alegre, que ya habia hallado modo con que no fuese yo pobre, y que me consolase, porque de allí á tres dias él se obligaba á hacerme rico y poderoso, dándome con que pasar á Atenas. Yo ni le entendí lo que decia, ni creia como podia ser cierto, viendo que aquellos dias no podiamos sustentarnos. Publicóse la batalla, juntóse á la fiesta innumerable pueblo, y aderezado un palenque, señalados los jueces, y apercibido el adorno necesario, se esparaba el principio del grandioso regocijo. Hízome Sisinnes ir á verlo, y al fin nos acomodamos lo mejor que pudimos para ver entretenimiento tan cruento, como si fuera algun alegre espectáculo de Grecia.

cia. Constaba el circo de una grandiosa plaza, adonde vimos salir unos animales fieros, leones, osos y tigres, y hiriéndolos por muchas partes con lanzas y saetas, las acosaban y corrian con los perros, hasta que ya bastantemente enfurecidos las echaban unos hombres atados de pies y manos (debian de ser mal hechores), en quienes hacian lastimosas suertes, hasta quitarles las vidas. Admiraba el pueblo este espectáculo, y con alegres voces solemnizaban la muerte de aquellos miserables, y veian matar las fieras con diferentes armas. Limpióse el circo de aquellos cuerpos muertos, y luego ocuparon el teatro aquellos que estaban elegidos para batallar uno por uno, mostrándose valientes y bizarros. Fué el primero que salió á la estacada un joven de grande cuerpo, mancebo galan y ayroso; y haciendo muestra de su valor y bizarría, se estuvo en medio del palenque esperando á que un pregonero dixese lo que se sigue: que si hubiese alguno que quisiese probar fuerzas con aquel mantenedor en singular batalla, le darian diez mil dragmas en premio de su ánimo, que venciese ó no venciese, perdiese la vida ó la quitase. En oyéndolo Sisinnes, dexó el puesto adonde estaba, y aceptando la batalla, recibió las diez mil dragmas de los jueces, y volviéndose á mí, me las dió y dixo: la necesidad en que te veo, Toxaris amigo, me anima á lo que has oydo, porque no se queje la amistad que te tengo, de que quise mas mi vida que la tuya: si yo venciere, con esto nos partirémos y tendrémos provision para el camino; y si mi desdicha quisiere que yo muera, despues que me hayas dado sepultura, te volverás á Scitia, sin padecer po-

pobreza, pues ya te dexo dineros con que no la padezcas hasta llegar á la patria. Quál yo quedaria de oirle, claro se dexa entender, amándole como he dicho, y viendo entónces á lo que por mí se habia obligado: mas viendo que ya lo estaba, y recibido el dinero, acetado el desafio, y esperando todo el pueblo, lloraba amargamente el peligro en que se veia, despidiéndome de él con muchas lágrimas. Armáronse los dos de armas iguales, aunque Sisinnes no quiso ponerse el yelmo, sino pelear la cabeza descubierta. Empezóse entre los dos la batalla, ambos valientes y briosos, y ambos deseosos de guardar la vida, y de ganar la victoria: heríanse grandemente, sin mostrar flaqueza de ambas partes: tiróle á Sisinnes un golpe su enemigo, y recibiéndole en la espada, baxó la del contrario tan abaxo, que en una pierna le hizo una mala herida, de que perdia no poca sangre. ¿Mira tú, quál yo estaria, viendo que á mas andar se desangraba? Triste esperaba el fin dudoso, quando Sisinnes aguardando animosamente á su contrario, que orgulloso de verle herido se le acercaba sin prudencia, hiriéndole el pecho le pasó el corazon de una estocada: con el último ay cayó sin vida el mancebo, á tiempo que desmayado Sisinnes de la mucha sangre que perdia, cayó sobre el cuerpo del contrario. Yo triste, pensando que era difunto, llegué á levantarle luego, y él volviendo en sí algun tanto, vieron los jueces, que era vivo, y declarándole por vencedor de su enemigo, me dieron licencia para retirarle: llevéle á una posada adonde cuidadosamente le hice curar la herida que le duró muchos dias, y aunque quedó un poco estropeado de

de la pierna, al fin cobró salud, y nos volvimos á Scitia, adonde hoy está casado con una hermana mia. Este caso, Mnesipo, no sucedió entre los Maclienses, ni en Alania, para que por defecto de parte pueda parecer fingido: yo fuí testigo de vista: por mí se entró en tal peligro, y hoy dia hay muchos Amatrianos, que se acuerdan de la batalla de Sisinnes. *Mne.* Valientemente andubo tu cuñado, merece que tú le estimes mucho.

Toxar. No fué ménos el valor de Abauco (1): ves aquí el último exemplo. Llegó un dia aqueste á la ciudad de los Boristenenses, llevando consigo á su muger, prenda querida suya, y á dos hijos, una hembra de siete años, y un niño chiquito al pecho. Iba con él su amigo Guindanes por solo hacerle compañía, y éste iba muy malo de una herida que unos ladrones le habian dado en un muslo, gente que en el mismo camino les habian acometido para robarles su ropa, y peleando con ellos quedó tal, que no podia tenerse sobre la pierna herida. Alojáronse una noche en una posada estrecha, y así hubieron de acomodarse en un aposento todos: ya recogidos dormian, quando les despertaron las confusas voces de los huéspedes, que á priesa decian que se quemaba la casa: no sé porque descuido se encendió en ella tal fuego, que ántes que nadie lo sintiese, estaban todos rodeados de las crecidas llamas. Abauco que vió el peligro, dexando á los hijos que lloraban, y apartando de sí á la muger, que lastimosamente le pedia socorro, se fué á la cama del amigo, que como he dicho, no podia andar

(1) Amistad de Guindanes, y Abauco.

dar con la herida, y tomándole en los hombros, y diciendo á la muger que le siguiese, cargada de los dos niños, abrió camino entre las llamas, y á pesar de tal peligro, libró al amigo que amaba: la muger que iba á sus espaldas casi quemada del fuego, dexó de los brazos al chiquito, y sacó medio muerta la muchacha.

No faltó quien culpase á Abauco, porque dexando en el fuego á su muger é hijos, hubiese olvidado las obligaciones forzosas de la sangre por acudir al amigo, perdiendo por ayudarle un hijo propio; mas él respondia á quien del hecho le culpaba, en favor de lo que se debe hacer por los amigos fieles; que no era dificultoso perdidos los hijos, hacer otros, quedando en la misma duda que ántes que se perdiesen, si serian malos ó buenos: mas que perder un fiel amigo, de cuyo amor y fidelidad ya hay conocidas esperiencias, es la pérdida mayor de todas, por ser dificil de hallar, y pasar mucho tiempo para toparle á propósito: juzga tú ahora, si tuvo razon Abauco. *Mne.* ¿Y quién me mete á mí en eso? valor tuvo en librarse de las llamas, aunque saliera solo: su muger puede quejarse del poco amor que la tuvo, y vénguese de él, no sacándole del fuego, si otra vez se hallare en tal peligro. *Tox.* Muy bien has dicho Mnesipo, y pues yo he acabado mis exemplos, tomando los cinco prometidos, de infinito número que pudiera contarte, razon será que se juzgue, á quál de nosotros se ha de cortar la mano, y quién ha de ser el juez de aqueste pleyto. *Menes.* Nadie puede serlo con justicia, porque al principio no nombramos alguno; mas buen remedio tiene

ne ahora, pues no es tarde para elegirle, ya que no nos acordamos de nombrarle. Propongamos otros cinco exemplos, y el que fuere de nosotros condenado, al punto en él se execute la sentencia: si fuere yo, en que me corten la lengua: y si fueres tú, la mano; y ansí quedaremos ambos satisfechos. *Tox.* Aqueso es cosa cruel, y que trae consigo inconvenientes manifiestos, y el empezar de nuevo la contienda, no es el menor de todos. *Mne.* Pues sabes lo que haremos, que pues tú haces tanta cuenta de la amistad, y yo estoy persuadido á que es el mayor tesoro de la tierra, á cuya excelencia no llega la mayor grandeza de los poderosos, los mayores tesoros de los ricos, tengo por mejor acuerdo, que nosotros aprobásemos lo mismo, y que desde hoy hasta el fin de nuestra vida seamos firmísimos amigos, quedando con esto ambos á dos premiados y vencedores, y que por una lengua y una mano que habiamos de ganar en esta apuesta, tenga cada uno dos lenguas y quatro manos, quatro ojos, y quatro pies, quedando cada qual hombre doblado, siendo símbolo y figura del Gerion, que los escritores pintan con seis manos y tres cabezas, una voluntad y un gusto, retrato verdadero de los amigos fieles, pues asidos á la ley de la amistad inviolable, han de ser diversos cuerpos con una alma, con una accion, y un querer, bien como los Geriones, que siendo tres hombres copulados, eran uno solo para obrar igualmente, y en conformidad agradable. *Tox.* Nunca has dicho cosa mas bien pensada Mnesipo: soy contento que ansí sea. *Mne.* Pues advierte, que no habemos menester sangre ni acinace para la confirmacion de nuestra amistad durable, pues no

lo

lo es ninguna en fe de semejantes supersticiones y desatinos: bastan los exemplos que hemos dicho, y los ánimos que ya conformes y determinados prenden los corazones en vínculo mas estrecho, que aquella sangre que vosotros bebeis inútil en todo para la perpetuidad de tal contrato; que pues es cierto que para la duracion de la amistad es cosa mas eficaz el amor del amigo, la unidad de la voluntad, y la inclinacion del alma, ¿de qué sirve la sangre y las heridas? *Tox.* Bien estoy con lo que dices, y pues la naturaleza nos inclina á amarnos, seamos desde hoy amigos y huéspedes uno de otro: quando yo estuviere en Grecia, me iré á posar á tu casa, y la mia será tuya quando pasares á Scitia, esto con llaneza, y sin ningun cumplimiento. *Mnes.* Pues no dudes que así sea, y que yo no dexe de ir, no solo á Scitia, sino á la mas remota parte de la tierra, si pensase hallar en ella amigos como tu eres, segun puedo juzgar de tus palabras.

DIÁLOGO VII.

LA VIRTUD DIOSA.

ARGUMENTO.

Atribuyeron los antiguos á la Diosa Fortuna la disposicion de los sucesos humanos (gran locura) dando tanto poder á la instabilidad con que la juzgaban, que creian que de su providencia dependia todo suceso, malo ó bueno, adverso ó próspero. Grandiosos templos consagraron á su memoria, donde con diferentes sacrificios procuraban agradarla para tenerla propicia. Notable es su pintura en los autores, y que significa bastantemente lo poco que hay que fiar en su inconstancia, bien conocida de los filósofos que en aquella edad sabian apreciar las cosas, pues ninguno dexó de burlarse de ella en sus escritos, enseñándonos á nosotros lo que tenemos obligacion á creer en este caso, pues no hay hado, ni hay fortuna, sino solo la disposicion de Dios, y el cumplimiento de su voluntad sagrado, que dispone y gobierna nuestros sucesos como quiere. Dos fortunas imaginaron, próspera y adversa, buena y mala, y á una y otra tuvieron por enemigas declaradas de la virtud, opuestas á sus acciones: porque la soberbia y el vicio, el favor, y el interes quisieron deslustrar merecimientos propios desde el principio del mundo, persiguiendo la virtud mas sólida, padeciendo todos los siglos tan dilatado contagio, desdicha grande, y que ha sido principio de conocidos desaciertos. ¿Qué de Monarquías acabaron por viciosas costumbres? ¿qué de Repúblicas por elecciones injustas, dando al indigno, y al soberbio lo que se debia al virtuoso y al humilde? De aquí nació estimarse en poco la virtud conocida, y verse perseguida de soberbias locas, de felicidades desvanecidas, sin acordarse muchos de lo que dice Séneca en una epístola, que nulla possessio, nulla vis auri & argenti pluris quàm virtus æstimanda est. *Porque como dice Tulio,* virtus in tempestate sæva quieta est, & lucet in tenebris expulsa loco, manet tamen, atque hæret in patria, explendetque semper, nec alienis numquam sordibus absolescit. *Y por eso la dió el mismo Tulio por definicion en el segundo de legibus:* virtus nihil aliud est, quàm in se perfecta, & ad summum perducta natura. *Lo mismo que Gregorio en los Morales:* quid est virtus nisi mendicamentum? *Y es sin duda, pues cura de todo vicio. Contra todos escribe Luciano este diálogo, moralizando á la virtud perseguida de la fortuna, para que se vea á lo que se atreve la felicidad humana, la soberbia de los hombres desde puestos altos, desde grados superiores, sin bastar contra el apetito, lo que dice San Agustin, epístola* 36. prospera hujus mundi asperitatem habent veram, jucunditatem falsam, certum dolorem, incertam voluptatem, durum laborem, timidam quietem, rem plenam miseriæ, spem beatitudinis inanem. *Lo mismo que San Gerónimo sobre Isaias, lib.* 7. nulla res longa mortalium, omnisque fælicitas sæculi dum tenetur, amittitur. Cùm enim tribulationis tempus advenerit, omne quod præteritum est, nihil aliud adiuvat sustinentem. *Y siendo ansí, ¿quién fia en su fortuna? estímese la virtud, amése, y busquése, pues, como dice Tulio:* sola virtus in sua potestate est, omnia præter eam, subjecta sunt fortunæ.

MER-

MERCURIO. LA VIRTUD.

Mer. La Diosa Virtud me ha escrito, pidiéndome que la vea: voy á saber, qué me quiere, y procuraré volverme con priesa á Júpiter. *Vir.* Dios te guarde, Mercurio amigo, y yo te doy muchas gracias, pues que por tu benignidad no soy del todo menospreciada de las gentes, ni echada del número glorioso de los Dioses. *Mer.* Ya espero lo que me quieres, ya vengo á saber lo que me dices: dímelo en breves palabras, ansí vivas, porque me mandó Júpiter volver con mucha priesa á su presencia, y es imposible detenerme, por mayor gusto que tenga de acompañarte, por mucho que desee asistirte. *Vir.* ¿Pues cómo, que ni aun contigo, Mercurio, me es lícito manifestar mis trabajos? ¿qué no puedo gozar el consuelo de comunicar mis males, alivio cierto de quien los pasa mayores? ¡Gran desdicha! ¿quién saldrá, ay triste yo, á la venganza de mis agravios? ¿á la defensa de mi justicia? pues ni Júpiter me oye, ni tú, Mercurio mio, á quien siempre he tenido en lugar de hermano, amándote tiernamente, venerando tus acciones, honrando todas tus cosas, no quieres darme tiempo para manifestar mis cuitas, para decir mis sentimientos. ¡O miserable de mí! ¿á quién pediré remedio del mal que me persigue? ¿á quién consuelo del dolor que paso? ¿á quién acudiré? ¿á quién pediré socorro? mejor me fuera, si habia de padecer estos desprecios, ser un tronco inútil, un leño seco, que no Diosa, porque de la mayor grandeza se sienten mas las caidas, y las miserias atormentan al doble, si la prosperidad las dió principio. *Mer.* Dexa las quejas tristes, Virtud amiga, pues tan

tan mal remedian las desdichas, dolores propios: ya estoy determinado á escucharte, dime quanto quisieres, que ya te oygo. *Vir.* Ya me ves quál estoy desnuda y pobre, despreciada y abatida, tenida por fea de los que no me conocen, y por rigurosa de los que no me quieren, ni me estiman: llegado he en la tierra á la mayor miseria, perseguida y despreciada de los malos: y de haber decaido de mi primero estado tiene la culpa la impiedad de la Fortuna, aquella Diosa cruel, aquella injusta, pues jamas hizo eleccion que buena fuese, despues que quiere hacerlas sin mi voto. Ves aquí al extremo á que me ha reducido la potencia de esta ingrata: no era ansí en aquella edad dichosa, quando en los Elíseos campos me ví estimada y querida, honrada de aquellos héroes insignes, de aquellos excelentes amigos mios Platon, Sócrates, Demostenes, Ciceron, Arquimedes, Policrato, Prasilites y otros muchos, que miéntras vivieron me estimaron como merecia mi ser, como se debia á mi grandeza, defendiendo mi valor valientemente. Pues como á exemplo de tantos acudiesen muchos á honrarme y defenderme, supólo la Fortuna, Diosa insolente, descarada y atrevida, y dió en perseguirme y maltratarme: de sus aliados y favorecidos hizo contra mí levas de gente, armándome asechanzas y zeladas; y al fin contrariando mi potencia, destruyó mis amigos, y derribó mis defensas; y á mí si no rendida, por lo ménos perseguida y atormentada entre ultrajes y afrentas, me dixo tales palabras: y vos Diosa plebeya y humilde quando vienen otros Dioses de mas estimacion, y demas cuenta, ¿por qué no despejais el paso, y le dais el lu-

lugar que ellos merecen? Sentíme grandemente del agravio, porque con la virtud ¿qué otra Diosa puede igualarse? mas líbrete el Cielo de la soberbia poderosa, de la presuncion favorecida. Algun tanto enojada, respondí, que no era ella la mayor de las Diosas, para que me tratase tan soberbia, y que si se habia de respetar á las mayores, no á ella sí á mí, pues en nada me igualaba. Impaciente la Fortuna, se declaró contra mí, y piensa tú, Mercurio, lo que me diria quien es tan inconstante, tan acelerada, y tan injusta. Supo Platon el suceso, y tomando á su cargo mi defensa, tomó el divino filósofo la pluma, y escribió contra ella á favor mio. Enojada de nuevo, ya sin recato perseguia á los virtuosos diciendo que á tales palabreros (ansí llama ella á los doctos que fiados en propios méritos pretenden dignos puestos sin ayuda) los habia de castigar severamente: porque los esclavos, decia, no han de escribir contra la grandeza y autoridad de sus señores. Bien lo cumplió la inconstante, pues sirve de martirio á los merecimientos propios, sin que premie con igualdad y galardon, y con justicia. ¿Qué te diré de los daños que ha causado? Ciceron, Orador tan excelente como sabes, quiso culpar su rigor, y escribir contra ella para disuadir á los hombres de su engaño; y en verdad que le costó la vida, porque Marco Antonio grande amigo de la Fortuna, le mató afrentosamente: atrocidad fué aquesta, que puso bastante miedo á los demas que me seguian, y habian dado palabra de ayudarme: ya ni en público me hablaban, ya no me favorecian; ántes mirando solo á conservar sus vidas, se fueron y me dexaron: huian de mí los que por medios ilícitos pretendian soberbios puestos, aquellos que fiados en el favor ageno no quieren estimar méritos propios, llegando á los mas poderosos tan dilatado contagio. Policreto excelente pintor, no se atrevió á poner el pincel en mis imágenes; ni Fidias famoso estatuario, escultor primero, á sacarlas en público; ni los demas tuviéron valor para oponerse á la insolencia de los injustos, que enseñados á robos y homicidios querian destruir los virtuosos; y yo la mas desdichada de las Diosas, desamparada de todos, fuí acoceada de la Fortuna soberbia: dióme insufribles golpes, y llamando á sus amigos, ella y ellos me maltrataron y escarnecieron, y rompiéndome el vestido, dieron conmigo en un lodo: enojados de nuevo, porque aun en tal desprecio quedaba hermosa, y despues de hartos de afligirme y maltratarme, haciendo burla de mí con risas, gritos y voces, se fueron y me dexaron: y yo qual me ves, Mercurio mio, rota, afligida, despreciada y triste vengo á quejarme de aqueste agravio á Júpiter, y darle cuenta de todo: he esperado para que me dé audiencia un mes entero: que los pobres, los solos y los necesitados, no la alcanzan fácilmente: nunca he podido ser oyda, desgracia que con los hombres me sucede muchas veces, y que ahora tambien la he sufrido entre los Dioses. Á no pocos he suplicado me den entrada, y ponen tantas excusas, que siempre me quedo fuera. Uno me dice, que es imposible cosa hablar á Júpiter, porque él, y los demas Dioses estan consultando un negocio importantísimo, sobre si conviene que las calabazas lleven flores, y si las han de regar con mucha, ó con poca agua. Otro me dixo, que no podian atender los Dioses

á

á mis quejas, porque encerrados en la estancia del divino Jove, estaban votando todos, sobre si seria bien que las mariposas saliesen con las alas pintadas aqueste año, y que habia tantas disensiones en la junta, que no podrian atender á cosa ménos importante. Mira, ansí vivas, en que se ocupan los Dioses, advierte á las que llaman importancias, y no quieren oir á la Virtud perseguida: para semejantes cosas tienen tiempo sin que jamas le tengan para oirme, ni le aya sobrado para remediarme, por lo que vengo á persuadirme, que no me quieren los Dioses, ni los hombres. ¡Ay de mí! ¿qué he de hacer desesperada? ¿qué será de mí en tan miserable estado? ¡O edad engañosa! ¡ó ligero curso de los tiempos, y como lo mudas todo, pues haces el merecer delito, y premias la insuficiencia! Tú, pues, Mercurio mio, fiel interprete de los Supremos Dioses, no niegues tu proteccion á la Virtud, que por aquesta causa te la pide, y humilde te suplica, que la ampares: toma por tu cuenta causa tan justa y pia: oyeme, y dame tu amparo, pues he venido á buscarle en tu grandeza: puesta qual ves á tus pies, pone mi esperanza en tus manos el remedio de mis penas, y el buen suceso de lo que pretende mi justicia: haz de manera que ya que los Dioses me desprecian, los hombres no me desprecien: porque será gran deshonor de los que me admitieron á su número, que los hombres no me respeten, ni me estimen. *Mer*. Ya te he oydo, Virtud amiga, y pésame en extremo de no poder remediarte: si ya no es que lo haga el desengaño que te diré ahora (milagro ordinario suyo) en fe de la antigua amistad que hemos tenido. Negocio dificultoso es el que tratas: porque es Diosa muy po-

poderosa la Fortuna: bien sabes tú su potencia, exempla en tu suceso lo que puede: ¿quién hay que no la tenga por señora? ¿y quién no fia de ella sus aumentos? El mismo Júpiter (y ansí los demas Dioses) confiesa que debe á la Fortuna infinitas buenas obras: teme tambien su poder, como el hombre mas plebeyo; porque á él, y á los demas les dió medios la Fortuna para llegar á ser Dioses; y ten por cierto, que si supiese que trataban alguna cosa contra ella, les quitára la deidad, con solo volver su rueda, en ella tan contingible, que en ninguna de sus felicidades hay firmeza. Por eso, Virtud amiga, soy de parecer que desistas de esta empresa, y que pases callando tan amargas desventuras entre los Dioses plebeyos, sufriendo pacientemente la mala condicion de aquestos tiempos, y la suerte de tu infeliz estado, hasta que tenga fin el odio de tu adversaria. *Vir*. ¡Ay de mí triste! para siempre me condeno á no parecer entre las gentes: quédate, que yo me voy sin estimacion ni honra.

DIÁLOGO VIII.

EL HERCULES MENIPO.

Argumento.

Quiere Luciano en este diálogo reprehender generalmente los vicios, con decir las penas que los condenados padecen en el infierno, procurando con exemplos imaginados la detestacion de toda accion culpable: culpa á los jueces, á los poderosos, á los ricos, y á los que ocupando puestos altos transgresan las mismas leyes que promulgan, queriendo que se executen con rigor en los humildes y menesterosos, viviendo ellos mas libremente, y con peores costumbres; y cubriendo con hipocresía innumerables maldades, calificando con nombre de virtudes, grandes vicios. Finge el filósofo, que cansado de la diversidad de opiniones que en la tierra habia, sobre quál era el género de vida mas seguro, baxó al infierno, á consultar un adivino, por no hallar quién le dixese lo cierto entre los hombres: cuenta lo que vió en esta jornada, los excesos de cada estado, y los castigos de cada exceso; sin dexar vicio sin reprehension, ni maldad sin pena: moraliza gallardamente el natural de los hombres, descubriendo camino á cada uno para su aprovechamiento propio; y últimamente dice, qué género de vida es mas seguro, mas descansado y mas quieto, cubriendo con donayres graciosos, con ficciones agudas, admirables aciertos, y provechosa doctrina.

Pocos hombres habrá en el mundo, á quien este diálogo no pueda servir de espejo: véanse en él los mas cuerdos: mírenle los que desearen aprovecharse, porque es digno de saberse para el total remedio de excesos y demasías, para la conservacion del trato humano, aumento del bien público, acierto en las disposiciones, y reformacion en las costumbres.

Menipo. Filonides.

Menip. En buen hora te vea yo, portal y entrada de mi casa, deseada habitacion, puerto seguro; y dichoso el dia en que te veo despues de haber vuelto á gozar de aquesta luz comun, de aquesta claridad del mundo. *Fil.* ¿Es por ventura aquel que habla Menipo? sí es sin duda, si no me engaña el vestido que le encubre, él es sin falta, ó yo no conozco á los Menipos, habiéndolos tratado tantos años: ¿mas qué querrá decir aquella nueva forma de vestido? ¿Menipo con maza y lira, con piel de leon, y clava de Hércules? alguna invencion será graciosa, porque las tiene extremadas: quiero llegar á hablarle, para saber el intento de tan desusada librea. Estés en buen hora, Menipo amigo, ¿de á dónde vienes, porque ha mucho tiempo que en la ciudad no te vemos? *Menip.* Vengo de la morada obscura de los muertos, donde penan sin cesar los condenados: atravesé aquellas puertas de amarguras eternas, desde adonde á esta luz que vemos, hay distancia inaccesible. *Fil.* Por Hércules valeroso, que sin saberlo nosotros te debes de haber pasado de esta á la otra vida, y debes de haber resucitado de nuevo. *Men.* No imagines, que fuí muerto, que vivo y sano he baxado á los Tártaros fines, adonde he visto secretos admirables y famosos. *Fil.* ¿Pues qué causa tuviste para hacer jornada tan peligrosa é increible? *Menip.* Atrevimiento fué, yo lo confieso,

so, vigor inconsiderado de la mocedad, propósito sin razon, aunque cumplido no con pequeña causa. *Fil.* Deten un poco, ó generoso Menipo, el trágico estilo con que hablas: dexa, ansí vivas, de copiar cuentos jambos: guarda para tiempo mas oportuno la cifra de bien medidos versos, y dime por tu vida, ¿qué nuevo trage es este, y por qué razon fuiste al infierno, camino nada apetecible, y jornada poco entretenida y deleytable. *Menip.* Baxé á los tristes reynos de Pluton, por solo oir al adivino Tirisias, para aprender de él algunas cosas, cuya declaracion jamas hallé en la tierra. *Fil.* Pardiez que pienso que estás loco, porque á no serlo, no me respondieras copiando versos de Homero; pues á los amigos no se les ha de decir ficciones, quando desean verdades. *Menip.* No te espantes que esté tan gran versificante, que ha tan pocos dias que dexé la conversacion y compañía de Euripides y Homero, y ellos me hablaron tanto en verso, que no sé que se me hizo la prosa que sabia; y ansí se me vienen la medida de los versos á la boca. Mas dexando aquesto, por tu vida que me digas, en qué estado estan las cosas humanas en el mundo, qué hay de nuevo en la ciudad, en qué se pasa el tiempo acá en la tierra. *Fil.* Ninguna cosa hay de nuevo, todo se está como de ántes, de la misma manera se vive que solia: los hombres hurtan, juran, son logreros, son viciosos, adulan y murmuran, guardando cada uno su costumbre antigua, sin esperar enmienda de sus defectos y vicios. *Menip.* ¡O desventurados y miserables! bien se echa de ver en eso, que no saben lo que estos dias pasados se determinó en el infierno acerca de sus excesos y desórdenes. De-

Decretos grandiosos hubo, y particularmente fué notable uno que se publicó contra los ricos avarientos, del qual no podrá librarles su riqueza. *Fil.* ¿Qué me dices, Menipo? ¿es cierto que se ha determinado algo en el infierno contra ellos? *Menip.* Por el alto Júpiter te juro, que no un decreto solo, mas muchos se han publicado: mas no se pueden descubrir estos secretos, porque no haya quien nos acuse de murmuradores en el tribunal de Radamanto; porque este vicio se castiga grandemente en el infierno. *Fil.* No hayas miedo que se sepa, yo callaré quanto dixeres: no temas que te descubra; y pues ha tanto tiempo que soy amigo tuyo, no me encubras lo que en este particular sabes y oiste, porque yo sabré callarlo tan bien, como sé estimar el amor y amistad con que me tratas, ya conocido por tantas experiencias. *Menip.* Dificultosa cosa pides, poco segura y no poco peligrosa: mas por el amor con que te estimo, quiero fiar de tu capacidad y cordura negocios tan importantes.

Has de saber, lo primero, que se libró un decreto inviolable contra estos ricos que tienen mucho dinero, mucha plata y oro mas escondido y guardado, que Danae estaba en su torre. *Fil.* Por tu vida, Menipo, y perdona si te enfado, que ántes que me digas esa ordenanza provechosa, me cuentes, porque deseo saberlo, la causa por qué baxaste á los infiernos; que habia de ser famosa, y de importancia no pequeña, para que disculpe jornada que de tan mala gana la hacen todos: quién, ansí vivas, te enseñó el camino, quién te llevó á sus puertas, y al fin lo que oiste y viste? porque sin duda serán cosas de grande importancia; pues no es de creer

creer de hombre tan curioso como tú, que se te pasase por alto nada digno de memoria. *Men.* Tambien te quiero obedecer en eso, porque no se puede negar nada á un verdadero amigo. Sabe, pues, Filonides, que lo principal que me animó á tan gran viage, fué que siendo yo muchacho, y oyendo la poesía de Hesiodo y Homero, como viese que cantaban en sus versos guerras, sediciones y alborotos, no solo entre los que comunmente los Poetas llaman Mediodioses, pero aun entre los mismos Dioses, y que á los tales les aplicaban adulterios y violencias, tormentos y castigos, vicios y robos, tener en poco á sus padres, perseguirlos y afrentarlos (maldad la mas detestable que cometen los hombres) casarse hermanos con hermanas; abominacion grandísima, júrote por Hércules, que todo aquesto lo juzgaba por lícito y permitido, viendo que tan graves escritores decian hacerlo los Dioses inmortales: esto era quando muchacho; pero despues que crecí, y tuve entero discurso, he visto que las leyes mandan expresamente lo contrario que enseñan los Poetas, y que vedan y prohiben rigurosamente aquellas mismas cosas, que haciéndolas los Dioses, las juzgaba por lícitas. Mandan las leyes, que se castigue al vicioso y al adúltero, que no se sufran sediciosos ni bandidos, que no se consientan hurtos, ni se permitan delitos. Esta oposicion y contrariedad tan dañosa para nuestras costumbres me traia bastantemente dudoso, sin saber quál era lo mejor para seguirlo, ni lo peor para dexarlo: finalmente ignoraba, cómo era razon vivir para no parecer inútil, ni culpado: deseaba elegir el camino mas seguro, y totalmente le ignoraba: nunca creí que los Dioses cometiesen adulterios, ni tu-

tuviesen otros vicios con que nos los pintan los Poetas: nunca que tuvieran envidias, que trazáran disensiones; y dado caso que ansí fuese que cayesen en semejantes pecados, forzosamente se habia de pensar de ellos que no eran Dioses, ó que aquellas cosas no las reputaban por delitos: uno y otro absurdo grande. Y despues de esto tampoco me atrevia á pensar, que los instituidores de las leyes, aquellos gravísimos jurisconsultos, por cuya cuenta corria el gobierno acertado de la República, hombres doctos y graves, mandáran cosas en todo contrarias á lo que de los Dioses se publica, sino las juzgáran por provechosas para conservacion de la República, y aumento de la duracion humana: porque cierto que es donosa cosa, y muy digna de considerarse atentamente, que se publique de Júpiter, que es vicioso, de Baco, que se emborracha, de Apolo, que se enamora, de Venus que se huelga, de Juno que envidia, de Momo, que murmura, de Marte, que mata, y de Saturno que roba, y que luego las leyes veden rigurosamente estas acciones por malas y perversas, siendo ansí que eran propias de aquellos á quien adoramos por mejores: ¿quién juzgará adonde está el engaño, si los Dioses adulteran, y los hombres mandan que se castigue al adúltero? Pues como yo me hallase tan dudoso entre tan varias opiniones, determiné irme á los que en la tierra llamamos filósofos, aquellos á quien aplaude la plebe por doctos y científicos, y poniéndome como dicen en sus manos, me sujeté á su disposicion para que me enseñasen el género de vida mas seguro. Contentísimo buscaba yo á los tales, por parecerme que mis dudas hallarian remedio en su experiencia y estudios; y par-

pardiez que me sucedió, como dicen, que yendo á huir del humo, dí en la llama: comuniquélos algun tiempo, y notando atentamente su trato, hallé entre ellos suma ignoracia, mucha soberbia, y todas las cosas mas inciertas y dudosas que entre otros hombres vulgares. Vista, pues, la vanidad de los tales, el poco saber que tenian, y la ignorancia y necedad que encubrian debaxo de aquel fausto exterior con que hipócritamente representaban virtud fingida, engaño solapado, y desvergüenza encubierta; verdaderamente que vine á juzgar por siglo de oro el vivir de los idiotas, por vida felicísima la de los que poco saben en comparacion de los filósofos hinchados y soberbios: ¿quién podrá decir fácilmente la diversidad de doctrinas que enseñaban? uno me mandaba que todo yo me diese á los deleytes, y que á ellos solos determinase mi vida, afirmando que en ellos consistia la mayor felicidad, ¡locura grande! porque ¿cómo puede ser feliz lo que es tan malo? Otro contrariando este primero, me mandaba que siempre trabajase, y que domase el brioso natural del cuerpo con ayunos y flaqueza, con trabajos y tormentos, siempre sujeto y humilde á injurias y desdichas. Repetíame aqueste muchas veces aquellos versos tan celebrados en la edad de Hesiodo, que engrandecen la virtud firme, el trabajo continuado, la ocupacion ordinaria, ponderando quán dificultosa, áspera é intratable es la subida del glorioso monte del eterno descanso. Quál me aconsejaba que despreciase los dineros, teniendo por cosa indiferente la posesion de las riquezas; y no faltaba otro, que siguiendo lo contrario, cifraba en los tesoros la mayor felicidad del suelo. ¿Pues qué te diré de la diversidad de

de opiniones que tenian de la composicion del universo, del qual oia cada dia ideas incorpóreas, substancias, átomos, vacios, y otra cantidad infinita de vocablos, términos y nombres puramente contrarios unos de otros? Mas lo que sobre todo me cansaba y aborrecia, era que arguyendo todos de una cosa misma, la defendia cada uno con razones tan diversas, vendiendo por verdadero lo que decia, y contradiciendo lo del otro, que no sabiámos los oyentes, qual era lo verdadero, ó qual lo falso; porque en defensa de su opinion, traia cada uno argumentos tan persuasibles, razones tan fuertes, similitudes tan llanas, que aumentaban la duda de lo cierto, y suspendian la eleccion de lo acertado; y á mí me aconteció oir á uno afirmar que era una cosa fria, y á otro, que era la misma caliente, y yo no sabia que responderles á ambas, siendo ansí, que tenia por cierto, que una misma cosa no podia ser juntamente caliente y fria: y ansí me acontecia en las disputas y conclusiones, lo que á los que estan dormitando en pie ó sentados, que unas veces inclinan la cabeza á un lado, como si afirmarán alguna cosa, y otras la inclinan al otro como si negaran, siendo ansí cierto, que dormidos nada afirman ni niegan, ni conocen: tal yo suspenso á las opiniones de unos y otros, aunque negaba y afirmaba, no sabia lo que me decia, porque su misma confusion me habia dexado dormido.

Demas de esto, y no es lo ménos detestable y feo, queriendo inquirir sus vidas, y procurando conocer su trato, le hallé tan malo que nunca conformaban sus obras y sus palabras: contrarios eran en todo su doctrina, sus

obras, sus preceptos y la observancia de sus leyes: porque mandando ellos á los demas que despreciasen el oro, que no estimasen las riquezas, yo los ví con insaciable codicia, dando á cambios y tomando usuras: engañaban á quantos podian por el interes que procuraban: no enseñaban á sus discípulos sino se lo pagaban con subidos precios, y ellos mismos se humillaban y abatian á qualquiera oficio infame, á toda ocupacion ordinaria si se la pagaban con dineros. Los que defendian la humildad de despreciar la honra, de huir el urbano aplauso, impulsos vulgares y soberbios, esos mismos andaban desvelándose en soberbias locas, en presunciones vanas, dirigiendo sus acciones á qualquiera sombra de gloria, y á toda estimacion soberbia: no habia ninguno de ellos que no persiguiese á los deleytes de palabra, vituperando su fealdad públicamente, y en secreto, eran los mas deshonestos, exercitándose en todo género de lascibia y de delicia. El saber esto, como te he dicho, me traia confuso y triste; porque habia salido tan falida mi esperanza, que me dexaba burlado adonde ménos pensé que se trataban burlas: pero esta desventura no la pasaba sin consuelo, porque no lo era para mí pequeño, ver que ya que yo me hallase indocto é ignorante, y que habia errado el camino de la erudicion mas importante para enmendarme la vida; al fin era suerte y calamidad comun con muchos tenidos por sábios, y celebrados por doctos, que nunca acertaron á enmendarla. Esto consideraba muchas veces, y como nunca hallaba la certeza que queria, me resolví en ir á Babilonia para platicar estos puntos con alguno de los mágicos que allí viven con opinion de muy científicos discípulos y sucesores del famoso Zoroastro: porque habia yo oido decir algunas veces, que aquellos adivinos y hechiceros, con ciertos encantamentos sabian abrir las puertas del infierno, y entrar allá seguramente á quien quisiesen, volviéndole á traer con la facilidad que le llevaban: porque la traza mas acertada que juzgué yo para alcanzar cumplido mi deseo, era concertarme con uno de aquellos mágicos, para que me llevase á los abismos, por ir á hablar con Tirisias Beocio, sábio y adivino por extremo, y saber del qué género de vida seria mejor y mas seguro en el mundo, y quál entre tantas tan diversas, eligieron los que verdaderamente fueron sábios. Parecióme acertado este propósito; y ansí me partí á Babilonia á toda priesa, porque á buscar la virtud nunca se ha de ir despacio. Llegué allá, y aposentéme en casa de un Caldeo, hombre sábio y de singular industria, de cabellos canos, barba larga, agradable persona, y presencia venerable: llamábase Mitrobarzanes, hombre bien entendido y docto: díxele la ocasion que me sacaba de mi tierra: pedíle, que me ayudase para tan dudosa jornada: prometíle quanto quisiese por ver cumplido mi deseo: hízele grandes promesas: díle algunas piezas de estima, y al fin acabé con él que quisiese encaminarme al infierno. Y no parezcan nuevas tantas diligencias para cosa tan detestada de los vivos, que muy ordinario es en el mundo hacer muchos esta jornada, y dar mucho por hacerla: el vicioso da la salud, el mentiroso la honra, el soberbio la locura, el vengativo la vida, el jugador la quietud,

tud, el blasfemo la opinion, el envidioso su sangre, y el perezoso su provecho, y al fin todos van á los infiernos dando. Notables fueron las supersticiones que aquel hombre hizo conmigo: lavóme veinte y nueve noches en el rio Eufrates quando salia la luna, haciéndome á las mañanas que viese salir el sol, y él entónces decia no sé que palabras, que jamas pude entender, y escupióme despues algunas veces en el rostro, llevándome á ciertas distancias cubierto, sin mirar á nadie, hablar palabra, ni abrir los ojos: solas vellotas comimos aquellos dias, y bebimos leche y miel revuelto con muy poca agua: la cama era de yerba, á cielo abierto; y á fe que se pasaba tan desacomodadamente, que á durar muchos mas dias aquel regalo y descanso, á mí se me quitáran del todo los deseos del camino. Mira por tu vida lo que cuesta ir al infierno, y con todo siendo mas barata la virtud y mas fáciles sus caminos, se freqüentaban ménos en el mundo. ¡ó ceguedad humana! ¡ó locura de los hombres! ¿que padezcan trabajos por tormentos, y que compren tan á su costa eternas lágrimas? ¡desdichados de los tales, pues padecen en está vida y en la otra, sin hallar descanso en ambas!

Quando le pareció á mi maestro que estábamos dispuestos para el camino, me llevó una noche con notable silencio al rio Tigris, y me lavó muchas veces, rociándome despues con aguas olorosas, zumos de diversas yerbas, y entre tristísimos rombos pronunciaba palabras inteligibles, trayéndome sin parar á la redonda, decia él, que para que no me hiciesen daño las fantasmas. Fuímonos despues á casa, no empero por el camino que venimos, y tratamos de

de apercibirnos, para partir con priesa. Mitrobarzanes se vistió una encantada ropa, semejante á las vestiduras con que los Medos sacrifican, y á mí me adornó con estos mismos aderezos: dióme esta lira, esta clava, y estas pieles de leon, mandándome expresamente, que si alguno por el camino me preguntase mi nombre, no dixese el de Menipo, sino que me llamaba Hércules, Orfeo ó Ulises. *Fil.* Dime la causa de esa transformacion en nombre y hábito, porque no me parece muy necesaria para baxar al infierno. *Men.* Eslo mucho, Filonides amigo, porque estos tres que te he dicho, habian baxado al infierno vivos, como queriamos baxar nosotros; y ansí haciéndome semejante á alguno de ellos, engañaria mas fácilmente de Eaco las vigilantes guardas, y pasariamos seguros, sin que nos detuviese nadie, cosa cierta, á no llevar aquel hábito y nombre.

Ya comenzaba á esclarecer el dia, quando los dos entramos en el rio, partiéndonos con viento bonancible en una acomodada falua: empezaba el mágico á reiterar los sacrificios y palabras, miéntras yo á fletar matalotage, y al fin zarpamos á la hora conveniente, tristes y llorosos, porque nadie hace alegre aquella incierta jornada. Poco anduvimos navegando, porque muy presto tomamos tierra en una selva agradable, espaciosa; y descansando algun poco, y vueltos á sacrificar á los infernales Dioses, volvimos á tomar el vaso, y atravesando un lago horrible y temeroso, adonde dicen que se esconde el rio Eufrates, llegamos á una region yerma, desamparada y sola, llena de selvas espesas, de matorrales entrincados, y silvestres árboles: allí salimos en tierra, ya yo muy te-

temoroso de la confusion y soledad del sitio: y en cierta parte, adonde señaló el sábio que animosamente me guiaba, hicimos un hoyo en tierra, y en él sacrificamos dos ovejas, rociando con su sangre los solitarios árboles en el fuego de la oblacion. Encendió el mágico una hacha, y ya no hablando entre dientes, sino dando grandes y temerosas voces, puesto entre no sé qué círculos que hizo, invocaba á los Erines y á las penas, al Ecate nocturna, y á la excelsa Proserpina, mezclando dicciones bárbaras y nombres no conocidos. Á deshora empezó á temblar la selva, articulando el éco temerosos ahullidos, y por el mismo hoyo se abrió la tierra á la fuerza de los encantos, y se vieron visiones espantosas: oíanse claramente los ladridos del can Cerbero, los gemidos de los condenados, el ruido de los tormentos, y nosotros tristes y temerosos estábamos espantados; y no era mucho que ansí fuese, porque despues supimos, que el mismo Orco, Rey de los estados infernales, temió de la fuerza de los encantamentos en su palacio triste y tenebroso. La abertura fué tan grande, que desde ella se descubrian las mas cosas del infierno: veíase el horrible lago de Flegetonte, los palacios de Pluton y otros prodigios. Entramos animosamente por la cueva, llevando delante el mágico la hacha, á cuya lóbrega luz se veian todas las cosas: hallamos á Radamanto medroso y espantado, ansí de las confusiones como de habernos visto: el can Cerbero empezó á ladrar, y queriendo levantarse para guardar la entrada, le suspendió la suavidad de mi lira, porque la empecé á tañer muy dulcemente, y él se quedó dormido en oyendo la suave conso-

sonancia. Llegamos al lago Haberno, y hubo gran dificultad en pasarle, porque Aqueronte tenia ya llena la barca, adonde se oian lastimosas voces y alaridos horribles: porque todos los que en ella querian pasar á la otra orilla, iban muy llagados y heridos, quál en los músculos, quál en la cabeza y brazos, estropeados y coxos, que parecia que habian salido de alguna cruel batalla: la priesa que habia á llenarse la embarcacion era notable, el ruido mucho, la confusion grandísima, y los gritos lastimosos; pero apénas el viejo Aqueronte, barquero horrible de aquellas cruentas aguas, vió la piel de leon de que iba yo vestido, quando me recibió al momento, pensando que era Hércules, y acomodándome en la barca á mí, y á mi compañero en el puesto mas desocupado, zarpó la embarcacion infernal en las Estigias hondas, y pasando á la otra orilla, el mismo barquero nos mostró el camino por donde habiamos de seguir nuestra derrota. Ya por allí era la obscuridad notable, eterna noche, llena de horribilidad y espanto: y porque no errasemos la senda, iba delante Mitrobarzanes, y yo le seguia tan temeroso, que nunca me apartaba de él un paso: hallámonos de allí á poco en un espacioso prado lleno de gamones, adonde nos cercaron muchas almas, dando alaridos tristísimos, y gemidos dolorosos. Pasando mas adelante, llegamos al consistorio de Minos, y hallándole en un gran trono rodeado de su acostumbrada compañía, penas, guerras, malos espíritus y furias, quando llegamos, traian á ser juzgados muchos hombres atados en una larga cadena, y decian que eran adúlteros, rufianes, homicidas, lisongeros y calum-

lumniadores, vil canalla, con ánimo sobrado para qualquier atrevimiento. Por otro lado traian al tribunal, apartados de todos á los ricos, á los logreros, muy amarillos, hidrópicos y gotosos, y á cada uno ataron á una coluna, y le pusieron encima el peso de dos talentos de hierro, que segun la opinion mas recibida, son trescientas y mas libras. Yo y mi compañero estábamos atentos á quanto allí se hacia y trataba, procurando entenderlo todo enteramente: los acusadores de las almas eran admirables y famosos. *Fil.* ¿Quiénes las acusan, ansí vivas? *Men.* ¿Nunca viste las sombras que estando detras del sol muestran los cuerpos? *Fil.* Ya las he visto hartas veces; mas ¿cómo puede ser, que las sombras de sus mismos cuerpos las acusen? *Men.* Pues ellas son sin duda las que nos acusan despues de muertos, ayudadas de otros ministros infernales, poniéndonos delante de los ojos, como testigos de vista, quantos pecados hicimos en la vida: porque á las sombras nada puede encubrírseles, porque siempre han seguido nuestros cuerpos. *Fil.* Notables cosas me cuentas. *Men.* Oye, ansí vivas, que voy diciendo adelante. Despues que Minos, Juez recto y riguroso, exâmina con diligencia las culpas de cada uno, los deputa á las penas y tormentos, donde eternamente han de pagar sus maldades: lastimosa cosa era ver ir á estos desdichados á los suplicios eternos, llenos de lágrimas, desesperaciones y dolores. Notablemente ví que se indignaba el Juez contra los ricos que por tener grandes tesoros, se habian ensoberbecido, andando muy hinchados, queriendo ser adorados de otros mejores que ellos, sin atender á la vanidad de las cosas que es-

estiman, y de lo poco que duran las riquezas que poseen: á estos tales ví que aborrecia Minos grandemente, haciendo burla y gracejo de su soberbia y fausto, como quien tan bien sabe que en muy breve tiempo han de venir á su juicio donde serán castigados rigurosamente, porque no se acordaron siendo mortales, de que lo eran tambien los bienes que poseian. Pardiez que los que de ellos ví yo entónces, no me causaban poca risa verlos desnudos sin aquellas pompas ricas, sin los magníficos estados, sin los honores y riquezas, puestos los ojos en tierra, confusos y avergonzados, sirviéndoles de tormento la memoria de la felicidad de que gozaron en la tierra, que ya entónces la juzgaban por sueño vano, por desdicha cierta y por eterna desventura: estaban con una inmortal tristeza, quejándose amargamente de que yo no me regocijaba poco. Á mas de dos conocí en aquella desventura, que aca en la tierra nunca hiciéron bien á nayde con sus tesoros: á estos me llegaba yo contento, y secretamente les decia al oido, para atormentarlos mas con las venturas pasadas, que se acordasen quán soberbios habian sido en la vida, con el desprecio que trataban á los que eran mejores que ellos, que mirasen quán diferentes estaban quando algunos iban á buscarlos á sus casas, que no solo se negaban y encubrian, pero mandaban á sus criados, que con atrevimientos y descortesías echasen de sus puertas á los que los buscasen, que les era forzoso hacerlo en las mismas calles, saliéndoles al paso para tener su audiencia; y que al fin saliendo ellos de sus casas vestidos de purpura, y adornados con joyas y cadenas de oro, pensaban que hacian dichosos y bienaventurados á los que

que habia muchas horas que les estaban esperando, si les hablaban una palabra, ó les daban la mano para que humildes se la besasen. Muchas cosas les dixe, las quales ellos oian no con poca desesperacion y sentimiento: y para decirte la verdad, yo tuve alguno, porque ví juzgar á Minos mas de dos causas por favor y aficion propia, cosa que me espantó notablemente, porque siendo acusado por el Filósofo Dion, Dionisio Siracusano, de maldades notables, y de innumerables excesos, y ya condenado por declaracion y sentencia de los Stoicos en la tierra, y determinado en el infierno que le atasen á la Quimera, adonde penase para siempre; porque interpuso su autoridad Aristipo Cireneo, mandó el juez que fuese absuelto de tal pena, alegando por su parte, que en tiempos pasados habia sustentado en el estudio á muchos mancebos nobles y necesitados, en quienes luce el hacer bien al doble: porque ayudar al pobre noble, es mas grandeza.

Al fin partiendo de allí, nos fuimos á la deputacion de los suplicios, adonde en diferentes y penosos tormentos castigaban á los malos: lugar horrible y espantoso: el golpear de los azotes, los tristes gemidos de los atormentados alternaban lastimosamente los fuegos que ardian, los yelos que abrasaban: la diversidad de penas aturdian nuestros oidos, y suspendieran el juicio mas asentado y quieto: las ruedas, los tormentos, las prisiones y cadenas, la desesperacion, los tristes llantos ¿cómo podrá contarse facilmente? El can Cerbero despedazaba las almas, la Quimera las atormentaba y afligia; y finalmente todas penaban en diferentes tormentos: ansí los cautivos como los Reyes, los ricos como los pobres, los Príncipes como los plebeyos, y á todos les pesaba de los males en la vida cometidos y de los pecados hechos: á muchos conocimos que habia muy poco que eran muertos, y de vergüenza procuraban esconderse de nosotros, huyendo nuestra presencia, y si miraban lo hacian tan tristemente, tan avergonzados y corridos que no osaban levantar los ojos. ¿Cómo dirás que estaban los que habian sido soberbios en esta vida, los presumidos, los estimados y que querian mandarlo todo? centros eran de la mayor miseria y desventura, que imaginarse puede. Á los pobres se les perdonaban la mitad de los tormentos; mas como nunca tenian fin, volvian á padecer de nuevo: allí vimos quanto cuentan los poetas: quién lo tiene por mentira; y sin duda lo vieron de la manera que lo vimos, yo y mi compañero. Allí estaba Exion, Tantalo, Frigio y Ticio el engendrado de la tierra, tan espantable y tan grande, que ocupaba todo un campo. Pasando mas adelante, llegamos á los campos Acherusios, adonde estaban los héroes y mediodioses, y con ellos mucha cantidad de muertos destribuidos por órden, unos rancios de viejos, como dice Homero, ya desvanecidos y desechos, y otros jóvenes y robustos: ¡valgame Dios! qué habia de Egypcios atormentados gravemente por la delicia y aseo con que aderezaban las viandas, pagando en el infierno aquella gula insaciable, con hambre eterna, casi imposible era diferenciar á los unos de los otros distintamente, porque como eran cadáveres de huesos eran todos semejantes. Á fé que nos costó harto cuidado conocer algunos, porque era menester lla-

llamarlos por sus nombres: estaban todos amontonados, escuros, tristes y abatidos, sin semejanza alguna de la antigua forma con que habian vivido. Estando, pues, muchos hombres de huesos, muchos esqueletos delante de nosotros con una vista espantable, que echaban por las concavidades de los ojos, mostrando desiertos los huesos de las encías; yo, y no con poco miedo, me puse á considerar, cómo podria diferenciar á Tersites del hermoso Nereo, á Iro el pobre méndigo del Rey de los Feacos, y al Rey Agamenon de Pirria el cocinero; porque todos eran huesos unos á otros semejantes, sin mas particularidades ni mas señas por donde ser conocidos. Mirando cosas como estas, juzgaba yo á la vida humana como una larga y adornada procesion, gobernada por el arbitrio y voluntad de un Superior que acomoda á los que van en ella, con diversos hábitos y insignias, dándoles los oficios como quiere: á unos hace Reyes y los adorna con grandezas Reales, grande ácompañamiento, famoso aplauso, ricas coronas y preciosos cetros: á otros hace hermosos, á otros feos, á quién poderoso y rico, á quién abatido y pobre, á este necio, la mayor desdicha, al otro discreto, la mayor felicidad y ventura, á qual venturoso y al otro desdichado, dividiendo sabiamente las ciudades y puestos: porque es forzosa la variedad y diferencia para hermosear este espectáculo: así se empieza la procesion de la vida, padeciendo diversas mutaciones los que la hacen ántes de acabarla, porque no todas veces el que hace al rico, lo es siempre, ni el pobre dexa de ser rico, sino que truecan los vestidos y viene el Rey á ser cautivo y el

sujeto quando ménos piensa, se halla libre; porque en las fiestas de la vida no hay cosa estable ni de dura. ¿Quién vio á Creso entrar en esta procesion con ropas Reales, y ántes de mucho tiempo vestirse los vestidos de un esclavo, y á Menandro que iba atras entre los siervos y plebeyos, le hace el Gobernador de la fiesta pasar adelante, y le pone los vestidos de Polycrates y le da su estado y Reyno? Con esta desigualdad y mudanza pasa por la puerta de todos la procesion de la vida, hasta que acabada con la muerte, adonde viene á rematarse, evanido tanto aparato, deshecha tanta pompa, y desnudos de los vestidos, unos y otros se vuelven, los cuerpos tierra, sin haber diferencia alguna, porque la muerte los iguala. Tan de huesos queda el Rey como el vasallo, el Señor como el siervo, y el rico como el pobre; y es lo bueno, que hay muchos necios, que dándoles prestado para la procesion buenos vestidos, quando se los vuelve á pedir el dueño y se ha acabado la fiesta, se enfadan y entristecen grandemente, sin acordarse que aquellas galas no eran suyas, y que aquellos bienes de que gozaron en la vida, eran prestados por un tiempo limitado y breve. ¿No has visto acaso representar alguna fábula, á que la oportunidad de los sucesos se mudan figuras y vestidos, tal vez representa la persona de Creon, el mismo que hizo la de Agamenon y Priamo, y el que imita la grandeza de Cecropes, ó Ericteo, de allí á poco sale al teatro hecho siervo, por solo que lo dispuso así el poeta? mas quando se acaba la comedia, y unos y otros se desnudan las ropas de oro, dexando la galas prestadas y las figuras fingidas, quedan todos en el primer

mer estado humilde y pobre, sin que el que fué Agamenon, sea de la sangre de Atreo, ni Clereon, hijo de Meneceo, sino Pobo, hijo de Clarideo Sunniense, ó Satiro, hijo de Teogiton Maratonio, hombres viles, y que ganan su vida con aquellas representaciones. Así amigo, pasa la fábula de la vida entre los mortales, así desaparecen estas felicidades de la tierra, tan estimadas y pretendidas de los que representan sus figuras llenas de desvelos al adquirirlas, y de dolores al perderlas. Esto me parecia á mí certísimo, quando miraba en el infierno aquellos huesos iguales á aquellos cuerpos revueltos, sin que se les conociese calidad ó preeminencia alguna. *Fil.* Dime por tu fé Menipo ¿estos que en la tierra tienen magnificos sepulcros, levantados con milagrosa arquitectura sobre colunas ricas, con títulos soberbios y grandiosos, armas y empresas, son allá en los infiernos tenidos por eso en mayor veneracion y estima, ó andan entre las almas de los plebeyos y vulgares? *Men.* Vanidades son esas, Filonides, que no pasan de los umbrales de la muerte: si vieras á Mauseolo, aquel Príncipe de Caria tan celebrado en el mundo por su famoso entierro, cuyas pirámides bellas, grandiosa pesadumbre fué emulacion de la soberbia humana, y mereció su grandeza ser una de las maravillas de la tierra, te moviera á risa verle como está el cuitado arrojado en un rincon escuro y lobrego, revuelta entre la canalla de los muertos, lleno de lágrimas y penas, que eternamente le hacen compañía en la cueva tenebrosa, adonde tiene su estancia: no llega allá ni la memoria de esas fábricas: vanidades tan excusadas no pasan de la

la vida, solas las obras son las que acompañan á los que mueren, y con ellas grangean premios ó tormentos, penas ó descanso, conforme los valores que tuvieron. Sabes de lo que pienso yo que les sirven esas grandezas á los muertos, no de otra cosa sino de estar cargados y oprimidos con tanto peso, sirviéndoles de pena y de trabajo: porque has de saber, amigo, que alla hay tanta igualdad en los asientos, que á ninguno le es lícito salir del que les señala Eaco, que aun á los mas favorecidos (si entre tantas penas hay algunos) no les da mas distancia que un pie estrecho, y allí ha de acomodarse para penar forzosamente. Mas, de lo que rieras mucho fuera de ver á nuestros Reyes griegos, á nuestros Satrapas y Grandes, al lustre de la República, al lucimiento de las ciudades y al gobierno de los pueblos, como andan en el infierno, unos pidiendo y mendigando, otros llorando y gimiendo y todos abatidos, desnudos, perseguidos y desechados; bien ansí como esclavos viles, pagando con perpetuas penas y desprecios las soberbias y injusticias que hicieron en la vida. Quando yo vi á Filipo, Rey de Macedonia, no pude tener la risa, porque me le enseñaron sentado en un rincon sucio y desnudo, remendando zapatos viejos á vilísimo precio: andaban desnudos Xerxes, Dario y Policrates, pidiendo limosna á todos, como si en aquel Reyno se hallase quien la diese, sino que su desesperacion y penas los traian locos y sin juicio. *Fil.* Cosas notables me cuentas, y cierto muchas de ellas increibles, y esas de los Reyes y Príncipes me han admirado en extremo; pero dime, ansí vivas, ¿viste acaso en el infierno

no á Sócrates? ¿conociste á Diógenes, y á otros algunos de los sábios, que dexaron fama con sus obras? *Men.* Si he de decirte verdad, allí ví á Sócrates tan grave y soberbio, que me enfadó algun tanto, porque andaba reprehendiendo á todos, acompañado de Nestor, Ulises y Palamedes, y de otros muertos eloqüentes y de buena lengua; por mas señas, que tenia muy hinchadas las piernas, despues que bebió el veneno, señal que le hizo mucho daño. Diógenes estaba con Sardanapalo Asirio, y con el Frigio Midas, y con otros de aquestos soberbios ricos y presuntuosos, de los quales quando los oia lamentarse con la memoria de la felicidad pasada, y de la grandeza de la fortuna que tuvieron, siendo vivos, rie y se huelga de haber estimado en nada bienes que faltan tan á priesa; y echado de espaldas la mayor parte del tiempo, canta sin deseos de riquezas y sin cuidado de dignidades, alternando con voz enfadosa y triste las continuas lamentaciones de los otros, pasando ansí sus penas y dolores; y dásele tan grande á todos los que le escuchan, que por no poderlo sufrir, estaban quando yo llegue determinados muchos de ellos á mudar rancho y dexar su compañía. *Fil.* Á fé que me das pena con esos trágicos sucesos: no cuentes mas de esas cosas, que los tormentos sin remedio aun el oirlos causan desesperacion notable: y ahora que me acuerdo, gustaré que me digas el decreto que poco ha que decias, que se habia librado en el infierno contra los ricos y avarientos, contra los poderosos é ingratos. *Men.* Qué bien hiciste en acordármelo; porque ya se me habia ido de la memoria habiendo determinado

do desde el principio de contártele. Has de saber, que estando como te he dicho, los gobernadores desdichados de aquella dolorosa y lóbrega República, juntaron á muchos vasallos suyos para la proposicion y acuerdo de las consultas generales, y de los casos comunes. Juntábase pueblo innumerable en el concilio, y deseosos de ver lo que se determinaba, mi compañero y yo entramos entre aquella muchedumbre: gravísimos negocios se trataron y decidieron, constituyéronse penas para todos los delitos, y tormentos para todos los pecados: á los adulteros, viciosos, bebedores, juradores, avarientos, ladrones, homicidas, lisonjeros, amantes y murmuradores, y para otros mil géneros de vicios; destinóse castigo para los oficiales, plebeyos, pobres y nobles, y al fin para toda calidad y todo estado, y últimamente se trató de los ricos, contra los quales habian puesto feísimas acusaciones, la soberbia, la locura, el temor, la avaricia, la venganza, la violencia, el ódio, la mentira, la vanagloria, la falsedad, el engaño, la cólera, la desesperacion, el desvelo, los cuidados, el aparato y la injurias; delitos que los ricos cometen de ordinario. Causó á los jueces admiracion su mala correspondencia; porque es tal un poderoso soberbio, que hasta el infierno se espanta de los muchos pecados en que cae, y de los delitos que comete: y haciendo contra los tales el decreto siguiente, le leyo á toda la junta uno de los mas greves oficiales de ella.

Y porque habida bastante informacion (decia la ley, habiendo relatado ántes los pecados de los ricos) nos consta, que son muy grandes los agravios y males que los ricos hacen en la vida robando, deshonrando y haciendo fuerza, y menospreciando por todas vias á los pobres; ha parecido á es-

esta Corte y á todos los jueces de ella, que despues de muertos sus cuerpos padezcan eternas y rigurosas penas, comprehendiéndoles las leyes que hablan del castigo de los mayores malhechores, y que sus almas vueltas otra vez á la vida se metan en los asnos y en ellos vivan doscientos y cincuenta mil años cada una, andando siempre de unos asnos en otros, trabajando en servicio de los pobres, y sirviendo á los necesitados, y ellos los podrán castigar como quisieren, dándolos muchos golpes y muy escasa comida, sin dexarlos descansar dia ninguno; y que pasado el dicho tiempo puedan salir las tales animas de la vida y vayan al infierno para siempre, adonde penarán conforme pecaron. Pasó esta sentencia ante Calvario, hijo de Aridello, de la nacion Manicense, de la tribu Stigiana, y la pronunció y publicó por mandado del tribunal de Minos.

Aprobaron esta determinacion los Príncipes, aclamóla el pueblo, bramó Proserpina y ladró el can Cerbero, y con estas diligencias y solemnidades quedó irrevocable para siempre, porque de esta manera se hacen eternas y auténticas las sentencias que en el infierno se determinan. Despidióse el concilio, despues de haberse asentado grandes cosas que callo por no cansarte, y por decirte que desde allí me fui á buscar á Tirisias, causa principal de mi jornada: hallele y dándole cuenta de las las cosas en que dudaba, le supliqué me dixese, quál era el mejor y mas seguro género de vida en el mundo, para seguir el que por bueno aprobase y no andar á tiento entre diversas opiniones. Era Tirisias un vejezuelo pequeño, ciego, descolorido y melancólico, y de una voz muy delicada y tierna: rióse de mi pregunta, y dióme á ella esta respuesta.

Biuə

Bien veo hijo, que la causa de tu perplexídap y duda nace de las contradiciones, que defienden los sábios de la tierra, amparando su opinion diversa cada uno en una misma cosa; y siendo ansí que esos presuntuosos y soberbios, esos hinchados y arrogantes son los mas ignorantes y necios de la tierra, no te es lícito decirlo, porque Radamanto con graves penas lo ha vedado: ni tan poco me atreveré yo á lo que tu me pides, porque forzosamente los he de contradecir; y esto Menipo, no es seguro, por lo que cuesta vencer una opinion, aunque pelee contra ella el buen zelo y la verdad. Pedíale yo con encarecimiento, que me descubriese este secreto, prometiendo que nunca me acordaria de él para decirle: porque solo le procuraba para no andar errado por el mundo, sin saber lo que tengo de seguir, ni lo que tengo de dexar. Defendiáse Tirisias á mis importunas instancias, hasta que venciéndole mi deseo, y obligándole mi intencion, me asió de la mano, y apartándose conmigo léjos de los otros muertos, me dixo al oido de esta suerte: la mejor, la mas prudente, la mas larga y la mas feliz vida de todos es la de los hombres idiotas y ignorantes, y que agenos de ambiciones, de soberbias y cuidados viven privadamente para sí solos, y contentos con su fortuna, ni saben envidiar, ni tienen que les envidien; por lo qual te aviso, que si quieres vivir con quietud y descanso, te procures apartar de la especulacion de cosas altas y sublímes; que dexes de inquirir curiosamente los principios y fines de las cosas, aborreciendo astutos silogísmos, curiosidades vanas, pensamientos presumidos, inútiles disputas, y cuidadosos desvelos, buscando en la vida solamente la eleccion de un estado

quie-

quieto bien ordenado, adonde sin curiosidades y fatigas, sin envidias ni temores vivas alegre tan sin ofensa propia, tan sin envidia agena, que juzgues la muerte quando llegare, por un sueño agradable, y por paso de una quietud á otra, no por tormento y pena como la tienen los malos.

Esto me respondió Tirisias, á la duda que me animó á jornada tan increible, y volviéndose con los otros al campo de los gamones, dió bastante conocimiento á mis ignorancias. Parecióle á mi compañero tarde, y dixóme que era razon que nos tornasémos al mundo, ántes que nos prendiesen por vagamundos y tasadores de vidas agenas en el infierno, adonde no vimos pocos por delito tan infame. Dábame pena el no saber el camino, porque para salir de aquellas confusiones pocos le han acertado: y llevándome el mágico á una region muy mas tenebrosa y horrible que la primera, me enseñó una luz tan amortiguada y tan pequeña, que cuidadosamente pude divisarla: yo me congoxaba por hallar camino, porque temia quedarme por mí amigo en el infierno, como por los suyos se han quedado muchos, y ansí buscaba la escasa claridad atentamente: parecia que salia de algun resquicio ó saetera, tan avarienta se mostraba. Díxome el mágico, que aquel era el templo de Trofonio, y que por aquella cueva descendian de Beocia á los infiernos: llegamos ámbos á la entrada, y allí despedidos uno de otro, diciéndome él que subiendo por allí con mucha facilidad me hallaría en Grecia, empecé á gatear por las estrechas entradas de la gruta hasta que llegué á Levadía, alegre de verme fuera de las penas y oscuridades del infierno.

FIN.